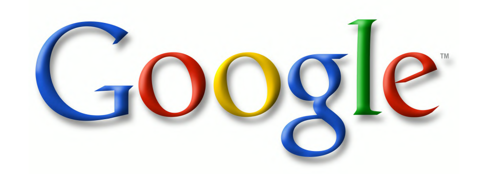
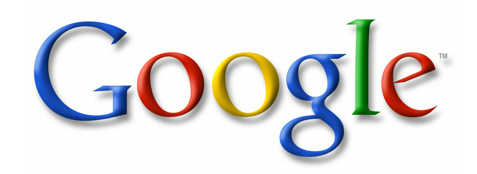
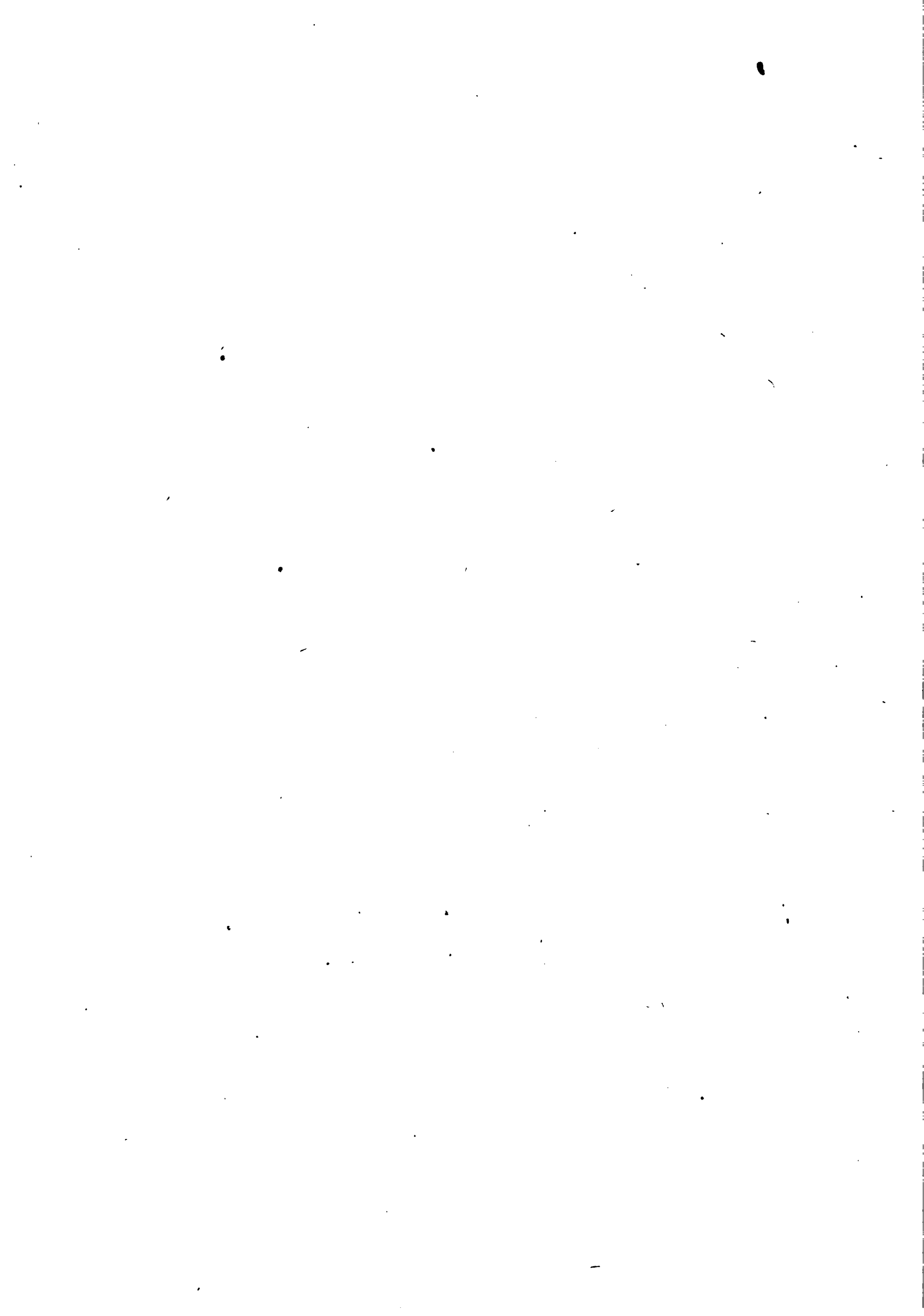




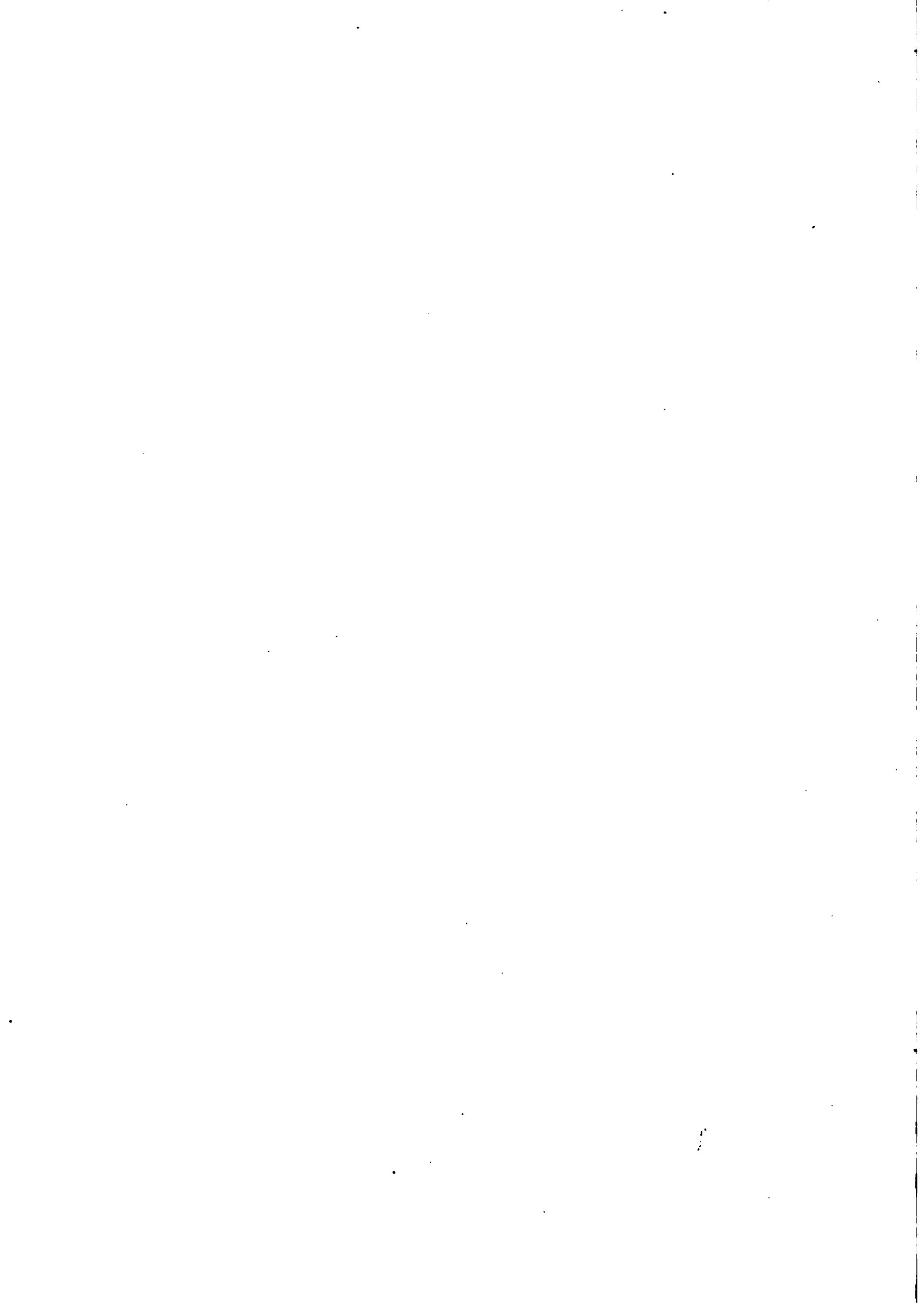

WIDENER
HN NSW8 2


ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·ANG·SIGILLVM
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS









Brid

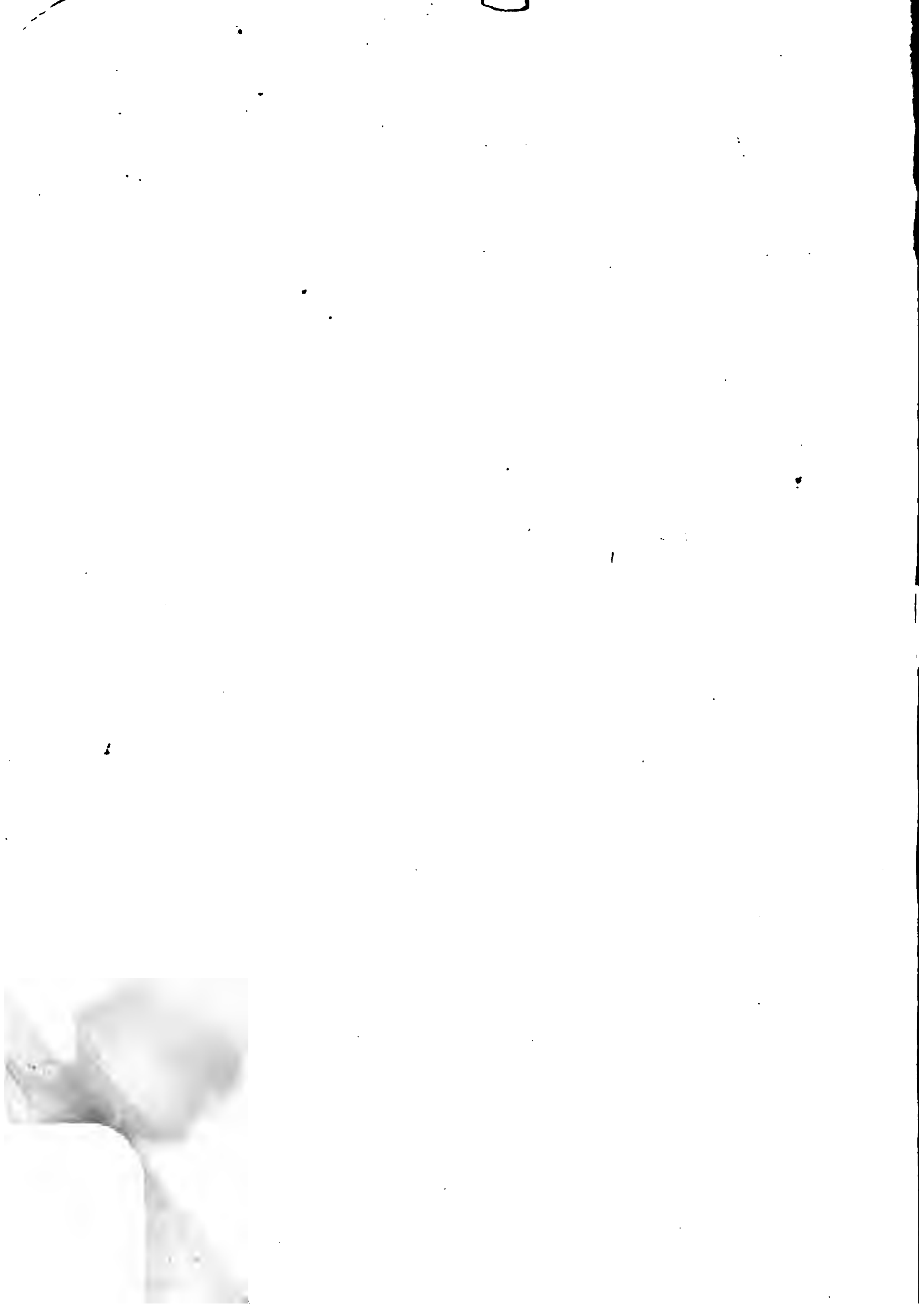
ENRIQUE JOSÉ VARONA.

CONFERENCIAS FILOSOFICAS.

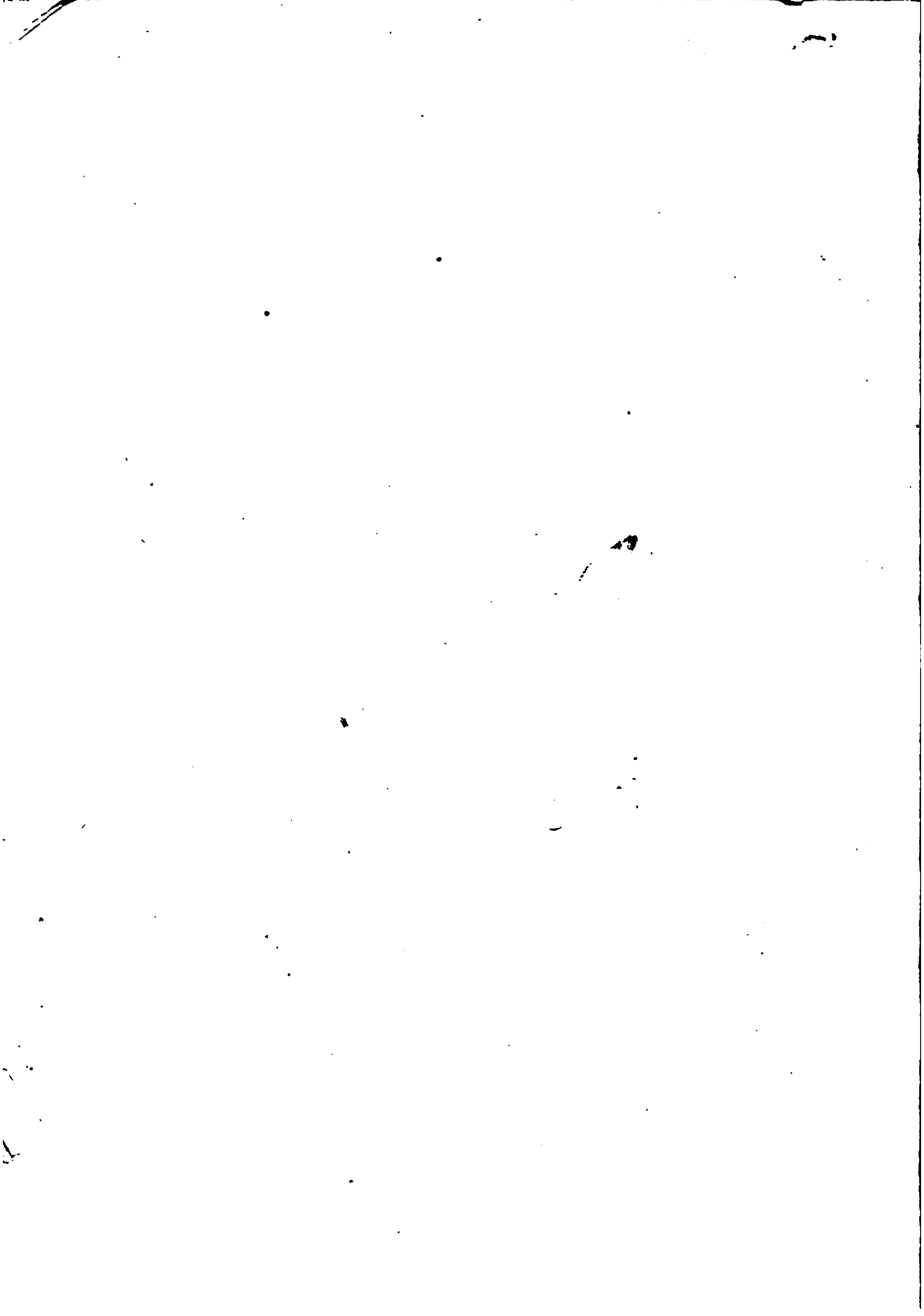
(TERCERA SÉRIE.)

MORAL.

HABANA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
O-REILLY NUMERO 9.
1888.



CONFERENCIAS FILOSOFICAS.



ENRIQUE JOSÈ VARONA.

CONFERENCIAS FILOSOFICAS.

(TERCERA SÉRIE.)

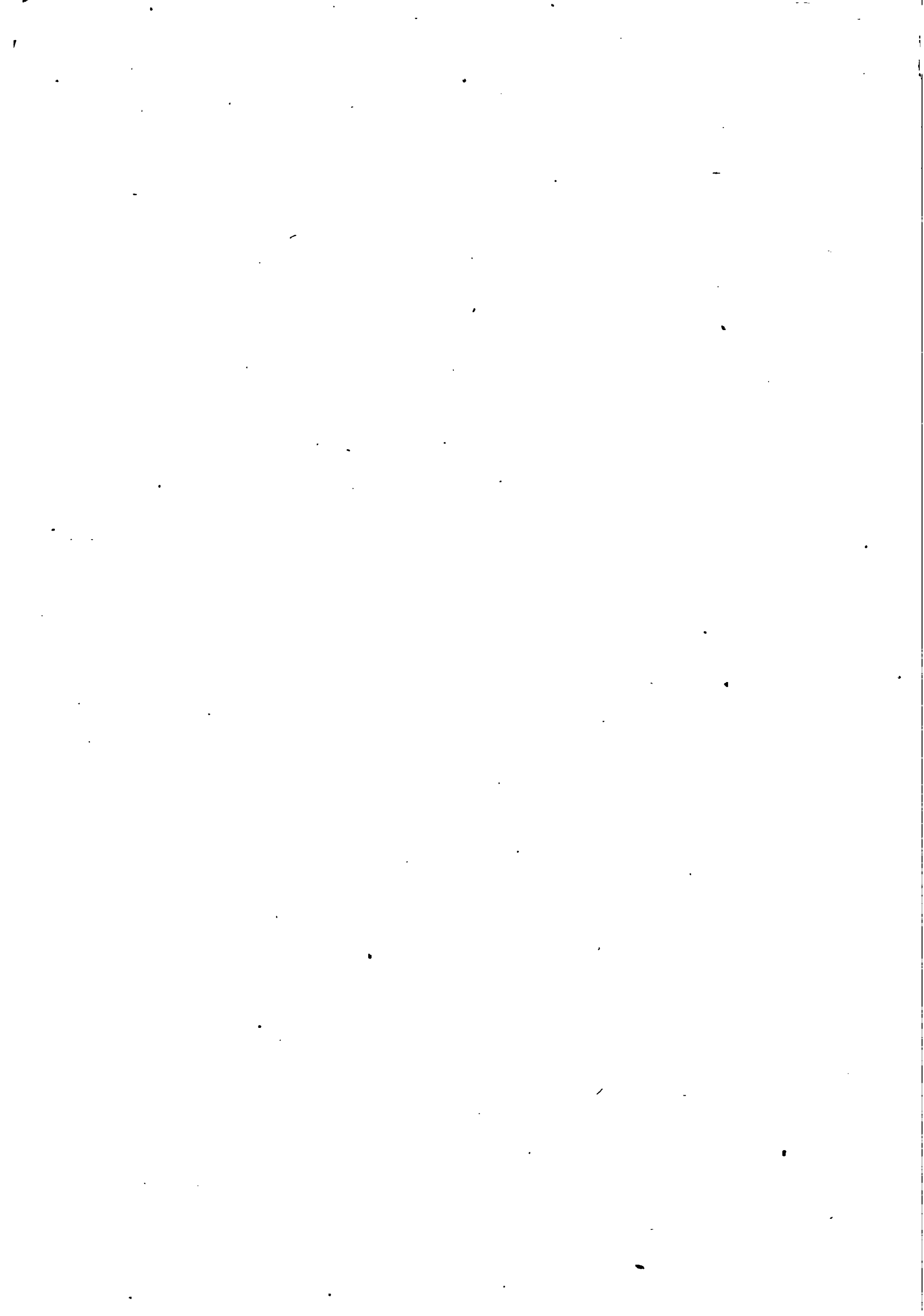
MORAL.

HABANA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
O-REILLY NUMERO 9.
1888.

ADVERTENCIA.

Con la série de conferencias que componen este volúmen, termina el tercero de los cursos públicos que comencé en 1880 y concluí en la Academia de Ciencias en 1882. Aunque publicadas poco después en la *Revista de Cuba*, ahora salen por primera vez en forma de libro. En nada las he alterado; pero por lo mismo que los progresos de estas investigaciones continúan robusteciendo el punto de vista en que me habia colocado, he creido que debia fijar la época de su redaccion y de su primera publicacion. Me resta advertir que este libro no es un tratado de ética, sino un ensayo para establecer científicamente el fúndamento de la moral.

Habana 4 de agosto de 1888.



LECCION PRIMERA.

SUMARIO.—Objeto de nuestro estudio.—Método que hemos de aplicar —Division de los actos individuales en indiferentes, morales é inmorales.—Característica de los actos morales.—La moralidad nace de la sociabilidad.—Elementos biológicos y psíquicos de la asociacion.—La subordinacion de la moral á la sociología es el punto de partida de nuestras pesquisas.—Dos órdenes de pruebas de esta subordinacion —Pruebas de que la moralidad aparece despues de la sociabilidad.—Asociacion doméstica en la série zoológica —Organizacion en sociedades —Relaciones de domesticidad—Pruebas de que la evolucion de la moralidad sigue á la evolucion de la sociabilidad. Etapas de la civilizacion y caractéres morales que las distinguen.

SEÑORES;

Al abordar un asunto tan ámplio por su contenido, tan grave por su importancia y tan árduo por la diferencia de opiniones y criterios con que ha sido tratado por los filósofos desde los tiempos más remotos, necesito con mayores veras de toda vuestra benevolencia; pues me propongo examinarlo á la luz de un sistema extrictamente científico, que ha de hacer singularmente áridas estas lecciones.

Esto es decir que el estudio de la moral no será para nosotros materia de apasionadas discusiones, ni pretexto para tiradas sentimentales, sino un nuevo é interesante objeto de análisis, en que procederémos, en cuanto sea posible, á la manera de los naturalistas; estudiándolo todo sin prejuicios ni teorías preconcebidas. Recoger los fenómenos, apreciar sus elementos, agruparlos y descomponerlos,

hasta dar con el verdadero problema que nos plantean, éste será el objeto de nuestros esfuerzos en esta nueva série de conferencias.

Si consideramos los numerosos actos con que un individuo se acomoda á las solicitudes del medio en que vive, para satisfacer sus propias necesidades, pronto descubrirémos que, aunque todos son naturales—como ajustes más ó ménos perfectos y adecuados de un organismo á su medio—no todos pueden calificarse de morales. Esto quiere decir que en el género, actos individuales, hay una especie más ó ménos lata que llamamos, actos morales, en oposidion á los actos inmorales; y unos y otros en oposicion á los actos indiferentes.

Debiendo tratar especialmente de los actos morales é inmorales, necesario ès que tratèmos de indagar cuándo merecen esa calificacion.

Una persona pasando en revista diversos trajes de su uso, y escogiendo uno *ad libitum* para salir á paseo, ejecuta un acto del todo indiferente, en la generalidad de los casos. Un hombre sin recursos que pide prestado un lujoso traje, para ir á tomar á un establecimiento efectos al crédito, con el propósito de estafar mediante su buen porte, realiza un acto del todo inmoral.

Un campesino que trepa á uno de sus árboles frutales para recoger el fruto ya sazonado, ejecuta un acto que, inmediatamente considerado, es sencillamente natural. El mismo individuo trepando á un árbol de su vecino, para hacer la misma operacion, es considerado como un ladron.

Un hombre paseándose una clara noche de luna para tomar el fresco, ejecuta la accion más indiferente que puede concebirse. Ese mismo hombre, rondando de noche la casa de otro, para indigar lo

que en ella ocurre y en nada le concierne, es un espía, ejecuta una accion reprobada.

El hombre metódico que todos los dias á la misma hora escribe su diario, por gusto ó por costumbre, realiza un acto que bien pademos llamar indiferente; el tenedor de libros que lleva al dia y con escrupulosidad las cuentas que le están confiadas, ejecuta un acto útil y laudable.

El aficionado que cria con el mayor esmero un ruiseñor ó un sinsonte no puede aspirar á que se califique de moral su accion; tampoco la llamará nadie inmoral; el rico que costea la educacion de un niño menesteroso, inteligente y aplicado, realiza un acto del más subido valor moral.

Aquí no tratamos de establecer grados en el mérito ó demérito relativo de estas acciones, sino de contraponer las morales ó inmorales á las indiferentes.

Ahora bien, la más somera observacion basta para hacernos notar que tan pronto como aislamos al individuo y su accion, como prescindimos de sus conexiones con motivos que puedan afectar á semejantes suyos, el carácter moral ó inmoral se eclipsa. Tan pronto como sus actos afectan mediata ó inmediatamente á otros, en daño ó provecho, el carácter de inmorales ó morales reaparece. De aqui, para mi, este principio en que estriba toda la ciencia y el arte todo de la ética: el hombre es moral porque es sociable.

Un hombre abandonado en una isla desierta, sin esperanza de entrar en la sociedad humana, ejecutará actos más ó ménos provechosos á su conservacion, pero no actos laudables ó censurables desde el punto de vista moral.

Solo cerrando los ojos á lo que declaran y ense-

ñan los hechos, pudieran invertirse los términos de esta proposicion fundamental, como se han invertido, y decir que el hombre es sociable, porque es moral. La asociacion deriva inmediatamente de los elementos biológicos y psíquicos del hombre. La organizacion es una forma de asociacion; la reproduccion es una extension de la organizacion, y da márgen á una nueva forma de asociacion, primero entre los dos individuos reproductores, y luego entre los padres y la prole; la comunicacion de los sentimientos individuales por medio de los movimientos y del lenguaje amplía, extiende y estrecha la asociacion en el espacio y el tiempo. La constitucion física y la constitucion psíquica determinan la asociacion; la asociacion determina la moralidad.

Esta subordinacion de la moral á la sociología es, desde el punto de vista del método, tan capital para nuestras pesquisas, que no debemos adelantar un paso, sin dejarla sólidamente establecida. Dos órdenes de pruebas vamos á considerar sucesivamente. Primero veremos que no encontramos actos que puedan calificarse de morales, sino cuando ya están avanzadas las formas de la asociacion; para esto tendrémos que descender á los séres inferiores al hombre. Despues veremos cómo á medida que la asociacion evoluciona y se completa, la moralidad evoluciona y se completa. De esta suerte quedará demostrado que la moralidad aparece despues de la sociabilidad y que la sigue en sus transformaciones.

Descendiendo en la escala zoológica hasta esos séres en que la separacion neta en individuos no se ha complicado todavía con ninguna forma de asociacion temporal, fuera de la copulacion accidental entre el macho y la hembra, nos encontramos con un estado permanente de lucha encarnizada, en que

las exigencias del apetito no encuentran otro límite que la fuerza mayor. El animal hambriento devora lo mismo los animales de diferente especie que los de la suya, siempre que sean más débiles. Aun en animales de organizacion bastante adelantada como los aracnóideos, vemos los impulsos destructores sobreponiéndose á los reproductores, en el hecho de que las hembras devoran á los machos.

Pero á medida que la union sexual va perdiendo más y más los caractéres de accidental, y hay primero eleccion y sigue luego la alimentacion y educacion de la prole; es decir, tan pronto como la asociacion por familias se ha presentado en la forma de un hecho constante en determinadas especies, encontramos que ha surgido el respeto á la vida del animal semejante que ayuda á la funcion reproductiva, comienza la simpatía, y los actos adquieren un carácter manifiestamente moral.

La cooperacion del macho en el acto de la incubacion es ya el extremo opuesto á la destruccion del más débil por el más fuerte; y se encuentra organizada en muchas clases de peces y batracianos. El salmon y la trucha abren cavidades en la arena para depositar sus huevos, y en esta operacion se auxilian machos y hembras. Pero en los espinosos, espinosillos y otras especies son los machos los que construyen los nidos, introducen en ellos á las hembras, y en caso de peligro á los pececillos. El *Chromis paterfamilias* del lago de Tiberiades protege y nutre hasta doscientos pequeñuelos en sus fauces y cavidad branquial. Segun M. Lortet, despues que la hembra ha depositado los huevos entre la arena ó los juncos, se acerca el macho y los hace pasar por aspiracion á la cavidad bucal, y de allí á las branquias. Aquí sufren los huevos la metamórfosis y

nacen los pececitos, que van á alojarse en la boca del padre, donde permanecen apretados unos contra otros, hasta el punto de distenderla enormemente. Las costumbres de algunos batracianos no son ménos notables á este respecto. «Entre los *sapos comadrones*, cuyos huevos están reunidos en la forma de un rosario biscoso, dice Milne Edwards, el macho se apodera de ellos á medida que los va poniendo la hembra, se los rodea de las patás posteriores y sale con ellos á tierra, hasta el momento en que se han de romper, y entonces se sumerge en el agua...... El *Pipa, ó sapo de Surinam* presenta, con este motivo, particularidades todavia màs notables; el macho ayuda al parto de la hembra, y coloca los huevos sobre la espalda de ésta....... cada huevo queda bien pronto alojado en una especie de alvéolo. Así se abren en la espalda de la hembra como cincuenta pequeñas cavidades, que son otras tantas cámaras incubatrices, en donde se forman y desarrollan los embriones.»

Pero todo esto es poco, ante el desarrollo que toma la cooperacion doméstica entre las aves. Los cuidados prodigados por la hembra á su cria, el esfuerzo con que arrostra los mayores peligros por defenderla son hechos de observacion vulgar. El papel del macho, con excepcion de algunas especies, es tambien sumamente interesante. Cuando no construye el nido, ayuda á su construccion, protege la incubacion de todo ataque exterior, trae el alimento. En muchas especies polígamas, el macho adquiere importancia singular y practica sus funciones protectoras de un modo especial. Un amigo mio poseia un gallo hermosísimo, en quien pudo notar muchas veces, que, tan pronto como echaban el maiz al gallinero, llamaba y recogia todas sus gallinas, pre-

senciaba tranquilamente su comida, y no tocaba un grano hasta que todas no se habian satisfecho.

La educacion de los polluelos es tarea à que faltan muy pocas especies entre las aves. Espinas cita, entre otros varios, un caso muy notable suministrado por Jœckel. Se refiere à las aves acuàticas llamadas colimbos: «Al principio los padres colocaban siempre el alimento sobre el agua, delante de los polluelos; hàcia el octavo dia de su existencia comenzó su educacion. El viejo nadó todavía dos ó tres veces delante de los pequeños que querian apoderarse inmediatamente de la comida, y zabulló con el pez, para obligarlos à que lo siguieran. Sin embargo, como todavia estaban muy torpes, les tendió la presa desde léjos. Llamó à los polluelos con ruidosos *cuony, cuony*; entonces éstos se aproximaron, remando sobre la superficie, y atravesaron una distancia bastante grande; el mejor nadador obtuvo el pez como recompensa.»

Las familias de mamíferos, como mucho màs adelantadas en la organizacion, han de presentar ejemplos màs palmarios de desarrollo de los sentimientos morales; pero me contentaré con citar dos casos altamente sugestivos Hablando de dos oseznos de los Pirineos, refiren Leuret y Gratiolet que «un dia comenzaron à reñir; la madre impacientada les dió una patada vigorosa, que los separó. Cuando està descontenta de ellos, añaden, gruñe y les pega, y aunque ahora es màs débil que ellos, los oseznos nunca le resisten, ni se defienden de ella.» Brehm cita la narracion siguiente de Schomburgk: «He sido testigo de un rasgo conmovedor de amor maternal....... Me volvia à mi barco, cuando se oyó la voz plañidera de un mono jóven abandonado por su madre en su fuga precipitada, sobre un àrbol enci-

ma de mi cabeza. Uno de mis indios trepó á él. Apénas vió el mono aquella cara desconocida, empezó á lanzar grandes gritos, á los cuales respondieron muy pronto los de la madre que venia á buscar á su pequeño. Éste entonces lanzó un nuevo grito muy singular, á que contestó tambien la madre. Un disparo de fusil hirió á ésta, y tomó apresuradamente la huida; pero los gritos del pequeño la hicieron volver en seguida sobre sus pasos. Un segundo disparo, que no la alcanzó, no fué óbice para que saltase dificultosamente á la rama donde se mantenia el pequeño á quien se colocó rápidamente sobre la espalda. Iba á alejarse con él, cuando un tercer disparo, hecho contra mi mandato, la hirió mortalmente. Continuó apretando á su cria entre los brazos, durante las convulsiones de la agonía, y cayó en tierra tratando de escaparse.»

Si de la asociacion doméstica pasamos á la organizacion en sociedades, vemos que la division de las funciones y la cooperacion de los individuos revisten un carácter cada vez más moral, llegando hasta el punto de prestar auxilios los individuos de una especie á los de otras vecinas. Prescindamos de las sociedades de los himenópteros, interesantes sobre todo para el sociologista, y vengamos á las de estos animales superiores, cuyos actos legitiman completamente nuestras inferencias, dadas su semejanza y áun paridad con los nuestros. Para encontrar descripciones de hechos dignos de estudio en el órden de ideas de que tratamos, no tendremos sino el trabajo de la eleccion.

En las bandadas de diversos géneros de zancudas y en las hordas de rumiantes, paquidermos y simios, la organizacion sistematizada que se corona por las funciones de centinela y jefe ya alternativas, ya

constantes, supone una comunicacion de afectos y servicios y un desarrollo tal de representaciones del órden moral, que no deben sorprendernos los hechos que voy á citar.

Brehm asegura que cuando una banda de *Corcopithecus, griseoviridis* ha atravesado un lugar plantado de helechos espinosos, cada mono se va extendiendo alternativamente sobre una rama, á donde acude un compañero á sacarle las espinas.

Los hamadryas, segun Darwin, levantan las piedras para buscar insectos, etc.; y cuando encuentran una demasiado grande, se agrupan en tanto número como pueden para levantarla, la vuelcan y se dividen el botin.

«Brehm encontró, en Abisinia, una numerosa tropa de babuinos que atravesaban un valle; una parte había llegado ya á la montaña opuesta, los otros estaban todavía debajo. Estos últimos fueron atacados por una jauría de perros; en seguida los machos viejos se precipitaron de las rocas, con las fauces abiertas y lanzando alaridos tan terribles que los perros echaron á huir. Se les animó á un nuevo ataque, pero en el intervalo todos los babuinos habian ganado las alturas, á excepcion de uno, jóven como de unos seis meses que, encaramado en un trozo de roca donde fué rodeado por los perros, clamaba á gritos por socorro. Uno de los machos más grandes, como un verdadero héroe, bajó de la montaña, se dirigió lentamente hácia el jóven, lo tranquilizó y se lo llevo triunfante; pues los perros estaban demasiado sorprendidos para atacarlo. (Darwin)»

El mismo naturalista cita este otro hecho: «Un jóven cercopitheco aprendido por un águila, se agarró de tal modo á una rama, que no pudo ser arrebatado de seguida, y empezó á gritar pidiendo socorro.

Los otros miembros de la banda acudieron, lanzando grandes alaridos, rodearon el águila, y empezaron à arrancarle tantas plumas que soltó la presa, y no trató más que de escaparse».

Todavia podemos registrar actos de verdadera simpat a entre los animales. El capitan Stansbury encontró, en un lago del Utah, un pelícano viejo y completamente ciego, pero sumamente grueso, lo cual prueba que sus compañeros le suministraban el alimento. Otro viajero, M. Blyth, dió à Darwin noticias de haber visto varios cuervos indianos que alimentaban asíduamente à dos ó tres compañeros suyos tambien ciegos.

Swainson cita este notable ejemplo: «El reverendo M... S... de M... en Denbighshire, tenia un terranova favorito, que vivia regaladamente; de todo se le daba una parte, y usaba de su poder con gran dulzura. Se le vió más de una vez saltar la puerta que separaba el patio de la casa del de la granja, para llevar algunos de los grandes huesos, con que se le obsequiaba, à un perro de caza que estaba atado en la cuadra».

Las relaciones de los animales superiores en estado de domesticidad con el hombre ofrecen à cada paso caracteres evidentemente morales. Braubach ha consignado la observacion de que el perro se abstiene de robar alimentos en ausencia de su dueño; y à este propósito refiere Romanes un caso, à que da extraordinario valor el testimonio suyo.

Hablando de un perro huronero de la isla de Skye, dice: «Este perro no ha robado sino una sola vez en toda su vida; un dia que tenia mucha hambre, se apoderó de una costilla que estaba en la mesa y se la llevó debajo de un canapé. Fuí testigo del hurto, pero aparenté no haberlo notado; y el culpado per-

maneció muchos minutos bajo el canapé, fluctuando entre el deseo de satisfacer su apetito y el sentimiento del deber. Este último acabó por triunfar, y el perro vino á depositar á mis piés la costilla que habia robado. Hecho esto, se volvió á esconder bajo el canapé, de donde no pudo hacerlo salir ningun llamamiento. En vano le pasaba suavemente la mano por la cabeza; esta caricia no dió otro resultado que hacerle apartar la cara con un aire de contricion verdaderamente cómico. Lo que da valor muy singular á este ejemplo es, que el perro de que se trata no habia sido castigado nunca; de modo que no pudo haber sido el temor de una pena corporal el que lo impulsó á obrar».

Hay más, señores, algo como el sentimiento de la justicia parece despuntar en estos animales. Leuret cita una anécdota ocurrida á Arágo, sorprendido por una tempestad en una aldea del Sur de Francia. Los aldeanos que lo hospedaron no pudieron ofrecerle para comer, sino un pollo. Habia de cocerse en un asador, provisto de un tambor en que entraba un perro para hacerlo girar. Uno de los que se tenía adiestrado para este oficio estaba en la cocina; y al ir el aldeano á cogerlo empezó á resistirse, á enseñar los dientes y acabó por esconderse. Nada pudo vencer su obstinacion. Sorprendido Arago inquirió la causa; y le dijeron que el perro se incomodaba porque tocaba el turno á su compañero; deseando cerciorarse, hizo traer el otro perro, que entró sin dificultad en el tambor. Para completar la experiencia, el insigne astrónomo, despues que pasaron unos diez minutos, hizo detener el asador y soltar el perro, pidiéndo que trajesen el que ántes se habia mostrado tan rehacio. Vino sin dificultad, y entró espontáneamente en el tambor, convencido, dice Leuret, de que le tocaba su turno de servicio.

Acabaré por citar casos en que la agresion contra la injusticia no es ménos manifiesta que lo pudiera ser en el hombre. Bohn, el editor de la obra de White, los refiere de esta suerte:

«Se me han comunicado muchos hechos interesantes sobre la disposicion vengativa de los vencejos, cuando son invadidos sus nidos por los gorriones. Una vez, en Hampton-Court, un caballero me informó, la misma mañana del hecho, que una pareja de gorriones habia hecho nacer sus polluelos en un nido de vencejos. Dos ó tres dias despues, llegaron varios vencejos é hicieron trizas el nido; el observador halló á los polluelos, implumes todavía, muertos por tierra debajo de la ventana. En otra ocasion, el contramaestre carpintero del palacio, en Hampton-Court, me informó de que, mientras trabajaba en su taller, cerca de la ventana, una pareja de golondrinas habia edificado su nido en un rincon de ella, donde las observaba frecuentemente. Acabado el nido, llegaron algunos gorriones que se apoderaron de él, y depositaron allí sus huevos. Mientras la hembra los estaba empollando, llegaron muchos vencejos y obstruyeron la salida. Algunas semanas despues, examinó el nido, y encontró el pájaro muerto sobre sus huevos».

Quizás he pecado de difuso, pero estos hechos interesantes, que no son sino una mínima parte de los que nos ofrecen hoy observadores constantes é inteligentes, suplen con ventaja á todos los razonamientos, y establecen la verdad de mi primera proposicion: á medida que se desenvuelve el estado social, en las especies animales, los actos que pueden calificarse de morales se desenvuelven y amplían.

Pasemos á la segunda; consideremos las socieda-

des humanas. El progreso de la moral es un corolario del progreso de sus instituciones, en el sentido más lato de la palabra. Cada etapa sucesiva en el camino de la civilizacion aporta nuevos perfeccionamientos en las costumbres, mayor delicadeza en los sentimientos morales, mayores exigencias de la nocion de deber.

Fijémonos en esas hordas en que los lazos sociales sólo se estrechan, cuando las exigencias del apetito obligan à la union sexual, ó cuando el peligro inminente fuerza à aceptar un jefe, como las de los bosquimánes del Africa austral, ò los tasmanianos de la Melanesia; tan desconocidos les son los sentimientos morales que nos parecen más primitivos, que el infanticidio es un hecho natural; nadie está obligado à embarazarse con la carga de un chicuelo ó con la obligacion de atender à una boca más. El respeto à la propiedad está sólo en razon directa de la fuerza del que se intitula propietario; la simpatía por el individuo de su misma colectividad temporal no llega à evitar quo se abandone á una muerte cierta, en las marchas penosas, à los enfermos ò heridos. El pudor es de tal suerte desconocido, áun en sociedades algo mejor organizadas, que los esquimales están en sus habitaciones completamente desnudos, y duermen así confundidos hombres, mujeres y niños. El relato que hace d'Orbigny de las costumbres de los Itonamas de la América del Sur excede cuanto se pueda imaginar en indecencia. En Benin las jóvenes van completamente desnudas hasta el dia de su matrimonio; costumbre que se puede señalar en otros muchos pueblos salvajes. La prostitucion doméstica, como gaje de hospitalidad, pasa hasta á sociedades algo adelantadas; así acontece en Ceilan, así en Groenlandia, así en gran parte de la Polinesia; fué

uso de los guanches canarios, y hoy todavía lo comprueban los viajeros que se han internado entre las tribus indígenas del noroeste de Méjico. En Birmania el marido puede ceder la mujer, mediante precio; y esto no redunda en desdoro de ésta, ántes bien aumenta su consideracion, en proporcion del servicio que ha prestado á su marido.

Pero á medida que se organizan estas asociaciones informes, cuando el más anciano, ó el más fuerte, ó el más rico, es jefe reconocido, y la tribu ó la familia patriarcal adquieren más individualidad, los rudimentos de una moral comienzan á aparecer, por remotos que estén de los principios que guian á los pueblos más adelantados. Ya el respeto á la propiedad y la obediencia al superior se estiman como virtudes; el valor es prenda tan estimada, que un jefe pasonee definia así los buenos: «Los buenos son los guerreros valientes y los cazadores infatigables». La mujer agena es respetada, ciertamente como una mera propiedad, pero al fin respetada. Y todas estas cualidades tienen un valor social tan marcado, que, como se ha observado frecuentemente, no obligan sino en los límites de la tribu. La propiedad, las mujeres, la vida de los extraños no merecen ningun respeto: ántes bien es más honrado y apreciado el que más atentados ha cometido contre ellos. En el estado de lucha por la vida, tenaz y sin cuartel, que se libran los salvajes, las prendas mencionadas adquieren tal importancia social, que se sobreponen á todas. La vida de un guerrero es de un precio altísimo; así es que su muerte va seguida siempre de formidables venganzas, dirigidas contra el enemigo en masa, no contra un individuo determinado. Pero la cohesion interna necesaria para resistir con fruto da nacimiento á verdaderas virtudes sociales.

como la justicia y la equidad en las relaciones más frecuentes y dentro del predominio forzoso del más fuerte; la obediencia al padre y al superior; el respeto a los ancianos. Constituida la familia, los vínculos de simpatía adquieren inusitado desarrollo, que afianzan luego la participacion de los mismos peligros y el disfrute de los mismos goces. Como ha observado profundamente Darwin, los pueblos en este estado rudimentario no consideran y aprecian sino las virtudes sociales. Con el desenvolvimiento posterior van esas dando nacimiento à las personales.

Esto es así, porque à medida que se engrandece la comunidad por el número, nace una potencia moral, que es la opinion, y desde entonces la trasmision de los preceptos queda asegurada; y de aqui por un lento trabajo de elaboracion psíquica que la herencia perpetúa, la diferenciacion de las virtudes que parecen alejarse más y más de su primitivo orígen.

Todos los vínculos sociales, la familia, la ciudadanía, la nacionalidad, la religion, la lengua, van aportando aumentos al caudal de los sentimientos morales; y aunque la supervivencia de las viejas costumbres, ritos y preocupaciones, la mezcla de las razas, la desigualdad de la fortuna, contribuyen à que quede siempre un sedimento considerable de imperfecciones éticas en el fondo de la sociedad más culta, es indudable que, así como los pueblos bárbaros conocen otras formas más perfectas de la justicia y la caridad, que no conocen los salvajes, las naciones grandemente adelantadas en su organizacion poseen un código completo que regula tanto los deberes extrictos como los imperfectos. ¡Cuánta distancia, señores, para tomar un ejemplo de sentimientos ya enunciados, cuánta distancia entre ese impu-

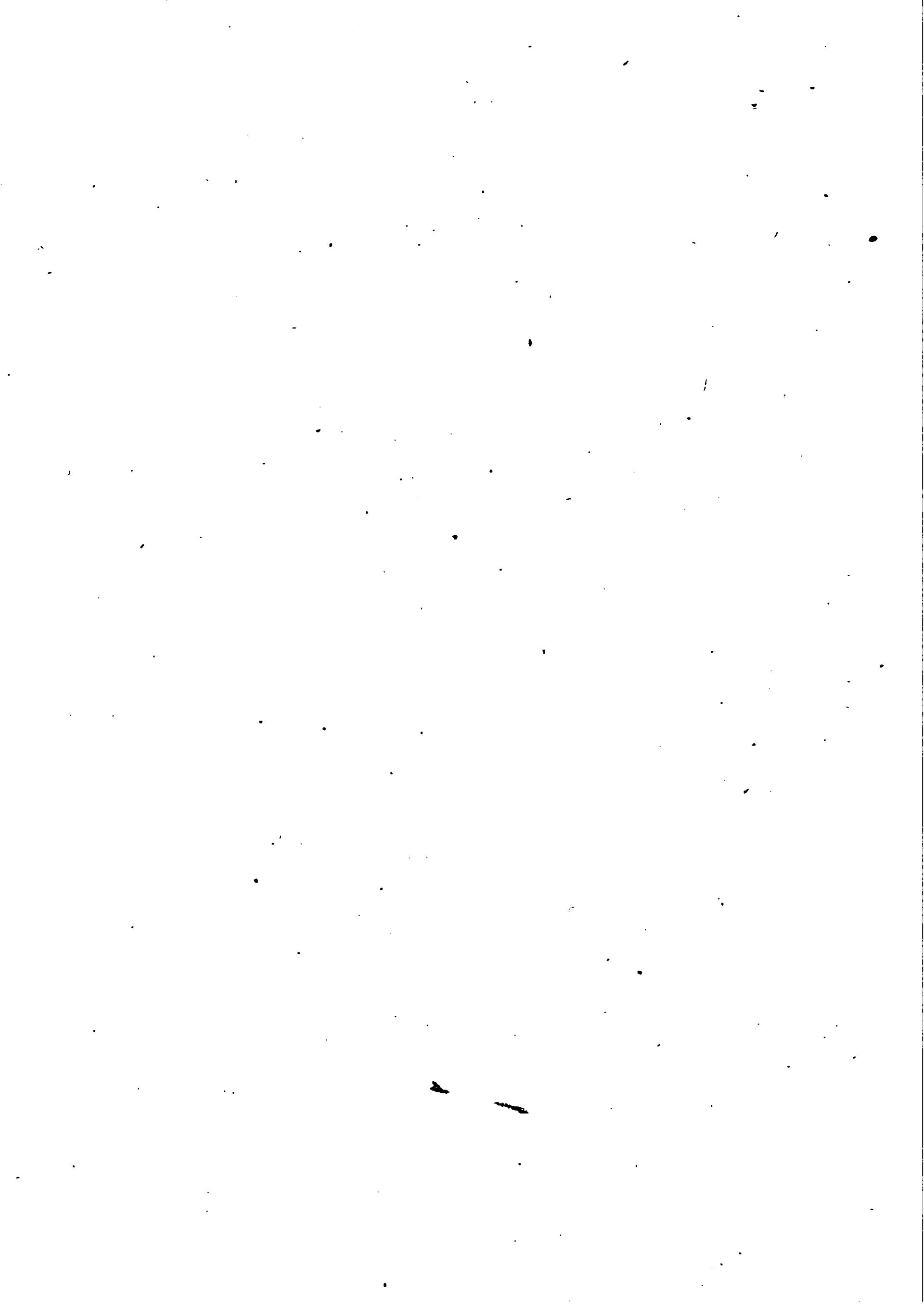
dor, indicio de la bestial promiscuidad de los pueblos más salvajes, y esa glorificacion de la pureza á que se elevan el mazdeismo y el mithraismo entre los pueblos iranios! Y adelantando aún más, consideremos los pueblos antiguos, en que la diversidad de castas dividia los habitantes invariablemente en opresores y oprimidos, Grecia, por ejemplo, desde el punto de vista del sentimiento de la probidad; cuán rudimentario se presenta, cómo se estiman la astucia y la duplicidad, armas de todos los débiles! Comparémoslos con los hábitos y costumbres de los pueblos verdaderamente libres, como Inglaterra ó la Union Americana, donde á ningun ciudadano se le ocurre que deba disimular su modo de sentir en los asuntos más árduos del procomun.

De propósito he citado estas dos cualidades, por que son de aquellas que á primera vista parecen interesar ménos á las relaciones sociales; haciendo ver que aparecen sin embargo como producto de un mejor desarrollo social. En cuanto á las que son de todo punto indispensables, como la justicia, el respeto de los pactos, el resarcimiento del servicio contratado, la seguridad del prógimo, los deberes para con el Estado, etc., bien vemos cuánta diferencia media entre el estado de pleno salvagismo, y áun entre aquel en que la voluntad de un déspota ó de un cuerpo privilegiado es el único freno á las pasiones antisociales, y el período de los pueblos con derecho escrito, en que los principios morales reconocidos y acatados tienen en su favor todas las sanciones; los extrictos en los códigos y el poder público; los de benevolencia en la opinion, en las costumbres y en la herencia psíquica.

Estas indicaciones sumarias, únicas que pueden tener lugar aquí, bastan suficientemente para ha-

cernos ver que el desarrollo de la moralidad es consecuencia del desarrollo social. De esta suerte converjen los dos órdenes de pruebas que he presentado al fin único que me proponía. Demostrar la subordinacion de los fenómenos del órden moral á los fenómenos del órden social. Desde el punto de vista del método, esta demostracion prévia era indispensable; porque ya sabemos que la moral depende de la sociologia, y que ésta nos ha de ofrecer los principios fundamentales en que ha de descansar aquella. No, señores, el hombre no es sociable, porque es moral. Ya lo hemos visto asociado en el grado más completo de inmoralidad. El hombre se ha hecho moral á fuerza de ser sociable. De aquí que cuanto redunde en provecho de la sociedad, redunda en beneficio de la moralidad, sentimiento perfectible en grado eminente.

Esta conclusion nos dará luz, y nos servirá de guía en todas nuestras pesquisas.



LECCION II.

SUMARIO.—Diferenciacion de los fenómenos morales.—Caractéres fundamentales de los hechos sociales.—Del concurso y conflicto de los individuos en la asociacion nace el carácter peculiar de los fenómenos éticos.—Definicion provisional de los actos morales ó inmorales.—Efectos psíquicos del contacto de individuos semejantes.—La simpatía.—Tésis de Schopenhauer.—Cómo modifica el deseo de conservacion los impulsos de la simpatía.—Estados mixtos que resultan del conflicto de esas dos tendencias.—Su importancia decisiva en el desarrollo social.—Los sentimientos egoistas son plenamente antisociales.—Los sentimientos altruistas pueden llegar á serlo —Los sentimientos ego-altruistas son la materia normal de la moralidad.—Qué es la moralidad desde el punto de vista psíquico.—Elementos que se integran para formar un sentimiento moral.—Cómo implican un precepto y una sancion.—Ejemplos.—Cómo actúan los sentimientos morales.—La descomposicion de los sentimientos morales en sus diversos factores ha de preceder al establecimiento de sus leyes.—Plan de estas conferencias.

SEÑORES:

Establecida la subordinacion de los fenómenos del órden moral con respecto á los del órden social, una apreciacion exacta de nuestro asunto nos exige que limitemos con la perfeccion posible el carácter de los fenómenos especiales que estudiamos, distinguiéndolo de los caractéres que se adscriben á la generalidad de los fenómenos sociales. Es decir, que tratemos de señalar en qué se distinguen los hechos morales ó inmorales del resto de los hechos sociales,

Empecemos por considerar el fenómeno de la asociacion en sí. Individuos totalmente distintos forman grupos que ocupan un lugar del globo; por el concurso de sus unidades, este grupo acciona y reacciona en el medio en que se encuentra, es decir, que subsiste y se propaga, trasmitiendo de unidad en unidad sus adquisiciones. Aquí están los dos caractéres fundamentales del hecho social: el concurso y la trasmision hereditaria.

Ahora bien, el acto primordial del concurso, por la individualidad de las unidades sociales, da orígen á cooperaciones y conflictos; y aquí entra un nuevo factor, el factor moral. Si la cooperacion de todos los individuos agrupados para los fines sociales se realizara sin roces, sin choques, de un modo espontáneo y natural, todos sus actos serían indiferentes. Pero como lo contrario es lo que ocurre con más frecuencia; como las necesidades, las tendencias, los intereses y los sentimientos de los individuos entran en conflicto los de unos con los de otros, los actos que de aquí nacen entran desde ese momento en la categoría de morales ó inmorales. De suerte que, de un modo totalmente empírico, podemos decir por ahora que los actos que constituyen la conducta de un individuo son morales ó inmorales segun que redunden en provecho ó daño de sus coasociados.

Partiendo de esta definicion tan restricta, en apariencia, veremos sin embargo, desenvolverse todo el órden de las ideas morales más elevadas y refinadas.

De aquí resulta que todo un órden importantísimo de los fenómenos sociales, el de la filiacion histórica, no contribuye *directamente* á la distincion de los fenómenos morales; es decir, que el hecho de que los actos sociales de hoy se distingan por ser consecuencia forzosa de los actos sociales de ayer, no nos

da ningun nuevo concepto para la connotacion de la moralidad; como nos los da el hecho de que son obra del concurso de unidades distintas. Hago esta salvedad, porque desde otro punto de vista el concepto de filiacion histórica interviene poderosamente en las ideas morales.

El concurso de individuos distintos, aunque más ó ménos semejantes, es la base de la sociología; sus raices penetran profundamente en el terreno biológico y en el terreno psíquico. Donde aparece un organismo policelular, la biología descubre una forma de asociacion. Pero no necesitamos descender tanto; bastan para nuestro actual propósito los elementos psicológicos del problema. La presentacion ó representacion en un sér de otro sér semejante, es el punto de partida de toda una série de fenómenos de órden especial. Hay como una extension y reduplicacion del individuo, que se traduce primero por la repeticion ó imitacion involuntarias de los movimientos, y acaba por el acuerdo más ó ménos perfecto del estado anímico del uno con el del otro. Las funciones biológicas de la copulacion y la reproduccion fortalecen poderosamente esta correspondencia de individuo á individuo, cuando no sean su orígen. De esta suerte se establece una comunicacion de afectos, de tal naturaleza, que los dolores y males sentidos por un individuo, así como los placeres y bienes, son sentidos mediatamente, aunque á veces con no menor intensidad, por otro ú otros. Y así resulta que el impulso íntimo que nos lleva á evitar la pena y buscar el bienestar propios, se extiende hasta forzarnos á actos que redundan en inmediato provecho ó alivio de otro individuo. Ya tenemos entonces en accion la simpatía, fuerza no ménos activa, no ménos poderosa que el apetito de

conservacion, el cual parece contrariar muchas veces y á que, en último término, se refiere.

La existencia de la simpatía pura, sin mezcla ninguna de egoismo, ni de consideracion que, por rodeos más ó ménos largos, conduzca al interés personal, es un hecho que no debe perderse de vista en estos estudios. El hombre que, pasando por una ribera solitaria, ve á otro en peligro de ahogarse, y sin detenerse siquiera à despojarse de sus vestidos, se arroja al agua, con peligro manifiesto de su vida, para tratar de salvarlo, no ha obedecido á otro móvil que á la pura compasion, á la simpatía pura. El interés que se toma el espectador de una regata por alguno de los justadores, que le es completamente desconocido, el regocijo que experimenta por su triunfo, han nacido indudablemente de la pura simpatía. ¿Quién no advierte que entre los personajes coetáneos y extranjeros, con quienes no nos ligan intereses de raza, ni de comercio, ni de religion, etc., hay alguno ó algunos cuyos pasos seguimos con amor, por cuyas altas acciones nos llenamos de alegr a y cuyos fracasos nos dejan profundamente pesarosos? ¿Yqué otro sentimiento nos domina aquí, sino la más desinteresada simpatía? El amor entrañable con que una mujer cualquiera adopta un niño huérfano y desconocido, en quien derrama todos los tesoros de un cariño verdaderamente maternal, es un caso de simpatía, por más que se le busquen explicaciones de otro órden más fisiológico, que en nada se oponen á lo que voy exponiendo. Es un hecho innegable: el placer y el dolor agenos pueden ser un motivo determinante de nuestras acciones, por mera simpatía.

Uno de los filósofos más profundos de nuestro siglo, Schopenhauer, acepta en parte, y en parte

rechaza este principio. Acepta y reconoce la compasion ó sea la simpatía por las penas, como un poderoso móvil del corazon humano; y hasta llega á considerarla como el único fundamento de la moral; pero niega que la simpatía por los placeres pueda movernos.

«Nuestra simpatía, dice textualmente, no se dirige de una manera directa sino solamente á los *dolores* de los otros; su *bienestar* no la despierta, á lo ménos directamente: por sí mismo nos deja indiferentes».

Sus razones descansan exclusivamente en postulados que se derivan de su sistema pesimista. «Esto es así, añade, porque el dolor, el sufrimiento—y en estas expresiones es preciso comprender toda especie de privacion, de defecto, de necesidad y áun de deseo—son el objeto positivo, inmediato, de la sensibilidad. Por el contrario, lo propio de la satisfaccion, del goce, de la felicidad, es no ser más que la cesacion de una privacion, el apaciguamiento de un dolor, y por consiguiente obran de un modo negativo».

Nuestras investigaciones psicológicas nos ponen al desnudo lo falaz de semejante argumento: el placer es tan positivo como el dolor, y la simpatía por los placeres no ménos real que la compasion. En medio de un agradable reposo, cuando ningun ruido desapacible viene á molestar nuestro oido, ántes bien, suavemente halagado por el rumor de una tranquila corriente de agua y el susurro de un aire manso entre la fronda, se levanta una música tenue, que poco á poco va creciendo hasta convertirse en una exquisita sinfonía ejecutada por varios y acordados instrumentos. El placer intensísimo de que disfrutamos, ¿es resultado de algun con-

traste, de la cesacion de algun dolor, siquiera de la privacion anterior de actividad? No, porque el oido no sufria, no estaba inactivo; y porque el placer ha ido uniéndose al placer, hasta llegar al grado máximo. Basta analizar este ejemplo, para derrocar toda esa teoría, mera reproduccion de la vieja doctrina epicúrea.

Lo que hay es que el ejercicio de la simpatía pura se encuentra las más de las veces limitado por el poderoso llamamiento del deseo de conservacion; y que de los compromisos necesarios entre estas dos tendencias y de sus adaptaciones à las variadísimas condiciones del medio social resultan diversos estados anímicos de carácter mixto, que encubren más ó ménos el fondo realmente simpático con un barniz más ó ménos egoista.

Ni el egoismo por sí solo, ni la simpatía por sí sola, favorecerían de un modo adecuado el desarrollo social, y por consecuencia el individual. De aquí lo fundado de muchas críticas dirigidas al sistema meramente utilitario, y de aquí que no sea aceptable el sistema de Schopenhauer que coloca en la completa abnegacion el criterio de las acciones verdaderamente morales. Debemos considerar el individuo tal cual es, y los sentimientos morales, tales como han sido elaborados en el espíritu humano por las condiciones en que han crecido y se han robustecido. La disciplina moral, si ha de ser fructuosa, no ha de fundarse en meras abstracciones, ha de prender en el suelo de lo real, en el conocimiento de los fenómenos que trata de reducir à sistema, para sacar de él reglas y principios. Donde quiera que Schopenhauer descubre en una accion un fermento egoista, niega el calificativo de moral. De esta suerte la suma de moralidad en las acciones humanas queda-

ría reducida á una expresion infinitesimal; y tanto valdría renunciar á la moral. Pero no es así. Supongamos un caso extremo: un individuo que se preocupa exclusivamente de fomentar sus intereses materiales. Puro egoismo; ciertamente. Pero, si ilustrado por un conocimiento cabal del valor de la probidad en las transacciones humanas y del respeto á los contratos, ese hombre guarda escrupulosamente los suyos y no infiere perjuicio de ninguna suerte á los extraños, estará en los linderos de la moralidad, pero dentro de ella; primero, porque no daña; despues, porque, sabiéndolo ó no, coopera al bien comun. Y adviértase que el mismo insigne autor enuncia la máxima general que contiene la regla de las acciones morales, por una frase de dos miembros, el primero de los cuales dice: *Neminem lœde*, no dañes á nadie.

De todo esto resulta que la fuerza que nos arrastra á favorecer. socorrer y proteger á un semejante nuestro, ó por lo ménos á tomar una participacion propia en sus bienes ó males, se modifica al entrar en conflicto con el egoismo, y da nacimiento á muy diversos estados emocionales, los cuales constituyen una gran parte de los moviles que nos llevan á los actos morales.

Conveniente nos será, ántes de pasar más léjos, poner de manifiesto cómo este compromiso de sentimientos ha sido el factor más necesario para el progreso social; cómo los sentimientos primitivos egoistas ó altruistas hubieran sido ó pueden ser ántes rémora que impulso para este fin.

Respecto á los egoistas, la tarea es fácil, Ya hemos visto en la leccion anterior, como en las primeras etapas de la vida social el egoismo prepondera en tan alto grado, que la prole es sacrificada sin

miramientos, tan pronto como llega à ser siquiera un estorbo para los padres. Por otra parte, el predominio del más fuerte es tan absoluto, que la mujer y el vencido reciben sobre si lo más pesado de las faenas domésticas y agrícolas. Examinando estos dos hechos solamente, se advertirán à primera vista todas sus funestas consecuencias para el agregado social. La mujer, depauperada por el trabajo excesivo, llenará mal sus funciones primordiales, y la prole se resentirá forzosamente; abandonada además la educacion más rudimentaria, esa nueva forma de reproduccion, que consiste en la trasmision por el ejemplo y la doctrina de las buenas cualidades adquiridas, falta por completo; y faltan con ella las probabilidades de variabilidad y de mejor adaptacion. Como al mismo tiempo los sentimientos egoistas dominan en los hombres, en los señores, y su única ocupacion y placer es la depredacion, resulta de aqui que la crueldad y el endurecimiento ante el mal ageno, en los próximos como en los remotos, son lo normal en la escala de sus emociones. ¿Cómo extrañar entonces que estos agregados humanos no se eleven nunca de ese estado rudimentario? Pero àun en pueblos más adelantados, desde que un grupo privilegiado se aisla del resto de los coasociados, comienzan à producirse obstáculos insuperables para el desenvolvimiento nacional. Lo que se ha llamado el espiritu de clase no ha sido más que un egoismo colectivo de determinadas partes de un cuerpo social, enfrente del resto y en antagonismo permanente. El resultado ha sido siempre una série de conmociones más ó ménos profundas que han alterado, desviado ó anulado el progreso de los organismos en que han tenido lugar.

Por otra parte el altruismo sin contraste acabaria

por ser igualmente funesto. En el momento en que todos se desinteresaran en absoluto de si propios para sacrificarse por el provecho ageno, este provevecho seria nulo, porque se habria agotado la fuente de donde habia de manar. El altruismo verdadero impone una limitacion, mas no un sacrificio pleno de la propia personalidad. Hablo de los casos normales, de que se deriva el mayor provecho para la sociedad. La viuda que roba al reposo necesario las horas que consagra á una labor ímproba, para sustentar á sus infantes sin padre, si extrema el sacrificio y pone en peligro su vida ó la pierde, acarrea á sus hijos males mucho mayores que los que trató de evitar. El hombre benéfico, á quien una comarca debe cuidados, esfuerzos y trabajos que la mejoran y la llevan por el camino de la prosperidad, si en su afan patriótico sacrifica toda su fortuna ó toda su salud, tendrá que terminar su tarea ántes de que haya producido todos sus frutos, y arriesga quizás la pérdida, para esa comunidad predilecta, de tantos y tan nobles actos de abnegacion. El sabio, que persigue la resolucion de un problema de que depende el aumento de la potencia del hombre, si se sacrifica hasta perder ó aminorar esas fuerzas mentales que son su gran instrumento de produccion, bajará á la tumba, robando á sus semejantes un progreso que les hubiera asegurado con una dósis más alta de egoismo bien entendido.

En cambio como, en realidad, los impulsos meramente egoistas se encuentran por fuerza limitados, primero por el hecho mismo de la asociacion que pone en conflicto los impulsos tambien egoistas de los diversos individuos, y despues por las inclinaciones altruistas que nos llevan á ceder poca ó mucha parte de nuestro interés en alivio ó provecho de

nuestros semejantes; y como además estas inclinaciones sólo en casos muy excepcionales ahogan toda exigencia de los sentimientos egoistas, lo normal, lo constante es un compromiso entre esas dos tendencias opuestas, la produccion de una suerte de impulsos ó motivos de conducta en que dominan á la par ó en dósis diferentes el amor propio debidamente limitado y el amor del prógimo bien entendido.

Como toda desviacion en uno ú otro sentido es perjudicial, las necesidades mismas de la vida en comun establecen una especie de seleccion, cuyo resultado es el equilibrio más ó ménos justo de esas dos tendencias, en los impulsos que nos dirigen, los cuales desde entónces merecen el calificativo de morales.

Tenemos, pues, que la poderosa fuerza de conservacion que dirige al individuo en todos sus actos para adaptarse al medio circunstante, se modifica al contacto del medio social, reviste nuevas formas, se atempera á la nueva situacion, y es tanto más adecuada á sus fines, en cuanto cede más en provecho de los nuevos impulsos. La conducta del individuo reviste el carácter de social, porque sus actos no pueden queder aislados del agregado de individuos semejantes con quienes vive; ahora bien, si esa conducta obedece sólo á impulsos de interés exclusivo, si pierde de vista las relaciones que la unen con la conducta de los coasociados, es una conducta inmoral, dañosa en último término al agente, como á los demás; si esa conducta obedece á impulsos de interés colectivo, si no pierde de vista las relaciones sociales en que se encuentra forzosamente colocado el agente, es una conducta moral, provechosa al todo social y no ménos al que la sigue.

De esta suerte vemos patente que, dada la existen-

cia social, la conducta humana ha de revestir indudablemente en casos especiales caractéres especiales que le dan derecho al nombre de moral ó inmoral.

Pero aún nos falta, para darnos cuenta de cómo obran estos nuevos impulsos, producidos por la existencia en sociedad, detenernos en un punto interesante. Los motivos que rigen la forma de conducta que aquí examinamos tienen el carácter emocional; del compromiso de las tendencias egoistas y altruistas resúlta una clase de sentimientos que se llaman morales. Es decir, que la vida moral es posible, no porque esté informada por conceptos, sino porque depende dela esfera afectiva. La moralidad es un impulso á la accion, mediante la vida emocional. Las reglas morales empiezan por ser sentimientos morales.

En otros términos: el hombre vive en sociedad; de esta vida en comun nacen diversas suertes de conducta, á que se siente impulsado el hombre por diversas suertes de sentimientos de un órden especial que se llaman morales. Es decir que en la vida ssocial, el hombre está dirigido por cierta clase de sentimientos, entre otros, que son los morales.

Recordemos aquí la definicion que propuse del estado anímico que se llama sentimiento, en las conferencias sobre psicolog'a. Dige que era «el tono general de nuestra sensibilidad, con respecto á una clase entera de ideas y acciones». Y establecí entre la emocion y el sentimiento la misma gradualidad que entre la imágen ó idea concreta y la idea abstracta. La repeticion de emociones determinadas, provocadas por ideas semejantes, constituye una predisposicion permanente á sentirnos afectados de un modo placentero ó penoso cuando surjan las imágenes ó ideas de ese órden, y para actuar en consecuencia de un modo adecuado.

Ahora bien, todas aquellas relaciones sociales, en que entren de un modo ú otro en juego el interés personal ó la simpatia ó entrambos ó sus resultados, producen estados emocionales que se repiten á cada paso, y se agrupan por sus semejanzas, y nos llevan á ejecutar ciertas acciones en consonancia con el estado afectivo. Para llegar á la accion, hemos de pasar por los estados intermedios: la representacion de los actos preparatorios adecuados, la prevision de las consecuencias, el conflicto de los motivos, el fin propuesto, etc.; de suerte que cada sentimiento de esta especie despierta un sin número de estados mentales conjuntos, que quedan comprendidos en una misma generalizacion. Como el punto de partida ha sido una relacion social, un acto que hay que ejecutar para llenar alguno de los fines sociales, el sentimiento moral lleva especialmente imbíbita una representacion de actos que realizar ó de que abstenerse, que se formula las más de las veces y de un modo más ó menos claro, en una regla de conducta. Esta se produce por sí sola, adquiere relieve y estabilidad mediante el hecho de que es sólo una parte de un estado afectivo, y por tanto de que si es seguida favorece el estado actual del organismo, lleva consigo su recompensa; si es violada contraria el bienestar orgánico, lleva consigo su pena. Así es como descubrimos, por un sencillo análisis y de un modo natural, en los sentimientos morales, estos dos factores, que parecen especialmente adscritos á ellos y de un modo extra-natural: el precepto y la sancion. No debe extrañarnos ahora que, aguijoneados por la parte afectiva, obedezcamos en los más de los casos al criterio moral, por un impulso emocional. Esto depende de que el sentimiento moral es, como lo hemos visto, un verdadero sentimiento;

y dada la preponderancia que en él tiene la idea de accion, la idea de fin, se destacan más, elementos que se encuentran en el fondo de todo estado de esa naturaleza.

Aun cuando todo esto ha de ser más minuciosamente analizado al tratar de las fórmulas que sugieren los sentimientos que estudiamos y al establecer su desarrollo, conveniente será que aclaremos el punto con algun sencillo ejemplo.

Supongamos un jóven salvaje que hace sus primeras armas: el trance es peligroso, los enemigos son muchos en número y aguerridos, el novel combatiente está separado del grueso de los suyos por algunos árboles y matorrales, fácimente puede tomar la huida, ya comienza á flaquear... sin embargo se le representan con más ó ménos claridad las consecuencias de esta conducta, no quizás en lo que tiene conexion con los intereses de su tribu, sino en lo que á él personalmente se refiere, las reprensiones y castigos de los ancianos, las burlas de sus compañeros, el desdén de las mujeres; y la necesidad de la aprobacion, del honor social, le aguija tan poderosamente que es bastante para vencer las excitaciones del temor naciente; resiste, pelea con fortaleza y al cabo vuelve triunfante. Aquí ha vencido un sentimiento ego-altruista, que pudiera formularse en forma de precepto: debes merecer la aprobacion de los tuyos, ó te es útil la aprobacion de los tuyos, ó te complace la aprobacion de los tuyos, segun el carácter predominante del individuo. Sin embargo, vemos que ha obrado no como precepto, sino como emocion, para neutralizar otra emicion. Y ¿por qué ha vencido? Porque la suma de fuerzas, que se ha ido aglomerando en todas las emociones previas que han determinado su inclinacion á las alabanzas y

estimacion de sus coasociados, supera á la fuerza impulsiva del miedo en aquella ocasion; porque de desobedecerle se le hubiera seguido un estado anímico intolerable en la presentacion y en la representacion. Había llegado á ser pundonoroso, y el sentimiento del pundonor violado era para él un mal mayor, que el de conservacion en peligro. Otro individuo más indiferente á los aplausos y reprimendas no hubiera titubeado en abandonar el puesto; así como otro en quien hubieran estado más desarrollados los puros sentimientos altruistas, se hubiera decidido á quedarse y resistir, por la consideracion de los males que podrian sobrevenir á los otros combatientes por falta de su auxilio, por el abandono de su puesto; y por la representacion de su aduar entregado á las llamas, su padre anciano, su madre, sus hermanas y esposas esclavizadas y maltratadas.

Esto nos permite considerar cómo funciona en la normalidad de los casos el sentimiento que vamos estudiando. El acto que tenemos que ejecutar reviste el carácter de fin á que hemos de adaptar nuestra conducta; los casos posibles de adaptacion son otros tantos motivos que se refuerzan ó contrarían, y el impulso moral viene á decidirnos, ya se presente en su carácter primario de emocion que aguija y domina, ya con el carácter de acto meramente intelectual en forma de regla de conducta, ya con el carácter de estado mixto, á la vez sensible é ideacional, en forma de precepto.

De todos modos vemos que se trata aquí de una clase especial de estados mentales sumamente complejos; y que sólo un análisis de su génesis, que los descomponga en sus diversos factores, nos puede permitir desentrañar el importante fenómeno de la

moralidad, seguirlo á través de sus transformaciones, bosquejar las leyes que lo rigen, y distinguirlo de las nociones accesorias con que más ó ménos propiamente aparece mezclado.

Esta será, en resúmen, la materia de las presentes conferencias. Por lo pronto en las próximas hemos de considerar los diversos factores de que se componen los sentimientos morales. Si es posible este análisis, si nos lleva á conclusiones satisfactorias, mucho tendremos adelantado para constituir la ciencia de la moral.

Bien se me alcanza que esta manera de estudiar y concebir los fenómenos morales se aparta muy mucho de los senderos trillados; y que mis conclusiones podrán parecer singularmente extrañas y aventuradas. Pero adviértase que yo entrego á mis oyentes todos los materiales con que pretendo construir; si mis análisis son completos, en los elementos simples que encontremos, no en mi intencion, estará lo que de ellos se desprenda; si son deficientes ya será más fácil completarlos al que venga despues. De todos modos no se me acusará de dogmatizar en una materia, esterilizada durante tantos siglos por el dogmatismo.



LECCION III.

SUMARIO.—Tres clases de factores de los sentimientos morales: biológicos, psíquicos y sociales.—Factores biológicos.—La herencia.—Enunciado de esta ley biológica.—Su empleo como instrumento de deduccion.—Su significacion como factor biológico de los sentimientos morales.—Condiciones en que se verifica la ley de herencia dentro de los grupos naturales ó familias.—Pruebas de que se heredan los sentimientos, tendencias y predisposiciones morales.—Consecuencias de este hecho.—Importancia social de la ley de herencia.—La trasmision hereditaria es una de las concausas del carácter nacional.—Resultado de esta ley en la evolucion de la moralidad.

SEÑORES:

Cuando se trata de estados subjetivos tan eminentemente complejos como los sentimientos morales, nnnca puede pecar el análisis de minucioso; así es que me propongo llevarlo hasta donde me sea dable, en la pesquisa de los factores que entran á componerlos.

Considerando el sujeto en que se producen y las influencias principales á que está sometido en su produccion, podemos desde luego inferir que hemos de encontrar tres distintos órdenes de factores. El sujeto es primeramente un organismo, cuyo estados, cambios y afecciones tienen grande y constante resonancia en sus estados subjetivos; en los sentimientos morales, por tanto, como en todos los demás, hemos de encontrer un órden de elementos que debiéramos llamar biológicos, porque dependen de las

leyes de la vida, tales como se manifiestan en las funciones orgánicas. Pero en este organismo se desarrolla toda una série variadísima de fenómenos gradualmente conscientes que influyen sobre los anteriores, así como son influidos por ellos; en la clase de sentimientos que ahora estudiamos hemos de encontrar tambien elementos que merecen el nombre de psíquicos, porque obedecen á las leyes del espíritu. Pero, desde el punto de vista más especial en que nos coloca nuestro estudio, ya sabemos que el medio social es el que modifica más directamente estos estados emocionales; de aquí una tercer clase de *elementos*, que llamarémos con propiedad sociales. En resúmen, los factores de los sentimientos morales se han de encontrar comprendidos en una de estas tres clases: biológicos, psíquicos y sociales.

Nuestro estudio se limitará ahora á los primeros.

Desde el momento en que estamos en presencia de un organismo, un hecho capital se destaca á nuestra vista, como queriendo dominar todos los otros. Fuera de esos séres de todo en todo rudimentarios que, no poseyendo una forma definida, no pueden trasmitirla, los efemeromorfos de Bastian; la primera ley de los séres organizados es que el semejante produce el semejante. Estamos en presencia de este gran hecho: la herencia. Los descendientes, en un ciclo más ó ménos largo, repiten las formas de los ascendientes. Enunciamos así la ley á la vez más general y más misteriosa del mundo orgánico. Considerada la reproduccion como un exceso de crecimiento en organismos plenamente nutridos; su forma más simple, la segmentacion, nos explica la semejanza del nuevo sér, que no es sino una parte del anterior apénas diferenciado. Pero, á medida que se diferen-

cian los organismos, el acto de la reproduccion se complica cada vez más; y cuando llegamos al proceso de copulacion, es decir, cuando ya el nuevo sér es producto de séres diferenciados sexualmente, de la ley de herencia lo que casi únicamente podemos afirmar es la existencia: la forma del hijo será semejante á la del padre ó á la de la madre, ó participará de entrambos, ó se referirá á un ascendiente. De modo que ya esa gran generalizacion, cada sér produce su semejante, ha perdido en gran parte su carácter de exactitud absoluta. Hé aquí cómo, sabiendo á ciencia cierta que existe y que se manifiesta en todos los fenómenos orgánicos esta gran ley de permanencia, hasta ahora, como instrumento de deduccion, ha sido de una utilidad muy relativa. Por donde quiera, en el gradual desarrollo y extension de las especies vegetales y animales, vemos su obra; importa muy mucho señalarle su parte; pero hasta ahora sólo podemos decir que funciona, mas no cómo funciona. Dado un fenómeno, estamos en aptitud de determinar que es un caso de herencia; pero son tantos y tantos los elementos que intervienen para reforzarla, templarla ó desviarla, que si, dado los ascendientes, queremos determinar lo que de ellos heredará la prole, tendrémos que contentarnos con vagas generalidades y probabilidades.

Esto no se opone á que, considerada una gran masa de hechos, podamos señalar con alguna mayor precision sus efectos; así dentro de las especies, variedades, grupos y familias, la ley de herencia nos permite previsiones muy útiles y aplicables al conocimiento y á la accion. Desde este punto de vista es como habrémos de considerar la ley de herencia, en su carácter de factor biológico de los sentimientos morales. Su accion no es tan inmediata

y directa que, dado un sentimiento especial, lo hayamos de encontrar invariablemente reproducido en la descendencia; pero es suficientemente constante, para que sus efectos no sean perdidos y entren como componentes en las predisposiciones del individuo, la familia ó la tribu, segun se considere un radio más ó ménos extenso. Así áun desde este punto de vista tan limitado, vemos cómo todo sentimiento adquirido ha debido ser una ganancia real, para el grupo humano en que se hizo su adquisicion. Comprobada la existencia de esta ley en el campo de nuestros estudios, no sabrémos cómo se ha hecho la trasmision, pero podemos estar seguros de que se ha verificado.

Esto nos lleva à tratar de indagar si, dentro de los grupos formados por la generacion, los sentimientos, tendencias ó predisposiciones morales, se heredan como se heredan la estructura y sus modificaciones. Despues veremos las consecuencias de este hecho primordial.

Forzado me veré à detenerme en la enumeracion de casos; áun à riesgo de ser prolijo; pero en los estudios de esta naturaleza no es posible perder de vista el consejo de Buffon: recojamos hechos para adquirir ideas.

Desde luego importa advertir que cualquier individuo de la especie humana es el resultado de la union y mezcla de las numerosas influencias hereditarias que representan sus dos líneas de ascendientes; así es que, ya en el primer grupo natural, la familia, no debemos prometernos encontrar una reproduccion invariable de los sentimientos de los padres, sino matices más ó ménos acentuados de esos sentimientos, cuando no otros al parecer nuevos que se refieran à ascendientes más lejanos. Pero,

con esta salvedad, debemos interrogar los hechos, à ver si nos permiten aseverar la trasmision hereditaria de los sentimientos, Las condiciones mismas del problema, dadas las diversas causas que concurren à atenuar, desviar y àun contrariar la obra de la herencia, nos obligan á fijarnos solamente en los sentimientos que salen del órden normal; pero de éstos podemos legítimamente concluir à los normales, pues no son nuevas manifestaciones de la vida subjetiva, ni tienen distinto orgen, ni entran por distinta manera en la composicion del carécter.

Como ha dicho excelentemente Ribot, los modos de la sensibilidad están ligados tan íntimamente à los órganos y à la constitucion entera, que *a priori* se puede suponer que la herencia los trasmite. Veamos primeramente esas necesidades primordiales, que encontramos en la psicología formando la base de toda la vida afectiva; y si las consideramos exacerbadas hasta el punto de constituir una forma grosera de pasiones, se nos ofrecerán mil casos auténticos de trasmision hereditaria.

En la *dipsomania* ó alcoholismo todos los autores la admiten. Gall cita el caso de una familia rusa, en que el padre y el abuelo habian muerto prematuramente, víctimas de su aficion à las bebidas alcohólicas; el nieto comenzó à manifestarla de un modo notable desde la edad de cinco años.

El doctor Morel refiere la historia de una familia de los Vosgues, cuyo bisabuelo era dipsómano, y à quien su pasion costó la vida; el abuelo murió maniaco, à consecuencia de lo mismo; en los descendientes se transformó la tendencia, degenerando en hipocondría é inclinaciones homicidas en el hijo, y en estupidez é idiotismo en el nieto.

M. Trélat cuenta de una señora de muy buenas

costumbres, á quien acometian irresistibles accesos de dipsomanía. Nada era omitido por su parte para llegar á curarse de un vicio que le parecía abominable; pero todo en vano. La madre y un tio de esta señora eran dipsómanos.

El apetito voraz se trasmite igualmente por herencia. Una de las familias reinantes de Europa es célebre á este respecto, desde hace siglos. Saint-Simon fué testigo de la voracidad del *gran rey*; y se sabe que el hermano de Luis XIV y todos sus hijos se distinguieron como golosos y glotones. La glotonería de Cárlos V, reaparece en su nieto el infante D. Cárlos.

La trasmision del apetito sexual, en el grado de pasion, es fácil de comprobar. Ribot cita nombres muy conocidos de personajes históricos, como Alejandro VI y sus hijos, Luisa de Saboya y Francisco I, etc.; pero tomaré á Lucas dos casos dignos de especial nota. «He conocido, dice, un hombre muy gentil, de excelente salud, pero dominado por una pasion sin freno por el vino y las mujeres. Tuvo un hijo que, desde la adolescencia, era extremado en ambos vicios..... El hijo de este segundo acaba de morir jóven, pero incorregible de los mismos vicios que su padre y abuelo».

Hé aquí el otro: «Un cocinero de rara aptitud para su oficio, ha sido toda su vida, y hoy mismo con más de sesenta años, dado con frenesí á las mujeres. A esta pasion se une el gusto por la sodomía. Uno de sus hijos naturales que vive separado de él, *que no lo conoce,* y que no cuenta todavía diez y nueve años cumplidos, ha presentado, casi en la infancia, todas las señales del erotismo lúbrico; y lo más notable es que tiene, como su padre, la aficion de dirigirse indistintamente á uno ú otro sexo».

Elevémonos ahora á otras formas más complejas de los estados impulsivos y afectivos; consideremos los sentimientos que se derivan de una poderosa personalidad que lucha resueltamente por la vida, el espíritu de dominacion, la actividad política, y áun aquellas desviaciones que descienden hasta el despojo de los bienes ajenos, la acometividad no ya para la defensa, sino para el crímen; y verémos la ley de herencia ejercitándose en las familias imperantes, como en los criminales congénitos.

Veamos estos ejemplos que cita Voltaire: «Lo físico, padre de lo moral, trasmite el mismo carácter de padres á hijos durante generaciones. Los Apios fueron siempre orgullosos é inflexibles. Los Catones siempre severos. Toda la línea de los Guisas fué audaz, temeraria, facciosa, amasada del más insolente orgullo y de la cortesía más seductora. Desde Francisco de Guisa, hasta el que, sólo, sin ser esperado, fué á ponerse á la cabeza del pueblo de Nápoles, todos fueron de una apostura, valor é imaginacion que exceden á lo comun en los demás hombres. He visto los retratos, en pié, de Francisco de Guisa, del Acuchillado y de su hijo; su talla es de seis piés, tienen las mismas facciones, el mismo valor é idéntica audacia pintados en la frente, en los ojos y en la actitud».

Debemos á Ribot una extensa lista de hombres políticos y guerreros, donde la abundancia es la única dificultad que se presenta para la eleccion. Me contentaré con citar la familia de los Médicis, que parte desde Silvestre, gonfalonier de Florencia, y se divide en dos ramas, compuestas de personajes célebres en la política de su tiempo, hasta la quinta y sexta generacion. Entre los guerreros citaré al gobernador de los Paises Bajos, Mauricio de Nassau,

uno de los más ilustres capitanes de su época: su padre fué Guillermo de Orange, el Taciturno; su abuelo, el elector de Sajonia, Mauricio; su hermano, el estatuder Federico Guillermo, su sobrino, el gran Turena, y el nieto de su hermano, Guillermo III, estatuder y rey de Inglaterra.

Como contraste, pero no ménos instructivo, veamos ahora los impulsos criminales, debidos á la acometividad é irascibilidad, trasmitiéndose de padres á hijos. Respecto á la tendencia al robo el Dr. Despine ha acumulado los ejemplos, pero elegiré, á imitacion de Ribot, uno que vale por todos, el de la familia Chretien.

Con motivo de los atentados de una banda de criminales, juzgada en 1857, se publicaron las genealogías de los cuatro principales: en todos la criminalidad era hereditaria. Fijémonos sólo en la ascendencia del llamado Lemaire.

Juan Chretien, bisabuelo de este, tuvo tres hijos: Pedro, Tomás y Juan Bautista.

1° Pedro tuvo por hijo á Juan Francisco, condenado á trabajos forzados á perpetuidad, por robo y asesinato.

2° Tomás tuvo: *a)* Francisco, condenado á la misma pena, por haber asesinado á su mujer; *b)* Martin, condenado á muerte por asesinato. Un hijo de éste murió deportado en Cayena por robo.

3° Juan Bautista tuvo por hijo á Juan Francisco, esposo de María Tauré, también de una familia de criminales; de este matrimonio nacieron; 1° Juan Francisco, condenado por muchos robos; 2° Benito, que murió en un escalamiento para robar; 3° Clain, condenado por diversos robos; 4° Marí-Reina, murió en prisión donde estaba por numerosos robos: 5° María Rosa, cuya história es la misma; 6° Victor,

preso por robo; 7º Victorina, madre del acusado. La quinta hija, María Rosa, tuvo un hijo natural condenado varias veces por robo. Todavía entre los ascendientes y colaterales de Lemaire pudiéramos encontrar otros criminales, en el árbol mucho mas detallado de Lombroso.

Lo mismo pudiéramos demostrar respecto á homicidas é incendiarios; pero basta con lo expuesto. Como últimos datos pondré los estadísticos que nos ofrece el criminalista citado. Segun las observaciones del profesor Virgilio, éste, en sus investigaciones en las cárceles de Italia, habia encontrado un 28,80 por 100 de reos, cuyos padres padres habian sido criminales, sin contar un 6 por 100 de colaterales. Sobre 3,580 reos de menor edad, 707 eran hijos de sentenciados, y 308 de padres que vivian en concubinato. El mismo Lombroso cita la descendencia de una mujer de pésima fama llamada Motgar: de 900 descendientes salieron 200 malhechores y 200 entre locos y vagabundos.

Consideremos ahora sentimientos de un órden superior. Ese estado anímico tan complejo, en que entran por partes desiguales y cambiantes el temor, la admiración y áun movimientos de erotismo perfectamente definido, la religiosidad, sobre todo en el grado extremo que toca al misticismo, se hereda, apesar de su misma complejidad. Los padres de Santa Teresa de Jusús fueron singularmente devotos; y sabido es que uno de sus hermanos la acompañaba en sus fervores y prácticas infantiles. El padre de Swedenborg fué un eclesiástico grandemente dado á las investigaciones teológicas, que lo condujeron al deismo.

La afición artistíca, el sentimiento estético es trasmisible en grado sumo. Ribot trae una extensa

lista de poetas, en cuyas familias ha sido hereditaria esta suerte de inspiración. Básteme citar á Lope de Vega y su hijos: los dos Corneille, de quienes fué sobrino Fontenelle; los dos Musset; los dos Chenier; el Tasso y su padre; los dos Moratin, padre é hijo; Andrés Bello y su hijo Emilio; y por último á Víctor Hugo, sus dos hermanos Eugenio y Abel y sus dos hijos Cárlos Víctor y Francisco Víctor.

Galton nos ofrece una lista de pintores en quienes es hereditario el talento pictórico; hasta el punto de constituir familias, como la de los Landseers, en Inglaterra; la de los Bonheur, en Francia; las de los Bellini y los Caracci en Italia; las de los Téniers, los Van Ostede, los Mieris y Van der Velde, en los Paises Bajos. Murillo era sobrino del celebrado Juan de Castilla, así como de Agustin del Castillo y primo de Antonio del Castillo, pintores afamados. Pero sobre todo la familia del Ticiano, en la cual se cuentan nueve pintores notables.

En cuanto al sentimiento musical, ha dicho con razón Letourneau, que en él parece haberse extremado la ley de herencia. Nada seria más fácil que acumular los ejemplos. La familia de los Benda, notables violinistas, que empieza con Francisco, y sigue en sus tres hermanos, dos hijos, dos hijas y dos sobrinos. El abuelo de Mendelssohn escribe notablemente sobre estética; su padre es un distinguido aficionado en materias musicales, su hermana, hábil pianista que lo acompaña en todos sus trabajos. La familia de Mozart empieza á hacerse notar desde su padre; su hermana demostró un talento precoz para la música, su hijo Cárlos fué un verdadero *amateur*, y su hijo póstumo Wolfgany fué compositor. Pero el caso más señalado, y, como dice Ribot, el caso más bello de herencia mental

que pueda señalarse es el de la familia Bach. Hé aquí lo que dice Fétis:

«Comienza en 1550 y atraviesa ocho generaciones... De esta familia ha salido, durante cerca de doscientos años, una multitud de artistas de primer órden. No hay otro ejemplo de una reunión de facultades tan notables en una sola familia. Su jefe Weit Bach, panadero en Presburgo, que descansaba de su trabajo entregándose al canto y la música. Tuvo dos hijos que comenzaron esa série no interrumpida de músicos del mismo nombre que invadieron á Thuringia, Sajonia y Franconia, durante cerca de dos siglos. Todos fueron organistas ó cantores de parroquia, ó lo que se llama en Alemania músicos de ciudad. Cuando se dispersaron los miembros de esa familia, ya demasiado numerosos para vivir juntos, convinieron en reunirse una vez por año y en dia fijo, á fin de conservar entre sí una especie de vinculo patriarcal. Este uso se perpetuó hasta mitad del siglo XVIII; y muchas veces se vió hasta ciento veinte personas, hombres, mujeres y niños, del apellido Bach, reunidas en el mismo lugar.» En esta familia se cuentan veintinueve músicos eminentes, entre ellos el célebre Sebastián, y Fétis menciona cincuenta y siete en su Diccionario.

La afirmacion de que los sentimientos se heredan aparece ahora suficientemente justificada. Mas no debemos perder de vista la forma que forzosamente adopta aquí la herencia. Un individuo viene á ser un foco á donde han convergido muy diversos rayos, para formar una mezcla, un todo especial, que es su temple afectivo. A su vez irradia en distintas direcciones, por la generacion, los sentimientos adquiridos, y asi viene á ser un nuevo punto de partida para sentimientos ya modificados. Cada individuo

puede ser, y es por lo general, tronco de una familia que se enlaza con otras diversas, y lleva la influencia comunicada á través de la masa de sus coasociados en un radio cada vez más extenso.

De aquí una conclusion importantísima. La familia, como entidad parcial, puede degenerar y degenera. Jacoby acaba de probar que esta es ley de todas las familias que adquieren una superioridad cualquiera. Mas, para el conjunto social, los sentimientos que en una familia se han depurado y ennoblecido no son por eso una fuerza perdida. Sin hablar ahora de la imitacion, el ejemplo, etc., y meramente por la alianza de las familias entre sí, la trasmision hereditaria actúa en todos los sentidos, y afianza las adquisiciones hechas. Los individuos que, en los albores de la moralidad social, adquirian ó robustecian ciertas tendencias morales que los hacian superiores en su medio, en su tribu, los trasmitian en tan diversas direcciones, que al cabo hab a de ser una adquisicion para la unidad étnica en conjunto. Aunque todos los hijos é hijas de un guerrero prudente no fuesen tan prudentes como su padre, lo poco ó mucho que heredasen de esta cualidad se había de trasmitir á su respectiva descendencia, donde se encontrarian nuevas cualidades, derivadas de otras líneas, que vinieran á reforzar ó modificar la prudencia ya adquirida.

Hé aquí cómo la herencia, obrando en la familia y por medio de la familia, ha tenido y tiene gran importancia como factor moral; es decir, cómo ha sido una gran fuerza social. En los grupos formados por la extension de la familia y sus allegados, como la *fatria* ateniense, la *gens* romana ó el *mir* ruso, ha propagado y fortalecido los sentimientos morales dominantes, los ha acentuado, y así ha hecho más

segura su trasmision. El sentimiento de un individuo se ha difundido más ó ménos en sus descendientes y los cognados de éstos, y al fin adquiere un color colectivo que puede servir para distinguir todo el grupo. Aun en nuestra época, en que estamos tan léjos de la organizacion por familias, en aquellos lugares donde ha sobrevido más ó ménos, nada es más frecuente que ver atribuir á un individuo virtudes ó vicios, no más que en atencion á la familia á que pertenece.

El tránsito de aquí á la unidad superior, como organizacion social, ciudad, nacion, se hace por extension de los mismos medios. La trasmision en virtud de la generacion no cambia de carácter, por más que sus resultados sean tan complejos que escapen á todo cálculo. La existencia, sin embargo, de los que se llaman caractéres nacionales es un hecho; y la trasmision hereditaria una de sus concausas.

«Cuando hombres venidos de lugares diversos, dice el Dr. Clavel, sufren en un mismo país, influencias climatéricas análogas y que traen consigo analogías, si no identidades, en el ejercicio de todas las funciones; cuando la sangre de las familias se mezcla por el matrimonio, y esto durante una série de generaciones, resulta que las desemejanzas originarias se borran poco á poco, y las constituciones se aproximan á un tipo que representa á la vez el término medio de las organizaciones primitivas y el término medio de las influencias clamatéricas y geográficas. Durante mucho tiempo los niños ostentan caractéres extraños á ese tipo y que se referian á otras razas; durante mucho tiempo su organizacion está mal equilibrada ó hecha para adaptarse á otro clima. Pero llega el momento en que se establecen la proporcion y la armonía entre los diversos apara-

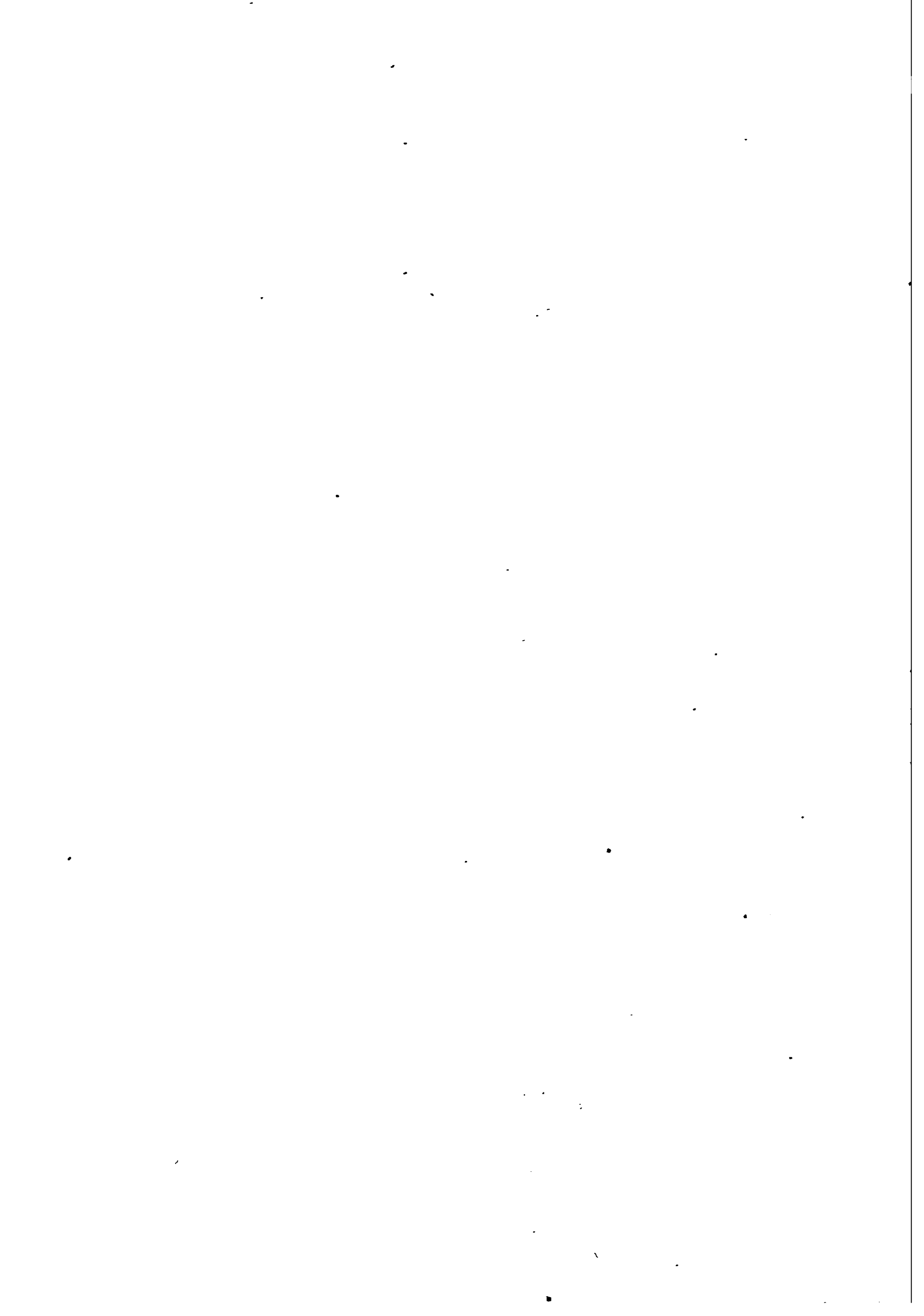
tos, que adquieren vigor, prestándose mútuo apoyo, en que las facultades se equilibran, en que los hombres de una misma ciudad parecen hermanos, y llevan igualmente el sello de los lugares que habitan. La raza está ya formada».

Esta descripcion física se adapta punto por punto á los caractéres morales. Aquí aparece toda la importancia de la herencia, como engendradora y trasmisora de los sentimientos éticos. Al mezclarse las familias, se mezclan sus cualidades; la herencia puede trasmitir el sentimiento, puede descomponerlo y trasmitir alguno ó algunos de sus elementos. No se olvide la complejidad de los estados subjetivos á que me estoy refiriendo. Ese análisis, si se me permite la expresion, favorece la síntesis que requiere el estado social; así se refuerza, cuando no se forma por completo, una predisposicion favorable á determinados sentimientos morales, que son los que se compadecen con el estado social de la época; así la herencia hace evolucionar la moralidad. ¿Cuál es el resultado? Un término medio de moralidad para cada grupo étnico en cada período de su historia.

Para no perdernos en las vaguedades de una descripcion más ó ménos fiel de los sentimientos de éste ó el otro pueblo, busquemos un caso especial; veamos uno de esos grupos que circunstancias particulares han conservado en el aislamiento, en medio del cruzamiento y alianza de los que los rodean, y verémos destacarse el papel de la herencia en lo físico y moral. Los judíos, los cagotes de los Pirineos son ejemplos de éstos; pero me detendré en los gitanos. Borrow, que ha hecho de ellos un notable estudio, traza su retrato en lo intelectual y moral, y puede resumirse así: tienen la movilidad del niño, y su inconstancia; son esclavos de sus pasiones como el

salvaje, pero dominados por el estado social de los pueblos entre quienes habitan sin confundirse; son ántes taimados y astutos que violentos; tienen la credulidad del ignorante, y perezosos y vagabundos por naturaleza, se dan al robo con pasion desenfrenada. Un rasgo, que refiere este autor, acabará de pintarlos. Borrow les tradujo en su lenguaje el Evangelio segun San Lúcas; los gitanos aceptaron el libro, lo miraron como talisman, y lo llevaban consigo cuando salian á robar. Léanse ahora los cuadros de gitanos en que abundan las literaturas meridionales de Europa, desde el siglo XV acá, y dígase si este retrato moral hecho por un escritor de nuestra época, no es de sorprendente parecido.

No necesitamos mayor prueba. El sentimiento moral ó mejor dicho los sentimientos morales, se trasmiten por la herencia de padres á hijos, pasan de generacion en generacion, y acaban por extenderse en los grandes grupos étnicos, que llamamos naciones y razas. Las adquisiciones del hombre, en este importante dominio de su sér, se perpetúan, mas como todas, se perpetúan evolucionando. Hemos visto hoy la parte que toca á la permanencia, á lo constante; en la próxima conferencia dirémos algo de lo que toca á la variabilidad, á lo mudable. Son términos correlativos, los elementos mismos de la evolucion.



LECCION IV.

SUMARIO.—Continuacion del análisis de los facctores biológicos: la adaptacion.—Cambios en el medio ambiente.—Aclimatacion.—Modificaciones por uso ó desuso de los órganos.—Teoria de Montesquieu.—Influencia de las estaciones.—Modificaciones por la correlacion de las partes.—Ley de compensacion.—Instabilidad del substratum orgánico.—Variaciones en los órganos excesivamente desarrollados.—Atavismo.—Efectos del cambio de alimentacion en las razas humanas.—Cómo influye la variabilidad biológica en la formacion de los sentimientos morales.—La seleccion orgánica se convierte en seleccion emocional.

SEÑORES:

Al considerar los hechos prolijamente expuestos en la lección anterior, no puede menos de notarse que presentan á primera vista cierto carácter de excepcionales, que pugna con la fijeza y generalidad de la ley á que obedecen. Aunque se anuncia que cada sér produce su semejante, vemos que la semejanza dista mucho de ser completa, y á veces desaparece del todo. Ya cuidé de advertir cómo debiamos interpretar la ley de herencia, y las muchas circunstancias que contribuyen á contrabalancearla y desviarla. Cierto es que, prestando mayor atención á sus manifestaciones de la que se les ha concedido hasta aquí, descubririamos más frecuentemente su accion; pero no es ménos cierto que la herencia es sólo un elemento en la composicion del organismo, y por consiguiente en la del carácter, y que se en-

cuentra en presencia de otro elemento no ménos importante en el desarrollo de los séres vivientes: la tendencia à variar para adaptarse. Dadas las condiciones en que viven los organismos, las acciones y reacciones que forzosamente se establecen entre ellos y su medio, la permanencia y la variabilidad son la consecuencia ineludible de ese estado de cosas.

Hoy nos toca considerar la segunda fase de este poblema, la variabilidad. No esperen mis benévolos oyentes afirmaciones más precisas que las contenidad en la conferencia anterior. Por donde quiera que dirigimos la vista, en el mundo inorgánico como en el orgánico, vemos patentes los efectos de esta ley, como vemos los de la herencia; y sin embargo, ¡qué poco sabemos de las condiciones de ámbas, en el sentido que debe tener para el hombre sincero la palabra saber! Aun reduciéndose á la esfera meramente biológica, un sabio tan eminente como Darwin, ha tenido que hacer esta noble confesion: «Profunda es nuestra ignorancia de las leves de la variacion».

Pero sus efectos se ofrecen incesante y continuadamente á nuestra vista, y no podemos, como tantos sistemas exclusivos, cerrar los ojos á la evidencia. Los organismos varían, varía su estructura, se modifican sus órganos y las funciones que desempeñan; cambia su poder receptivo y activo; por poco que sepamos de las causas de este hecho tan general, fuerza es que nos fijemos en él, para tratar de indagarlas.

Dado un individuo con su organización heredada, vamos á introducir hipotéticamente un cambio en el medio en que vive, y veremos el resultado. Este cambio puede adoptar diversas formas: clima en toda su generalidad, habitacion, alimentacion, ries-

go ó seguridad individual. Las costumbres heredadas, esto es las acciones ya aptas para acomodarse al medio en que vivieron los padres y en que nació el indiv duo, tienen que modificarse, so pena de graves trastornos orgánicos, para ajustarse á la nueva forma de actividad que exijan las nuevas circunstancias; de aquí el mayor uso de ciertas partes ó aparatos y su sucesivo desarrollo y fortalecimiento, y el menor de otros, y su mayor ó menor atrofia. Introducido este desequililibrio, la correlacion ya establecida en el consensus orgánico no puede quedar intacta, y esta primera causa de variacion (la del uso ó desuso) trae consigo otras por correlación de las partes. Dado el impulso á la variacion, circunstancias distintas pueden favarecerlo y dirigirlo en determinada direccion en el organismo, como la compensación entre las partes que más se desarrollan y otras que no por el desuso, sino por falta de energía sufren en su desenvolvimiento; la instabilidad que presentan las partes ménos orgánicas del indivíduo, si es lícito hablar as ; la que presentan tambien las partes demasiado desarrolladas; y por último, la misma herencia, en la forma de atavisimo, es decir, presentando en el descendiente una acomodacion, una costumbre que ya existió en el antepasado.

Basta á nuestro propósito esta breve enumeración; no pretendo que sea completa. Así y todo, necesario es que nos detengamos algo más en cada una de sus partes.

Que la aclimatación sea una causa de variabilidad orgánica, no puede negarse; baste considerar los sistemas harto exclusivos á que ha dado orígen desde la antigüedad; hasta dónde llegue su accion en el indivíduo y en la raza, es muy difícil precisarlo.

Dada la repercusión que tienen en el organismo àun las variaciones periódicas del medio ambiente, debemos considerar la que tendrá un cambio completo. Así podemos observar que un árbol que crece aislado, aumenta en grueso y disminuye en altura, à la inversa de lo que ocurre con los árboles que crecen en los bosques. El buey, entregado à sí mismo en las llanuras de la América Meridional, pierde su pelo total ó parcialmente. Mr. Roulin ha observado alli mismo, que el polluelo, al salir del cascaron, en vez de estar cubierto de plumon espeso como en Francia é Inglaterra, nace completamente desnudo, exceptuando las plumas mayores del ala. Pero esto únicamentente en las familias ya de muy atrás aclimatadas en nuestros climas.

Modificaciones más profundas han de seguir necesariamente à una accion eficaz y continuada. Sabemos que todo órgano, solicitado, dentro de ciertos límites, à un ejercicio continuado, se desarrolla gradualmente. Ahora bien, la accion de los diversos agentes que constituyen el medio externo tiene que concentrarse sobre determinados aparatos ù órganos, ya los respiratorios, ya los nutritivos, ya los secretorios, &, y producir cambios corespondientes, siempre que su accion no sea tan rápida y poderosa que produzca la destrucción y no la adaptación. A medida que descendemos hácia el Ecuador vemos que la coloración de la piel en el hombre se oscurece; y en proporcion vemos que una residencia prolongada y la inmigracion en esos climas altera à la larga la coloracion de individvos y razas nacidos más al norte. Pruner-Bey refiere que el viajero español Antonio Abadía volvió de Abisinia, con un color de bronce oscuro. Darwin cita, segun el testimonio del Doctor Rolle, el hecho de que la mayor

parte de las familias alemanas establecidas en Georgia han adquirido en el trascurso de dos generaciones cabellos y ojos negros. El Dr. Le Bon refiere que, en excursiones sobre los ventisqueros, donde la temperatura es muy baja, pero donde la acción del sol reflejado por el hielo es muy intensa, ha visto sus manos habitualmente blancas ir tomando el color rojo oscuro.

No ménos que la luz, la temperatura, el estado higrométrico, la pureza del aire, la configuracion del suelo, su composición y el aspecto general del país influyen de un modo directo en las variaciones orgánicas, y por consecuencia en las variaciones emocionales. Las mismas especies vejetales y animales se nos presentan considerablemente modificadas dentro de los limites posibles de temperatura, en las costas y en el interior, en las montañas y en las llanuras. De Hipócrates acá no ha cesado de comprobarse la eficia de *los aires, las aguas y los lugares* como modificadores del hombre en lo orgánico; é infinitas veces se ha extendido su accion á su parte subjetiva. Ya Grote nos hace observar que los filósofos y legisladores de la antigüedad habian notado el contraste existente entre las poblaciones del interior y las del litoral; presentando á las primeras como grandemente conservadoras y hostiles á todo cambio, gracias á la sencillez y uniformidad de su vida, y á las segundas como muy inclinadas á novedades, merced á su existencia más variada y á su contacto con las costumbres y creencias extranjeras. Bien sabido es hasta qué punto extremó Montesquieu la influencia del clima en el estado social, y por consiguiente, en el desarrollo moral; pero conviene oir sus propias palabras: «Hallareis en los climas del Norte, dice, pueblos poco viciosos,

con bastantes virtudes, mucha sinceridad y franqueza. Acercaos á los paises del Mediodia, y creereis que os estais alejando de la moralidad misma; allí pasiones más vivas multiplicarán los cr menes. Cada uno trata de tomar sobre los otros todas las ventajas que pueden favorecer esas mismas pasiones. En los paises templados, vereis pueblos inconstantes en sus costumbres, hasta en sus vicios y en sus virtudes; como que el clima no tiene allí una cualidad bastante determinadada para fijarlos.»

Aquí hay una verdad debilitada á fuerza de ser exagerada. De un modo mucho más satisfactorio ha demostrado la estadística la influencia de las estaciones, es decir, de la desigual reparticion del calor y la humedad principalmente, en determinados actos que caen bajo el dominio de la moral. Por ejemplo, se ha demostrado en Francia que el mayor número de atentados contra las personas se coneten en estio; el menor en invierno. Fijándose Descuret en los atentados contra el pudor, asevera que en ellos se demuestra de un modo indubitable el influjo de las estaciones, y fija así su proporcion: sobre 100 crímenes de esta clase, 36 se cometen en estío, 25 en primavera, 21 en otoño y 18 en invierno. A medida que se amplían y depuran los trabajos estadisticos y que se circunscribe el campo de las pesquisas, se llega á resultados cada vez más ciertos. En una abundante monografía sobre el suicidio, que acába de publicar M. Legoyt, está comprobada, con minuciosos datos estadísticos referentes á muy diversos paises y todos unánimes, la influencia de la estacion cálida sobre el aumento de los suicidios. Citaré solamente los datos referentes á Bélgica y á Francia. En la primera de estas dos naciones, de los 2,428 suicidios registrados en un período de diez años

(1840 á 1849), 477 correspondian al invierno, 671 á la primavera, 722 al estío, 558 al otoño. En Francia de 5.283 casos registrados en cinco años (1871 á 1875), 1.04[illegible] pertenecen al invierno; 1.478 á la primavera; 1.623 al estío y 1.136 al otoño.

Para resumir todo lo expuesto sobre el influjo del medio cósmico en su mayor latitud, transcribiré un interesante pasaje de Quatrefages sobre las transformaciones que sufre actualmente la raza anglo-sajona, al adaptarse á las nuevas condiciones en que vive en la América del Norte.

«El anglo-sajon americano, dice, presenta desde la segunda generacion rasgos del tipo indio, que lo aproximan á los leni-lennapes, á los iroqueses y á los cheroquis. El sistema glandular se restringe al mínimum de su desarrollo normal; la piel se pone seca como el cuero; pierde el color del tinte y la rubicundez de las mejillas, que son reemplazados en el hombre por un colorido de limon y en la mujer por una palidez mate. La cabeza se empequeñece y se redondea ó se vuelve puntiaguda; se cubre de una cabellera lisa y de color oscuro. El cuello se alarga; se observa un gran desarrollo de los huesos zigomáticos y de los maseteros; las fosas temporales son profundas y las quijadas macizas. Los ojos quedan sepultados en cavidades muy hondas y bastante próximas una á otra; el íris es oscuro, la mirada penetrante y salvaje. El cuerpo de los huesos largos aumenta en longitud, principalmente en la extremidad superior. Á consecuencia de esto, Francia é Inglaterra fabrican para la exportacion á la América del Norte, guantes especiales con los dedos más largos. Las cavidades de los huesos se estrechan; las uñas adquieren fácilmente la forma aguzada. La laringe es grande, la voz ronca y chillona. La

pélvis de la mujer se aproxima en sus extremos á la del mono. Otro corresponsal se contenta con decir que recuerda la del hombre. Este mismo añade un detalle notable: el lenguaje tiende á aproximarse al polisinteismo de las lenguas de los Pieles Rojas, por medio de las *standard phrases*. Tambien señala como rasgos de las costumbres, la exclusion de la luz en las habitaciones y la aficion á los colores chillones en los vestidos; gusto propio á todas las poblaciones salvajes».

Aun prescindiendo de la parte que corresponde á la imaginacion en este retrato, quedan observaciones de suficiente peso para comprobar nuestra tésis.

De qué modo puede el cambio del medio realizar estos cambios orgánicos que á la postre van á reflejarse en las alteraciones del carácter, nos lo dicen las condiciones que apuntamos anteriormente. La nueva adaptacion exige que determinadas partes entren en mayor uso, y otras disminuyan su gasto de energía por el desuso. Darwin cita los grandes pájaros que buscan su alimento en el terreno y rara vez remontan el vuelo, y atribuye al poco uso continuado de sus alas, la condicion casi áptera de los pájaros de ciertas islas oceánicas en que no se conocen animales carnívoros, y donde, por tanto, no han tenido los pájaros que fiar su seguridad al vuelo. Los ojos de los topos y de algunos roedores mineros son rudimentarios, cuando no están completamente cubiertos por pellejo y pelos. Animales de clases muy distintas, que habitan las cavernas de Carniola, de Kentuky y de Cuba son ciegos. Allí se han encontrado cangrejos, en los cuales queda el pedúnculo que sostiene el ojo, sin que éste exista. Esto por lo que toca al desuso; en cuanto al uso, báste-

me citar el gran desarrollo muscular del gimnasta y el volúmen exagerado del estómago en los glotones.

Este desequilibrio del desarrollo morfológico de ciertas partes trae necesariamente por consecuencia modificaciones en otras distintas, descubriendo así una estrecha correlacion entre los diversos aparatos que constituyen el organismo; correlacion que suele tener las más inexplicables manifestaciones. Así vemos, como ejemplos del primer caso, que las partes duras del cuerpo, afectan á las partes blandas adyacentes, y la forma de la pélvis en los pájaros determina la forma de los riñones. En cuanto á variaciones correlativas inexplicables, Darwin cita el caso de los gatos completamente blancos y de ojos azules que son todos sordos.

Otra consecuencia de las variaciones introducidas por la accion del medio sobre las diversas partes del organismo es la reduccion ó atrofia de ciertas partes, no por el desuso, sino á consecuencia del excesivo gasto de energía de determinados órganos, que toman para sí de preferencia la fuerza que debia repartirse con más concierto. Esta es la ley de compensacion ó balance del crecimiento, expuesta, casi á la par, por Geoffroy el mayor, y por Gœthe. La aplicacion de este principio en la industria agrícola y pecuaria es universal. La atrofia de la semilla redunda en aumento para la pulpa y jugos del fruto. La ceba desarrolla el tejido adiposo, con notable perjuicio de otros órganos mucho más importantes. El pequeño volúmen de la cabeza en los atletas há sido observado tan de antiguo, que lo vemos patente en el Hércules farnesio.

Todo esto, á primera vista tan contrario á la idea que nos formamos de la fijeza típica del individuo dentro de cada especie, si no se explica totalmente,

se hace mucho más comprensible, atendiendo á la conformacion más íntimas de cada organismo, á lo que podemos llamar el substratum de la materia organizada. Todo no está perfectamente conformado en el individuo. La célula se forma, crece y se prolífera; el tejido se restaura, á expensas de una sustancia viviente líquida y amorfa, susceptible, por estas mismas calidades, de variar considerablemente. Aquí se repite en el fondo de los séres superiores lo que es la ley para la totalidad de los organismos inferiores, una gran variabilidad. Ahora bien: háse notado, que las partes ú órganos considerablemente repetidos en el mismo individuo, como las vértebras en las culebras ó los estambres en las flores poliandras, son variables en número, á la inversa de lo que ocurre cuando en un individuo se repite ménos esa misma parte ú órgano. Pues aproximando esta observacion á lo que ocurre con ciertas estructuras de los animales superiores, como los vasos capilares, que en un momento dado pueden aumentar ó disminuir el aflujo sanguíneo, y quizás alterar su direccion, abriendose nuevos caminos, siembre dentro de su limitada esfera de accion; y á lo que pasa en los grandes centros nerviosos con la neurolia, abriendo paso á las diversas corrientes nerviosas y dando nacimiento á células y fibras, se advertirá el gran campo que pueden encontrar las variaciones requeridas por el medio—externo ó interno—en esta region singularmente instable del organismo, en esta especie de ganga en que se van conformando todos los órganos que aparecen luego tan sólidamente constituidos. El microscopio, sorprendiendo el trabajo íntimo de incesante restauracion que se produce en todos los individuos, nos prueba que hay lugar para cambios repetidos en las

estructuras más mínimas, como la que hemos mencionado; y la influencia decisiva de esas estructuras mínimas en el total del organismo no necesita comprobarse aqu .

Esto mismo nos ayuda à comprender cómo ciertos órganos, desarrollados excesivamente, estén más expuestos à la variacion; parece que no han logrado adaptarse de un modo adecuado, y esto es un motivo forzoso de instabilidad. Por último, si suponemos que un individuo se encuentra colocado en idénticas condiciones à alguno de sus antepasados, las cuales exigen una adaptacion que poseyó aquel antepasado, la herencia viene à proporcionar aquí un caso de variacion, por medio de lo que se llama atavisimo. Claro está que aqu expongo un punto de vista teórico; pues no todos los casos de atavismo, ni con mucho, podrán explicarse mediante esta generalizacion.

Hasta aquí la explicacion analítica de las circunstancias principales que pueden producir la variacion. Necesario es que las veamos ahora obrando en conjunto, y sus efectos sobre el hombre. Recordemos que todas las variaciones del medio externo obran directa ó indirectamente sobre el organismo humano; por otra parte, ya sabemos que el medio interno varía en relacion con el externo, y ya hemos visto hasta qué punto puede turbarse y modificarse en consecuencia la íntima trabazón de partes del cuerpo animal; de aquí las variedades, si no de las razas, porque no quiero decidir de una plumada un problema capital, por lo ménos de las numerosas sub-razas y familias humanas. Como sería alargar indefinida é innecesariamente este estudio, pasar de nuevo revista á cada una de las circunstancias externas, enumeradas, para aplicarlas al hombre, me conten-

taré con uno ó dos ejemplos suficientemente comprensivos; teniendo en cuenta que aquí trato de hacer ver la accion comun de todas las causas íntimas, variacion correlativa, compensacion, ¿desuso, etc., siendo una ó más acciones externas las determinantes. Veamos los efectos del cambio de alimentacion. Atendamos á las opiniones de un perito en estas materias.

«Los naturalistas, los criadores y los economistas, dice el Dr. Clavel, están de acuerdo en el hecho de que cada especie viviente tiene sus límites de grandeza y pequeñez, á que se aproxima en proporcion á la abundancia ó escasez de sus alimentos. No hay raza grande donde se dé el alimento con parsimonia durante una série de generaciones, así como no existe raza pequeña, donde el alimento sea habitualmente abundante para todos. Pero hay muchas dimensiones en el volúmen y, con igualdad de peso, la estatura humana puede variar infinitamente. Es elevada, en los paises donde el alimento, copioso sin ser tónico, mantiene en los tejidos una pastosidad favorable al crecimiento, al mismo tiempo que subviene abundantemente á su reparacion. Una alimentacion en que predominan la harina y los lacticinios entra por mucho en la estatura alta y esbelta de los jóvenes ingleses de ambos sexos. Al mismo hecho puede referirse la estatura elevada de las razas del norte de Europa. Pero si el alimento, sin perder en cuanto á lo copioso, es tambien tónico, endurece prematuramente la fibra, provoca la llegada de la pubertad, engruesa los músculos y se sirve de su actividad para aumentar el volúmen del pecho. Entonces la raza adquiere en ancho y espesura lo que pierde en elevacion.

«Si el alimento es copioso en poco volúmen, las

vias digestivas pierden en dimension y en capacidad de asimilacion; el vientre es relativamente pequeño, como en los pueblos cazadores, ictiófagos y pastores. Al contrario, el alimento poco abundante en un gran volúmen, exige una gran fuerza de asimilacion, y por tanto grandes dimensiones en las vias digestivas. Donde la especie emplea largamente una alimentacion amilácea, es grasa y pesada, pero sin mucha energia muscular; por el contrario, es delgada, fuerte y ágil, donde hace uso, sobre todo, de alimentos albuminóideos.

«En todo pais donde el alimento es mixto y suficiente, el cuerpo humano es bien proporcionado; le falta equilibrio, donde el alimento es exclusivo. El lapon, que vive de carne, bebiendo aceite de foca y de ballena, activando extraordinariamente las funciones de sus pulmones á fin de producir la suma de calor necesario para resistir á un frio excesivo, posee un torax enorme, una gran energía muscular, una armazon huesosa muy pronunciada, con respecto á su pequeña talla, piernas cortas y brazos largos. Lo inverso resulta entre los hindus, entregados al régimen exclusivamente vegetal; tienen el pecho estrecho, el vientre grande, la armazon huesosa muy delgada, así como los músculos, los miembros flacos; su régimen les quita el poder de accion que caracteriza la virilidad; su aspecto no representa ni la fuerza, ni la armonía; asi es que su belleza es inferior á la de sus mujeres.

«Lo contrario se observa en el norte de Europa, donde la preponderancia del régimen animal restringe el abdómen, agranda el pecho, espesa huesos y músculos, favoreciendo asi las cualidades viriles, que son el vigor y la agilidad. Hé aqui por qué la belleza se encuentra por lo general en los hombres

entre los germanos y escandinavos. Se divide entre ambos sexos donde el régimen es mixto y da una amplitud suficiente á las formas, sin dañar á la elegancia».

Parecerá que nos hemos alejado considerablemente de nuestro asunto: como la variabilidad en biología influye en la formacion de los sentimientos morales. Estamos dentro de los límites de nuestras pesquisas. Todas las funciones, la respiracion, la alimentacion, la generacion, la locomocion, imposibles sin una adaptacion prévia del organismo al medio, obran sobre el espíritu, por medio de las emociones, segun que se desempeñen con mayor ó menor facilidad, aporten aumentos al caudal vital ó pongan trabas al desarrollo orgánico, y van labrando lentamente las transformaciones del carácter, que es el exponente en especial de los sentimientos morales. Oigamos todavía un momento al autor que acabo de citar, continuando la exposicion del mismo asunto, desde este nuevo punto de vista:

«La riqueza de la sangre producida por el régimen animal modera la irritabilidad nerviosa y trasporta el movimiento orgánico del lado de los músculos. De aquí esta suma enorme de trabajo muscular y de produccion agrícola ó industrial que parece privilegio de los pueblos del norte de Europa ó América. Hay que exceptuar el campesino ruso, pero su indolencia proviene de su alimentacion farinácea é insuficiente.

«Es natural que hombres robustos, activos y sin movilidad en el carácter sean pacientes, tenaces y valerosos; su vigor los hace amar la lucha, la necesidad de reparaciones copiosas los lleva á gustar de la mesa; la necesidad de reposo despues del tra-

bajo los conduce á gustar de la comodidad en la habitacion. Habituados á salir al encuentro al obstáculo ó al peligro, son francos de caracter al mismo tiempo que rudos; pero el abuso de la fuerza los priva con demasiada facilidad del sentimiento del derecho...

«Donde la sangre está empobrecida por el regimen vegetal, las aptittudes son muy diferentes. El sistema nervioso toma la preponderancia, su actividad contrasta con la inercia muscular, la vida está incesantemente turbada por el huracan de las pasiones. Cuando los músculos no son ni activos ni fuertes, faltan el trabajo y la produccion, y son reemplazados por la pereza y la pobreza. La pereza entrega el organismo á todos los apetitos; como el deseo y la codicia no tienen la fuerza á su disposicion, emplean voluntariamente la astucia, aprenden á sufrir y esperar».

No pretendo que todas estas observaciones sean de un estricto rigor científico; pero tienen una base suficientemente sólida, que me permite aducirlas con confianza. No hay variacion orgánica que no vaya labrando nuestra parte subjetiva, y creando así nuevas necesidades, sordos impulsos, que nos hacen sufrir al ser contrariados, que producen placer al ser satisfechos. De aquí que la seleccion orgánica pasa á ser seleccion emocional, una de cuyas formas es la seleccion moral. El cambio de medios requiére cambio de funciones, y por tanto de órganos, una disposicisn psiquica, una disposicion afectiva correspondiente. Los que la obtengan, están en mejores condiciones para resistir al cambio, para adaptarse: hé aquí la obra de la seleccion, afianzada por los cambios orgánicos.

El cazador infatigable, el conquistador de pueblos

remotos, necesitan un carácter proporcionado á la vida más ó ménos depredatriz á que se entregan; como el pastor nómada y el pacífico agricultor, el legislador de pueblos industriosos y el activo comerciante que los pone á todos en comunicacion, han de estar movidos por otros sentimientos, obedecer á otros impulsos representativos. Pues bien, la generacion del carácter y sus modificaciones empieza en este lento trabajo de cambios orgánicos que tan minuciosamente hemos estudiado esta noche. Sin éste, aquel no existiría: la variacion biológica es un factor de los sentimientos, por tanto de la moralidad. Solo cuando se hubiera probado que el cambio en el medio cósmico es indiferente para el organismo, y esto se consideraría hoy como el mayor dislate que pudiera sentarse; es decir, sólo negando el gran principio de la correlacion estricta entre el sér organizado y los medios en que vive, y por los cuales y á expensas de los cuales vive, pudiera negarse la verdad que me he empeñado en demostrar, analizando lo que siempre se ha considerado como una verdad sintética. La vida subjetiva refleja facilmente las oscilaciones de la vida orgánica, sigue sus adaptaciones, está sujeta á la misma seleccion, que conservará luego por la herencia, para aumentarla ó menoscabarla por nuevas variaciones, en este ciclo cada vez más ilimitado que llamamos la evolucion.

Dejemos, pues, sentado que todo cambio, así como toda adquisicion orgánicos, entran más ó ménos francamemte, por un camino más ó ménos breve, á ser un factor de nuestra vida emocional, por tanto, de nuestros sentimientos morales.

LECCION V.

SUMARIO.—Factores psíquicos de los sentimientos morales.—Constitucion emocional y constitucion moral de cada individuo.—Ley fundamental de conservacion.—Cómo actúa en la formacion de los hábitos.—Influencia de los hábitos en el temperamento moral.—Reaccion del sujeto á los diversos sentimientos primarios y secundarios, segun que le produzcan estados placenteros, dolorosos ó indiferentes.—Division de los sentimientos desde el punto de vista de la moralidad: sentimientos egoistas, simpáticos, ego-altruistas y de malignidad.—Doble aspecto con que han de ser estudiados.—Sentimientos egoistas.—El egoismo sigue la evolucion de la personalidad.—Contagio de las multitudes.—Límites que impone la organizacion psíquica al egoismo.—Sentimientos derivados: amor á la movilidad, á la libertad.—Amor á la posesion.—Sentimiento de estimacion personal.—Nociones implicadas en estos sentimientos.—Objecion al utilitarismo.—Cómo pueden ser fuerzas las ideas.

SEÑORES:

Si he logrado fijar por completo mi pensamiento en las dos lecciones anteriores, no obstante la poca precision de los términos en que he debido formular las leyes de herencia, variacion y seleccion orgánicas, resultará claro para nosotros que cada una de estas influencias, al dotar al individuo de una conformacion y temperamento especiales, obra directamente sobre sus sentimientos, y es, por lo ménos, una causa predisponente de su carácter moral. Es decir, que al predominio de una constitucion y temperamento físicos acompañan, por lo ménos, una predisposicion afectiva y moral, que nos determinará á tales ó cuales actos en presencia de tales ó cuales circunstancias.

Pudiéramos, pues, aceptar en tésis general el primer principio de Owen, que dice así:

«El carácter humano es debido, por completo, á una constitucion original y á circunstancias externas, obrando recíprocamente éstas sobre aquélla, y aquella sobre éstas».

Pero lo que aquí Owen llama el carácter, y lo que he llamado una predisposicion emocional, son estados puramente subjetivos, que han de participar del carácter de tales, y por tanto, que introducen en los factores de que se va componiendo la clase especial de sentimientos que estudiamos, un nuevo punto de vista, el psicológico. Es necesario que veamos cómo se transforman las necesidades que arrancan de la constitucion y adaptacion orgánicas y los impulsos que determinan, en deseos, fines y voliciones, y por otra parte, cómo el funcionamiento del sujeto obra á su vez, creando necesidades de otro órden y determinando impulsos; en una palabra, como á los factores biológicos se añaden nuevos factores de los sentimientos morales que pertenecen por entero al órden psicológico.

Es necesario limitar todo lo posible el campo de esta investigacion; porque tratándose de una clase de sentimientos, es claro que todo en ellos entra en el dominio de la psicología. Pero lo que llamo aquí más especialmente los factores psíquicos son esos estados subjetivos primordiales que se derivan de la constitucion total física y psíquica del individuo, y que forman como el substratum de toda su vida moral; lo que da tono y especialidad á sus actos en cuanto son morales, por mas que el contenido de sus representaciones y nociones arranque, como no puede ménos, del incesante contacto suyo con el medio social. En presencia de un mismo he-

cho, dos individuos sienten de diverso modo, lo aprecian de distinta manera, y sus actos difieren en consecuencia. Estudiar la parte que corresponde aquí á su constitucion afectiva, sin dilucidar lo que deben al medio social en que han vivido, por más que éste á la larga labre en la primera, sería en mi sentir estudiar los factores psíquicos del sentimiento moral que los mueve. Separacion puramente analítica, desde luego, pero necesaria al fin que nos proponemos.

Siendo cada individuo más ó ménos sensible á sus representaciones, más ó ménos tardo á responder á esa clase de estímulos, tiene una constitucion emocional que le es propia. Y como, por otra parte, el ejercicio de la emocion, como el de toda otra funcion psíquica, y el ejercicio de la reflexion contribuyen á dar mayor sensibilidad al sujeto en determinada direccion y á embotar su sensibilidad en la contraria, etc. el mero desarrollo de la sensibilidad y el mero desarrollo de la inteligencia tienen que influir en esa constitucion que llamarémos moral.

Hé aquí dos investigacianes que se enlazan estrechamente y que entran en el cuadro de mi pesquisa presente. Considerar luego el contenido de las ideas que excitan esa sensibilidad general, como producto del medio afectivo é intelectual, esto es, social, en que se ha desarrollado el individuo, es continuar, sin duda, dentro de la esfera psicológica, pero desde un punto de vista más amplio, más objetivo, más independiente por tanto, y que requiere una nueva division; esto es, la que he llamado la de los factores sociológicos.

Veamos, pues, cómo se va formando lo que hemos llamado la constitucion moral. Y aquí volvemos á nuestros factores orgánicos. Por el mero hecho de

nuestra constitucion física, determinadas necesidades obran sobre nosotros con imperio irresistible; determinadas acciones producen en nosotros un placer intenso ó un dolor vivísimo. Aquí nos encontramos con dos tendencias opuestas, que serían decisivas si el ejercicio de nuestros diversos órganos para llegar más ó ménos al equilibrio de todas las funciones, no diera por resultado una extrema complejidad de sensaciones en cada momento dado de la vida de un organismo. El resultado de esta complicacion es que, sin llegar á los extremos del placer ó dolor intensos, todo lo que tienda á favorecer el mejor ejercicio de nuestros órganos, y mucho más lo que lo favorezca, produce un estado singularmente apetecible, áun en la esfera inferior ó posterior á la conciencia, y acciones que nos llevan á prolongarlo ó aumentarlo; y vice versa en lo que tienda á estorbar ó estorbe ese mismo ejercicio. Para mí, el principio fundamental de todo organismo es la ley del sér, la conservacion, por la cual todo lo provechoso tiende á ser retenido, como repelido lo dañoso. El placer es un grado máximo, debajo del cual hay grados intermedios; y entiendo que hay estados que se buscan y apetecen meramente porque no producen dolor, y son así provechosos, aunque, en cierta manera, de un modo indirecto.

Esta declaracion tiene dos objetos; distinguir el principio que siento de los de las escuelas que miran el placer como único móvil, y hacer ver cómo se establecen estados subjetivos, en que no predomina un estado placentero, sino indiferente; y que, sin embargo, son apetecidos y buscados por el sujeto. Aquí entran todos los actos habituales.

La repeticion de un acto, cualesquiera que hayan sido sus antecedentes, provoca una série de adapta-

ciones de nuestros movimientos y las sensaciones, percepciones y representaciones concomitantes. Desde el momento en que hay adaptacion, hay ejercicio fácil de diversas funciones orgánicas, y por tanto, un estado provechoso á la totalidad del organismo. La tendencia al automatismo que descubrimos en las operaciones meramente intelectuales, existe en las de actuacion; como que en uno y otro caso se verifica la ley primordial del menor esfuerzo, que tantas veces he señalado. El automatismo mental y activo revela un ajuste más ó ménos perfecto entre las acciones del medio y las reacciones del sujeto, por consiguiente, un ahorro considerable de las fuerzas que actúan en el organismo. Si pasamos un balance escrupuloso á nuestros actos cotidianos, nos sorprenderá, ciertamente, descubrir que la mayor parte pertenece al automatismo. Aun lo que podomos llamar más especialmente nuestra vida moral entra de lleno, en gran parte, en esta esfera; y es considerablemente decisiva la influencia de los hábitos en toda ella. El educador no debe perder nunca de vista este principio. La disciplina, meramente externa y todo, puede producir incalculables ventajas.

Ahora bien; desde el punto de vista en que estamos ahora colocados, ya vemos todo lo que han de influir estados tan reiteradamente sentidos en la tonalidad de nuestro espíritu, por tanto en nuestro temperamento moral. Es cierto que determinados individuos se pliegan más fácilmente al yugo del hábito; que otros lo sacuden con mayor facilidad; pero esto no obsta, para que sean un factor tan poderoso como los estímulos inversos del placer y la pena.

Supuesto, por tanto, un organismo que haya heredado una determinada sensibilidad ó predisposi-

cion afectiva, y dispuesto á variar para adaptarse dentro de límites más ó ménos restrictos, resultará que, en la variada escala de los sentimientos primarios y secundarios, encontrará distinto campo para funcionar, por tanto para vivir. Podrá sentirse más intensamente afectado por los sentimientos de conservacion, y en éstos quizás predominarán los de acometividad; quizás obren sobre él los sentimientos tiernos con mayor poder; quizás sea más susceptible para otros mucho más complejos. De todos modos las acciones exteriores serán modificadas en su interior en una direccion preferente, dado su estado general, y sus reacciones obedecerán más fácilmente á los impulsos que provengan del órden de sentimientos en él dominante.

Para la apreciacion del carácter individual, sería quizás necesario distinguir cuidadosamente el órden de sentimientos que da tono al individuo; pero teniendo que limitar nuestras pesquisas á los sentimientos morales, nos bastará considerar más en globo la disposicion afectiva que puede predominar en el hombre, en sus relaciones con sus semejantes. Ahora bien; esto nos permite aceptar una division más amplia de los sentimientos, en cuanto representan con exclusivo ó casi exclusivo imperio la necesidad de conservacion, y forman entónces la categoría de los sentimientos egoistas; ó dejan predominar la necesidad de asociarse, y pasan entónces á la clase de los sentimientos simpáticos ó altruistas. Esta division no quedará, sin embargo, completa, si no consideramos la clase numerosa de sentimientos que participan á la vez de ambas anteriores, formando un punto de transicion entre ellas, y otra que constituye una exageracion de la primera, cuando no una aberracion de entrambas, y son los sentimien-

tos de malignidad, de que no puede prescindirse como factor en estos estados subjetivos.

Tenemos, por tanto, limitado ya el campo de nuestra investigacion en lo que se refiere á los factores psíquicos de los sentimientos morales. Deberémos considerar primeramente el egoismo, despues el altruismo, los sentimientos ego-altruistas á continuacion, y por último la malignidad. Una cuestion subsidiaria se nos presentará entónces, la influencia del desarrollo intelectual en nuestro temperamento moral.

Como se une estrechamente esta última investigacion á las anteriores se nos hará patente, considerando que estos factores psíquicos no pueden obrar sobre nosotros sin participar á la vez del carácter afectivo ó emocional y del intelectual. De aquí que tengamos que estudiarlos bajo dos formas: como sentimiento, esto es como impulso ó tendencia afectiva, y como nocion; separacion un tanto artificial, pero muy útil en este caso.

La manifestacion primera y más constante de la necesidad de conservacion en el individuo es el impulso que lo lleva á ajustar y dirigir sus movimientos y actos de modo que logre prolongar ó repetir los estados agradables ó por lo ménos no dolorosos, ó abreviar y evitar los estados penosos. En el estado normal y considerando una individualidad perfectamente distinta, este impulso se traduce por tan varias y reiteradas disposiciones de ánimo, por estados subjetivos tan netos y frecuentes, por uu encadenamiento tan perfecto de sensaciones, representaciones, deseos y actos, que en el mayor número de casos, el fondo de la personalidad está compuesto de los sentimientos que de este impulso se derivan. El observador atento no puede negar el predominio, en

la especie, de la disposicion egoista. Hecha esta aseveracion, en obsequio á la generalidad de los casos, hay, sin embargo, que encerrarla en sus propios límites. El egoismo es un hecho general, no universal; y áun es difícil, encontrar en toda una vida el efecto continuado del egoismo puro. Para esto sería necesario llenar una condicion más difícil de lo que parecerá á primera vista: poseer una individualidad perfectamente distinta. En las primeras etapas de la vida social, como en las primeras edades de la vida individual, la distincion completa entre el sujeto y el objeto es muy vaga; y es natural que lo sea mucho más entre el sujeto y aquella parte del objeto que está compuesto de personas semejantes á la que aquí presentamos como sujeto. La oposicion clara del yo del salvaje frente á los de sus compañeros ha de ser muy rudimendaria. Sólo así se explican las formas que revisten la propiedad, el matrimonio y áun el gobierno en los tipos más inferiores de nuestra especie. El individuo se confunde por completo en el grupo.

La psicología moderna no presume derramar entera claridad sobre estos fenómenos, apénas sospechados é indicados ántes de ahora; pero sí ofrecer datos interesantes para comprenderlos mejor. Nos hace ver en cada sujeto un receptor dispuesto á ser tan poderosamente influido por las palabras, gestos y sentimientos que se le trasmiten, que llegue á convertirse en un mero repetidor. El influjo, que ejercen unos sobre otros los componentes de una reunion de hombres, puede llegar á sobreponerse de tal modo á sus sentimientos más personales, que los precipite á actos de que la mayor parte sería incapaz, y áun los lleve á arrostrar con impavidez la muerte. Es necesario insistir en este hecho: él con-

tagio de las multitudes puede trastornar y trastorna en absoluto la personalidad de un individuo sacado de ella; hace de un indiferente un fanático, de un tímido un sanguinario, de un hombre benévolo un mónstruo.

Esto nos basta para comprender que la personalidad, cuando no es demasiado poderosa, puede confundirse más ó ménos con las semejantes, y cómo el egoismo no es el único móvil de nuestra vida afectiva. La corriente incesante de conmociones y percepciones que se establece entre los hombres, modifica poderosamente el modo de ser de cada uno; son muy pocos, si alguno, los que viven exclusivamente de su fondo propio.

Esta limitacion es necesaria para comprender el verdadero papel del egoismo, como factor de nuestros sentimientos morales; y como à despecho de ciertos sistemas exclusivos, no es ni puede ser el único, dada nuestra organizacion. Y nótese esto. Sólo en las épocas adelantadas, en razas que poseen caractéres muy marcados, y en individuos dotados de cualidades personales prominentes, se han desenvuelto los sistemas de moral francamente egoistas.

Teniendo esto presente, nos bastará recordar las direcciones que pueden tomar preferentemente los sentimientos egoistas, para abarcar el dilatado campo por donde se extienden. Desde sus comienzos como necesidad más ó ménos vagamente sentida hasta que llegan à ser emociones grandemente representativas, nos afectan, nos mueven y nos impulsan de mil variadas maneras. La necesidad primordial de respirar libremente, y el horror à la sofocacion, desarrollan una série de estados subjetivos que ya como inclinacion, ya como tendencia, ya en las formas superiores de la conciencia van conformando

toda esa clase de sentimientos que se distinguen por el amor á la movilidad sin trabas, á la libertad personal y todas sus consecuencias. Obsérvese, de paso, cuánto tarda en desarrollarse y adquirir una limitacion precisa este sentimiento egoista; y cómo individuos, pueblos y razas sufren hasta con indiferencia el estado opuesto de sujecion. En cambio hay caractéres en que llega á ser la nota dominante; la sombra de un obstáculo puesto al libre juego de sus actividades los arrebata, y son capaces de las acciones más enérgicas por romper las trabas más insignificantes. Véase tambien cómo los pueblos dotados de una personalidad ó de un individualismo muy marcados, como el anglo sajon, son los que en sus costumbres y su derecho han consagrado primero y con más amplitud la facultad de libre locomocion, y paso á paso todos los complementos legítimos que aporta la libertad política á la libertad personal.

La necesidad de tomaralimento ysus subcedáneas evolucionan tambien en una esfera amplísima, desde el descubrimiento casual ó intencional de una presa, su conquista y disfrute, hasta los sentimientos eminentemente complejos que concurren en las diversas formas de posesion. En ningunas otras se descubre con mayor facilidad el fondo egoista de la personalidad; y aquí, sin embargo, se descubre tambien una evolucion relativamente tardía, en la historia de las razas, en cuanto al establecimiento de propiedades perfectamente limitadas. Del mismo modo podemos notar que la raza anglo sajona es la que se aparta hoy más de todo resíduo de comunismo, la que posee de un modo más personal, como lo prueban sus leyes y costumbaes con respecto á la herencia.

El ejercicio continuado de nuestros sentidos para

ponernos en relacion con el medio ambiente, las adaptaciones conscientes felizmente realizadas provocan en el sujeto una especie de estado emocional, que se traduce por la satisfaccion que sigue al acierto en la ejecucion de cualquiera de nuestros actos ó la pena que acompaña á la torpeza ó incapacidad al realizarlos, y que puede llamarse sentimiento de estimacion personal. Los grados y matices con que se presenta no son escasos, y desde la inocente vanidad del horticultor que contempla la lozanía de sus frutales, hasta la satisfaccion orgullosa del diplomático que ha llevado á la paz ó la guerra dos imperios, halla lugar de insinuarse en nuestro yo en toda ocasion y echar muy profundas raíces.

Estos tres puntos de vista, que nos presentan el egoismo con diferentes aspectos, bastan para que abarquemos el extenso dominio que le corresponde en la constitucion de nuestro temperamento moral. Predominando una ú otra suerte de estos sentimientos, darán determinada direccion á nuestras preferencias y teñirán fuertemente de su color nuestros actos. Pero hasta aquí los he considerado particularmente en la esfera de la sensibilidad, y hemos de recordar que para ser tales sentimientos han de participar de la esfera de la inteligencia. Nociones que de ellos se deriven han de tener el poder de inflamarnos y movernos; y esto resulta realmente. Nótese, sin embargo, que si cada uno de estos sentimientos, á que hemos llegado por el análisis, nos ofrece nociones suficientemente claras dotadas de un poder emocional, no pasa tan completamente lo mismo con el sentimiento sintético: egoismo. Esto es lo que no han visto con suficiente claridad los moralistas meramente utilitarios.

Vemos, en efecto, que todos los sentimientos de-

rivados del disfrute de una mayor ó menor independencia ó de su privacion, se concretan en una idea, la de libertad, dotada de una gran fuerza emotiva. Esta nocion derivada, de estados afectivos, entra por tanto como factor interesantísimo en la composicion de nuestros sentimientos morales; àun como generalizacion llega á ser un móvil para nuestras acciones, un fin á que se tiende, á pesar de la vaguedad con que pueda presentarse. Lo mismo ocurre con la nocion de propiedad; otro tanto con las que se derivan de nuestra propia estimacion. Y todo esto es así, porque arrancan estas nociones muy directamente de conmociones y emociones continuadamente en acto; son generalizaciones cuya fase concreta está muy próxima, y que reducimos á cada paso á su verdadero valor; necesitamos y queremos ser libres en tal y cuál forma, y poseer éste ú el otro objeto, y apreciamos nuestra capacidad para tal ó cuál accion.

Mas desde el momento en que una síntesis superior encierra todos estos sentimientos en una abstraccion superior, y por tanto más remota de los elementos concretos, como es el egoismo, su nocion, que tiene caractéres intelectuales muy legítimos, no los tiene igualmente emocionales. Los hombres son egistas de muy diversas maneras; de aqui que esta nocion tenga un carácter demasiado vago para servir de impulso. Los filósofos que han creido, sin embargo, que bastaba *regularizar el egoismo*, segun la frase de Bentham, para encontrar el punto de apoyo á la palanca que ha de mover á los hombres hácia su felicidad, han incidido en un error muy antiguo y el que más ha dañado á la constitucion de la moral como ciencia, y de la moral como arte. Son pocos los hombres á quienes

una idea, como tal, mueve con tanta fuerza que se siga siempre la accion segun la direccion que ella trace. Las ideas fuerzas lo son ó porque funden representaciones de movimiento ó porque tiene un carácter emocional, que solo pueden tener cuando representen sentimientos y emociones muy determinadas. Ahora bien moralistas antiguos y modernos han creido que bastaba distinguir ante la inteligencia los cacactéres de tales y cuales ideas morales, para que el hombre eligiese las mejores en cada sistema. Distinguiendo perfectamente las ideas morales, el hombre sigue el impulso de sus sentimientos. Entiéndase que no hablo de los casos bastante raros en que el individuo siente sus ideas más abstractas como emociones; ni de aquellos en quienes se concentra toda la actividad vital en la inteligencia, y llegan por otro camino al mismo punto de ser regidos por sus ideas.

Viniendo al caso especial del egoismo, como nocion, vemos cuán vana ha sido la tentativa de fundar sobre ella una verdadera disciplina moral, en la esterilidad de la escuela utilitaria. Tan convencido estaba Bentham de que habia descubierto, por fin, el principio de que debia derivarse la regla de las costumbres, que exclemaba, lleno de entusiasmo: «Qué tengo que temer? Demostraré con tanta evidencia que el objeto, el motivo, el fin de mis investigaciones es el aumento de la felicidad general, que á nadie será posible hacer creer lo contrario.» Todos estamos convencidos del generoso y noble impulso que guiaba al filántropo, pero su aritmética moral no ha hecho un sólo hombre más feliz, ni ninguno se ha detenido en el momento de una suprema resolucion á juzgar de la intensidad, duracion, certidumbre, proximidad, fecundidad, pu-

reza y extension del placer que le habia de resultar por su cumplimiento. Culpe su ignorancia, su irreflexion ó su precipitacion, dirá el fiilósofo. No, cúlpese éste más bien de haber desconocido la naturaleza humana hasta el punto de creer que los estallidos de la pasion se contienen con un cálculo. No hacian ménos los moralistas que trataba de derrocar, cuando querian contenerlos con un precepto.

En resúmen, son muy varios los impulsos egoistas y muy varias las nociones derivadas con carácter emocional, que por diversos caminos contribuyen á formar el carácter individual; es decir que entran coma factores psíquicos en los sentimientos que estamos estudiando.

LECCION VI.

SUMARIO.—Continuacion del análisis de los factores psíquicos.—Sentimientos simpáticos.—La generosidad.—Sentimiento de equidad.—Sentimiento de admiracion.—Objecion al humanitarismo.—Sentimientos ego-altruistas.—Respeto á la opinion.—Necesidad de aprobacion.—Vergüenza.—Sentimiento de justicia.—Papel de los sentimientos ego-altruistas en la evolucion de la moralidad.—Nueva fase del utilitarismo.—La malignidad.—Distincion entre el egoismo y la malignidad.—La misantropía.—Influencia del desarrollo intelectual en el temperamento moral.—Cómo ha de entenderse la educacion moral.

SEÑORES:

Limitamos, en la conferencia pasada, nuestro análisis á los sentimientos egoistas, dejando trazado el camino que hab amos de seguir para estudiar todos los factores ps quicos de los sentimientos morales. Toca, pues, el turno á los simpáticos. Desde el punto de vista en que estamos colocados, huelga toda pesquisa sobre el orígen y desarrollo de estos poderosos movimientos del ánimo. Ya veamos su primera manifestacion en el actractivo sexual, ya la descubramos en el amor á la prole, ya más exclusivamente en la aficion de la madre por su infante, como lo ha pretendido recientemente Mr. Wake, es lo cierto que encontramos dotado al hombre de una sensibilidad emocional poderosa, que lo lleva á ser afectado por la presentacion ó representacion de las emociones de sus semejantes. La simpatia en el sentido extricto de su etimologia es un elemento

importantísimo del temperamento moral; pone al unísono los sentimientos propios con los agenos, y posée tal fuerza como impulso, que más de una vez vence al de conservacion y lleva al sacrificio. Este es el hecho, y no hay teoria que logre desfigurarlo, áun el moralista que quizás ha hecho la reduccion mas completa de los sentimientos morales al egoismo, La Rochefoucauld, no ha podido prescindir de reconocerlo alguna vez: «El poder que tienen sobre nosotros las personas á quienes amamos, dice en una de sus cartas, es casi siempre mayor que el que tenemos nosotros mismos».

Sentimos placer ante el placer ajeno; sentimos dolor por el dolor de otros. Esto es más frecuente, pero la compasion no es la única forma de la simpatía.

La simpatia; no ménos que el egoismo, reviste las diversas formas que le impone nuestro temperamente; y asi podemos notar una correlacion marcada entre los estados egoistas que presenté como típicos en la leccion pasada, y otros diametralmente opuestos de carácter altruista.

Al sentimiento de posesion exclusiva se opone el de generosidad. El indiv duo se desprende espontáneamente de algo que le pertenece, sólo por la satisfaccion que ha de producir en otro indiv duo la posesion. Es claro que este sentimiento puede presentarse mezclado con elementos más ó ménos impuros; pero lo que nos interesa aquí es su existencia como sentimiento únicamente simpático. Ser a necesario no haber observado las relaciones domésticas, para negar la existencia de este sentimiento. La frecuencia con que los padres se deshacen de un objeto para que lo disfruten sus hijos, sin mira alguna interesada, y movidos sólo por el placer que ha de praducirles el placer del obsequiado es un caso

cotidiano, en quepodemos estudiarlo. En las relaciones ménos íntimas es tambien frecuente. Nótese en persona delicadas al estudio la propension á hacer á sus colegas copartícipes de las obras interesantes, colecciones y documentos que poseen. En la munificencia puede entrar por mucho la ostentacion en que domina el sentimiento egoista del amor propio y el ego-altruista del aplauso, pero hay casos frecuentes en que entra en la esfera de la generosidad pura. Extraño y triste ejemplar de la especie humana será el que no haya sentido alguna vez en su vida el placer que produce un acto generoso, por sencillo que sea. Y puesto que tantos observadores se empeñan en poner al descubierto solamente los lados oscuros y mezquinos de nuestra naturaleza, conveniente es, para una recta apreciacion de estos fenómenos capitales, insistir alguna vez, en los aspectos brillantes. Nada hay que parezca tener mas profundas raices en el fondo mismo de nuestra personalidad, que el sentimiento de posesion; y sin embargo, en individuos colocados en los grados más bajos de la escala moral, nos sorprenden á cada paso rasgo de generosidad desinteresada. Despine, prueva extensamente cómo la caridad y la generosidad son sentimientos de ningun modo extraños en las prostitutas.

Como correlativo del sentimiento de libertad plena que nos permite la mayor variedad en nuestros movimientos y acciones, el uso de todas nuestras actividades y el disfrute de todos sus productos, se presenta en el órden de los afectos simpáticos el sentimiento de equidad ó justicia pura, que nos lleva á sentir placer ante una igual libertad de accion y posesion en los otros, y dolor ante sus privaciones en este sentido,

Como este sentimiento se confunde por matices casi insensibles con otro que pertenece al órden de los ego-altruistas, pocos hay que encuentren mayor número de incrédulos entre el comun de las personas. Sin embargo, sólo una observacion deficiente ó viciada por una sombria disposicion de espíritu podría negar la existencia de la justicia pura, como sentimiento meramente simpático. La servidumbre de pueblos y razas extrañas ha afectado algunas veces tan poderosamente á hombres y naciones enteras, que ha producido notables movimientos sociales. En el órden mismo de las ficciones artisticas, nos apasionamos por las injusticias de que son víctima personajes ideales; ¿qué fermento interesado puede descubrirse aquí? Y adviértase que lo importante para nuestro análisis es la presencia del elemento estudiado, cualesquiera que sean sus proporciones; ahora bien, el sentimiento de la justicia pura existe en el hombre.

Lo que hay es que, como todo sentimiento simpático, éste necesita de una especie de reflexion, Es necesario que el sentimiento egoista de nuestra propia libertad nos afecte, para que pueda movernos el que se deriva de ver concedida ó negada la libertad ajena; y por otra parte, el sentimiento altruista no contendrá sino lo que contenga el egoista; si mi nocion de libertad propia es limitada, limitada será la que conciba de la libertad ajena. Como ha dicho excelentemente Spencer, «todas estas explicaciones implican una verdad importante, á saber, que cada sentimiento altruista requiera el sentimiento egoista correspondiente como factor indispensable, puesto que si no sentimos personalmente una sensacion ó emocion, mal puede ser excitada por vía simpática». Nuestro sentimiento, como nuestra concepcion de la

justicia, dependen pues, de nuestra manera de sentir y concebir nuestros derechos; evolucionan con el estado individual y social, ¿qué mucho que se le niege, se le desconozca ó se le empequeñezca?

Por igual suerte, la estimacion personal, el amor propio, que hemos descubierto entre los factores más importantes del egoismo, tiene un equivalente entre los factores de la simpatía: la admiracion. Las cualidades relevantes, reales ó imaginarias, de los otros individuos nos producen una satisfaccion tan íntima y dulce, que puede subir hasta la pasion, áun en ocasiones en que toda conexion con el individuo admirado es imposible. Estamos en presencia de un elemento emocional, que si no más importante que los referidos, puede parecerlo por lo poco estudiado que ha sido; cuando nos fijamos en sus consecuencias, dado el caracter eminentemente imitativo del hombre. Cada cual busca sus tipos conformes á la direccion preferente de sus actividades, y la admiracion que por ellos siente, se convierte en fuerza impulsiva por la tendencia á imitarlos. Hay aquí dos puntos de vista interesantes para el psicólogo y para el moralista. Por lo general el tipo admirado responde á las inclinaciones, aptitudes y tendencias del individuo, y despues la admiracion, el sentimiento simpático, como encuentra fácil el camino, y las leyes de la imitacion vienen en su auxilio, contribuye á que todos esos gérmenes determinen al individuo en la direccion ya señalada por el tipo. Así como puede formarse un juicio bastante exacto del carácter de una persona, por los objetos constantes de su admiracion, nada nos descubre tan bien un carácter regional ó nacional, como el estudio de sus tipos legendarios, en la época de su creacion espontánea. La leyenda del Cid Campeador en España

nos descubre el ideal moral y político de la poblacion cristiana, empeñada en una lucha sin tregua ni cuartel, contra enemigôs de su fé y su raza, durante los siglos de la conquista. La leyenda del Renart, entre el Rin y el Loira, nos revela el ideal de una sociedad empeñada en otra suerte de guerra más sorda pero no ménos tenaz y prolongada entre las clases sociales, à quienes el feudalismo mantenia frente à frente como ejércitos enemigos en observacion.

Ahora bien; es difícil encontrar un sentimiento más puramente altruista que la admiracion; el placer que nos produce se desprende todo lo posible de sus raices egoistas; y es difícil encontrar un individuo de todo punto inaccesible à este sentimiento. Por donde, venimos à comprobar una vez más, la existencia de estos factores simpáticos en que nos estamos ocupando.

Respecto al papel de estos sentimientos en su parte intelectual, es decir, como nociones, habria de repetir lo que ya dije al tratar de los egoistas. Cada uno, en su individualidad, puede movernos en esta forma; pero no del mismo modo fundándolos en una abstraccion sintética. Ha habido, sin embargo, pensadores aislados, como los positivistas franceces, algunos filántropos y socialistas, à aquienès el concepto de altruismo, de benevolencia universal, de humanidad, ha aparecido dotado de suficiente fuerza impulsiva, para constituir la base y explicacion de nuestros sentimientos morales. No obstante su generoso optimísmo, la ineficacia de sus principios ha quedado suficientemente demostrada por la ineficacia de sus sistemas. La moral exclusivamente altruista es una quimera, como lo es la abnegacion completa de la personalidad en aras del bienestar ó

la felicidad social ó de la humanidad. La organizacion de la caridad, con que soñaba Owen, resultaria tan ineficaz como la del egoismo que pretendia Bentham. Y es un hecho histórico el fracaso de sus tentativas de reforma. Desde este punto de vista, tenia razon Mackintosh y James Mill, cuando aseveraban que los sentimientos benévolos nacen por desarrollo de otros personales arraigados en el yo. Los que pretendan ejercer una influencia favorable sobre la conducta humanna, no deben perder de vista que, en los casos normales, àun los sentimientos más simpáticos suponen siempre como base y fundamento los del individuo que siente por simpatia.

Si fuera necesaria una demostracion màs rigurosa, nos la darian los sentimientos que vamos á estudiar ahora, los ego-altruistas. La base psicológica de estos estados emocionales se encuentra en la constante experiencia del individuo, la cual nos pone de manifiesto nuestras relaciones con séres en un todo semejantes à nosotros, y cuyos sentimientos, manifestados al exterior y producidos por nuestros actos, influyen directamente sobre nuestros sentimientos. Desde los primeros pasos en la vida individual, sentimos la dependencia emocional en que nos colocan estas relaciones, y aprendemos à ajustarnos à ella, previendo el efecto de los sentimientos provocados en los otros por nuestra conducta.

Tan poderosos y constantes son estos sentimientos, que arrancan à la vez de nuestra organizacion individual y de la vida en sociedad, que, si bien hasta Spencer no se habian analizado con propiedad sus elementos, no han dejado de considerarse como importantísimos factores morales, tildados por unos como egoistas y preconizados por otros como altruis-

tas. Ya vemos en qué sentido podemos decir que participan de ambos elementos. El egoismo está en el fondo, pero tan léjos de aislarnos de los demás, que los sentimientos de éstos con respecto á nosotros, previstos ó manifestados, son la causa de nuestra emocion y el motivo de nuestros actos.

Veamos sus principales manifestaciones, y desde el primer paso nos encontrarémos con un estado mental tan interesante como el respeto á la opinion. Lo que los demás tienen por útil, bueno y loable, ó por dañoso, malo y censurable, adquiere para nosotros, con independencia de nuestros propios sentimientos, caractéres que lo hacen vitando ó apetecible. Porque como la ejecucion de un acto que ha de ser grato á los ojos de los demás, trae por consecuencia la manifestacion en ellos de sentimientos con respecto á nosotros, que nos han de causar placer, la inclinacion al acto va acompañada de la anticipacion de ese estado afectivo, que puede servirnos de impulso. Lo mismo pasa en sentido inverso. La consideracion del efecto de nuestras acciones, en los sentimientos ajenos entra por mucho en nuestra disposicion afectiva, La prevision del enojo ó la animadversion de los otros es un factor importantísimo para retenernos en determinadas ocasiones. De consiguiente el conocimiento de lo que los demás estiman como bueno ó malo, grato ó ingrato, se transforma en nosotros en un estado emocional. De aquí se derivan otros muchos, como la necesidad de la aprobacion, el disgusto por la reprobacion, etc.

Un sentimiento muy afines es el de la vergüenza. La conviccion de que hemos ejecutado una accion que ha de lastimar, ofender, chocar ó meramente parecer risible á otro, provoca en nosotros una depresion de espíritu, una disminucion del sen-

timiento de nuestro propio valer, que constituyen un estado singularmente penoso. Como todas las emociones puede obrar por anticipacion, por representacion de las consecuencias del acto que aún no se ha ejecutado, y servir de rémora al acto ó impedirlo del todo. Hay personas tan susceptibles à este sentimlento, que se encuentran poseidas de él, àun en la prevision de actos del todo indiferentes, como el de exponerse à las miradas de una concurrencia ú otros semejantes.

Pero de todos los sentimientos ego-altruistas, ninguno es màs interesante de estudiar que el de la justicia, en la forma màs corriente. Como hemos comprendido este sentimiento entre los simpàticos, si bien cuidando de agregarle la calificacion de pura, nos convendrà distinguir cuidadosamente la forma à que nos referimos, y que lo trae de lleno á esta nueva clase. Spencer lo ha hecho muy bien en estos párrafos.

«Miéntras las emociones excitantes ó coercitivas no tienen otras causas determinantes que las manifestaciones reales ó ideales de aprobacion ó desaprobacion humana ó divina, las nociones de lo justo ó de lo injusto deben depender, con los sentimientos correspondientes, de las tradicciones teológicas y de las circunstancias sociales... Los usode cualquier naturaleza, que las circunstancias han establecido, demodo que el conformarse à ellos produce la aprobacion del medio social, y sustraerse à ellos la irritacion y las palabras condenatorias, llegan à ser usos santificados en cierto modo, Los agregados de placeres ideales y los agregados de dolores ideales que nos sugieren esas opuestas maneras de ser en nuestros semejantes, se asocian con el cumplimiento y omision de tales actos; y de aquí que el cumplimiento y

omision de estos actos acaban por concebirse con inclinacion ó repugnancia, y se llaman convenientes ó inconvenientes».

En el caso de la justicia pura ó equidad la privacion de cualquier derecho en un semejante nos apena por simpatia, su completo disfrute nos agrada por simpatía, y nos determinamos en consecuencia. En el caso actual, nuestros actos se ajustan á las ideas corrientes de justicia ó injusticia, sólo en atencion al efecto que han de producir en los sentimientos de los demás, dadas sus relaciones con nosotros, y á las consecuencias que puede tener ese efecto para nosotros. El que no comete una injusticia por temor á la reaccion del agredido ó al castigo social, en cualquier forma que se imponga, obedece á un sentimiento ego-altruista. Lo mismo el que llena un deber sólo por no incurrir en pena, ó en vista del aplauso ó premio.

Esto nos basta para entrever el inmenso campo de estos sentimientos, y lo que valen y significan como factores de los sentimientos morales. No creemos exagerar afirmando que la evolucion de la moral se ha producido principalmente por ellos; como que han ido siguiendo paso á paso la adaptacion del hombre á los diversos medios sociales. Esto no quiere decir que marquen la última etapa de este progreso, ni que deje de poderse señalar idealmente otra forma más perfecta de adaptacion moral.

Aunque tan complejos estos rentimientos, no han dejado de influir como nociones en la formacion de algunos sistemas. Considerando en su pleno desenvolvimienio el utilarismo, cuando se eleva al concepto de utilidad general, vemos que supone al indivíduo trabajando por el bienester social, en vista de la influencia directa que éste ha de tener en

el suyo, y cultivando sus sentimientos simpáticos, en atencion á los placeres que le han de traer de retorno.

Empeñados en considerar todos los factores psíquicos que concurren ó pueden concurrir á la conformacion del temperamento moral, no podemos prescindir de un órden emocional, que, si bien opuesto por todos sus caractéres á lo que exige la vida social, no se encuentra ménos en determinados indivíduos, que pueden considerarse como monstruosidades dentro de la especie; ó, lo que es más frecuente, mezclando algunos residuos á la manifestacion de los sentimientos normales en la generalidad de los hombres. Hablo de la malignidad. Hay quien léjos de padecer con el dolor ajeno, ó de ver con indiferencia los pesares de los otros, se regocija con las desgracias de los demás hombres, y por poco activa que sea su naturaleza, las provoca. Este es el tipo, raro naturalmente; pues de otro modo no habria sido posible la existencia social. Pero si como tono general del espíritu no es frecuente, como estado pasajero, provocado por muy diversas circunstancias, y más aún como elemento, aunque mínimo á veces, de otros estados es muy frecuente. Aplicando bien el microscopio, suele encontrarse algun grano de malignidad, aún en los naturales más dulces y generosos. Es producto de la herencia. El estado de depredaciones perpétuas en que han vivido los hombres primitivos, y, con formas algo dulcificadas, sus descendientes más remotos hasta llegar á nosotros, fomentaba como no podia ménos el odio ciego contra grupos enteros, la religion de las venganzas tremendas de tribu á tribu, y todo lo que podia entretener un sentimiento impersonal de esta especie, cuyos efectos llevan al hombre á lo más

contrario á su organizacion, á esquivar, aborrecer ý áun dañar á su semejante. Schopenhauer, con su estilo crudo característico, traza, con gran relieve, la distincion entre el egoismo y la malignidad.

«El egoismo puede conducirnos á faltas y atentados de todo género; pero el mal y el dolor, que de esta suerte causamos á los otros, son para el egoismo un puro medio, no un fin; no los causa, sino por accidente. La maldad y la crueldad, por el contrario, se ponen como fin propio las penas y dolores de otro; su alegría estriba en llenar este objeto. Constituyen por tanto, un grado más profundo de la perversidad moral. La máxima del egoismo extremo es: «*Neminen juva; imo omnes, si forte conducit* (siempre hay una condicion) *læde*. No ayudes á nadie; ántes bien, si te importa mucho, daña á todos. La máxima de la malignidad es: «*Omnes, quantum potes, læde,*» Daña á todos, cuanto puedas.»

Podemos afirmar, sin temor de que los hechos nos desmientan, que, sólo en verdaderos casos de patología social, se tropieza con hombres de este temple. Mas las otras formas de la malignidad contribuyen por mucho á poner estorbos al progreso de la moralidad y la vida social. Los coléricos y vengativos abundan, no escasean los crueles, hay no pocos envidiosos, y si descendemos á esos grados menores, la disposicion satírica, el gusto por la maledicencia, la propension á la burla y el ridículo, etc., verémos cuan vivaces sentimientos, son, como pululan aún en caractéres muy bien templados, Á como parecen legitimar esta triste frase de Gœthe: «En este mundo, la indiferencia y la aversion están siempre en casa.»

No escapan los sentimientos malignos á la ley que

quiere que todo estado emocional participe de caracteres intelectuales, y pueda distinguirse como nocion. La consideracion frecuente de la natural perversidad humana y de las miserias, extravios y ridiculeces á que nos inclina nuestra natureleza, auxiliada de un carácter en que predominan los sentimientos malévolos, produce la misantropia. El fundador del pesimismo moderno, que solia estar acometido de este mal terrible, lo describe de esta suerte:

«La malevolencia encuentra tambien estímulo en los objetos; tal es el espectáculo de las faltas, errores, flaquezas, locuras, defectos é imperfecciones de todas clases, que cada uno de nosotros expone, en mayor ó menor número, y por lo ménos en algunas ocasiones, á la vista de los demás. Y es de tal suerte, que á más de un hombre, en sus horas de melancolia, de hipocondr'a, aparece el mundo, desde el punto de vista estético como un museo de caricaturas; desde el punto de vista intelectual, como una casa de locos; y desde el punto de vista moral, como un albergue de foragidos. Cuando este humor persiste, se llama misantropía.»

Nunca se ha presentado la misantropia como sistema, pero quien haya leido algunas de las obras de Swift, habrá notado hasta qué punto puede una concepcion perfectamente lógica de este sentimiento anti-social dominar y regir una inteligencia poderosa.

En el análisis que llevamos hecho, dejamos comprendidos todos los factores del temperamente moral, desde el punto de vista psiquico, en una de las cuatro grandes clases estudiadas. Uno ó algunos se presentan en un individuo dado, como dominantes; pero lo regular es que se mezclen en proporciones diversas, para formar el caracter.

Réstame ahora considerar el influjo que el desarrollo total de la inteligencia, ó sea el predominio de los estados intelectuales, y en especial la reflexion, puede ejercer sobre la personalidad moral. Ya sabemos que ninguna forma de la actividad total del yo es ajena á su constitucion como individualidad; en unos predomina la accion, en otros la pasion, en éstos la reflexion, pero en todos concurren elementos de estos diversos órdenes de los fenómenos mentales.

Ahora bien, á medida que en un sujeto cualquiera adquieren predominio manifiesto los fenómenos que pertenecen al órden intelectual: representacion, abstraccion, raciocinio, reflexion, se sigue la depresion manifiesta de los otros órdenes de actividades; y la esfera emocional se modifica en consecuencia. En un individuo exquisitamente sensible, toda impresion objetiva moverá de cierta manera predominante su espíritu como sensacion, y producirá un estado emocional intenso. El ejercicio de su sensibilidad externa ocupará una gran porcion de su vida subjetiva. En un individuo particularmente móvil y presto á la accion, toda impresion vendrá á solicitar movimientos y pondrá en vibracion de otra suerte su espíritu, produciendo otro órden de estados emocionales. El ejercicio de su actividad muscular, en el sentido más amplio, hará aquí las veces de la sensibilidad en el otro. Pero un individuo, en quien lo objetivo toma naturalmente el camino de la abstraccion, se sentirá emocionado de distinta manera, sin que por eso pueda decirse con certeza que con menor intensidad. Lo presente no lo absorberá por entero, la idea actual traerá por asociacion otras pasadas, ó suscitará construcciones de imágenes posibles; y de esta suerte una combinacion ideal

tendrá en él fuerza bastante á moverlo de preferencia quizás á una combinacion objetiva.

De aquí consecuencias importantísimas para el carácter moral. Los llamamientos meramente orgánicos pueden ser y son vencidos por estados ideales. Una nocion, un concepto mueven más eficazmente que una necesidad, un placer, un dolor. Los estímulos actuales pueden ser desoidos, por responder á la excitacion de un estímulo venidero, prevista mentalmente. Lo más próximo se sacrifica á lo más remoto. La experiencia adquirida del efecto de nuestros actos y de las acciones ajenas en nuestro estado emocional se organiza en forma ideacional, entra en el conflicto de los motivos y constituye las reglas, los preceptos. El predominio de la fase reflexiva, da lugar á que alternen y varíen las representaciones, á que se sucedan y cambien los movimientos del ánimo, y por consiguiente, extiende el campo de eleccion. El hombre deja de estar sojuzgado por un sentimiento dominante, otros momentáneamente eclipsados tienen tiempo de reaparecer, surge el conflicto, y la victoria puede quedar del lado de los que favorecen más el desarrollo individual, como elemento del desarrollo social. La inteligencia entra en el consejo y contribuye á la formacion del temperamento moral.

Por sucintas que sean estas observaciones, bien se echa de ver la grande importancia que el cultivo intelectual presenta como factor del carácter moral. No puede ser decisiva, porque el hombre no es inteligencia pura—nosotros sabemos que por todas sus raices penetra la inteligencia en la sensibilidad—pero si tan eficaz que es, sin duda, juntamente con ciertas condiciones sociales, el único factor de los formadores del carácter, susceptible de ser mo-

dificado por la accion perseverante del hombre. Puede moderarse, aunque trabajosamente, una sensibilidad enfermiza; puede sujetarse igualmente un tanto, una actividad excesiva; pero la accion que se ejerce enriqueciendo, fortaleciendo y ejercitando la inteligencia, es à la larga, la màs permanente y decisiva. Sólo si, hay que tener en cuenta, que aqui seguimos un camino que es un rodeo, y que pretendemos dominar el sentimiento por la inteligencia, esto es, por medio de ideas que han de ser emocionales. La tarea es muy difícil; à ella habrán de entregarse los nuevos educadores.

Por nuestra parte sólo pretendiamos, al enumerar los factores psíquicos de la moralidad, hacer notar que la inteligencia entera puede contribuir y contribuye como uno de los más, si no como el más poderoso. Un hombre inteligente puede ser depravado; pero en igualdad de circunstancias, un hombre de rica cultura intelectual tiene más motivos para ser moral.

Un campo mucho más vasto se abre ahora ante nosotros. El de los factores sociales de los sentimientos que constituyen la moralidad. Pienso que les dediquemos las próximas conferencias.

LECCION VII.

SUMARIO.—Factores sociológicos de los sentimientos morales.—Cómo influye el medio social en la formacion del carácter.—La educacion.—Sus dos formas.—Forma colectiva, inconsciente é involuntaria.—Primeros años del niño.—Adolescencia.—Virilidad.—Ejemplos en los diversos grados de civilizacion.—Diferenciacion de las clases, su influencia en la educacion colectiva.—Segunda forma de la educacion, individual, consciente y voluntaria.—Diferencia entre ambas formas y valor respectivo de cada una en la formacion del carácter moral.—Necesidad de armonizarlas.—Fórmula del ideal de la educacion en nuestros tiempós.—El contenido de la educacion depende de los otros factores que hemos de estudiar.

SEÑORES:

Tenemos ya al hombre con su conformacion física en vias de desarrollo y su temperamento moral latente, y vamos á colocarlo en medio del agregado social. Cada uno de sus actos provocará variadísimas reacciones en los séres semejantes que lo rodean; cada uno de los actos de éstos repercutirá en su conciencia y la determinará de diversas maneras. A primera vista, nada útil podemos sacar de esta afirmacion tan general. Fijémonos un poco más. Consideremos primeramente un sujeto determinado. Cada impresion que reciba del agregado social le afectará de un modo particular, segun su temperamento físico y moral: el hecho de estar en compañía de semejantes suyos le será más ó ménos grato, y por tanto procurará con mayor ó menor empeño estar en las condiciones en que se realiza; ciertos

actos de esos individuos, ya con respecto á su persona, ya entre sí, le serán agradables, y hará todo lo posible porque se repitan; otros le serán desagradables, y procurará evitarlos; las muestras de estimacion, los elogios, las dádivas lo afectarán de cierta manera; las pruebas de enojo, las recriminaciones, el despojo de algunos objetos, de otra. Como esto se repite incesante é indefinidamente, el resultado es que, ya fortaleciéndose determinadas predisposiciones y tendencias, ya modificándose y quizás anulándose, se forman en el individuo estados habituales de relacion con los actos percibidos y sentimientos inferidos de sus semejantes, que son provechosos á su conservacion, y que por tanto tienden de todos modos á que subsistan. El individuo se encuentra bien en cierta situacion con respecto á sus coasociados ó está acostumbrado á ella, y toda su vida afectiva é intelectual trabaja por fortalecer y prolongar esa situacion; las reacciones del sujeto á cada nueva impresion son más fáciles, y toman un carácter de semejanza marcado en cada caso, ya posee un carácter.

Aunque consideramos aquí uno solo de los dos aspectos de este problema de la formacion del carácter, podemos ya entrever toda su complicacion y algunas importantes conclusiones. Vemos, desde luego, que en el fondo del individuo existen latentes todos los gérmenes que ha dejado la herencia, en lo biológico y en lo psíquico; pero que evolucionarán y se desarrollarán de muy distinta manera, segun las condiciones que le ofrezca el medio social en que se encuentre; pues de un solo golpe podemos apreciar que la importáncia del medio cósmico, por grande que sea, se amengua ante estas pequeñas, pero incesantes influencias del medio social, dirigidas par-

ticularmente hácia los órganos más especialmente adscritos á la vida de relacion. El agregado social no estirpará lo que encuentre en el agregado individual, pero favorecerá determinadas tendencias y contrariará otras. Habrá individuos que se encontrarán desde lugo en las más favorables condiciones, para dar libre juego y empleo á sus sentimientos; y la seleccion y la herencia han de hacer que dentro de cada sociedad vayan naciendo cada vez en mayor número, dentro de estas condiciones. Otros se encontrarán cohibidos, y el crecimiento de sus facultades será singularmente imperfecto, á no ser que estén dotadas de una vivacidad de todo punto excepcional. En un pueblo entregado todavía á la vida de pillaje y depredacion, los individuos en quienes predominen los sentimientos de acometividad, la movilidad, la osadía, la crueldad con el enemigo etc., se encontrarán incesantemente favorecidos por las circunstancias externas, y todo contribuirá á fijar y fortificar su carácter en este sentido. Por el contrario, los que sintieren disposiciones más dulces y no pudieren ver con regocijo las torturas impuestas al vencido, caso de que se encontraran, ó fueran más tardos en concebir una expedicion fructuosa ó en llevarla á cabo, estarian contrariados por las mismas circunstancias, no podrian desarrollar plenamente sus sentimientos, y acabarian por ser eliminados de aquel agregado social, sin facilidad para trasmitir sus caractéres por la herencia.

Para comprender por entero la exactitud de este punto de vista, es necesario considerar el otro aspecto del problema. Nada, ó muy poco, se afirma, cuando se dice que el medio social ejerce una accion constante sobre el individuo en vias de desarrollo, es necesario ántes advertir, como dentro de la casi

infinita variedad de actos que constituyen la vida de un agregado de esta especie, se pueden descubrir aspectos generales que les dan un carácter propio. Hay séries completas de actos que se repiten preferentemente, porque constituyen la forma de adaptacion más perfecta de aquel agregado á su medio. Tiene, pues, cada medio social sus formas semejantes y constantes, como cada medio cósmico; y por la accion continuada de estas formas sobre el conjunto de sus individuos es como ejerce su influjo casi incontrastable. Un pueblo difiere de otro y difiere de sí mismo en los diversos períodos de su historia: pero considerado en su individualidad, y en cada una de esas épocas, tiene un carácter propio, formado con todos los resíduos de su lenta evolucion, que le permite imprimir su sello á todas sus obras. Ahora bien, cada uno de sus individuos es una de estas obras.

Importa mucho al moralista estudiar esta forma de la accion social sobre el indivíduo, mediante la cual se pone este en relacion de conformidad con lo que siente, entiende, imagina, quiere, prefiere y ejecuta la sociedad en que vive. Así podrá llegar á conocer el primero y más decisivo de los factores sociales, la educacion.

Desde luego advertireis que tomo aquí esta palabra en un sentido muy extenso. La educacion del inviduo por la sociedad tiene dos formas correlativas, pero distintas. Una inconsciente é involuntaria; la más eficaz; otra consciente y volúntaria, la que debiera ser más eficaz, A esta última es á la que se da más especialmente el nombre de educacion; nosotros vamos á estudiar ambas formas.

Casi desde los primeros pasos en la vida, comien-

za el infante á notar que determinados gestos suyos, como la sonrisa, ciertos mohines, ciertas actitudes, provocan en los que los rodean actos y palabras en que procuran serle agradables; á la inversa de lo que ocurre con otros gestos y movimientos, como el llanto, el ademan ó el hecho de golpear, etc. Puede notar tambien que cuando lo visten y atavian de cierta manera, la expresion de la fisonomía de los que lo ven es particularmente agradable, y le prodigan entonces las frases cariñosas y laudatorias, las caricias, los regalos. Despues comienza á advertir las acciones ajenas que le producen placer ó que le llaman meramente la atencion, y trata de imitarlas; los actos que hasta allí han sido instintivos, van siendo conscientes y voluntarios; y ya siguiendo el impulso que le imprimen sus necesidades, es decir, en sus actos espontáneos, ya obedeciendo á la tendencia á imitar los movimientos que percibe, es decir, en sus actos adquiridos, nota que de todos ellos, unos son gratos á los que le rodean, y determinan en ellos todas las muestras ya conocidas de aprobacion, que en último término redundan en provecho y placer del niño, y otros les son desagradables, y provocan en ellos las muestras de enojo, que se traducen para el interesado en reprimendas y privaciones. De aquí una consecuencia natural. El niño trata de repetir los primeros, que se le hacen habituales; y procura evitar los segundos, á que cobra aversion.

Por otra parte, los que rodean al niño aprueban y estimulan todos los actos en que este se conforma á lo que ellos *entienden* ó *tienen* por provechoso, agradable, bueno ó lícito; á éstos no se oponen obstáculos, ántes bien, se les prestan todos los auxilios directos, á más de los indirectos de la aprobacion y

el regalo constantes. No hay por parte suya ningun propósito determinado, como no sea, en términos generales, el de ser útil al niño, ó agradar à sus allegados; pero no por eso dejan de ejercer una influencia constante, haciéndole adquirir hábitos en perfecta consonancia con los que ellos tienen, y que representan su modo de sentir y obrar en todos los actos domésticos. En cuanto à los actos que se apartan de estos moldes, son perseguidos con tanta constancia, como encarnizamiento; para estos encuentra el niño à cada paso un obstáculo material ó moral. A esta presion tremenda, porque es incesante, sólo resisten caractéres excepcionales; la inmensa mayoría toma al fin la forma del molde estrecho en que se le encierra.

A cada etapa de la vida, se reproduce esta misma accion de todos sobre uno, con ligeros cambios de forma. Ya el adolescente no necesita de las advertencias del niño, porque un número casi infinito de sus actos cotidianos está reglamentado, sin que se de cuenta de ello, en la region subconsciente de lo habitual; pero en la nueva esfera en que ha de moverse, encuentra à cada paso guias y censores, benévolos ó duros, segun las circunstancias. Quizàs ya no sonarán en sus oidos las palabras ásperas del ayo ó pedagogo, y de seguro estará libre de ciertos argumentos realmente dolorosos; pero ya ha aprendido à interpretar el valor de una mirada, de un fruncimiento rápido del ceño, de una sonrisa discreta ó irónica, de un ademan más ó ménos vivo, de una acogida más ó ménos calurosa. Los actos de sus compañeros son en torno suyo la materia de toda suerte de elogios ó censuras, y no tiene ningun motivo para creer que los suyos estén exentos de esta fiscalizacion. Además, todavía la autoridad de los

padres y mayores no ha perdido para él la forma directa; y áun, en esa edad en que la admiracion es un producto natural de la inexperiencia, todo lo que sobresale de cualquier suerte ejerce un influjo incontrastable, en virtud de sus disposiciones á la sumision y á la imitacion. El jóven, como el niño, acaba por entrar en perfecta consonancia con los que lo rodean, y hará y pensará y querrá, poco más ó ménos, lo què sus coetáneos y paisanos hacen, piensan y quieren. En esta, como en aquella edad, el conformarse supone un estado en que predominan con mucho las sensaciones agradables, que favorece por tanto la vida; el no conformarse supone todo lo contrario.

Llegada la edad viril, cambia la escena, pero no los actores. El hombre no puede dar un paso, ni áun para combatir, sin contar con la cooperacion, y por tanto la aprobacion de sus semejantes, cualquiera que sea la fuente de que se derive. En la forma que da á sus actividades, en los fines que les presenta como llamativo, en la distribucion de su tiempo, en la eleccion de su domicilio, hasta en el corte y color de sus vestidos, entra como factor importante, cuando no decisivo, unas veces consciente, las más inconsciente, la necesidad de vivir con los otros y serles grato, para que ellos lo sean á su vez para nosotros. De aquí el recibir en todo tiempo y de todos modos su influjo, el atender á sus gustos, á su aplauso, ó á sus antipatías y condenaciones, el dejarnos ir á la imitacion, que ahorra tanto esfuerzo, el encontrarnos al fin, sin saber cómo, al unísono con nuestros coasociados.

¿Y qué es lo que de esta suerte, de esta manera tan incontrastable comunica, impone el agregado social á sus unidades? Las formas de adaptacion á

que lentamente ha llegado; buenas, medianas ó malas quizás, consideradas individualmente; aceptables en conjunto en aquel instante de la evolucion del grupo social; porque sin ellas no babria subsistido. Lo que se llama las costumbres, las opiniones, las creencias; reglas poco dúctiles de vida, que rara vez se codifican, y á que el inmenso número obedece ciegamente; producto seguro é infalible de esta forma de educacion que estudiamos, y la cual es una manera de trasmitir de generacion á generacion todo lo adquirido, todo lo elaborado para la reaccion constante contra el medio cósmico y étnico. No es obra de nadie, y es obra de todos. Ninguna otra prueba mejor de que existe realmente eso que se ha llamado en nuestros dias, el medio social. Al mismo tiempo comprendemos su funcion con plena claridad. El individuo colocado en su seno, sufre su influjo y tiene que acomodarse á él; esta acomodacion lo hace un factor útil y concurrente á la acomodacion superior del agregado, con respecto á lo que constituye su medio: el sitio del globo que ocupa, los pueblos distintos que lo rodean.

Todo aquí es relativo; el individuo respecto á la sociedad; la sociedad respecto al mundo y á los otros agregados de su clase. Por tanto, fuera de cada agregado y las condiciones que lo han determinado, es inútil ir á buscar lo que constituye la utilidad y la bondad de las formas de conducta que estima y establece como lícitas. En cuanto tengan algo ó mucho de comun los agregados, habrá en ellos algunas ó muchas reglas comunes; todo lo que tengan diverso, producirá reglas diversas. Esta forma de educacion es, por tanto, un factor poderoso de la moralidad, pero como instrumento; enseña, más nada sabemos hasta aquí de lo que enseña.

Aclaremos esta importante afirmacion, con algun ejemplo. Consideremos algunas de las formas que pueden presentar los agregados sociales. En los albores del estado social, en esos pequeños grupos que viven errantes por los bosques, librando á la caza y á la pesca la satisfaccion incierta de sus necesidades más perentorias, vereis que todo está subordinado al ejercicio de aquellas actividades de que depende la existancia del grupo. Al hombre no se pide más que arrojo, celeridad y astucia; á la mujer destreza y habilidad para ejecutar los múltiples oficios que le están encomendados, obediencia absoluta y sumision; en lo que no puede ser útil, no debe ser un estorbo. Como las necesidades son pocas é imperiosas, se imponen con mayor fuerza, de aquí que el tipo se repita con la mayor facilidad y con la mayor igualdad. Las costumbres de todos los salvajes en este período son casi las mismas. Por otra parte como bástan para asegurar la existencia, en los límites restrictos en que ellos la conciben, y toda innovacion se les presenta como un peligro, su apego á los hábitos adquiridos es extremado, y solo admiten un cambio, cuando la ventaja es de las más evidentes. Así los indios de las praderas de la América del Norte han aceptado de los blancos el rifle, pero no las costumbres. Nace un niño en la horda; cuanto ve, cuanto oye, cuanto imita, cuanto le imponen sus necesidades, todo va á vaciarse en el mismo molde. Aprende á disponer los mismos lazos, á manejar las mismas armas, á ejercer las mismas violencias, á sentir los mismos terrores, á recibir las mismas alabanzas é idénticos castigos que cuantos lo rodean; y las reglas de conducta que más ó ménos claramente se traza y las costumbres y los gustos que adquiere son las reglas, las costumbres y los

gustos de la horda. Es condicion de vida ó muerte. Tendrá ciertos actos por buenos, otros por malos; pero serán los que ha visto en torno suyo aceptar ó reprobar, y que se han conformado con su propia aunque limitada experiencia. El grupo lo ha hecho como lo necesitaba, y él concurre ahora á conformar la nueva generacion.

Pasemos á tribus mejor organizadas, y que se dediquen al pastoreo, Prescindiendo de sus relaciones con las tribus extrañas, vemos que ya dentro de los límites de cada una el círculo de las relaciones sociales se ha ampliado extraordinariamente. Todavía el valor personal para rechazar un peligro ó la astucia para burlar una emboscada son prendas de infinito precio, pero como cada familia posee su rebaño y cada padre sus tiendas donde sus mujeres preparan los útiles, prendas y alimentos del uso común, y las violencias contra estas dos formas de la propiedad ocasionarian disensiones intestinas y la ruina de la tribu, el respeto á lo poseido por cada familia ó cada jefe es una virtud grandemente estimada; la prudencia para dirimir las contiendas entre vecinos da un relieve personal y una forma especial de autoridad; la division y diferencia de las ocupaciones, dejando á los más jóvenes la guarda y otros cuidados del rebaño, ó valiéndose para estos oficios de esclavos, establece una nueva desigualdad social á impone distinta manera de proceder al inferior y al superior. Por otra parte la tribu tiene sus tradiciones, que compendian á su modo la história de los tiempos pasados, sus creencias, sus usos, sus aficionés, y esto contribuye á que aumenten los canales por donde llega á noticia de todos lo que es apetecible y lo que es vitando, lo que ha sido y lo que puede ser útil, lo que merece aplauso

y lo que es digno de condenacion; por tanto el ser dócil á esta forma de enseñanza, el recibirla con respeto y áun amor es de grande conveniencia para el individuo y para la tribu, y de aquí nuevas cualidades consideradas como dignas de loa, nuevas virtudes en ese estado social. Aquí hay lugar para cierta variedad en los caracteres, pero vemos que se han de establecer determinados tipos, los cuales se amoldan más ó ménos á las necesidades del estado social; los que no, si por extraña manera llegaran á surgir, al punto serian eliminados.

La vida sedentaria de los pueblos agrícolas trae consigo cambios considerables, y á medida que crecen y aumentan, ensanchan más y más su círculo de accion, pero éste no existe ménos. Aunque hay ya funciones y clases sociales completamente distintas, y unos se organizan para la defensa del territorio, otros están llamados á asegurar la paz interior, quienes á la conservacion de las tradiciones sagradas, estos al comercio, estos á las industrias primarias, otros al cultivo, y cada una de estas divisiones forma á sus componentes una especie de medio adecuado, hasta el punto de que las costumbres del militar no son las mismas que las del mercader, y lo que la opinion disimula en el uno, quizás castiga severamente en el otro, por encima de todas estas diferencias están las necesidades comunes que trazan una série de reglas, sancionadas por la costumbre y el éxito, de que nadie osa apartarse en la comunidad. Los niños reciben la influencia de la clase especial en que se encuentran, y la influencia más general del pueblo de que forman parte, y por un compromiso necesario entre una y otra, resultan á la postre individuos adaptados á su clase y á su pueblo. Hay muchas mayores probabilidades de variedad, pero

dentro de determinados tipos; y éstos son el producto de aquella sociedad en una lenta y prolongada elaboracion.

A medida que ascendiéramos en la escala de la civilizacion veríamos ante nosotros mayor campo para la diversidad de caractéres, de reglas, de preceptos y juicios sociales y morales, pero no otra forma de elaboracion y trasmision, Siempre será la influencia constante del grupo sobre el individuo. Pasando de la época en que una organizacion militar se imponía á las naciones, y las aislaba más que á sus fronteras y murallas, á la actual de transicion, en que el creciente progreso de la industria, la mayor duracion de los períodos de paz, la facilidad de las comunicaciones y comercio entre los pueblos más civilizados, establecen relaciones más constantes y estrechas entre millones de hombres, advertimos por qué puede escondérsenos una verdad como la expuesta. Hoy espacia el individuo sus miradas por un campo tan extenso y vario, recibe influencias, por el libro, el periódico y la prontitud de las noticias, de tan remotos puntos y tan encontradas unas á otras, hay tanto lugar para que una individualidad poderosa reaccione contra las imposiciones del medio, tanta facilidad para trocar una residencia por otra, que no es maravilla, sino reina ya, ni aún en paises poco adelantados, esa uniformidad que distingue á los pueblos en sus primeras etapas. Por otra parte, como los pueblos más cultos hoy han sido formados en un medio comun, no es de extrañar tampoco que haya entre ellos un cambio incesante de ideas, reglas, gustos y áun supersticiones comunes. De modo que hoy los tipos son casi innumerables, pero no dejan de existir; hay gran variedad en la conducta, gran variedad en los preceptos que la regulan y en los

juicios que la sancionan ó condenan, pero tambien hay ciertos géneros de conducta generalmente aprobados y generalmente censurados. Es decir que la educacion del indivíduo por el grupo ha obtenido proporciones en correspondencia con la extension y conexiones del grupo, pero no es ménos real que cuando se reducia á una horda de dos ó tres docenas de hombres primitivos. En éste como en aquel caso el individuo recibe de fuera la impresion que lo modela, y se encuentra al cabo pensando, queriendo y obrando como su maestro anónimo é incógnito: la sociedad de su época.

Cuanto va dicho hasta aquí se refiere especialmente á esa forma de educacion general, de que nadie se da clara cuenta, y que vá conformando el carácter de cada nuevo individuo á las condiciones en que ha de vivir como parte del todo. Pero segun ya digimos, esta no es la única. Desde temprano fué necesaria una trasmision especial de ciertos actos y procedimientos, hecha con plena conciencia del fin á que se tendía; fué forzoso que los más ancianos y los más hábiles se hicieran imitar por los mas jóvenes é inhábiles en aquellos oficios y funciones que exigian una preparacion y acomodacion particular. A medida que se fué extendiendo el campo de accion de cada pueblo y aumentándose sus relaciones, la necesidad de fijar la trasmision de ciertas reglas y usos, para que no sufrieran menoscabo con los cambios que trae la mayor comunicacion, fué mucho mayor.' De aquí la institucion intencional de cuerpos docentes y de sistemas de enseñanza, la recopilacion de las fórmulas y preceptos en que se habian de inspirar y el auxilio aportado á la memoria por los diversos medios de fijar los conceptos, como monumentos, códigos, co-

lecciones, etc. De esta suerte, para muchos de los fines más importantes de la vida, no se fiaba la sociedad al influjo general del agrado sobre cada componente, sino que buscaba un influjo más especial, concentrado en determinada direccíon y por tanto más eficaz. Por desgracia, este gran instrumento de perfeccion no ha sido usado las mas de las veces con clara conciencia de su destino, se ha dado por lo general en una mera rutina, y lo que es peor se ha desconocido esa otra forma de educacion del medio social en conjunto, que muchas veces ha invalidado todos los resultados de la primera.

En el punto de vista en que ahora estamos colocados, lo que más nos importa es hacer notar lo que esta clase de educacion significa como factor de la moralidad. Todo lo que el ejemplo y las imposiciones de la generalidad hacen á intervalos, ya en un sentido, ya en otro, aquí en pequeña, allá en grande escala, unas veces en buen momento. otras en ocasion inadecuada, puede hacerlo, debe hacerlo, y muchas veces lo ha hecho la educacion doctrinal, de un modo constante, en una direccion fija, con la debida proporcion, escogiendo la oportunidad, graduando el efecto. Saca al indivíduo del medio natural en que estaria y está expuesto á influjos que se contrabalancean y quizás se anulan, y lo coloca en un medio si no artificial (algunas veces lo ha sido por desgracia), al ménos sabiamente preparado, para hacer concurrir todas las fuerzas de que dispone, á un solo fin. Claro está que su principal preocupacion debe ser que este medio no difiera en absoluto del que ha de recibir más tarde al educando, que no sea del todo ficticio; pero eso no entra en nuestro cuadro, lo que debemos notar es la gran suma de fuerzas de que dispone para imprimir en el

sujeto cierta manera de ser permanente, que será, por muy poco que lo haya modificado, un paso hacia adelante ó hácia atrás, pero siempre un paso más allá de lo que era ántes de estar sometido á su disciplina. Es dificil, es muy difícil organizar debidamente la educacion, pero si se lograra, podemos estar ciertos de que el hombre no posee en lo social ningun instrumento semejante de perfeccionamiento; uno ú otro ó muchos indivíduos podrán resistirlo, tan ténue puede ser la modificacion que les imprima, las genéraciones en masa, no. La acumulacion de esas modificaciones ténues acaba por transformar una sociedad entera.

Ahora véase que esta forma supone una disciplina no que se recomienda, sino que se practica; preferencias, gustos que se favorecen; actos que reciben incesantemente premio ó castigo; el recuerdo incesante de las acciones meritorias y su glorificacion constante, el cultivo esmerado de ciertos afectos, en fin todos los medios de actuar á la vez sobre la sensibilidad, el entendimiento, y la imaginacion, no ya para producir una adaptacion por tanteos, como resulta en la educacion espontánea, sino para determinar una forma especial de adaptacion que se señala y se realiza.

Si despues de esto hay quien se sorprenda de que la educacion produzca frutos tan menguados, disponiendo de fuerzas tan considerables, bástele considerar, primero que no está, ni con mucho, bien organizada, y despues, que lejos de haberse llegado á armonizar, como es necesario, las dos formas de educacion, las más de las veces están en pugna, y por póco que ayuden las disposiciones personales del individuo, al cabo la más general y la que dura más, la del medio social, destruye ó invalida cuanto ha querido hacer la otra, la de la escuela.

Con extraordinaria lucidez ha expuesto Spencer el conflicto no sólo posible, sino real, entre una educacion fundada en un ideal de perfeccionamiento y las circunstancias sociales en que se encuentre despues el educando. Aunque nos apartemos un poco de nuestra tésis principal conviene citar el pasaje.

«¿Qué es lo que nos porponemos hacer pregunta el filósofo? La educacion de cualquier clase que sea ¿no tiene por fin inmediato preparar un niño para las necesidades de la vida, producir un ciudadano que al mismo tiempo que se conduzcan bien, sea capaz de abrirse paso en el mundo? Y para abrirse paso en el mundo (con lo cual significamos na solamente la adquisicion de riqueza, sino de los medios necesarios para formar propiamente una familia) ¿no se requiere el poderse acomodar al mundo en su estado actual? Y si por medio del sistema de enseñanza se llega á producir un sér humano ideal ¿no es dudoso que sea apto para el mundo en su estado actual? ?No debemos, por el contrario, temer que sus sentimientos de rectitud demasiado exquisitos y su norma de conducta demasiado elevada pueden hacerle la vida á la par intolerable é imposible? Y por admirables que puedan ser los resnltados en lo que concierne al individuo, no estarán en defecto en lo que concierne á la sociedad y á la posteridad?»

Esta série de terribles preguntas demuestra la gran dificultad de la tarea de educar, en las épocas de transicion como la nuestra· Cuando la sociedad vive dentro de moldes que nada ha quebrantado, el acuerdo de las dos formas de educacion tiende á realizarse por sí mismo. Hoy la empresa es mucho más árdua, porque necesitamos acomodar el

ideal de la educacion al estado social, pero de modo que constituya un progreso, para que las nuevas generaciones sean los obreros de su propio perfeccionamiento. La fórmula es sencilla, su realizacion dista mucho de serlo.

Volvamos á nuestro punto de vista.

Creo haberos llamado la atencion sobre la importancia muchas veces decisiva de la educacion, ya ejercida por todos sobre cada uno, ya por determinados individuos sobre cierto número, para fortalecer ó contrariar las tendencias, inclinaciones y predisposicion del temperamento físico y psiquico, es decir para la formacion del carácter moral. La menera de ejercer su influencia es lo que hasta aquí hemos visto; en cuanto á la clase de influencia que ejerce, nada hemos dicho de ella, porque puede ser sana ó funesta, ó contener proporciones muy variables de elementos útiles ó perniciosos. Da lo que encuenta, lo qne le confian. Para saber cuál puede ser la calidad de su contenido esnecesario estudiar la sociedad y la época de que se trate, conocer sus opíniones predominantes, sus costumbres, su legislacion, sus creencias religiosas. Cada uno de estos puntos constituye otros tantos factores de los sentimientos morales; la educacion es el instrumento de que se vale, pero ellos los que determinan el modo de ser que la educacion imprime al indivíduo.

Necesario es, por tanto, que veamos como obra cada uno de ellos, que parte les corresponde en la formacion del carácter moral. Así lo harémos en las conferencias inmediatas.

———



LECCION VIII.

SUMARIO.—Continuacion del estudio de los factores sociológicos.—La opinion pública.—Como se forma la conciencia colectiva.—Comunicacion de los estados subjetivos.—Ideas colectivas, su orígen, extension y energía.—Causas que contribuyen á su permanencia en todos los estados de civilizacion.—Accion de las concepciones colectivas sobre el individuo.—Los coasociados piensan al unísono.—Manera de influir la opinion en la esfera de los sentimientos.—Su importancia como factor de la moralidad.—Ejemplo tomado en la historia del duelo.—Supervivencia de las opiniones —Ejemplo en las prácticas religiosas.—Las costumbres como factor de los sentimientos morales.—Elementos psíquicos de la costumbre.—Sus relaciones con el estado social.—Su adherencia y tenacidad.—Como se modifican á tenor de los cambios en el medio social.—Relacion entre la opinion y las costumbres.—Imperio de la costumbre en los juicios sobre la moralidad.—Valor moral de las costumbres.—Las ceremonias.—Su significacion moral —Pápel de la opinion y la costumbre en la evolucion de la moralidad.

SEÑORES:

Si fuera necesario robustecer más nuestros asertos de la conferencia anterior, ninguna materia se prestaria tanto como la que he de tocar hoy en primer término: El influjo del medio social sobre el individuo, en la forma que se llama opinion.

Cuando se habla, como es frecuente en nuestros tiempos, de una conciencia colectiva, parece que se emplea una frase metafórica, y en realidad es una frase de sentido recto. Los agregados sociales sienten y entienden muchas cosas en comun, por trasmision mútua, nacidas en muchos focos á la vez, y cuya génesis individual seria imposible señalar.

La totalidad ó el mayor número se comporta con respecto á lo exterior, como pudiera hacerlo un sujeto único. La variedad y sucesion de impresiones objetivas se coordinan y actúan como en una sola conciencia. Los diversos aspectos de la naturaleza, los fenómenos individuales y sociales son percibidos de cierta manera e interpretados en consecuencia, inspiran repulsion ó amor, provocan actos adecuados. Tal parece que la percepcion ó conmocion recibida por un individuo se irradia y refleja en todos los demás, adquiriendo intensidad y fuerza desusadas, pero conservando su primitivo carácter. Un ejemplo del órden afectivo nos pondrá de manifiesto toda la importancia de este fenómeno.

Un ejército numeroso combate encarnizadamente y sin flaquear, durante muchas horas; todos sus individuos rivalizan en decision y denuedo; todos se han encontrado en iguales lances, y han probado su valor en cien combates. De súbito se produce un movimiento desusado en sus alas; algunos soldados titubean, y aquel comienzo de indecision se propaga como chispa eléctrica por todo el agregado; dos ó tres hombres cesan de hacer fuego, y otros muchos los imitan, al cabo uno arroja las armas y emprende la fuga, y en un solo instante aquel grupo compacto se descompone, nadie resiste, todo el mundo se siente arrastrado por una fuerza superior, todo el mundo huye, se ha producido el pánico. El miedo de unos cuantos ha contagiado á centenares y á millares.

No tienen, por lo general, las ideas la misma fuerza impulsiva que la pasion, y de aquí que sus efectos no sean tan visibles; pero no son ménos contagiosos. En el órden inteletual existe esa misma comunicacion de los estados subjetivos. Ved la áccion de los reformadores, de los fundadores de sectas, sobre sus

discipulos y secuaces. Pues lo que aquí hace una individualidad poderosa que sirve de foco de irradiacion, lo hacen distintas entidades desconocidas en el centro de ese agregado mucho mayor que se llama un pueblo ó una sociedad. Hay fenómenos que por su magnitud, su extrañeza ó la generalidad de sus efectos impresionan poderosamente á los que las contemplan; pero de aquí no se sigue que estén preparados para interpretarlos y comprender sus causas; alguna concepcion ha de surgir de su percepcion, en uno ó más individuos; esta concepcion se acordará más ó ménos con el estado intelectual del sujeto y de sus coasociados, cuyo nivel mental es poco más ó ménos el mismo; pues esta concepcion es comunicada, aceptada y trasmitida de unos en otros, sin que se pueda indicar quién fué el primero que la tuvo; y al cabo de muy poco es la interpretacion corriente del fenómeno en cuestion. No hay pueblo, por remoto que se encuentre de toda civilizacion, que no tenga sus ideas sobre la salida y puesta del sol, el cielo estrellado, el mar, los rios, las florestas, el viento impetuoso, las bestias salvajes ó domésticas, el pasado de su tribu, los sueños, las enfermedades, la muerte. Estas ideas serán mas ó ménos racionales, más ó ménos absurdas, pero se distinguirán siempre por estos dos caractéres: nadie puede señalar su autor ó propagador; todos las aceptan. En el estado salvaje es imposible un libre pensador. ¿Por qué? Porque aquellas inteligencias ménos que mediocres, solicitadas incesantemente á la accion por necesidades premiosas, se contentan por fuerza con los conceptos ya formados que se les trasmiten y que les ahorran una elaboracion de que se sienten incapaces; la deficiencia de capacidad que hace á esos hombres imitativos y rutinarios en el órden de

la actuacion, los hace imitativos y adhesivos en el órden de la concepcion. Como, por otra parte, cuanto oyen, ven y ejecutan gira en el mismo círculo, como nadie se aparta de lo que se ha hecho y se ha creido, sus conceptos llegan á petrificarse en sus inteligencias, la organizacion de sus pocas ideas es perfecta, y su facultad mental es tan automática como todas las demás. Por eso cuando los misioneros de las religiones de los pueblos civilizados tratan de catequizarlos, los presuntos neófitos empiezan por escuchar absortos sus palabras, é incapaces de entender como de contradecir, acaban por darse como convencidos, alejándose en realidad en el mismo estado que ántes.

Esta fuerza y universalidad de las concepciones colectivas se debilitan y amenguan á medida que los pueblos crecen y se civilizan; pero no desaparecen jamás por completo, ni con mucho. Las causas que contribuyen á este resultado son diversas y poderosas. En primer lugar, por muy adelantado que esté un pueblo en la escala de la civilizacion, las ideas y conceptos depurados por los procedimientos científicos, que vienen á sustituir á los adquiridos espontáneamente por trasmision y contacto, no son patrimonio sino del menor número, y áun en estos escogidos distan mucho de llenar todo el campo de la inteligencia. Hay, desde este punto de vista, capas sociales muy diversas, en que la credulidad y la fácil aceptacion de las ideas comunes van decreciendo paulatinamente. En el fondo nos encontramos con la gran masa de los totalmente iletrados, quienes viven bajo el dominio de las creaciones mentales colectivas tan completamente como los salvajes. Por encima encontrareis, segun los diversos grados de cultura, grupos cada vez ménos nu-

merosos que seran ménos dóciles á este yugo, en donde despuntan con mayor frecuencia individuos dotados del espíritu de crítica ó de mera contradiccion, hasta llegar á las clases más cultas y más libres de esta influencia, aunque de ninguna suerte totalmente libres. Considerando el gran número, el mayor número de los que distan de llegar á esta emancipacion relativa, y la mezcla incesante y contacto cotidiano de todos, no es de extrañar que en las sociedades más adelantadas encontremos aún esa masa enorme de conceptos colectivos no solo aceptados, sino obedecidos, que constituyen la corriente de la opinion.

Por otra parte, en esos mismos grupos que podemos considerar superiores, hay motivos para que la emancipacion no sea nunca completa. El campo de las pesquisas á que se entregan es por fuerza limitado; un gran número de hechos del órden físico y del órden moral es para ellos materia extraña á sus hábitos de investigacion, no tienen ni la aficion que lleva á examinarlos, ni práctica de los procedimientos necesarios; aquí la tendencia adquirida á contentarse con la primera explicacion ó interpretacion que se encuentra obra sin contraste, y se acepta el juicio ajeno, sin otra razon que la de evitarnos un trabajo mental que sería quizás infructuoso. Un jurisperito, escrupulosísimo en aceptar las alegaciones de las partes en una materia litigiosa, y que sólo emite su opinion despues de la apreciacion pericial de todos los antecedentes del caso, repite al mismo tiempo, sin darse cuenta de ello, los juicios que oyó en el círculo ó en el club sobre la última exposicion de pintura, y elogia ó censura lo que se ha elogiado ó censurado en torno suyo.

En tercer lugar, dentro de la variedad de condi-

ciones en que puede vivir una sociedad, hay siempre un gran número que son estables, por lo ménos para la sucesion de varias generaciones; de aqui se desprende la repeticion de ciertos fenómenos acerca de los cuales ya el agregado social en cuestion ha adquirido sus ideas colectivas, que se fijan por el hábito y se trasmiten por la herencia. El que desde niño oye hablar siempre en un mismo sentido de ciertas relaciones constantes, como las que existen éntre su nacion y otra vecina, por ejemplo; y ve que la conducta general se ajusta á esa manera de discurrir, cuando llega á darse cuenta de sus ideas, se encuentra pensando exactamente como los demás, y cuando llega el momento de obrar, hace lo que los demás.

Por último, áun fijándonos sólo en los espiritus más cultivados y más avezados por tanto á tener opiniones propias y aquilatar las agenas ántes de aceptarlas ó rechazarlas, veremos fácilmente que la porcion de su inteligencia, libre por completo de las influencias de la opinion, no puede ser muy extensa. El número de verdades incontrastables en cada rama del saber humano, es corto; el resto de las nociones y leyes son, en realidad, meras aproximaciones, y están sujetas al influjo, si no de la opinion impersonal, de la autoridad, que es otra forma más restricta de la opinion. Aun este reducto de la individualidad, la conciencia de un sabio, lo vemos forzado por la influencia de la colectividad. El hombre jamás está aislado. Se refugia en su pensamiento, y encuentra allí mil huéspedes extraños; aquella idea que le parece más propia, es quizás mero préstamo de un acreedor incóngnito.

¿Cual es el resultado de todo esto? Que envuelto el indivíduo en esta red de mallas infinitas é invisi-



bles, las más de las veces se somete sin luchar. Sobre los más de los actos propios y ajenos, sobre la mayor parte de los fenómenos de que es espectador ó que llegan á su noticia, se encuentra ya con juicios preformados, y estos por arte maravillosa son los juicios de los más de sus asociados coetáneos. Nosotros conocemos el oculto resorte de esta maravilla; sabemos lo que es esa opinion soberana, que nadie ve nacer, que nadie sabe cuándo se le trasmite, que á muchos parece hija de su propio juicio, y que no es sino una nueva forma de esa adaptacion nocesaria del individuo á su medio social, en la esfera de las ideas. Por ella la generalidad de los asociados llega á este útil resultado: pensar al unísono.

Pero ¿se limita su accion á la esfera intelectual? ¿De qué suerte influye en la de los sentimientos, por dónde ha de obrar sobre la moralidad? No es difícil verlo. No se trata aquí, en tésis general, de la especulacion. Esos hechos sobre que se pronuncia el veredicto general, son los de la vida relacional cotidiana, son precisamente los que mueven y apasionan á los hombres. La conciencia pública no se limita á decir: está bien hecho, está mal hecho; me agrada ó me ofende; es oportuno, es inoportuno, etc., sino que procede en consecuencia. Todo lo que se ajusta á su criterio, elástico ó estrecho, segun los paises y las épocas, recibe su aprobacion, y lo que es más su apoyo directo ó indirecto; cuanto choca con su manera de sentir ó de pensar incurre en su desaprobacion, no encuentra arraigo y de un modo ú otro es eliminado. Ahora bien, como la dependencia emocional del individuo respecto al grupo es tan poderosa, todo en él tiende á acomodarse á esta condicion imprescindible, y sus actos son in-

fluidos por ella de una manera soberana. El juicio impersonal de los más sobre su conducta pesa tanto en sus decisiones, que son necesarios los mas graves conflicto, provocados por la pasion ó la necesidad, para que alguna vez rompa esos lazos. Mas ya hemos visto cómo se forma la opinion; nace de las circunstancias objetivas y á ellas se acomoda, en virtud de las impresiones que hacen éstas sobre esa especie de conciencia colectiva de cada pueblo ó reunion de hombres. Habrá siempre entre las circunstancias y la opinion una relacion de causa á efecto, pero ni es posible determinarla, ni precisar mas sino que será tan variable, como lo son las condiciones de vida para un agregado social. Con el progreso de la civilizacion y las luces, es de creer que sus dictados sean mas racionales, es decir, respondan mejor á la verdadera adaptacion del hombre á su medio; pero adolecerán siempre de una instabilidad y vaguedad de forma que están en su esencia, y que no les han quitado, ni les quitarán jamás un átomo de su fuerza. Nunca institucion alguna, consciente y voluntariamente organizada para los fines especiales de la vida social, ha podido disponer de la potencia impulsiva de esa fuerza anónima é inconsciente que se ha llamado el bien parecer, el qué dirán. Es una triste verdad, pero, si se pretende conocer los móviles humanos, hay que ir con el análisis hasta lo más profundo, y no disimular lo que se encuentra. La generalidad de los hombres son unos autómatas que se imitan unos á otros, lo mismo cuando obran que cuando piensan.

Véase ahora qué factor no será éste en los sentimientos que llamamos morales. Es un poder casi incontrastable; de su sávia se nutren hasta los que parecen oponérsele y tratar de regirlo. La prensa

periódica presume ser un encauzador de la opinion pública, y no es las más de las veces sino su adulador ó su reflejo. Los legisladores, civiles ó religiosos, pretenden romper algunas véces su yugo; y como la opinion no se haya enmendado á sí misma, jamás logran el resultado apetecido. Nótese lo que ha ocurrido y ocurre con el duelo. Nació cuando era incontrastable el predominio de la religion católica, que predica el perdon de las injurias, la retribucion del mal con el bien, la humildad hasta prescindir de la defensa y someterse al daño; pero como el estado político de aquellas sociedades lo hacia necesario, la opinion primero, la costumbre y el derecho escrito despues lo aceptaron, lo ensalzaron y lo glorificaron, de suerte que la religion hubo de transigir y acabó por llamarlo en su auxilio. De entonces acá las doctrinas filosóficas y sociales, por una parte, y la legislacion, por otra, se le han mostrado hostiles, la religion ha vuelto á anatematizarlo; pero tan arraigado está en las costumbres de ciertos paises, conserva de tal modo su favor ante la opinion, que no eran más frecuentes los duelos en el siglo XIII, que lo son en el siglo XIX. Y hombre hay que llena escrupulosamente sus deberes como padre de familia y ciudadano, y está dotado en grado sumo de sentimientos humanitarios, que censura la guerra, aboga por la paz universal, es miembro protector de varias sociedades benéficas, áun para animales, y con todo esto irá á darse de estocadas por una chanza más ó ménos descortés; como hay bribon que no retrocederá ante ninguna indignidad *lícita* en el manejo de los negocios públicos, que se rie del patriotismo como de las virtudes domésticas, cuya conciencia lo deja perfectamente tranquilo despues de un despojo en escala mayor, y que vivirá sin sosiego hasta cam-

biar uno ó dos tiros de pistola con un quidam que lo desmintió en público. ¿Qué fuerza impulsa á un mismo acto, y á un acto tan ilógico dados sus antecedentes, á dos individuos tan distintos? El primero con toda su honradez y sus virtudes, no se resignará á la sonrisa malévola que supondrá en los lábios de los que saben que ha sufrido una ofensa; el segundo, bribon y todo, cuenta con la indiferencia pública para sus grandes fechorias, pero teme que la opinion sea implacable con un acto de lo que juzga cobardía ó pusilanimidad. Aquí teneis todo lo que es la opinion; ved, con tan enorme presion, lo que hará en los caractéres y de los caractéres. Para el inmenso número, lo bueno es lo que los más aplauden, lo malo lo que los más condenan.

Las opiniones en su orígen son el producto de alguna necesidad, y corresponden á las solicitaciones del momento y las circunstancias, dado el desarrollo afectivo é intelectual del pueblo en que nacen, y en consonancia con él. La herencia y la imitacion las perpetúan luego; y así subsisten, cuando ya no responden ni á la condicion social ni al estado mental de los que sin embargo se someten á ellas. El temor á los aparecidos, á las fantasmas de los muertos, domina la vida del salvaje, y lo obliga á multitud de actos propiciatorios, cuya ejecucion es alabada por todos y cuya violacion es desaprobada y áun castigada; y con tanta mayor razon cuanto que el sentimiento de la responsabilidad colectiva es más viváz á medida que están ménos determinadas las ideas morales. La cólera del espíritu por la infraccion de un miembro de la tribu es un peligro real para toda ella. Ahora bien, siglos despues de haber salido un pueblo del estado salvaje, los mismos actos propiciatorios se reproducen en sus prácticas reli-

giosas, que estima como depuradas de todo elemento de supersticion. Permitidme una comparacion que me parece justa y que ilustra admirablemente este punto interesante.

El estado social, las ideas morales y las creencias religiosas de los isleños del Pacífico son de lo más rudimentario. Sin embargo, los actos propiciatorios para aplacar los espíritus de los muertos ó para demostrar dolor por la pérdida de los parientes ó allegados ocupan gran parte de su vida. Entre éstos, pocos tienen la importancia del *tabú*. Oigamos la descripcion que hace Ellis de esta práctica, en las islas Sandwich: «Durante la estacion del *tabú* riguroso, dice, es preciso apagar los fuegos y las luces en la isla ó en el distrito; no se puede botar una canoa al agua; ni nadie puede bañarse, excepto los que tienen que prestar sus servicios en el templo, nadie puede salir de su casa, los perros no deben ladrar, ni los cerdos gruñir, ni los gallos cantar....... de modo que ponen bozal á los perros y cerdos, ocultan las aves de corral bajo calabazas ó les vendan los ojos....» En fin, «si álguien *hacia ruido* el dia del *tabú*.... debia morir.» Trasladémonos á nuestros tiempos y á los pueblos católicos, y veremos el *tabú* en pleno uso el dia consagrado como aniversario del suplicio de Cristo: no se tañen las campanas, se interrumpe la circulacion de los carruajes y cesa el bullicio de las calles. Y no se diga que aquí hay la obediencia á un precepto expreso del legislador; el creyente católico que vive en un país protestante no permitirá en su casa, el viérnes santo, el sonido de ningun instrumento, por mas que ningun bando de policía se lo prohiba: obedece á su conciencia, que obedece á la costumbre, hija de la opinion.

Y aquí nos encontramos con otro aspecto intere-

sante de esta cuestion. La opinion significa tanto para el moralista, porque se traduce en actos; y de ninguna suerte podremos comprender mejor su influjo, que notando como estos actos engendran ese otro vínculo y á veces yugo social que se llaman las costumbres y las ceremonias. Los códigos civiles con su poder coercitivo fundado en la coaccion, los códigos religiosos con su poder coercitivo fundado en el terror moral, aparecen débiles y casi impotentes ante este código raras veces escrito, que nos descubre nn poder social anterior á los otros, superior á los otros y que deriva su inmensa potencia coercitiva no más que de la opinion.

Obedecen los hábitos personales al aguijon de las necesidades y á la ley de repeticion de los movimientos; las costúmbres, que son siempre colectivas, nacen como movimientos, de la imitacion, y como impulso, de la adaptacion al medio social.

La tendencia á la imitacion desarrolla al cabo una de las fuerzas mas preponderantes del sujeto. Ninguna otra prueba de un modo tan decisivo la dependencia del indivíduo, como unidad social, del agregado de que forma parte; y asi se observa que impera con mayor energía en los sujetos, cuya personalidad es poco marcada. Los niños son por naturaleza imitativos; ciertas neuropatías aumentan la propension del hombre á imitar: y por regla general el defecto de inteligencia se compensa con un exceso de capacidad imitativa. Estando compuesta la inmensa mayoria de una agrupacion social de indivíduos mediocres y ménos que mediocres, la imitacion tiene que reinar como sobera en sus conciencias. El acto que llega hasta cada cual mil veces repetido con la misma uniformidad, viene con tal virtud atractiva que nadie sueña en

resistirlo, y cada uno hace lo que los demás. Una vez ejecutado, lo más fácil es repetirlo, y como todos coadyuvan con el ejemplo, con el consejo y con la aprobacion, lo extraordinario sería la insubordinacion mental que rompiera con una práctica consentida y áun gustada.

Por otra parte ese acto ejecutando por el grupo no ha podido ménos que ser una consecuencia de sus necesidades de cualquier órden, en el sentido mas lato de esta expresion; ha debido ser uua forma de adaptacion al medio, y por tanto provechosa ó sentida como tal. De modo que en sus comienzos, como uso general, estaba favorecido por la ley de utilidad, y el seguirlo, ya fácil por la imitacion, era conveniente por la adaptacion. Más adelante, cambiadas quizás las condiciones, el acto no está ya en consonancia con ellas, no responde á ninguna necesidad, no es útil; pero subsiste por hábito; y mientras las nuevas exigencias no sean tales que su satisfaccion compense el malestar que ocasiona romper con una costumbre, el acto sin objeto se repetirá, será imitado y se trasmitirá de generacion en generacion. Esto nos hace ver cómo se realiza con los caractéres morales de las razas, lo que con los caractéres específicos; y es, que una cualidad subsiste tanto más, cuanto más antiguamente adquirida. El medio cambia muy lentamente, sus modificaciones tienen que ser muy ligeras, y la costumbre contraida, robusteciéndose con el hábito y el ejercicio, opone una resistencia cada vez mas tenaz. Es necesario que el conflicto llegue á ser muy poderoso, para que se rompa la antigua acomodacion, y comience á ajustarse la nueva.

Los espíritus más enérgicos, los que se llaman más originales, sienten desde temprano la falta de

correspondencia, y comienzan á minar la autoridad de la costumbre. Esta crítica es, por lo general, infructuosa en sus primeras tentativas. Es necesario quc se sucedan las generaciones, y que la simiente depositada en lo más profundo haya realizado su lentísima evolucion. Llega un momento en que se produce cierta ebullicion en los espíritus; las protestas ya no son tímidas, muchos se apartan abiertamente de la práctica censurada, y basta que entonces aparezca una individualidad poderosa que encarne el espíritu de reforma, para que ésta se realice, y abra la puerta á nuevas adaptaciones, à nuevas costumbres. Y ¿qué sucede entonces? Que la cadena quebrantada apénas, vuelve à remacharse inmediatamente en otra forma. El autómata, de que habla Pascal, vuelve á arrastrar al espíritu que parecía emancipado.

Ahora pues, desde el punto de vista del bien y mal moral, ¿qué significan las costumbres? Hijas de la opinion, vienen á sor la aplicacion de sus juicios. Obligan á ejecutar y á evitar; son los reguladores de las relaciones sociales, en su forma primitiva y más amplia; son, por tanto, un canal copiosísimo por donde llegan al ánimo preceptos, ejemplos y emociones morales. No hay sociedad, lo mismo las rudimentarias que las más adelantadas, que no tengan su tipo de lo que se llama un hombre de *buenas costumbres*; y el gran trabajo de los educadores prudentes estriba en hacer de modo que sus educandos realicen ese tipo. El que logra realizarlo se ha conformado en un todo à su medio, y à más del beneficio indirecto que le resulta de la ausencia de contradiccion y de evitar el mayor número de choques, recibe los bienes directos que resultan de la aprobacion y del aumento de simpatías en los que

lo ven tan conforme à sí mismos. Dentro de cada sociedad y cada época las costumbres contribuyen à formar el tono moral, y son para el mayor número la única escala de la moralidad propia y ajena. Lo lícito es para ellos lo sancionado por la costumbre.

Pero, si tratamos de generalizar sus resultados como conviene á nuestro estudio, no hay que buscar un contenido uniforme en las costumbres, como no hay que buscarlo en la opinion. Su importancia, como factores morales, desde el punto de vista abstracto en que nos colocamos ahora, consiste en que concurren poderosamente á establecer la dependencia del individuo con respecto al grupo social, y por tanto á conformar su carácter á esta necesidad primera para el individuo de nuestra especie, la vida en comun; abriendo la puerta à los sentimientos ego-altruistas y simpáticos.

A lo más que llega el observador atento es á descubrir un fondo comun de preceptos, en cuanto á lo fundamental de las relaciones humanas, en los grupos sociales colocados má ó ménos al mismo nivel de progreso; preceptos que se traducen por costumbres adecuadas, aunque revestida cada una del carácter distintivo que le comunican las condiciones por donde varía cada sociedad. A medida que va saliendo un grupo del estado informe primitivo, se establecen entre sus miembros relaciones permanentes, que son sustancialmente idénticas en todos los agregados, como el respeto á la propiedad ajena, la sumision á los jefes, etc. Ahora bien, todas esas relaciones son causa determinante deciertas costumbres, que demuestran su aceptacion por todos, consagran su práctica y sirven de recuerdo y de medio de trasmision. Pero, como costumbres que provengan de un mismo fenómeno inicial pueden diferir por la

forma, y así resulta las más de las veces, los actos ejecutados no tienen en sí, para nuestra crítica actual, otro valor moral que el señalado.

Véase, como ejemplo, lo que ocurre con un fenómeno social, á que ya nos hemos referido. Los ritos funerarios, cuyas trazas pueden descubrirse hasta en los albores de nuestra especie, en las costumbres del hombre prehistórico, han respondido en los pueblos primitivos y salvajes á una de las necesidades que sentian con más vehemencia: la de conciliarse el espiritu del muerto. Desde la época en que éste era el precepto fundamental oculto bajo las variadas prácticas en uso para tales casos, hasta la nuestra en que no subsiste en las personas cultas ni una reliquia de esa creencia, infinitas han sido las formas que ha revestido la costumbre de disponer de cierto modo la inhumacion, cremacion ó exposicion de los cadáveres; el moralista, ajeno á todo prejuicio, no podrá señalar cuál de esas formas es sustancialmente la mejor, pero reconoce en el cumplimiento de la costumbre, tanto cuando era un aspecto del culto, como hoy que es un mero acto de civilidad para los supervivientes, un factor moral de un órden poderoso: la aceptacion del vínculo social.

Y este ejemplo y estas consideraciones me llevan á decir dos palabras de una de las formas más extrictas que revisten en todas partes las costumbres: las ceremonias; porque demuestran hasta la evidencia la verdad de la proposician enunciada, cuando se estudia su génesis y evolucion.

En tésis general, las ceremonias son actos simbólicos, en cuyo origen se encuentran acciones directamente encaminadas á demostrar la sumision al jefe vencedor, al sumo imperante ó al dios temido. Cuando de la sumision real, por una entrega completa de

la persona ó de lo que le pertenece, se pasa á la sumision simulada, con un objeto propiciatorio, las ceremonias han recorrido la primera fase de su evolucion; pero todavía son una forma extricta del reconocimiento de un poder individual y supremo. Obligan á todos los que están debajo del jefe ó reconocen y adoran al dios, y son por tanto un vínculo social; pero no contribuyen á despertar otro sentimiento que el de una dependencia comun de un poder más alto. Los sacrificios, las ofrendas, las oblaciones, las penitencias, las plegarias, las apoteósis, los panegíricos, las salutaciones, todo se dedica exclusivamente á mostrar la profunda devocion del súbdito ó del fiel, ó á tratar de captarse la benevolencia del soberano ó de la divinidad. Mas con el transcurso del tiempo, el crecimiento de las sociedadades, la mezcla de diversos componentes dentro de cada una, la division de funciones y la reparticion del poder, las ceremonias pierden su destino exclusivo, se aplican más ó ménos modificadas á mucho mayor número de personas; y en virtud de la incesante transformacion porque han ido pasando los pueblos más civilizados, acaban por hacerse extensivas, en ciertas formas, al total de los asociados, y con un fin meramente propiciatorio. Desde entonces su funcion moral cambia de objeto, sin dejar ni por un momento de subsistir; pues contribuyen á afianzar el respeto y mantener la benevolencia entre los asociados, imponiendo, á pesar del carácter rutinario de que se revisten, trabas al libre impulso personal, ocasionado á conflictos, cuando están en contacto los hombres unos con otros. El saludo que dirigimos distraidamente á un conocido, con quien nos encontramos, tiene su valor moral, por mínimo que sea. De estas fracciones casi infinitesimales se com-

ponen, en efecto, esos sentimientos vivaces y potentes, que muchas veces llevan á cabo tan grandes cosas. Bástenos considerar la terrible sensacion de aislamiento que se apodera de nosotros, cuando nos encontramos en medio de una gran multitud, y no vemos un ademan de bienvenida, ni una inclinacion de cabeza que nos revele un antiguo conocido ó una nueva simpatía.

Patente debe aparecer ya el doble punto de vista en que me he colocado al tratar de la opinion y la costumbre, apartándome quizás algo de mi tésis actual. Estos aspectos tan movedizos del consensus social tienen una fuerza constante é inmensa para modelar y modificar el carácter, y trasmitir lo adquirido. En un momento dado de la vida de un pueblo, y en relacion con un individuo especial, comunicarán á éste ideas justas y erróneas, apreciaciones más ó ménos equitativas, y lo inducirán á actos que más tarde, cambiado ó alterado el criterio moral, parecerán extravagantes ó excelentes, pero que fueron entonces consecuencia natural de los impulsos que obraban sobre su ánimo. Esto solo nos autorizaria ya para considerarlos como un agente poderoso en la génesis de los sentimientos morales. Pero he querido de paso que notáramos cómo son tambien factores de su evolucion; pues contienen un elemento moral permanente, afirman á cada instante la estrecha dependencia y el recíproco influjo de los componentes del cuerpo social, haciendo posible su coexistencia y cooperacion, y la consiguiente adaptacion del grupo de individuos al medio, cósmico y étnico.

LECCION IX.

SUMARIO.—Otros factores sociales.—Consecuencia de la diferenciaciacion de funciones en el agregado social.—La subordinacion al poder público, nuevo vínculo social.—Caractéres que lo diferencian y distinguen de los anteriores.—Orígen del poder político y civil.—Su influencia en la formacion de los sentimientos morales.—La obediencia es la primordial entre las virtudes sociales.—Consecuencias de esta disposicion de ánimo, desde el punto de vista psíquico.—Sus relaciones con el sentimiento del deber.—Cómo se multiplica en el grupo ese efecto individual. Transformacion que sufre; aparicion del concepto de ley.—Cómo al alquirir mayor generalidad adquiere mayor energía la nocion de deber.—Influencias permanentes que determinan este efecto moral.—Constitucion primitiva de la familia, de la tribu y del clan.—La conciencia moral.—La legislacion en las sociedades nuevas.—Su alcance y su influencia externa é interna.—La religion como factor de los sentimientos morales.—Primeras formas del sentimiento religioso.—Propiedad característica de este sentimiento.—Cómo adquiere su poder en la conciencia subjetiva.—Formacion del poder sacerdotal.—Cómo toma los caractéres del poder civil.—Creencia en la responsabilidad colectiva.—Gran suma de preceptos trasmitidos á la humanidad por medio de las concepciones de este órden.—En qué sentido han sino desde luego morales estos preceptos.—Elementos morales característicos que introduce el sentimiento religioso. Gran resultado moral á que ha contribuido la evolucion del ideal religioso,—Los dos factores estudiados, la legislacion y la religion nos descubren el orígen del sentimiento y la nocion de deber.

SEÑORES:

Por grande que sea la fuerza de la opinion, por mucho que obliguen las costumbres, hemos podido advertir que actúan sobre el individuo de un modo tan especial, de una manera que pudiéramos llamar tan impersonal, que en realidad éste sufre la coacion sin darse cuenta de ella, Hay ciertamente un

poder superior que se hace obedecer, y de aquí nace una obligacion; pero como ese poder no se individualiza y la obligacion no se formula generalmente en preceptos, la conciencia de cada cual no puede darse clara cuenta del verdadero móvil de su conducta en los casos en que se rige por la opinion y la costumbre. Hay pues mucho de indeterminado en este influjo, colectivo, y á medida que van surgiendo los conflictos de opinion que se provocan con el cambio de circunstancias ó cuando una costumbre caduca por completo, se produce cierto relajamiento de esos vínculos, el cual sería muy funesto para el agregado social, donde abundaran los espiritus dados á la crítica y al cambio, si fueran los únicos elementos que mantienen su cohesion. Pero como apénas puede concebirse un agregado social, sin diferenciacion de funciones; y la primera consecuencia de esto es la subordinacion de la totalidad de los individuos al jefe ó patriarca; desde muy temprano coexiste con los estudiados un vinculo social, cuya forma lo hace poseer los caractéres que precisamente faltan á los otros; está perfectamente individualizado y traza limites de accion del todo estrictos.

En la comunidad primitiva la única personalidad que se destaca verdaderamente es la del jefe, y pudiéramos decir que es la primera conciencia que se individualiza. Aun cuando el jefe sea temporal y escogido para un caso determinado, sobre él pesa la responsabilidad del éxito, él es el que forma un plan y escoge los medios, y por tanto ha de contar y cuenta con la obediencia de sus subordinados. Puede impulsar é impulsa la masa; le comunica movimiento en determinada direccion. En otros términos: quiere, mandan y es obedecido. Si se trata de un jefe permanente, que por lo general es el

ascendiente más anciano, su autoridad léjos de decrecer ha aumentado; él es quien escoge el lugar donde acampa la tribu y señala el per odo de residencia; él quien prefiere los pastos para el ganado, quien señala los cuidados y los oficios, quien dirime las diferencias, quien concede premios ó castigos, quien determina las relaciones con las otras tribus, quien declara la guerra ó hace la paz; su poder no tiene limites; así es que la obediencia de sus hijos y súbditos es ilimitada.

Este es el orígen del poder político y civil, y un poder que así nace y se desarrolla no ha podido ménos de influir de un modo decisivo en la fo macion de sentimientos que se encaminan á hacer posible la duracion del agregado social, á que ese poder ha servido en cierto modo de eje.

En cada caso particular que se le presentaba, la tribu ha tenido que seguir una norma de conducta, impuesta por el soberano. En cada diferencia entre dos ó más miembros, la voluntad del imperante ha venido á ser la razon suprema. Cada desobediencia, cada infraccion ha recibido su castigo especial por mandato del imperante que se consideraba ofendido y lesionado. De este modo los juicios, las determinaciones y la voluntad del jefe han sido una limitacion más ó ménos constante para el agregado social, una fuerza para impulsarlo ó detenerlo. Es claro que esta fuerza, para que el grupo haya podido subsistir, ha debido actuar en un sentido favorable á su conservacion; es decir, que por muy tiránica que fuera la forma, y áun concediendo una gran parte á la arbitrariedad, en el mayor número de casos la conducta trazada por el jefe ha sido la más adecuada á la necesidad del momento; la disputa ha sido resuelta en favor del que aparecia con mayor razon,

el castigo ha caido sobre un acto tenido por verdaderamente dañoso.

De aquí dos consecuencias muy importantes. Primera, que cada individuo del grupo aprende, por propias y reiteradas experiencias, así como por la comunicacion de todos los demás, que le es conveniente, más aún necesario, obedecer á la voluntad del jefe, de cualquier modo que se manifieste. Toda desobediencia implica un daño cierto, dolores y privaciones de mayor ó menor cuantia; y con tanta mayor seguridad cuanto que el grupo es pequeño, y que como la cólera del principe puede caer sobre todos, pues la responsabilidad colectiva está en todo su vigor, cada uno se convierte en fiscal de los demás. La sumision, por el contrario, asegura todo el bienestar posible en aquellas condiciones, y á más el favor y la benevolencia del soberano, y la aprobacion de todos. Aun dado el caso de que en una personalidad vigorosa despunte el deseo de no plegarse por completo, las mismas dudas que han de asaltarle, las precauciones que ha de tomar para ocultarse, son otros tantos motivos para que su concepto del poder del jefe y el de su propia dependencia se robustezcan en su ánimo. De aquí una disposicion notable que se traduce al exterior por esa virtud primordial: la obediencia. No es posible descender á ningun grupo humano en que haya un comienzo de organizacion, sin encontrar que el crimen supremo es la desobediencia al jefe; la virtud opuesta es estimada en proporcion.

Pero nótese, pues esto es lo más importante, la disposicion de ánimo que requiere esta práctica de la obediencia al poder externo personalizado en el jefe. Hay una representacion de actos no provocada por nuestras necesidades, apetitos, ni deseos, pero á la que se liga la misma fuerza impulsiva. Lo mis-

mo que se representa el salvaje las acciones adecuadas para la caza ó la pesca, la coccion de sus alimentos y todo lo que ha de servir para aplacar su hambre, se presenta las acciones que le impone la voluntad del jefe: estar de faccion en cierto lugar, cederle una parte del botin adquirido en la guerra ó en la caza, etc.; y así como pone en ejecucion las unas pone las otras, el resorte es el mismo, y las mismas las consecuencias. Sin que haya nada de esto en realidad, puede decirse que en su mente se formulan así estos preceptos: *debes* comer ese manjar: *debes* estar en este sitio hasta la noche, observándolo todo. El debes, que no resonará en su mente, pero que lo lleva á la accion, no es más que la tendencia irresistible al acto á que lo llaman diversos apetitos y hábitos, y en último término la experiencia del bien y del mal resultantes.

Este efecto producido en el individuo, se repite y multiplica en el grupo, por todos los medios de la influencia mútua que ya conocemos. Pero aquí se verifica una transformacion digna de avalorarse con el mayor cuidado. Como, á pesar de la variedad de casos á que da márgen la vida social y de los conflictos que provocan tantos apetitos, intereses y pasiones, hay siempre antecedentes y circunstancias constantes o periódicas que producen efectos más ó menos semejantes, y por otra parte el funcionamiento del espíritu exige la formacion de grupos de ideas por semejanza, resulta que, por muy personales que sean los mandatos y juicios del superior, actos idénticos ó parecidos han de provocar órdenes y sentencias idénticas ó parecidas. Desde entonces la conciencia colectiva no posee solo la nocion de que un acto de desobediencia provoca una pena, sino otras más concretas que asocian determinadas penas á

infracciones determinadas, dentro de un círculo más ó ménos restricto de analogías. Hay ya grupos de acciones á que se asocia la representacion de consecuencias determinadas favorables y adversas; y por más que todo dependa aún de la voluntad y del poder incontrastable del jefe, la regularidad con que ciertas sensaciones son consecuencias de una conducta dada tiende á establecer una generalizacion más ámplia, y comienza á despuntar el concepto de ley.

Este es un paso decisivo para los sentimientos morales. Miéntras cada caso especial daba por resultado un juicio especial, ninguna otra anticipacion era posible, sino que era riesgoso incurrir en el desagrado del jefe y provechoso captarse sus buenas gracias. Pero desde que la reiterada aplicacion de una misma pena ó de un mismo premio á una accion semejante, va sometiendo las mismas resoluciones del superior á una como norma, que le imponen las circunstancias y la costumbre, comienza á ser posible la anticipacion de las consecuencias, ciertos actos se agrupan como vitandos, otros como apetecibles; y el concepto de deber no está solo unido á la potencia del jefe, sino que va adquiriendo mayor generalidad y al mismo tiempo mayor fuerza. Escapar á la cólera de un individuo, aunque sea omnipotente dentro de la tribu, es difícil, pero alguna vez se verifica, ya sea por la fuga, ya porque se le aplaque con ruegos, intercesiones ó presentes. Pero escapar al malestar y áun dolor internos que producen la prevision de un daño tanto más cierto, cuanto más desligado se le vea de una voluntad personal, la contrariedad con las ideas habituales, el temor de la desaprobacion general, y el riesgo de ser delatado y entregado, es realmente mucho mucho más difícil. Hé aquí como la ley—á pesar de ser más general y

abstracta—no sólo conserva sino que aumenta la autoridad del mandato personal.

Supongamos un germano de los tiempos bárbaros, que hubiese presenciado dos ó tres veces el suplicio impuesto á los cobardes en el combate, y hubiera oido repetir constantemente que cuantos habian sido convictos de este delito contra la tribu habian sido ahogados en el cieno sin remision. Figurémonos que, en una sorpresa nocturna, vencido por el primer ímpetu del terror, ha abandonado su puesto: aunque despues haya vuelto á incorporarse á los suyos, sin ser notada su ausencia. ¿Cuál será el estado de su ánimo? Sin duda le aguijará un terror máspunzante, porque es permanente. Su vida está pendiente de un hilo; mirará á todos con recelo, por que en cualquiera puede tropezar con un testigo de su culpa; estudiará con espanto la actitud de los otros en su presencia, querrá interpretar sus gestos y sus palabras; tendrá miedo hasta de sí mismo; ante el riesgo de delatarse con una frase imprudente, procurará aislarse para dormir, se abstendrá ó hará por abstenerse de las bebidas fermentadas, porque el sueño y la embriaguez son delatores de lo que se lleva en la conciencia; su accion y los resultados funestos y posibles de ella ocuparán sin cesar su imaginacion y aniquilarán su existencia. Véase que de propósito he omitido otras circunstancias que dependen del sentimiento religioso, el temor de que la divinidad ó su intérprete, que leeen en los corazones y todo lo ven y lo adivinan, vengan á descorrer el velo que oculta su crímen, etc. Estas mil torturas, venidas por tan distintos canales, y cuyo asiento está ya en la propia imaginacion, no pueden dejar de labrar con energía invencible; y cuanto más claro vea el culpable que ha faltado al precepto que lo

obliga, así interior como exteriormente, más se robustece en su conciencia el concepto de obligacion, de dependencia de un poder externo que pone límites y señala rumbo á su conducta, constituyendo otro poder interno por semejanza, que le anticipa las toturas físicas que el otro ha de imponerle, y le sirve de freno ó aguijon, segun los casos.

Consideremos ahora lo permanente y constante de las influencias que determinan ese efecto moral. La constitucion de la familia, en los pueblos primivos, es una verdadera tiranía. El padre tiene derecho de vida y muerte sobre el hijo, al cual puede imponer toda surte de obligaciones y castigos; el padre lo posée todo, hasta sus hijos que puede vender, lo mismo que matar. La tribu está calcada sobre ese modelo; la autoridad que encarna el poder colectivo, cualquiera que sea su orígen, es despótica; todos sus individuos sufren el mismo yugo. Cuando llegamos á la union de clanes que dan por resultado el gobierno de un pequeño grupo, formado por la reunion de los patriarcas ó jefes, la modificacion que ha sufrido la forma de la autoridad central no llega á sus relaciones con los subordinados; sobre éstos pesa idéntico despotismo sin contraste. De surte que el hombre de las primeras edades no daba un paso desde la cuna hasta el sepulcro sin estar sometido á una ley social tan dura, que le era de todo punto imposible romperla. La representacion de todas sus relaciones con el medio social, revestia por fuerza esa forma; él estaba obligado á ejecutar tales y tales actos que ejecutaban todos sus semejantes, para poder vivir entre ellos.

Por siglos de siglos ha venido la herencia de los caractéres mentales fortificando esta formacion mental; y no me sería difícial demostrar que, aunque se hayan

aflojado un tanto los lazos, no se encuentra el hombre de nuestros tiempos, heredero de los sentimientos de tantas generaciones, libre, ni con mucho, de recibir de lo exterior el modelo de lo que llama su conciencia moral. Por todos los medios de trasmision objetiva y subjetiva llega hasta él la enseñanza y la influencia del pasado más remoto, y además seria desconocer por completo las condiciones de nuestro estado social, no descubrir, en medio de la mayor libertad política de que hoy se disfruta, el yugo poderoso de la ley civil, del código penal y áun de la autoridad personal, que pesa todavía con no pequeña pesadumbre. Las mallas de la red son mas anchas, los hilos más sutiles, pero su número es infinito é inextricable y su fuerza de resistencia invencible. En el detalle todo ha cambiado, en la esencia, no; porque el hombre tiene que vivir en sociedad, y éste es sólo uno de los aspectos de las necesidades que trae consigo la vida colectiva.

Es verdad que hoy se distinguen ó se procura distinguir los límites que separan el precepto moral del precepto legislativo; pero para darse cuenta de como la legislacion positiva ha sido y es un factor que ha hecho nacer, á más del sentimiento de obligacion, determinados sentimientos morales, es preciso considerar lo que comenzó siendo la ley expresa en las sociedades nuevas. En aquellos agregados informes casi, la diferenciacion de funciones y relaciones á que hemos llegado era no sólo desconocida, sino imposible. La ley no era sino un vehículo para dar á conocer la voluntad social—fuera unipersonal, fuera colectiva—con arreglo á las necesidades transitorias y permanentes; y por tanto en ella entraba todo; se preceptuaba y se prohibia, sin atender sino á los resultados de la conducta, y sin

establecer ninguna separacion entre el fuero externo é interno. Máximas morales, leyes civiles, prohibiciones litúrgicas, preceptos higiénicos y hasta ordenanzas suntuarias se mezclaban y confundian, haciéndose obedecer con la sancion poderosa y positiva del poder público. Apénas habia acto de la vida individual, ni relacion posible con los coasociados que no estuviesen reglamentados; la iniciativa personal tenía que chocar tantas y tan repetidas veces, en cualquier direccion que tomara, con la barrera infranqueable de la legislacion multiforme que la envolvia, que había de ceder ó estrellarse. De esta suerte, como al mayor número de las acciones que podía ejecutar un individuo en sociedad seguia invariablemente un efecto realizado ó imaginado ya favorable, ya adverso, resultaba que, sin darse cuenta de ello, su conducta se ajustaba necesariamente á sus previsiones, y sus juicios de la conducta ajena se ajustaban á sus propios impulsos, á sus propios hábitos, hijos de esas previsiones. El individuo tenia su criterio, sus reglas, sus preceptos, y sin saberlo concuria á sancionar el órden de cosas que lo habia conformado á él á su manera.

Por lo demás, si descendiéramos á los pormenores, veríamos que dentro de las prescripciones legales, sobre todo en las sociedades primitivas, están contenidos expresamente todos los preceptos que constituyen la moralidad comun, no sólo los que se han llamado de justicia, sino tambien los de benevolencia. A medida que se ha ido extendiendo la division de las funciones y del trabajo ha ido siendo ménos aparente la cooperacion de todos los asociados, en las mas distintas clases, á la vida comun; pero en los pueblos nuevos esa cooperacion era mucho más visible, su necesidad se hacía sentir al ma-

yor número, y por eso tomaba una forma determinada en el precepto legal. Hoy mismo, si se examina cuidadosamente el fondo de ciertos hechos, en los pueblos más avanzados, se descubre la intervencion de la ley en los actos de mera benevolencia. Dígalo la tasa de los pobres, *the poor rate*, en Inglaterra.

Además, siguiendo las mismas vías, ha concurrido otro factor no ménos poderoso á robustecer la obra de la legislacion estricta, y áun á ampliarla muchas veces; ese factor ha sido la religion. Ninguno puede áducir mayores títulos que éste, en la obra lenta y segura de despertar en la conciencia humana el sentimieuto de la dependencia, capital para la moralidad. El hombre de las primitivas edades ignorante y débil, por su inexperiencia, se encontraba amenazado de tan tremendos y desconócidos peligros, tan incierto de la hora próxima, tan pequeño ante las fuerzas de la naturaleza, que no pod a dejar de sentirse anonadado. Todo lo que se le presentaba como una revelacion de aquel inmenso poder desconocido, todo lo que á su imaginacion sobrexcitada aparecia como capaz de prestarle un instante de seguridad, de asegurarle el éxito de cualquier empresa, de aumentar su fuerza de cualquier manera y por cualquier medio, sombra, sueño, animal poderoso ó extraño, objeto brillante ó desconocido, espíritu de un muerto, etc,, se apoderaba de su ánimo con incontrastable imperio, y le servia de aguijon y de impulso. Ese mismo sentimiento de sumision y admiracion que lo llevaba á obedecer ciégamente al caudillo fuerte y sagaz que proporcionaba á la tribu bienestar y seguridad, ése mismo temor que no lo dejaba pensar siquiera en revolverse contra sus castigos, mezclados y confundidos con todo lo que tiene de depresiva para el espíritu la

presencia ó la idea de lo desconcido, dominaban por completo el ánimo del hombre primitivo en sus relaciones con el mundo objetivo, que se le presentaba, por partes ó en conjunto, como una inmensa personalidad. De cualquier modo que llegase á prestar un sentido á las comunicaciones que le sugeria su imaginacion entre lo sobrenatural y su persona, de cualquier suerte que llegara á interpretar los signos con que suponia que se le manifestaban, ya siguiendo el vuelo incierto de un ave ó el camino tortuoso de un reptil, ya realizando los planes inspirados por un ensueño, ya recibiendo como órdenes las frases inconexas, del chaman convulsionario, en medio de sus accesos epileptiformes, la consecuencia forzosa era que los actos indicados se le representasen con una fuerza imperativa de todo punto incontrastable.

Lo propio de este sentimiento, una vez formado, es su autoridad interna; mucho contribuyen á robustecerlo el hábito, la constumbre, el ejemplo y todos los elementos que arraigan nuestros conceptos prácticos, pero el verdadero creyente se sentirá siempre obligado en lo interno por los preceptos que se deriven de su religion, cualquiera que sea la fuente externa de donde partan. Quien crée en la comunicacion de las cualidades de un individuo á otro por el mero hecho de que el uno beba de la sangre del otro; quien crée que de tal modo las partes del cuerpo de un hombre ó un animal participan de todas sus cualidades que basta poseer una porcion por pequeña que sea, de ellas, como un poco de cabello, para ejercer una influencia directa sobre el todo; quien entiende que el conocer el el nombre de un individuo capacita para hacerle bien ó mal, porque el nombre es una parte

de la persona, ¿cómo no ha de creer firmemente que el más ténue de sus estados subjetivos, el más fugaz de sus pensamientos es conocido por los séres misteriosos á quienes presta culto? El jefe temido, ante quien todos temblaban, cuya sombra, despues de muerto, puede venir á castigar y atormentar á los vivos, á matar sus ganados, secar sus aguadas, destruír sus sembrados, paralizar sus miembros, etc., será tan obedecido en muerte como lo fué en vida. Cuanto le era agradable, será ejecutado; y lo será porque la representacion puramente subjetiva de sus deseos y de los efectos de su cólera basta para llevar invenciblemente á la accion. Y adviértase que aquí no se trata solamente de los actos, únicos de que puede tener conocimiento el jefe vivo; los proyectos, los designios, los meros deseos pueden presentarse á la imaginacion conturbada del creyente como motivos capaces de excitar la cólera ó de atraer los favores del sér sobrenatural, del sér impalpable é invisible que penetra en el pensamiento, como penetra en todas partes. Todos los motivos que concurrian á robustecer la autoridad de la ley como emanada del poder público, se unen aquí y adquieren mayor energía por esta coaccion interna, que no deja lugar á probabilidad alguna de secreto ó ficcion. No hay engaño posible para con los dioses, ni áun para con sus representantes terrestres, dotados de la facultad de leer en las almas.

Porque sabido es que á medida que cobran cuerpo, se individualizan y especializan estas concepciones, van presentándose indivíduos dotados de facultades maravillosas para entrar en relacion con los séres en quienes reside el poder sobrenatural, interpretar su voluntad, trasmitirles los deseos de los hombres, y obligarlos muchas veces á acceder á ellos. La

autoridad que adquieren iguala muy pronto, cuando no sobrepuja, à la de los jefes militares y patriarcales, y sns mandatos adquieren igual ó superior imperio. Las más de las veces estas dos formas del poder de algunos sobre todo el grupo se amalgaman, y las fundaciones políticas descansan sobre un fundamento religioso. Uno y otro poder centuplican asi su fuerza y su influjo, sobre los sentimientos de los que les están subordinados, es inmenso. El poder sacerdotal legisla tambien, regula las ceremonias y las creencias, distribuyen penas y recompensas, y no solo ideales, sino corporales. Las trasgresiones à sus mandatos son castigados con penas á veces muchas más severas que los delitos justificables, ante el poder vivil. Todo lo que tienen de vagas y misteriosas las relaciones entre el mortal y la divinidad viene à pesar poderosamente en la conciencia del primero y aumentar la intensidad del sentimiento con que se cree obligado. La creencia en la responsabilidad colectiva de todos los asociacos, en la tribu ó en la ciudad, justificada por las pestes, inundaciones y todas las calamidades que se estiman como hijas de la cólera de los dioses y que caen sobre todos sin distincion, contribuye à mantener la alarma en las conciencias impresionables, que son las de la generalidad, y de la fiscalizacion de los actos y pensamientos propios se pasa con facilidad à recelar de los ajenos. A nadie es l cito atraer los mayores males sobre sus cohabitantes por su incredulidad ó tibieza; así se explica el rigor de las penas que castigaban, en las edades pasadas, los delitos del órden religioso; y así se comprende el gran poder, externo é interno que ejercian los ministros del culto. Su accion no estaba limitada à los hechos realizados, ni se ejercia solo por su presencia; es-

taba su poder arraigado en el espíritu, era espontáneamente aceptado, y se ejercía constantemente por medio de las ideas, dominando la imaginacion, dando forma á los juicios, y dirigiendo la voluntad.

Consideremos ahora la suma de ideas con fuerza coercitiva, es decir, de preceptos obligatorios, que han debido entrar por este canal en la conciencia de tantas generaciones, para fijarse por el hábito, revivir por la asociacion y trasmitirse por la herencia. Desde qua hubo un hombre ó un grupo de hombres que empezaran á recoger las fórmulas, á ordenar las prácticas, á dar cuerpo á las tradiciones y creencias, lo que hasta entonces solo habia obrado como un sentimiento poderoso, pero más ó ménos vago, empezó á adquirir la fuerza y fijeza mayores de las ideas claras, determinadas y organizadas. Estas ideas eran moldes en que habian de solidificarse por millares de años las más de las ideas impulsivas de la humanidad, y tanto más cuanto que, sólo en casos muy excepcionales, vinieron las otras influencias del medio á chocar con ellas. No se olvide que el hombre no conoce lo objetivo, sino en sus representaciones. Cuando sus ideas preconcebidas son bastante poderosas, tiñen de su color las percepciones, las imágenes, las ideas y áun las sentimientos. Se han necesitado siglos de trastornos sin cuento y una labor más que titánica para emancipar un grupo insignificante, algunos pocos millares entre tantos millones, del yugo férreo de los prejuicios religiosos.

Ya hemos visto el gran elemento social que daba tono á este sentimiento poderoso y tenaz. Sea ó no ilusario, poco importa. Esta ilusion ha movido el mundo, ha sometido las pasiones egoistas, ha obligado. ¿La materia de esta obligacion era moral? La respuesta á esta cuestion es singularmente difícil.

Como entendamos por ella si los preceptos contenidos en todas las religiones desde sus comienzos han tenido el carácter que hoy les daria el título de morales, desde luego habria que contestarla negativamente. Los conceptos del hombre primitivo en sus relaciones con lo desconocido más poderoso que él habian de revestir la misma grosería, rudeza y confusion que todos los demás. Se prosternaba reconocido ante su gris-gris, cuando creia deberle el buen éxito de una empresa; y lo golpeaba y befaba encolerizado en el caso contrario; no hay que buscar en sus creencias religiosas nada que tenga relacion con el mérito ó desmérito personal ó colectivo, nada que signifique recompensa ó castigo. El fetiche que otorgaba la victoria á la tribu enemiga era más poderoso que el propio; por lo cual no se vacilaba en aclamarlo, y reverenciarlo abandonando al más débil. Tampoco vayamos á buscar en esas creencias inspiraciones humanitarias que suavicen ó dulcifiquen la tremenda lucha por la existencia. El totem de una tribu veia con regocijo el extermirio de las tribus adversas. Aun en el período más adelantado de los dioses nacionales, y en religiones tan avanzadas como el mosaismo, nos encontramos con divinidades como Javeh, que no da tregua al extranjero, que lo tiene condenado á la esclavitud y á la muerte.

Pero si atendemos al elemento psíquico que toda concepcion religiosa encierra, estableciendo un lazo de dependencia comun hácia un sér superior entre los coasociados, imponiéndoles determinadas formas de conducta, y favoreciendo así, como los otros factores mencionados, la existencia de la asociacion y su progreso, no podremos negar que el sentimiento religioso desde sus albores es un factor de la moralidad, como condicion de la vida social. No es de extrañar, por tanto, que á medida que se definen las

funciones sociales, y los conceptos que conciernen á la vida comun se aclaran y amplian, empiecen á surgir en las creencias religiosas elementos morales tambien mejor definidos, claros y extensos. Cuando el concepto de justicia ha adquirido creces y al mismo tiempo la experiencia de las dificultades con que tropieza su realizacion en la vida cotidiana se acentúa y define, la idea de una retribucion futura se abre paso; y con ella entran en la conciencia pública dos elementos de gran valor moral, la formacion de ciertos tipos de conducta, cuya excelencia estriba en su conformidad con las imposiciones del sentimiento y la creencia religiosos y que pueden diferir de los más generalmente aprobados; y la consideracion de un fin remoto con preferencia á otros más próximos. De esta suerte ideas nacidas del medio social vienen á emancipar en lo posible la conciencia, del influjo más directo del mismo medio; porque todo lo que sea prolongar el campo de la vision mental, es aumentar los casos de elecion para el espiritu, es librarlo de la obsesion de las ideas ó imágenes fijas.

Otro resultado importante se ha debido á la evolucion y extencion de las concepciones religiosas, por más que no de un modo exclusivo. A medida que el contacto, la union y la fusion más ó ménos perfecta de los pueblos ha hecho posible el tránsito de las grandes religiones regionales á las que han merecido el dictado de universalistas, las diferencian étnicas y políticas, ya muy quebrantadas con las relaciones comerciales y los fundamentos del *jus gentium*, han sufrido un rudo golpe; el nuevo vínculo establecido entre hombres de distintas procedencias, ha dado más amplio juego á los sentimientos simpáticos, y á las nociones de igualdad y

confraternidad han comenzado á tener un sentido y á inspirar la conducta.

Bien creo que podamos apreciar ahora el papel y la importancia de estos dos factores, que, derivando su fuerza incontrastable de la misma fuente comun de los anteriores, toman posesion de campos tan bien limitados en la conciencia y los dominan tan por completo. Autoridad ejercen la educacion, la opinion y las costumbres, pero se apoderan del ánimo del modo tácito y lento de los hábitos, sin hacerse sentir, sino en los casos de resistencia ó cambio de direccion. La ley expresa y el mandamiento religioso ejercen su autoridad sin rebozo, presentándose á la conciencia como imposicion, y produciendo el sentimiento y el concepto de obligacion. Ya hemos visto lo decisivo de este paso, pues conocemos la fuerza atractiva é impulsiva de las ideas, y no hay sumision comparable á la del que se siente sumiso. A la coaccion externa es aún posible resistir; á la voz interna es casi imposible. ¿No hemos visto al espíritu, totalmente emancipado por la crítita de todas las quimeras amontonadas por la humanidad en sus largos y oscuros siglos de tanteos, detenerse ante este último ídolo, encorvarse bajo el yugo, y divinizar el imperativo categórico?

Nosotros respetamos, sin divinizarla, la nocion de deber; sabemos cuánto ha hecho y ha de hacer por la humanidad; pero estábamos obligados á buscar su genesis, y la hemos encontrado estudiando estos dos importantísimos factores sociales del sentimiento moral.

No es lo único que les debo, pero es lo más general; y en la índole de este análisis no podia entrar el detenernos en los pormenores, sino sólo lo indispensable. Mi propósito era hacer notar todo lo que

toma el sentimiento de la moralidad al medio en que forzosamente se desenvuelve, la vida social. Hasta aquí hemos visto cuántos poderosos elementos le debe, y cómo por su índole misma han tenido que trasmitirse y transformarse, es decir. perfeccionarse.

Sin embargo, este último efecto, el de la transformacion, y seleccion consiguiente, no puede aparecer bien claro, sin considerar, por someramente que sea, los elementos de variabilidad que ha encontrado el sentimiento moral en el seno mismo del organismo social en que se propagaba. Será una vez más la consideracion de la segunda fase que acompaña toda herencia. Util será que le consagremos nuestra atencion el próximo dia.

LECCION X.

SUMARIO.—Causas de diferenciacion en el agregado social.—La distincion de clases constituye un elemento de variedad para los sentimientos morales.—Las clases y las castas forman medios parciales dentro del medio comun á todo el grugo social.—Ejemplo que presentan los hindus y los tuariks.—Diversas capas morales en una misma sociedad.—En una sociedad adelantada se han de encontrar coexistiendo todas las fases de la evolucion moral.—Compenetracion de las clases.—Ascenso y descenso de individuos y familias en los diversos grados de moralidad.—El tiempo como causa de varicion.—Ejemplo en el griego de Aténas y de Constantinopla, en el patricio y el cortesano de Roma, en el baron normando y el lord inglés.—Contacto de los pueblos unos con otros.—La guerra.—Matrimonios exogámicos y cruzamientos étnicos.—El comercio.—Imitacion industrial, artística y literaria.—El libro y el periódico.—Por qué la influencia de tantos agentes de variabilidad no es más decisiva.—Resultados—Defecto de adaptacion.—Las revoluciones.—Aplicacion de la ley de evolucion á los organismos sociales.—Aplicacion de la misma ley á los sentimientos morales.

SEÑORES:

Largamente hemos considerado las múltiples causas que concurren á formar, perpetuar y en cierto modo fijar los sentimientos morales. Hemos visto cómo la comunicacion, la imitacion y la herencia contribuyen á dotar al grupo social de una especie de tonalidad emocional comun, que lo hace susceptible de apreciar el bien y el mal de un modo aproximado. En cada individuo se produce una acomodacion al ambiente moral, tan necesaria, que sin ella no se concibe apénas su existencia dentro del agregado, y mucho ménos su reproduccion. En estas condiciones, si consideramos un grupo pequeño,

estable y compacto, de tal modo se fortalecerían por la trasmision los caractéres adquiridos, que llegarian à aparecer indestructibles. Pero estas exigencias del problema no se realizan, sino muy dif cilmente, pues los grupos pequeños y compactos no son por lo regular estables; y los que viven ya sedentarios no suelen ser pequeños ni compactos. Es decir que, ó bien los cambios del medio cósmico, ó bien diferencias internas de composicion privan desde muy temprano al agregado de la homogeneidad necesaria para una trasmision fija de caractéres.

Fijémonos en el segundo caso que en realidad contiene el primero, pues un grupo extenso, aunque viva en una comarca determinada y labre la tierra, tiene por necesidad, sobre todo en las épocas primitivas, que extender sus dominios, y en no pocas ocasiones que abandonarlos por otros, como se ve en las emigraciones é invasiones. Consideremos un grupo extenso, como el clan, ó la réunion de clanès en una especie de confederacion primitiva, y, como ya he dicho otras veces, advertirémos que ya en él comienzan á diferenciarse las funciones sociales; los jefes desempeñan su altísimo papel, y cuando ya no son propios para la accion, sirven para el consejo; los sacerdotes comienzan à apartarse por su manera de vivir del comun del pueblo; los guerreros no se mezclan fácilmente con los pastóres, labradores y artesanos. Aun cuando los limites entre estas clases distan mucho de ser infranqueables, basta su existencia para modificar profundamente la trasmision de caractéres; y sus consecuencias son incalculables en lo que se refiere à la formacion de los sentimientos morales.

Las causas de variabilidad que buscábamos están aqui. La semejanza de las ocupaciones produce una

manera comun de juzgar y sentir; impone, por tanto, una determinada línea de conducta. Dentro del medio social comun á todo el grupo, pueblo ó nacion, comienzan á formarse medios parciales, que ejercen una influencia especial sobre el individuo, cuyo resultado vienen á ser ligeras diferencias primero y diferencias muy profundas despues, respecto á los individuos formados en distintas condiciones; por más que pertenezcan al mismo gran agregado social. Por poco que haya crecido un grupo primitivo, las diferencias de clase se dibujan en él de una manera distinta; y por poco que se haya apartado de su primitivo asiento, como haya sojuzgado otros grupos diversos, sobreviene una nueva y poderosa diferenciacion en su constitucion interna, la que resulta de la esclavitud y las castas. Pueblos de distinta procedencia étnica llegan á coexistir en un mismo país, cooperan para la vida comun, pero estrechan cuánto pueden sus filas y evitan todo lo posible la compenetracion, los dominadores por orgullo, los vencidos por ódio y repulsion. De esta suerte en el seno de una misma sociedad se presentan medios parciales suficientemente diversos para dar productos diversos. Cada clase ó cada casta, segun las condiciones en que se encuentra colocada, favorable en grado muy desigual para los progresos ulteriores, irá formándose sus opiniones y les irá dando cuerpo en costumbres especiales; conservará con mayor ó menor tenacidad las supersticiones primitivas, les dará ó no una forma más racional, modificará en fin la creencia religiosa, al parecer comun; concebirá la ley y la obligacion civil y política de diversa manera, pues de diversa manera obra sobre cada una; y como consecuencia de todo esto su manera de educar y de trasmitir las nociones adquiridas por la educacion

ha de variar de una á otra; y así llegan las que coexisten en un mismo grupo á diferenciarse en su manera de vivir, de hablar y áun de gustar los placeres estéticos.

Fijémonos un instante en uno de los casos más extremos; consideremos los distintos grupos en que se dividía la sociedad india. Todo en ellos estaba reglamentado de un modo tan diferente, las funciones sociales, las relaciones domésticas, las prácticas profesionales; que encontramos desacuerdo aún en lo que á primera vista parece más comun; así los brahmanes consagraban la mejor parte de su tiempo á la lectura, meditacion é interpretacion de los vedas; y á los individuos de la tercera casta, los vésyas, estaba completamente vedado leerlos siquiera, miéntras que el sudra ni áun participaba de la lengua sagrada. En los paises africanos, donde aún se puede estudiar el fenómeno de las castas en su período de formacion, encontramos hechos idénticos. Los tuariks del desierto de Sahara se encuentran divididos en tres castas, de procedencia étnica varia, con profesiones totalmente diversas, y con una lengua ó jerga secreta para cada profesion.

La consecuencia de estos hechos capitales es un fenómeno social que subsiste ánn despues de tantas evoluciones y transformaciones, y al cual no se ha prestado ántes de ahora toda la atencion que exige. La coexistencia, aún en los pueblos más adelantados, de diversas capas morales en una misma sociedad. En un mismo país y en una misma época tenemos porciones de su poblacion con las más varias opiniones y criterios en materia moral, desde el salvajismo pleno, hasta el mas refinado idealismo; y cuanto más culto sea el pueblo que observemos mayores diferencias ha de presentar en su constitucion

moral. Las capas inferiores ajenas á la cultura y al refinamiento de las superiores, teniendo confiada su actividad á un campo mucho más limitado, modifican lentísimamente sus condiciones de vida, y así conservan con tenacidad extrema las costumbres, las prácticas, las supersticiones y hasta el lenguaje de las épocas pasadas. Cuando el observador que desconoce estos hechos desciende á este fondo sombrío de los pueblos civilizados, y encuentra en pleno vigor la hechicería, los ensalmos, el fetichismo, la promiscuidad, la prostitucion doméstica, el concubinato, *la vendetta*, el fraude, la venta de la prole, crée presenciar casos horribles de degradacion, cuando sólo está en presencia de una falta de evolucion. Es la vida primitiva, la vida salvaje persistiendo en medio de la civilizacion más alta, casi siempre encubierta y disimulada, pero dispuesta á mostrarse en toda su desnudez á la primera ocasion.

Entre éstas y las clases más ilustradas y morigeradas se extienden zonas de moralidad intermedia; y á traves de todas se verifica otro fenómeno tan importante como inevitable, la compenetracion de unas clases con otras, de las ideas y sentimientos de las unas en los de las otras. Alguna luz, aunque ténue, proyecta la parte culta de la poblacion sobre la inculta; de lo más hondo de las últimas clases se elevan miasmas que emponzoñan la atmósfera respirable hasta lo mas alto. Todo esto despoja de su fijeza al medio social, y hace posible al individuo una adaptacion más fácil, segun su especial conformacion, y sus tendencias al progreso ó al atavismo; rompiendo asi la férrea ley de la herencia, dando vuelo á la variabilidad. Individuos y familias enteras ascienden en la escala moral, como en la social; resisten á las sugestiones del medio especial

en que nacieron, y van á buscar más alto una acomodacion más fácil en el órden de la actividad y en el de los sentimientos. A la inversa la concomitancia, el ejemplo, una secreta tendencia á la regresion ú otras causas fácilmente comprensibles pueden llevar y llevan á individuos y familias á un descenso lento hácia un estado de moralidad inferior.

Las investigaciones recientes del Dr. Jacoby nos permiten creer que en las familias llegadas á la cima del desarrollo intelectual y moral se produce inevitablemente un descenso más ó ménos rápido que las conduce á la esterilidad y á la extincion. Esta ley, funesta desde el punto de vista individual, se compensa suficientemente durante un determinado período de tiempo, con el ascenso de nuevas familias á lamisma perfeccion; y viene á comprobar las observeciones antecedentes, demostrando que las causas de variacion son tan permanentes como las de herencia ó persistencia, cuando se las considera desde un punto de vista elevado y general, obrando sobre la masa social.

Por otra parte el tiempo por si solo, modificando las condiciones y elementos de sociabilidad y cultura, coloca en cada pais á los individuos y clases más eminentes en puntos diversos de la evolucion ó regresion, y exige una nueva forma de acomodacion; es decir, constituye una nueva causa de variabilidad. Si en un pueblo y en una época dados consideramos el máximun de cultura y moralidad á que han ascendido sus individuos, y los cotejamos con los que puedan servir á su vez de tipos en otro periodo posterior de su vida ¡qué diferencias no se presentarán á nuestros ojos! ¡Qué distancia entre el alumno de Platon ó Jenofonte, cuya educacion habia sido dirigida en vista del desarrollo

armónico del cuerpo y del espíritu, apto para los ejercicios de la palestra y para las disputas de la academia, templada el alma en un fiero amor á la libertad y dignidad del ciudadano; pulidos y suavizados sus sentimientos por la contemplacion inteligente de la belleza; el jóven patricio bizantino, espectador apasionado de los juegos del hipódromo, ardoroso únicamente por sostener la divisa de su faccion, confundiendo en imágenes confusas el sensualismo y el ascetismo, y haciendo de los templos de sus nuevos dioses casa de penitencia y lugar de fiesta y conversacion! El mancebo romano de los grandes tiempos de la república compensaba su falta de virtudes domésticas, con la fidelidad á sus amigos y sobre todo con su devocion entera á la prosperidad y grandeza del Estado, del Estado impersonal, que garantía su libertad y su soberbio espíritu de igualedad entre los de su clase; el cortesano de las córtes pontificias ó de los pequeños reyezuelos italianos se decoroba con las mas exquisitas y frívolas cualidades de la vida de salon, no descuidaba el cultivo de su inteligencia, amaba curiosamente las artes; pero todo con el fin de agradar y cautivar al príncipe, de modo que «se dé con todo su corazon y pensamiento á amar y casi adorar, sobre toda otra humana cosa, al príncipe á quien sirviere, y su voluntad y sus costumbres y sus artes todas las enderece al placer del», como dice un autor de la época, que era testigo abonado. Los barones normandos del tiempo de los Plantagenet creian que les eran lícitos los mayores desafueros y atropellos, si su brazo se mostraba siempre vigoroso en el combate y su mano dadivosa para repartir el botin después del triunfo; sus descendientes los lores ingleses han llegado á poseer la nocion más arraigada del derecho propio

y ajeno, el mayor respcto à la propiedad colectiva, y la más alta estima por la facultad de persuasion, tan recomendadada por el conde de Chesterfield á su hijo, y tan contraria á la suprema razon de la espada, á que rendian culto sus antepasados.

Vemos así, que dentro de un mismo grupo social, la diferenciacion de funciones, la mayor estension del lugar ocupado ó los cambios del lugar, la division en castas y clases y el transcurso del tiempo que acarrea cambios forzosos en la composicion del grupo son otras tantas causas poderosas de variabilidad que combaten y modifican los resultados de los factores de trasmision hereditaria. Todas las modificaciones del medio, y estas son incesantes, repercuten en el grupo, y lo obligan á modificarse para adaptarse.

Y adviértase que hasta aquí hemos simplificado singularmente el problema, pues hemos considerado el grupo social aislado en cierto modo, y obedeciendo no mas que á las leyes internas de su desenvolvimiento. Pero, como todos vemos, este caso no se presenta en realidad, ni áun en aquellas antiguas sociedades que procuraban tan cuidadosamente evitar el contacto de los extranjeros. Tan pronto como un pueblo pasa del período de la vida errante del cazador salvaje, y elige asiento, áun cuando crea elevar una barrera infranqueable moral y material en torno suyo, ha entrado, sin saberlo, en una comunidad superior; su medio social no lo constituyen sus solos individuos, se extiende á los pueblos circunvecinos, y los expedientes mismos que pone en juego para repelerlos, abren paso á las numerosas infiltraciones de las ideas y sentimientos extranjeros que se van produciendo en su seno. No es posible hacer la guerra, sin tratar de inquirir los medios

ofensivos y defensivos del enemigo, y esto supone el conocimieto de sus costumbes y de su organizacion. El período de la guerras para repeler meramente es siempre corto; el vencedor hace prisioneros que reduce á la esclavitud, y pronto se abre á los semtimientos de dominacion; á la guerra sigue la conquista, que inunda de nuevos pobladores un pais, y pone en presencia dos civilizaciones, ó cuando ménos dos distintas maneras de apreciar y entender los fenómenos cósmicos y sociales.

Otra causa no ménos poderosa de contacto entre pueblos diversos obra desde el comienzo mismo de la vida social. La costumbre del matrimonio exogámico, que abre la puerta á los cruzamientos étnicos Las tribus pobres y errantes son implacables con todo lo que pueda constituir una impedimenta; los enfermos ó heridos graves son abandonados; los ancianos y las niñas son sacrificados. De aquí la carencia de mujeres y la necesidad de procurárselas fuera de la tribu por el rapto y la violencia. Ahora bien, esto que por si sólo introduciría constantemente elementos diversos en la tribu, hace algo áun más importante. Estas mujeres por lo general han de pertenecer á tribus mas adelantadas, colocadas en mejores condiciones, y tales que les permitan conservar las hembras. Por inferior, pues, que sea su condicion social en la tribu nativa y en la del señor y esposo, traen á ésta nociones y sentimientos superiores que han de trasmitir de algun modo á su prole. Más adelante las guerras, las migraciones, la colonizacion y los demás fenoménos sociales de expansion van facilitando y hacienfrecuentes los cruzamientos. Los vínculos así formados y las nuevas necesidades que traen consigo el progreso social, el aumento de la poblacion y del

bienestar general, facilitan relaciones ménos violentas entre los pueblos; los períodos de paz permiten mayor produccion, la industria humana suministra los medios de exportarlos, se sabe ya donde se carece de ellos y donde hay artefactos ó materias primas que pueden ser útiles; y de aquí surge el cambio, el comercio, el contacto entre pueblos diversos, en una nueva forma mucho más apta para la difusion y comunicacion de la cultura en lo intelectual y lo moral. Las relaciones de vencido á vencedor no pueden nunca ser muy cordiales; la ocupacion violenta de un territorio no es un precedente que inspire confianza á los antiguos habitantes: pero la mútua oferta y el trueque de objetos igualmente necesarios dispone el ánimo á la benevolencia y hace agradable y deseada la comunicacion. El mercader contento del éxito contempla con gusto el espectáculo de una nueva sociedad, establece comparaciones con la suya, critica y aprueba, discute y propaga; habla aquí de la construccion y disposicion de los edificios; allá de la suavidad ó gravedad de las costumbres; en otra parte se informa de las leyes y régimen político; en unas partes se aplica á conocer su industria; en otras quiere penetrar su ciencia; lleva y deja nuevos gérmenes; se ha modificado y ha modificado; y será luego por donde quiera que vaya y cuando regrese á la patria un elemento de variabilidad.

—Esta influencia, de mero contacto individual, es sin embargo limitada, y nos da solo una idea muy imperfecta de las comunicaciones que se establecen entre dos ó más pueblos que entran en relacion. Sus artefactos dan al uno noticia de la industria del otro; y el deseo de imitarlos lleva al estudio de sus procedimientos; sus artes son como una revelacion de sus

más intimos sentimientos, y amplían en el grupo en que se introducen la esfera emocional; sus obras escritas patentizan toda su manera de pensar, lo que han investigado ó lo que han imaginado; colocados en distintas condiciones han podido ver la naturaleza bajo distintos aspectos, sus ideas han de contener elementos diversos, y donde quiera que se introduzcan han de llevar al cotejo, y promover la contradiccion ó la aceptacion. Las narraciones del viajero hablan sin duda à la imaginacion, pero afectan de un modo fugaz; cuando éste pasa, queda el libro, y en él cuanto la ciencia y la crítica han revelado al pueblo extraño, lo que sus leyes le imponen como regla de conducta, lo que su religion le dicta como materia de creencia. Y si consideramos la forma más moderna que ha tomado este medio permanente de comunicacion, en los periódicos, que anuncian diariamente cuanto ocurre en los confines opuestos del mundo civilizado, registran hora por hora sus acontecimientos desde los más insignificantes hasta los más trascendentes, los discuten, investigan sus causas y preven sus consecuencias, llevan por todos los ámbitos de la tierra el reflejo de las opiniones, sentimientos y costumbres de cada comarca, ponen de manifiesto las relaciones cotidianas de país à país, y hacen en cierto modo imposible que ningun pueblo culto se considere extraño à otro; abarcamos de una sola ojeada el inmenso cúmulo de ideas nuevas que entra por este canal en la circulacion de las de cada grupo social, alterando paulatina, pero profundamente su constitucion mental, y constituyendo una causa de variacion para sus sentimientos. Tan grande es, que habría lugar para maravillarse de que su influjo no fuera mucho más eficaz, hasta no dejar rastro alguno de la herencia, si aquí, como

en todos los procesos naturales, no se descubriera al punto un inmenso desperdicio de fuerzas para llegar á un resultado á veces exiguamente pequeño. Así como perecen millares de millones de gérmenes por cada planta ó animal que nace, infinitas ideas é imágenes pasan por la mente humana sin dejar huella, por una que logra arraigarse, asociarse y contribuir á la accion. La mayor parte con mucho de cuanto se lée ó llega de algun otro modo al conocimiento, se pierde totalmente; y si esto es así desde el punto de vista individual, lo es infinitamencon te más desde el punto de vista colectivo. Así vemos cuantas ideas fecundas han dormido durante siglos en el seno de la humanidad, como esas simientes que se suponía enterradas millares de años atras en las tumbas del viejo Egipto. ¡Cuantos descubrimientos iniciados, que han necesitado la labor de generaciones enteras para tomar una forma adecuada! ¡cuántas reformas imperiosamente exigidas que han consumido las fuerzas de todo un país ántes de realizarse! Antes de que un concepto claro y determinado, capaz de mover el ánimo y solicitar á la accion, llegue á tener estos caractéres á la vez en el número de conciencias suficiente para producir un esfuerzo colectivo. ha de haberse presentado vaga - mente y sin virtualidad alguna en millares de inteligencias mal preparadas para comprenderlo y aceptarlo. Y si el concepto es nuevo, y rompe con los há bitos adquiridos ó se opone á los prejuicios, intereses, gustos ó pasiones de la colectividad ¿cuántas no han de ser las conciencias mal preparadas? Generaciones han de sucederse en que aún lo sean todas.

De esta suerte es como, á pesar de todas las causas de variabilidad que solicitan un agregado social en su interior y en sus relaciones exteriores, y por más

que sean permanentes, su homogeneidad desde es punto de vista de las opiniones y sentimientos el bastante á formar un medio coherente, cuya accion se hace sentir por igual en los individuos. Es verdad que todas esas pequeñas causas lo van modificando, pero con tan extraordinaria lentítud, que la adaptacion de los individuos que van viniendo se realiza de un modo insensible. Es necesario comparar la vida de un pueblo en dos períodos distíntos y bastante separados de su historia, para apreciar las modificaciones y diferencias introducidas en lo íntimo de su constitucion. Es verdad que á veces parece romperse esta marcha regular y surgir causas accidentales dotadas de particular energía para removerlo y variarlo todo. De súbito parecen estallar trastornos y revoluciones políticas y religiosas y cambiar la faz de una sociedad. Estudiado de cerca este fenómeno, confirma cuanto llevo expuesto. Todas esas pequeñas causas ya señaladas, aunque obran á la aventura y sobre un corto número de individuos á la vez, van acumulando su energía; á medida que se robustecen por el ejercicio y la trasmision, que tambien obra en ellas, y extienden por el contacto y la predicacion su esfera de actividad, empieza para muchos á romperse el equilibrio con lo establecido, ciertas ideas aparecen falsas, ciertas instituciones absurdas, ciertas leyes injustas, ciertas costumbres ridículas, y por consiguiente censurables los actos adecuados á todos esos principios de accion. Como el medio ha ido modificándose imperceptiblemente, la adaptacion ha quedado en defecto por uno o muchos puntos, y el malestar es consiguiente. Las ideas de reformas comienzan á abrirse paso, y cuando han llegado á apoderarse de las inteligencias de una minoría apasionada y activa—porque toda revo-

lucion es obra de una minoria—no tardan en tomar cuerpo y realizarse, por medios pacíficos ó violentos; y se ve á la vieja sociedad despojarse de su antigua forma y tomar otra más flamante: se ha verificado una revolucion.

Pero se engañaria mucho el que creyera que por eso ha cambiado de arriba á abajo el agregado social.

Esto no solo es imposible, sino que seria funesto; lo cual viene á ser una misma cosa. En realidad la revolucion sea del órden politico, sea del órden religioso, no hace más que traer al primer plano ciertas ideas y sentimientos, y ponerlos en condiciones de influir más directa y constantemente sobre la masa de los asociados. La generalidad de éstos no se ha modificado en nada. Entónces comienza una pugna sorda y tenaz entre lo nuevo y lo antiguo, en que uno y otro pierden y se desgastan; y segun su respectiva fuerza, es decir segun el estado de los ánimos y las condiciones sociales, acaba el conflicto por el triunfo aparente de uno ú otro. Aparente, porque á veces se crée que ha triunfado lo antiguo con el nombre de reaccion, y en realidad lo que ha triunfado es un compromiso de ideas y prácticas, en que con la forma antigua van mezclados no pocos elementos de lo nuevo; y otras se cree que la revolucion lo ha sumergido todo, cuando no ha hecho sino vaciar en nuevos moldes muchas ideas y sentimientos de lo viejo. Lo que hay en realidad es que la sociedad ha avanzado algunos pasos, y ha logrado algo tan radicalmente importante, como facilitar las nuevas adaptaciones que ya eran necesarias. Nada me seria tan fácil como comprobar estas afirmaciones, pero me alejaría quizás algo del rumbo que debo seguir. Básteme recordaros la gran reforma religiosa ini-

ciada por Jesus. ¿Quién hubiera podido reconocerla al cabo de dos siglos, en medio de los heterogéneos elementos que debía á su contacto y pugna con las religiones enemigas? Y en lo político, ¿cómo no recordar las revoluciones de la America Latina, que parecen derrocarlo todo, y pasadas las primeras y grandes conmociones poco á poco van dejando al descubierto el mismo antiguo régimen, decorado con nombres nuevos?

Así se destaca de todos estos hechos, de diaria observacion, la gran ley que rige la vida de las sociedades como la de todos los organismos: una evolucion incesante, ó sea una adaptacion continuada á las circunstancias externas, merced á la trasmision hereditaria de los caractéres útiles, adquiridos por variaciones y modificaciones lentas en el curso de la existencia individual y colectiva.

Siendo esta una ley social, y la primera de todas, la formacion de los sentimientos morales tiene que entrar de lleno bajo su dependencia. Ya sabemos como la herencia mantiene una corriente constante de sentimientos é ideas que producen una determinada conducta y juicios adecuados acerca de ella; y sabemos todas las causas de variabilidad que concurren á modificar esos estados subjetivos de los individuos de una sociedad, y sus consecuencias. Ahora bien, la posicion de un ente dotado de sentimientos colocado en estas condiciones está perfectamente determinada. Obligado á ponerse en lo posible al unisono con sus coasociados, y obligado tanto por las solicitaciones de sus necesidades como por su propia conciencia, ha de ejercitar determinados sentimientos para ajustarse á una determinada conducta, ha de juzgar favorable ó desfavorablemente determinados actos. Esta forma especial del ejercicio

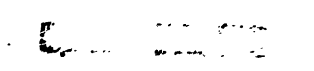
de sus actividades anímicas tiene que dar el mismo resultado de todo ejercicio: fortalecerlas. Ahora bien, si segun el supuesto, se han fortalecido los sentimientos é ideas en consonancia con el estado social, es claro que el individuo en cuestion se encuentra en las mejores condiciones para vencer las dificultades de la lucha por la existencia, prolongar su vida y reproducirse en una sucesion numerosa á que puede trasmitir, en todo ó en parte, los caractéres heredados, y adquiridos y á la que puede colocar así en las mejores condiciones de existencia. Es decir, el individuo adquiere por el ejercicio y por la trasmision, practica y robustece sentimientos de un órden que lo hace singularmente apto para la vida social; estos son los sentimientos morales.

En cuanto al grupo, las condiciones en que se encuentra para favorecer determinados sentimientos queda tambien patente. Todo sentimiento, toda conducta que se ajusten á sus necesidades del órden afectivo, del órden moral, han de encontrar en todas partes acceso fácil, y recibir auxilios de todos Ya hemos visto en qué formas. Por el contrario todo lo que choque ó lastime abiertamente esas necesidades, sean reales ó ficticias, ha de encontrar resistencias más ó ménos tenaces ó invencibles, y ha de carecer de todo apoyo y auxilio. Así se establece un proceso concomitante de eliminicion y seleccion, que da por resultado la conservacion y propagacion de los individuos dotados de cierta tonalidad moral; con lo que se determina la moralidad de cada grupo social en cada período dado de su historia.

Por otra parte ya sabemes cómo evoluciona el grupo y determina la evolucion del individuo. La seleccion se continúa en el tiempo; y de este modo se armonizan los dos procesos al parecer contradic-

torios de la permanencia y de la variabilidad de los sentimientos morales.

Así hemos logrado, aunque con tan largos rodeos, descomponerlos en sus factores de todo órden, saber de dónde se derivan, cómo nacen, continúan y se modifican; es decir, que hemos descubierto en las causas que les dan nacimiento las causas que determinan su evolucion. No tardaremos en apreciar las consecuencias de esta série de importantes investigaciones.



LECCION XI.

SUMARIO.—Resúmen de nuestro análisis.—La moralidad es el sentimiento individual de la solidaridad social.—La solidaridad en la conciencia individual.—La solidaridad en la conciencia colectiva.—La solidaridad en el tiempo: ley de la continuidad histórica.—La solidaridad nos da el criterio de la moral.—Es un principio heterónomo y autónomo.—La buena conducta, fin de la moral.—Objeciones contra el criterio propuesto.—Respuesta á las objeciones.—Casos dudosos.—Juicios morales por atavismo.—Crítica de otros criterios.—Principio de universalidad de Kant.—Fórmula del imperativo práctico.—Teoría de la buena intencion.—El placer, cuantitativo y cualitativo.—El acuerdo de los intereses.—La felicidad del género humano.

SEÑORES:

Si hemos logrado darnos cabal cuenta de las influencias múltiples, poderosas y constantes á que se encuentra sometido el individuo de un agregado social, por el hecho de su constitucion biológica y psíquica y el hallarse colocado en medio de otros séres en un todo semejantes por la conformacion, las actividades y las necesidades, la determinacion del problema que nos propusimos desde las primeras conferencias se habrá simplificado mucho para nosotros. Hemos visto cómo un órden eminente complejo de sentimiento ha tenido que hacerse lugar entre las determinaciones de nuestro espíritu; constituyéndose en una de las causas impulsivas que regulan nuestra conducta; y sabemos de dónde se derivan, á qué deben su virtualidad y eficacia, y cual es

la cualidad que los caracteriza y distingue. En una palabra, sabemos que el hombre, por el hecho de vivir en sociedad, recibe incesantemente conmociones tales y experimenta tales emociones, que sus impulsos y deseos lo llevan á ejecutar ciertos actos, que carecerian de significacion y no se hubieran producido sin esa causa fundamental; esta manera de obrar determina hábitos mentales y acciones habituales, hace que se formulen juicios y que se establezcan reglas, y en consecuencia que toda accion nuestra ó ajena, que se relacione con la vida en comun, afecte á un estodo general de nuestro espíritu, un sentimiento ó agregado de sentimientos, y sea sentida en consecuencia como un bien ó como un mal. La conducta de los hombres en sociedad por tanto, suscita emociones y juicios de un órden especial, los cuales á su vez influyen decisivamente para determinar la conducta en otros hombres.

Resumiendo: el hombre vive en sociedad; la vida en sociedad determina la produccion y evolucion de una clase de sentimientos que la favorecen; éstos son los morales. El hombre es un ser sociable, por consiguiente moral. Considerando en abstracto estos sentimientos, en lo que tienen de mas general, decimos que el hombre está dotado de moralidad.

Ahora podemos ver fácilmente lo que esto significa. La moralidod no es sino el sentimiento, más ó ménos claro, que tiene el individno de su dependencia con respecto al cuerpo social; en una sola palabra: de la solidaridad sociai.

Ya hemos estudiado detenidamente y hemos visto los mil vínculos por donde está sujeto el hombre al cuerpo social; no hay accion que en éste se produzca que no lo atecte de un modo ú otro; sus reacciones influyen á su vez más ó ménos sobre la masa.

La solidaridad es la forma permanente de esta relacion entre el individuo y el medio social, tan necesaria y natural como la que existe entre el organismo y el medio cósmico. Así como sus actos, que son las revelaciones externas de sus estados interiores, tienden á adaptarse á las circunstancias sociales, por un proceso de que solo en los casos graves nos damos clara cuenta; así mismo sus estados subjetivos se modelan sobre sus impresiones objetivas del órden social; y no es de extrañar que en los más de los casos no nos demos cuenta de esa dependencia, como no nos la damos generalmente de que respiramos.

En estos análisis no es posible concebir al hombre fuera del estado de sociedad, porque sería una abstraccion que carecería de sentido. Ha estado siempre en él y toda su vidr interna se ha conformado en consecuencia. Importa mucho que nos fijemos en esto. El mayor número de los hombres puede no tener ni la más remota idea de lo que es la solidaridad, y no por eso dejan todas sus conmociones, imágenes, ideas y juicios que se refieren á semejantes suyos de estar contenidas en este sentimiento supremo. Pudiera decirse, imitando el lenguaje de Kant, que esta es una *categoría* del sentimiento, dentro de la cual se producen todas nuestras relaciones con los demás hombres. Robinson en su isla desierta estaba formado por la sociedad y continuó viviendo para la sociedad. ¿Qué más? Hasta el pensamiento humano se ha vaciado en un molde que es producto de la sociedad, pues su forma más frecuente es el lenguaje. Los genios demasiado poderosos, los hombres dotados de una sensibilidad demasiado exquisita, los Swift, los Leopardi, que se aislan del mundo, lo hacen porque su concepcion de la socie-

dad es demasiado perfecta para su época. Pero ¿de dónde han sacado los elementos de su ideal? Todos han salido de esa misma vida social que desdeñan y anhelan mejorar. En el otro extremo, los séres completamente anormales, poseidos por instintos destructores, como los criminales congénitos, se separan en cierto modo de la sociedad bien constituida. pero forman entre sí asociaciones conformes al estado rudimentario de su moral. Cuando determinadas porciones de la poblacion de un Estado, por diversas circunstancias, vienen á encontrarse en desacuerdo mas ó ménos pronunciado con el resto, tienden á agruparse en asociaciones parciales más ó ménos secretas, donde se crean un medio artificial. Así vemos presentarse este fenómeno hasta entre los pueblos semi-salvajes del Oeste y del interior de Africa.

Dada nuestra organizacion física y mental, esta forma especial de relaciones tan constantes y necesarias tiene que dar por resultado una acomodacion del sujeto al objeto, cuya influencia tiene que sentirse en toda la vida interna, y regir por medio del hábito, del bienestar ó malestar, del placer ó dolor, nuestras reacciones, nuestros movimientos, nuestros actos y toda nuestra conducta. Una prueba decisiva de esta conformacion subjetiva al estado de sociedad, para todas las relaciones de carácter moral, se encuentra en la manera de concebir el hombre su contacto con los séres que tiene por sobrenaturales. Desde el fetichismo más grosero hasta el deismo más depurado, todas las relaciones entre el hombre y sus dioses están vaciadas en el molde social. Cuando el interes y el terror son los móviles del sentimiento religioso, el salvaje concibe su fetiche como un hombre más poderoso que puede protegerlo ó anonadarlo,

y procede en consecuencia. Cuando el elemento moral penetra en las religiones, ¿en qué forma lo hace? Como concepcion de un juez justo é imparcial que pesará las acciones humanas y escudriñará las conciencias, para dar en otro mundo, en otra sociedad, á cada uno segun sus obras. Y si nos trasladamos á la más bella concepcion y al más bello cuadro que hasta aquí se ha presentado de una vida futura, fin y premio de todos los esfuerzos mortales, concepcion que es un producto á la vez del sentimiento religioso más acendrado y de la erudicion filosófica más completa en su tiempo, nos encontrarémos el tipo de una sociedad perfecta realizada en la ideal *ciudad de Dios* de san Agustin.

Aún en aquellas formas de asociacion que se apartan más del tipo normal que hemos llegado á concebir, como las constituidas por la conquista ó la esclavitud, se descubre todo el imperio de la solidaridad. Al cabo de algun tiempo los sentimientos y las ideas de conquistadores y conquistados, de amos y siervos, llevan el sello de su mútuo influjo, ya se haya ejercido en el sentido del progreso, ya en el de la regresion.

Esto, por otra parte, nos hace fijar en que la accion de este poderoso sentimiento se extiende en el sentido del tiempo. Las emociones sociales, una vez experimentadas, han producido su modificacion, que entra ya como factor en todas las nuevas combinaciones mentales. Los diversos actos y las diversas situaciones de la vida de un individuo no son, ni pueden ser, hechos aislados; sus consecuencias, áun meramente psíquicas, vibran á través de todos sus estados subjetivos, sus residuos pueden encontrarse en sus últimas acciones ó en sus últimos apetitos y deseos. ¡Cuántas veces ha bastado una escena, un

cuadro, un pensamiento, una imágen, para obrar como disolvente en una conciencia! Recuérdense algunas conversiones célebres, como la del marqués de Lombay. La vista del cadáver desfigurado de su protectora, la emperatriz Isabel, lo llena de tal horror y produce en su ánimo una impresion tan duradera, que acaba por apartarlo de la vida mundana, y llena de pensamientos místicos la conciencia de un cortesano.

Otro tanto ocurre en la vida del agregado social. Todos los hechos que se producen en su seno dejan su huella más ó ménos profunda, y determinan en poco ó en mucho las direcciones sucesivas de la manera de sentir, juzgar y actuar aquella sociedad. De esta suerte los actos de una generacion obran sobre los de las otras, y la solidaridad nos descubre uno de los aspectos más importantes de la ley de la continuidad histórica. El pueblo, la nacion, el grupo, forman un todo en el espacio y en el tiempo. El movimiento adquirido, la vibracion que ha comenzado en una parte se extiende, se ramifica y se comunica con mayor ó menor intensidad al todo. Puede haber, y hay, numerosos y constantes choques y conflictos, verdaderas interferencias; pero áun éstas son una modificacion; un movimiento que deja de producirse por la oposicion de una fuerza contraria de igual intensidad, es un resultado, un nuevo resultado que á su vez influye sobro los subsecuentes. En la vida de un organismo el dejar de hacer es á veces tan importante como el hacer Mientras un cuerpo suspende su accion, los otros continúan sus movimientos; y cuando en aquel se produce el efecto suspendido, ya la colocacion de los objetos circunstantes es otra, y otro por tanto el resultado de sus acciones y reacciones mútuas.

Vemos, pues, que individual y colectivamente, la solidaridad nos aprisiona; y que en vano sería refugiarnos en lo más íntimo de nuestro yo; allí irian á perseguirnos las imágenes, las ideas y las emociones que debemos al incesante contacto con los demás hombres. De aquí se desprende este resultado importantísimo é incontestable: que ha de haber una disposicion de espíritu, un modo de sentir y de pensar y una manera de obrar que favorezcan ese sentimiento predominante, y por tanto que contribuyan de un modo poderoso á la acomodacion del individuo al medio social; así cómo otros que lo contrarien y perjudiquen esa acomodacion. Los primeros son precisamente la disposicion, los sentimientos, los juicios, y los actos que llamamos morales; los segundos los que calificamos de inmorales.

Ahora podemos establecer esta proposicion: Los actos de los individuos que viven asociados son morales, si responden á la solidaridad.

Llegados á este punto de nuestras pesquisas, necesitamos cambiar de rumbo. Hemos de ver si la nocion adquirida, si la síntesis á que hemos llegado despues de tan largos análisis, responde á la necesidad de toda idea que presuma explicar la moralidad. Esta necesidad es ver si, desde el punto de vista colectivo, suministra un criterio para juzgar de la conducta propia y ajena; y desde el punto de vista individual, si la sentimos como un principio de obligacion, si encontramos en ella su propia sancion; esto es, si nos obliga, y como nos obliga. Esto nos forzará á volver sobre ideas ya apuntadas; pero no es posible evitarlo, si queremos llegar al convencimiento.

Por lo pronto verémos que este principio participa de los dos caractéres que se imponen al principio

de la moralidad, dadas las condiciones del agente moral, es objetivo y subjetivo, sirve para el individuo como componente de un todo, y para el individuo en sí; está dentro y fuera; toma fuerza del exterior y se arraiga y la aumenta en el interior, es heteronomo y autónomo. Vamos á ver cómo.

Las ciencias prácticas—y la moral es una de ellas-derivan sus caractéres distintivos del fin ó fines á que tienden; todo lo que sea conforme á ese fin entra dentro de sus límites, cuanto lo favorezca ó contrarie ha de ser materia de su estudio, y las reglas y principios que ha de tratar de poner en claro son los que nos dan la norma para su consecucion. El fin de la moral es la buena conducta. Ahora bien, las acciones humanas que se refieren exclusivamente—en los casos muy contados en que esto es posible—á la conservacion del propio individuo, no forman parte de la moralidad; serán naturales ó anormales; útiles ó dañosas; pero no morales ó inmorales. La conducta, por tanto, es buena ó mala en cuanto mira á las relaciones entre el agente y sus semejantes con quienes vive en sociedad. El carácter general de estas relaciones, para que sean consideradas como morales, es que respeten la solidaridad; por eso sostenemos que en esta nocion encontramos el criterio de las acciones morales. En efecto, el fin más constante que podemos señalar á la conducta humana es la acomodacion ó adaptacion del individuo á su medio social, de modo que se armonice el pleno desarrollo de ambos. Y no se entienda que añadimos indebidamente esta idea de desarrollo ó evolucion, pues está contenida en la de organismo; y como tales consideramos y debemos considerar tanto al individuo como á la sociedad. Pues bien, este hecho natural de la adaptacion, que en la esfera de las emociones

se revela como el sentimiento de la dependencia moral, en la esfera de la inteligencia es la nocion de solidaridad. Hé aqui por qué nos sirve de norma segura en los casos dudosos; y por qué podemos establecer como regla primera que: cuanto viole la solidaridad social es inmoral; cuanto la favorezca es moral.

Como se ve por cuanto llevo dicho, la solidaridad supone y busca un estado de equilibrio entre las dos entidades en presencia; no sacrifica el individuo á la sociedad, pues el primero va á buscar en la segunda el medio apto para permanecer, crecer y reproducirse; ni pospone la sociedad al individuo, pues reconoce que éste es una unidad de un gran todo, por el cual subsiste y á cuya formacion concurre.

Para no anticipar consideraciones que tendrán su lugar oportuno, cuando establezcamos las divisiones de la moral, consideremos aquí algunos juicios pronunciados por la opinion en casos complicados, y veremos como los dicta siempre este criterio. Despine hace notar que no es extraño encontrar entre las prostitutas mujeres dotadas de gran caridad y generosidad. Su modo de vivir es considerado por todos como inmoral; pero sus actos caritativos y generosos, no solo son loados, sino que sorprenden, porque parecen contrastar con su conducta considerada en conjunto. No hay tal contraste, porque la falta de pudor, natural ó adquirida, no embota precisamente los sentimientos simpáticos de todo órden; hay solo que su manera de vivir, dadas la organizacion actual de la familia, la delicadeza de los sentimientos en las relaciones de ambos sexos, y la cultura del trato social, es dañosa por muchos conceptos al cuerpo social; pero esos actos especiales, caritativos y generosos, léjos de ser perjudiciales, son grandemente

beneficiosos, aún en esas capas inforiores, para suavizar los sentimientos y mantener relaciones simpáticas entre los asociados.

No es raro oir á viajeros,que han recorrido paises devastados por el bandolerismo, y que han caido en poder de salteadores, tributar elogios á las buenas maneras y aún hablar de la humanidad de algunos. Y es que, áun en medio de los actos anti-sociales á que viven entregadosesos hombres y que constituyen su modo habitual de subsistencia, el buen trato á la persona humana es una verdadera virtud social; y los mismos dañados en sus bienes, agradecen el beneficio recibido en sus personas. Por otra parte, adviértase que el bandolerismo solo florece en los paises gobernados despóticamente; porque alli no tropieza con la reprobacion del pueblo bajo, que no puede negar su admiracion á esta forma de resistencia á la fuerza opresiva; es decir, que obcecado por el mal que produce la defectuosa organización social, como más constante en su accion, no ve el mal que produce este principio de desorganizacion.

Ocurren, sin embargo, algunas objeciones no desprovistas de peso contra esta doctrina. Puede decirse que siendo imposible el acuerdo perfecto en las opinionesdelosasociados, estarémos siempreen presencia de casos dudosos. Pero esto sería desconocer radicalmente las condiciones del estado social. Las hay fundamentales, que no pueden violarse sin que la asociacion se menoscabe, amengüe y al fin desaparezca. El cumplimiento de estas condiciones constituye por tanto fines permanentes, que se sobreponen á todos los transitorios, son sentidos y comprendidos por todos los asociados, é informan invariablemente sus juicios y su conducta. El acuer-

do en los sentimientos y opiniones que nacen de estas necesidades primordiales del cuerpo social no solo no es imposible, sino que existe de hecho, es una consecuencia imperiosa de la sociabilidad. No se concibe una sociedad cuyos miembros tuviesen por accion inocente franquear al enemigo la posesion del pais y la destruccion de sus habitantes, ó donde nadie respetase la vida humana, ni se creyese obligado á cumplir ningun pacto. Suprimid el respeto á las personas y á las convenciones, y habréis acabado con toda sociedad y por tanto con toda moralidad. ¿Por qué nos produce una impresion tan horrible aquella sátira sangrienta de Swift, en que propone como remedio para el pauperismo en Irlanda, que los padres se coman á sus hijos infantes? Porque no es posible pintar más tremendamente la falta de condiciones de vida para una sociedad, que suponerla llegada al extremo de aniquilarse del modo más anti-social; anteponiendo la necesidad de alimentarse, el apetito más egoista, al amor de la prole, fundamento de la simpatía y de la sociabilidad.

Es verdad que á medida que se complican las relaciones sociales y aumenta el número de los asociados, los casos que pueden presentarse son cada vez más complejos y pueden ocurrir algunos muy dudosos. Pero el criterio que necesita esta ciencia solo requiere ser invariable en lo fundamental, y no desconoce todo lo que hay de movedizo y relativo en la apreciacion de la conducta, segun los tiempos y las circunstancias. No puede negarse, ni debe ocultarse, que en el sentimiento que dicta los juicios morales obran tales influencias que pueden extraviarlo de muy distintas maneras, sin que por esto se comprometa la seguridad del criterio establecido. En cada caso, y más ó ménos conscientemente, servirá ó

tratará de servir á la solidaridad. Puede ocurrir la supervivencia de una manera de sentir, que permanece, aunque sordamente combatida, sin una correspondencia actual; caso de verdadero atavismo, más frecuente de lo que suele pensarse. Muchos juicios morales no corresponden tanto al estado social del dia, como á los pasados. Esto no tiene nada de extraño, porque la adaptacion es y tiene que ser muy lenta. Así vemos que un gran criminal, cuyas fechorías tienen lleno de horror á todo un pueblo, sube al patíbulo con gran serenidad y sufre la muerte impasible; y no se oyen desde entónces sino relatos más ó ménos entusiastas del valor del reo. Este individuo era tan pernicioso al cuerpo social que, á excepcion de algunos filántropos, nadie deploraba su muerte; pero como el valor para arrostrar la muerte ha sido una virtud social tan necesaria en los largos siglos en que ha predominado la organizacion militante en los pueblos, nadie puede sustraerse á la admiracion que suscita, áun en quien no la emplea en beneficio de sus coasociados, y por el contrario la habia empleado para dañarlos. En ese sentimiento predomina el atavismo.

Cabe tambien objetar que, no reconociendo á la moral de las acciones otro criterio que la solidaridad, queda limitada forzosamente por el estado de las creencias en cada época, y nadie es capaz de concebir un progreso, un estado más favorable; es imposible una concepcion moral mejor que la de cada momento. Esta objecion cae, cuando se recuerda lo que hemos dicho de las causas de variabilidad que trabajan cada agrado social, y lo colocan en condiciones de desequilibrio. Desde ese momento el estado emocional penoso, producto de la experiencia, aguza la imaginacion, empiezan las com

naciones ideales de circunstancias, de cambios posibles que mejoren las condiciones actuales, es decir, que hagan desaparecer el estado emocional penoso, y surge la prevision de fines màs apetecibles que los actuales, por tanto màs importantes, y que marcan un progreso y ayudan à la evolucion.

Se dirà que si solo se busca un medio de hacer que desaparezca el estado penoso, lo natural es la tendencia à volver à los estados anteriores. En efecto, ésta es una ilusion muy comun, y que nos explica los adoradores tenaces de lo pasado. Pero, como no es posible alterar las mil condiciones que hacen imposible esa reconstitucion; como ni el sujeto, ni los objetos pueden retroceder, retrotraerse à aquellas circunstancias, aún cuando en los espiritus ménos imaginativos la tendencia sea à retrogradar; como las lecciones de la experiencia no tardan en mostrar lo quimérico de la empresa; como no escasean los espiritus dotados de gran poder constructivo, y como la verdadera necesidad sentida es la de cambiar, la de variar; para no pocos este cambio se representa en la forma ideal de nuevas construcciones sociales, de nuevos actos, de nuevas relaciones entre los asociados, por consiguiente de un nuevo campo para los sentimientos morales; es decir, de progreso, de evolucion en la moralidad.

Si ahora recordamos algunos de los criterios presentados tàcita ó expresamente por otras escuelas, aparecerà màs claramente la solidez del que aqui defendemos. Es imposible colocarse en un punto màs diametralmente opuesto al nuestro que el que aceptan Kant y sus discipulos ortodojos. Por aquí conviene empezar. Este ilustre filósofo colocaba la esfera la moralidad completamente fuera del mundo de los fenómenos; pero como no

podía cerrar los ojos á la evidencia, la cual le recordaba que la conducta humana es un fenómeno, y que requiere una pauta, un criterio, tuvo que formular una famosa ley, que no tiene nada de noumenal. «Obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad pueda ser siempre considerada como un principio de legislacion universal.» Es decir, de modo que todos los hombres (todos los seres racionales, diría Kant) puedan obrar lo mismo en igual caso. Ahora bien, ó los hombres todos, por una suerte de revelacion, saben en cada caso lo que convendría á todos, y esto no sólo se opone al pensamiento de Kant, segun el cual nosotros sólo poseemos *á priori* el principio *formal* de la obligacion (en otros términos, nos sentimos obligados, pero sin saber á qué, pues esto es lo que busca la moral), sino que haría inútil la ciencia de la moral, llevando todos una luz tan viva en la conciencia; ó tienen que referirse á lo que les enseñe su experiencia de las condiciones de vida en que se encuentra cada cual y en que se encuentran sus semejantes. No me detendré aquí en mostrar que esto se opone tambien al pensamiento del filósofo; sino que, considerando que es la única explicacion que se compadece con lo que nos enseñan la observacion y la experiencia, habrémos de analizarlo como el único extremo aceptable.

Digasenos, pues, ¿qué datos tiene cada hombre para apreciar no ya lo conveniente para su conducta en un caso dado, sino lo adecuado á la conducta de todos los hombres, en cualquier tiempo, en cualquier pais, en cualquier estado de civilizacion, colocados en el mismo caso? ¿Cómo puede estar seguro el sujeto de que su conducta será *universalmente* buena? No hay más que una contestacion posible. Sólo refiriéndose á esas condiciones nece-

sarias de vida, que son primordiales, porque sin elias no existiría la sociedad. Es decir, que tendría que referirse parcialmente al criterio de solidaridad; parcialmente he dicho, pues sólo apelaría á él de un modo fructuoso en el contado número de casos en que entran en juego esas violaciones supremas que comprometen el estado de sociedad; y de nada le serviría en los más frecuentes en que su conducta debe ceñirse á las circunstancias, sin ninguna pretension de universalidad. Así es que este criterio que parece extender tanto nuestra esfera de accion, en realidad la limita.

El mismo Kant lo hizo así, estableciendo dos teorías que miran una á lo objetivo y otra á lo subjetivo, y tratan de sacar á salvo el principio fundamental. Tradujo la primera en aquella fórmula que llamó del imperativo práctico, y que dice: «Obra de tal suerte qne trates siempre á la humanidad, sea en tu persona ó en la de otro, como un fin, y que no te sirvas jamás de ella como un medio.» Sin negar la excelencia y la belleza de este precepto, que consagra el respeto debido á le personalidad humana, el principio de igualdad en la asociacion; no es difícil notar que áun dotando á los términos fin y medio de una precision de que carecen, dentro de los límites del respeto mútuo que se deben los hombres no entra toda la moralidad. El respeto es las más de las veces un principio de abstencion, y los sentimientos morales son tambien un principio de accion. No basta respetar, es necesario cooperar, auxiliar, hacer bien.

Todavia limitó más el alcance de su primera proposicion el filósofo, cuando sentó su teoria, tan preconizada hasta nuestros tiempos, de la buena intencion. Basta que el sujeto haya querido suegir los

preceptos del imperativo categórico, para que su moralidad esté completamente á salvo. La buena intencion purifica y justifica el acto. Como he de volver sobre esta teoría, y mostrar lo que hay en ella de importante para los sentimientos morales, me ceñiré ahora á ver, si puede considerarse como un criterio seguro de moralidad. Y desde luego, si aplicándole la máxima de universalidad que desea Kant, suponemos que todos los hombres en todos los casos se contentan con la buena intencion que pueda guiarlos, con su conformidad al ideal que hayan podido formarse, por distante que esté de la realidad de los hechos, resultaría que, no obstante la perfecta moralidad de sus miembros, la sociedad no podria subsistir. Aquel legado que guiaba á los cruzados franceses contra los albigenses, y que en el saco de Béziers mandaba degollar indistintamente á los herejes y á los católicos, porque *Dios sabría distinguir á los suyos*, estaba animado de la más pura intencion, y no por eso deja de ser un mónstruo y su accion una de las mas abominables que registra la historia de las iniquidades humanas.

La vida social exige disposiciones activas, que lleven á vencer las dificultades que se oponen frecuentemente al cumplimiento de los actos morales; desde el momento en que todo nuestro deber se limita á mantenernos en un estado interno en que predomine la buena voluntad, esta concentracion de nuestras fuerzas al interior, puede muy fácilmente paralizar nuestra actividad, por poco poderosas que sean las contradicciones con que hayamos de luchar. Como basta el buen deseo, no hay que arriesgarse mucho; y dada la indulgencia para con los actos propios, tan frecuente en las naturalezas mediocres, fácilmente nos contentarémos con un mínimun de buena

intencion por nuestra parte, y fácilmente veremos en un pequeño obstáculo dificultades invencibles.

Además este criterio es meramente subjetivo; respecto á los otros individuos sólo por inferencia podemos conocer sus intenciones; y de aquí resultaría que, en realidad, no tenemos derecho para emitir juicios morales sobre la conducta ajena. Fácilmente se advierten las consecuencias.

Como ha dicho muy bien un moralista contemporáneo, bastante adicto á la escuela de Kant, «para ser consecuente (con esta teoría de la buena intencion) habría que declarar que la moralidad de un individuo es un asunto personal que solo á él concierne».

En otro punto de vista muy distinto, los filósofos que han aplicado á la moral el método inductivo, los benthamistas y sus inmediatos sucesores, presentan como criterio de moralidad el placer del agente, ya considerado por su cantidad, ya por su cualidad. Pero, aún sin insistir en las dificultades de órden psicológico á que ya me he referido en una conferencia anterior, donde he demostrado que las más de nuestras acciones obedecen al hábito, y no al placer, basta considerar que el placer, ya se distinga por su intensidad, ya por lo que más ó ménos propiamente se llama su cualidad, induce frecuentemente al individuo á actos anti-sociales. El estado vario y movedizo de nuestra sensibilidad, aún colocada bajo la direccion del intelecto, lo cual no es siempre psicológicamente posible, nos daría un critèrio exclusivamente personal y en alto grado instable. Las escuelas antiguas que, en cierto modo, aceptaban ese criterio, se proponían á sabiendas aislar al individuo en su fuero interno, hacerlo inaccesible á las contrariedades de aquel medio social

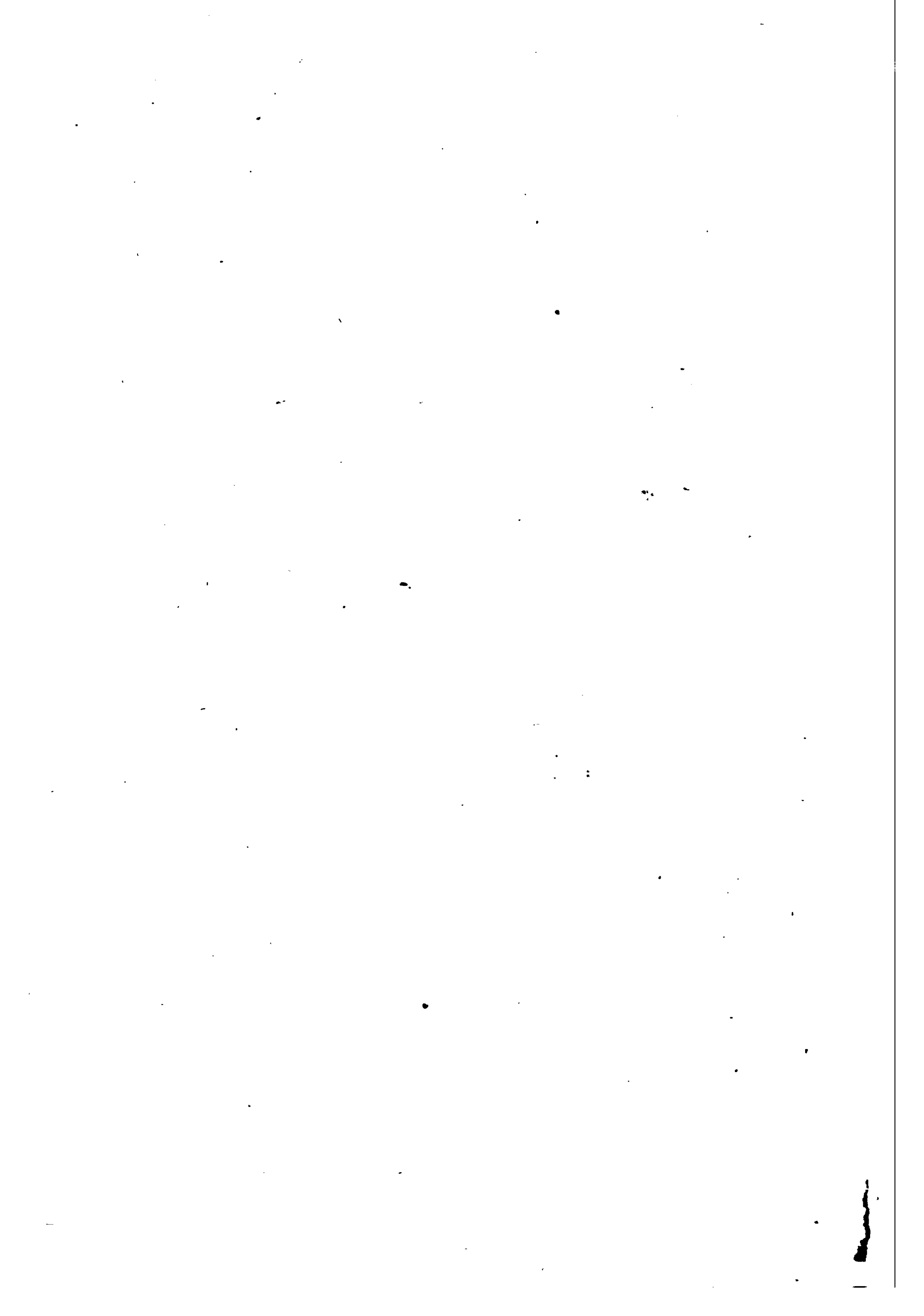
tan imperfecto; propósito incompatible con la idea de solidaridad, y por tanto con el mantenimiento del órden social. Los utilitarios modernos, que no han podido sustraerse al influjo de las nociones adquiridas, han tratado de fortalecer este flaco de sus teorías por medio de ficciones, como el acuerdo de los intereses, suponiendo que en último término, lo útil y agradable para todos es lo útil y agradable para uno. Sostener que este acuerdo es actual, se realiza á la hora presente, sería exponerse al mentís de la experiencia cotidiana; así es que muchos se refugian en lo porvenir, prometiendo que el progreso de la industria y el mejoramiento de las costumbres han de traerlo; pero se alcanza muy difícilmente como la idea de una coordinacion futura que ni sé cómo se hará, ni que efectos producirá en mí, ni en los demás, puede servir de criterio efectivo para dirigirme en mis actos actuales y permitirme juzgar acciones actuales.

Este mismo argumento, aunque considerablemente reformado, debe oponerse al criterio de la felicidad del género humano, defendido por Stuart Mill. La idea de felicidad referida á un solo individuo es tan compleja, que lo mismo puede referirse á condiciones externas, que internas, á estados de pasividad, que á estados de actividad, de aquí su vaguedad áun para la apreciacion personal. Referida á la totalidad de los hombres que ocupan el globo, de razas diversas, colocados en todas las latitudes y en todos los grados de civilizacion, carece de sentido. Medir mis actos por la influencia que puedan ejercer ó pudieran ejercer en la dicha de todos los hombres, me es imposible, aún cuando no supiera, como sé, que no han de ejercer ninguna.

El criterio que buscamos está más cerca de no-

sotros: está en esas mismas condiciones de vida á que tenemos que someternos, para adaptarnos al medio social; las fundamentales se nos presentan como fundamentales; las accesorias pueden aparecer ante el análisis como accesorias, pero no por eso pierden su eficacia, pues nos dice nuestro estudio que son adecuadas á la raza, al medio y al momento. Así es como la solidaridad nos responde seguramente cada vez que la consultámos, bastando para todos los casos, en todas las circunstancias. Pero la existencia de un criterio moral es una necesidad para los teóricos; la generalidad de los hombres lo aplican sin darse cuenta de su existencia, y proceden por un impulso interno, por un sentimiento de obligacion, que no acude á las medidas y comparaciones de la inteligencia.

Necesitamos saber si la nocion adquirida nos da cuenta de estos fenómenos importantes, de que depende en realidad la vida moral. Necesitamos saber si la solidaridad nos impulsa y obliga, y como nos obliga. Así lo harémos el próximo dia.



LECCION XII.

Sumario.—Cómo nos sentimos obligados.—El sentimiento de obligacion, producto del estado social.—Demostracion de su existencia aun en los casos anormales.—Sociedades de criminales.—Sancion que implica el sentimiento de solidaridad, desde el punto de vista del sujeto.—El remordimiento.—La conciencia moral.—Gradualidad en la conciencia moral.—Respuestas á las objeciones.—Objecion de la escuela autonomista.—Objecion de la escuela kantista.—El ideal en moral.—Las ideas de mérito, indignidad y responsabilidad se explican por la de solidaridad.

Señores:

Llegamos en este momento á un punto que podria parecernos singularmente dificultoso, si no hubiéramos tenido cuidado de recoger y señalar todos los antecedentes para su acertada solucion. Supuesto un hombre de facultades bastante bien equilibradas, colocado en un medio social suficientemente sano; en la mayor parte de los casos que se le presenten, solicitándolo á la accion, su conducta estará claramente determinada en su espíritu, se sentirá impulsado á obrar en una direccion señalada; y si reflexionara sobre esos estados de su conciencia, podria formular los preceptos á que va á ajustarse, y dirá que *debe* obedecerlos, y hacer esto ó aquello. Ha contratado con otro individuo, comprometiéndose á entregarle un objeto en cierto plazo y mediante ciertas ventajas ó compensaciones. Cuantas veces se represente el contrato, se representará la entrega del objeto; esta anticipacion ideal de su conducta es tan

natural, queapenas si se fijará en ella; está tan perfectamente determinada, que ni siquiera le ocurre la idea de esta determinacion. Si àlguien suscitara en su presencia alguna duda sobre esa conducta futura, se creería ofendido ó le parecería extravagante; y conducido entónces à pensar en ello, se sentirá obligado—se le hará sensible el principio de su determinacion—y dirá que su conducta no puede ser otra, porque está comprometido y debe entregar el objeto. Puede tambien ocurrir que el objeto de que ha de desposeeerse, por circunstancias especiales, vaya cobrando mayor valor á sus ojos: le parecerá quizás que las compensaciones ofrecidas no son suficientes, y cuantas veces se represente el acto futuro de la entrega sentirá una desazon, un desplacer más ó ménos acentuado. Esto á su vez llama su reflexion sobre el hecho que ha de realizarse, y entonces ocurrirá—en una escala más ó menos prolongada—algo que se aproxime á uno de estos dos casos extremos. O el individuo, por la buena disposicion de su ánimo, por los hábitos adquiridos, por la respetabilidad que su buena conducta en todos los casos le ha grangeado y que lo reviste de dignidad ante su propia conciencia, por el temor de causar un daño á quien ya ha asegurado el disfrute de un beneficio, por la apreciacion de la injusticia que cometería contra quien esta obligado tambien á ciertos actos en favor suyo, se sobrepone á esos llamamientos emocionales, y siente como superior el que lo determina á ejecutar el acto prometido, en cuyo caso se siente en parte cohibido, obligado, y dice que antepone el *deber* al deseo. O el individuo, poco sensible á esas anticipaciones de estados futuros, dado á la satisfaccion de sus impulsos egoistas ó quizás movido por algun sentimiento más ó ménos

maligno, se deja someter por esas emociones cada vez más exigentes, y sin reflexionar ó con muy poca lucha interior, se determina à faltar á su compromiso.

Cometida la falta, también pueden ocurrir dos casos extremos, entre otos intermediarios. Si los motivos que triunfaron, dando la primacía á los impulsos egoistas, fueron accidentales, es decir, si no dependen del carácter ya formado del individuo, á medida que desaparezcan—como resultará una vez satisfecho el deseo—irán dejando el campo á los sentimientos contrariados y hasta entónces ahogados, vendrá la representacion del daño inferido, la anticipacion de las consecuencias desfavorables, y el resultado será un estado emocional singularmente penoso, compuesto de temor por lo que ha de ocurrir y desabribiento por el acto realizado. Si por el contrario, se trata de un carácter sobre el cual no tienen imperio, ó lo tienen muy débil, los sentimientos simpáticos y ego-altruistas, el individuo disfrutará en paz del placer que le proporciona su falta, y cuando más, sentirá el temor de las consecuencias meramente dañosas para si propio.

Vemos, pues, que de los dos posibles hay un caso, tanto más frecuente cuanto mejor dispuesto y equilibrado consideremos el individuo, en que la determinacion que nos lleva à la realizacion de un acto, cuando por algun motivo reflexionamos en ella ó la analizamos, se nos presenta con un carácter marcado de obligacion. En otros términos, reconocemos de antemano que ese motivo de accion es para nosotros el más poderoso, y prevemos les actos que nos ha de hacer ejecutar. Y si entónces inquirimos á que debe esa fuerza mayor, reconocida por nosotros, veremos que tiene su raiz en los sentimientos que

hemos llamado morales; es decir que es una manifestacion en nuestra conciencia de la solidaridad social, por medio de un estado y de impulsos emocionales.

Si estando en una habitacion herméticamente cerrada, sentimos esa pesadez que caracteriza una respiracion dificultosa, nos dirigimos á la ventana y la abrimos, para restablecer la circulacion del aire, obedecemos á una determinacion precisa, y sin embargo no nos sentimos obligados. Si por pereza ó por estar demasiado ocupados omitimos esa precaucion, creerémos luego haber cometido una imprudencia, haber descuidado nuestra salud, pero no haber faltado á un deber. Si embargo aquí hay una determinacion para ejecutar una accion, que nos representamos ántes de realizarla, y que sentimos con fuerza suficiente para llevarnos al acto.

Variémos las condiciones del hecho. En la misma habitacion hay una persona delicada de salud á quien positivamente daña ese ambiente enrarecido; por nuestra parte prevemos que la impresion del aire exterior nos va á ser desgradable, pero no titubeamos, ó vacilamos sólo un breve momento, nos sentimos obligados á evitar ese daño á nuestro compañero, é imponiéndonos esa pequeña molestia, abrimos la ventana. Si no lo hacemos asi, habrémos resistido á un impulso que sentíamos como obligatorio, desde el momento en que el acto interesaba á un semejante nuestro; creerémos haber cometido una falta. Desde luego se echa de ver que si el individuo que ha de abrir la ventana es rematadamente egoista, bastará que le sea desagradable esa accion, para que sacrifique el bienestar de su compañero, y es probable que no sienta ningun impulso en contrario, y por consiguiente que no turbe luego su conciencia la idea de haber incurrido en una falta. Pero esto

confirma la tésis; pues vemos que si suprimimos los sentimientos simpáticos y ego-altruistas, que dan origen al de solidaridad, desaparece la conciencia de una obligacion, como estado puramente subjetivo.

La vida social está toda compuesta de acciones y reacciones entre los individuos agregados, que se producen así mútuamente bienes y males; estas acciones y reacciones toman la forma de servicios, auxilios, dádivas, obsequios, y sus contrarios; los móviles ya largamente estudiados llevan á cada individuo á acomodarse á ese medio movedizo, á responder á las acciones que lo solicitan, á no considerarse nunca aislado, á saber que los actos de los demás influyen en su bienestar y malestar, y que su conducta favorece ó turba el consensus social; de aquí la conciencia de sus relaciones con el medio social, es decir, de su dependencia; y de aquí ese carácter especial de obligacion, desde el momento en que el acto entra de algun modo en la esfera de la vida en sociedad.

«Estoy fatigado, voy á descansar.» «Se ha cumplido el plazo, *debo* pagar.» Aquí está bien marcada la diferencia. El contrato es el acto social por excelencia; romperlo es excluirse espontáneamente de los beneficios sociales; aunque no pensemos en todo esto, lo sentimos; y de aquí surge la conciencia de la obligacion. En el primer caso, el del hombre fatigado, supongamos que sea el capitan de un buque en un viaje remoto, por mares que sólo él conoce, de cuya salud depende el éxito de la empresa y la vida de los otros tripulantes; ése podrá decir: *debo* descansar; y se sentirá obligado al reposo.

Como se ve, este sentimiento de obligacion no surge de ninguna manera misteriosa en lo íntimo de

nuestra conciencia, no es la voz de ninguna revelacion que nos comunica con un mundo suprasensible; es la adaptacion de nuestra personalidad á las condiciones ineludibles de la vida social. No podemos vivir con otros hombres sin sentir las relaciones que entre nosotros existen, sin sentirnos en algun modo obligados. Hablamos de lo normal; y buscando con cuidado, aún en los casos anormales, por algun lado se nos presenta la solidaridad, forzando la mano á los más egoistas, á los más excéntricos.

Penetremos en la sociedad de los criminales, no de los criminales por accidente, sino de los que constituyen en realidad una especie aparte en el seno de los pueblos civilizados. Todos los observadores atentos convienen en que una de las causas impulsivas que los llevan con más frecuencia á delinquir es la vanidad; es decir, el deseo de la vanagloria entre los suyos, de aparecer á sus ojos hábiles, diestros, osados y temibles. Las más de las bandas de criminales tienen una organizacion muy semejante, segun nota Lombroso, á la de las tribus salvajes; y dentro de ella obligaciones extrictas que todos reconocen y cumplen. En el juramento que prestan los miembros de la célebre asociacion napolitana, llamada *Camorra*, se comprometen á ser *fieles* á los socios y á no denunciar á los ladrones, ántes bien á *amarlos* más que á todo el mundo, puesto que *ponen su vida en peligro*.

Todavia es más significativo, si cabe, el caso ocurrido en 1860 con los galeotes de la isla de San Estéfano. Habiendo quedado abandonados á sí mismos, amenazados de la falta de provisiones, si no las repartian con equidad y evitaban los latrocinios, y en riesgo de aniquilarse por las sangrientas luchas entre dos facciones que los dividian, formularon losje-

fes de los dos partidos un código severísimo, que aplicaban sin remision y que era acatado por todos. Tan poderoso y real puede llegar á ser este sentimiento de obligacion invertido, que un bandido italiano, reo de numdrosos homicidios, se quejaba de lo exajerado de la pena que se le había impuesto, «porque si he matado tantos, decia, ese era mi *deber*.»

El grande error que ha dificultado la formacion de esta teoría ha sido el considerar al hombre aislado. No era posible entonces ver que el sentimiento de obligacion es sólo la conciencia de la necesidad de adaptarnos á la sociedad de nuestros semejantes. Si queremos completar nuestra demostracion, no tenemos más que considerar como ese sentimiento lleva implícita su sensacion en el órden subjetivo. Cuantas veces contravenimos al funcionamiento normal de nuestros órganos, el dolor se encarga de advertirnos del peligro, para que reparemos el defecto de adaptacion á que en último término puede reducirse la contravencion. Así nos encontramos naturalmente dotados de un estado mental que nos sirve de aguijon ó freno segun los casos; y aprendemos que todo daño biológico trae consigo su pena, en el dolor, la enfermedad, etc. El niño que aproxima la mano al fuego y se quema, ó el que por la ingestion de ciertas sustancias agradables, pero nocivas, ha sufrido un violento cólico, guarda un recuerdo permanente del daño consecutivo; y cuantas veces se represente el fuego ó los alimentos, con tendencia á repetir su accion, se le representará el dolor que fué su consecuencia; y este principio de malestar es bastante para paralizar los movimientos. Aunque sin formularlo, obedecemos á un precepto, cuya sancion nos ha dado á conocer la experiencia. La sancion no es más que el mal que sobreviene de

la contravencion al estado normal, provechoso al individuo. Si, pues, la solidaridad nos revela un estado normal eminentemente provechoso, y la experiencia de toda nuestra vida nos enseña que cuantas veces vamos en contra suya se nos sigue un daño, cualquiera que sea su órden; en nuestra mente se forma la misma relacion que entre el mal físico y el dolor físico, entre el mal moral y la pena moral; la obligacion moral trae consigo su sancion.

Apénas ha surgido en nosotros la idea de la accion reprobada por la conciencia moral, se despiertan innumerables representaciones concomitantes, segun la disposicion de ánimo, el temple moral y el carácter del individuo, pero todas dotadas de mayor ó menor fuerza represiva. Quien se representará el desprecio público, quien la desestimacion de sus amigos, quien el dolor de sus allegados, quien la infamia que va á caer sobre su familia, quien el sinsabor que ya sabe por experiencia que le queda en sí mismo, quien las consecuencías funestas para los que va á lesionar, quizás inocentes del todo para con él. Todas estas ideas con sus asociadas germinan, y ponen en conmocion toda la conciencia; el estado de incertidumbre, de combate, es ya una pena, y por poco viva que sea su capacidad de anticipacion, el placer ideal quedará compensado por el dolor ideal. De tal modo estamos dentro de la vida en sociedad, que por mucho que quisiéramos cerrar todas las puertas y refugiarnos en inaccesible egoismo, por algun lado el desequilibrio en que habíamos de colocarnos se nos logra hacer sensible. La sancion moral encuentra medios de hacer sentir su imperio. Por eso es que, áun en el caso de que en un momento dado la pasion inmoral haya vencido, no tardan en revelarse sus dejos en la misma conciencia, y se

produce un estado muy digno de estudio: el remordimiento.

Si hemos satisfecho un apetito, un deseo, una volicion ¿por qué se produce el pesar de haber delinquido? Porque lo que constituye nuestra conciencia moral es el producto de la elaboracion constante de las acciones y reacciones que tienen lugar en nuestro individuo colocado en las diversas circunstancias de su vida, y representa un estado de equilibrio más ó ménos estable, en cuyo punto sentimos en su máximun el estado de adaptacion á que tiende toda unidad en medio del agregado social. Si la fuerza impulsiva de la pasion ó el influjo de las circunstancias logran vencer las resistencias que oponen los hábitos morales y resuelven el indivíduo al acto vitando; como su fuerza se gasta en la realizacion, y el apetito una vez satisfecho desaparece, los sentimientos arrojados al segundo plano se presentan de nuevo, el recuerdo del hecho opuesto á ellos nos hace sentir más vivamente su fuerza, sus exigencias que ya no pueden ser completamente satisfechas son más imperiosas, y vemos que hemos sacrificado á una satisfaccion pasagera el reposo y la tranquilidad de nuestro espíritu, es decir, exigencias mucho más permanentes de nuestra manera de ser. «El remordimiento, dije ya en la Psicología, no consiste en otra cosa que en el predominio que vuelven á adquirir nuestros estados emocionales más comunes, despues de haber sido momentáneamente oscurecidos por una conmocion ó emocion de naturaleza contraria.» Como el recuerdo de los actos á que nos llevó este impulso inmoral no desaparece, al encontrarnos en nuestro estado habitual, sufrimos con el contraste, descubrimos un flaco en nuestra personalidad moral, y llegamos á desconfiar de nosotros mismos.

Cuanto más cultivada haya sido nuestra conciencia, más claro el sentimiento de la obligacion, más determinada la esfera de lo que llamamos nuestro deber, más doloroso será el estado que hemos descrito, subsecuente á la falta.

Como ese estado se nos representa tambien por anticipacion, es uno de los factores de ese sentimiento penoso que nos contraría en el camino del mal y que nos sirve de sancion para los dictados de la moral. Hay, sin embargo, que considerar dos casos posibles, cuando se trata del remordimiento, que vienen á confirmar el análisis anterior y su aplicacion á la doctrina que dejo expuesta.

Si la pasion que nos guió es demasiado absorbente, se repiten sus impulsos y las acciones que éstos determinan, cabe una adaptacion anormal, por irse debilitando cada vez más los estados de conciencia anteriores, las asociaciones adquiridas; la satisfaccion de esos deseos antisociales va haciéndose habitual, y los remordimientos acaban por desaparecer. En otros casos, ya por la conformacion del individuo, ya por el medio restrictivo en que ha crecido y se ha desarrollado, los sentimientos y asociaciones de ideas normales no han existido nunca; cualesquiera que sean los actos inmorales, los crímenes que pueda cometer quien se halle en ese caso, jamás experimentará esa lucha interna, esa desazon del remordimiento. Los que han estudiado de cerca y con verdadera perspicacia á los grandes criminales han comprobado en ellos la ausencia total de remordimientos; los cuales no deben confundirse con el temor del castigo cierto. Por eso ha podido decir Despine con verdad que «ningun sueño se asemeja más al del justo que el del asesino.»

Pocos hechos podrían confirmar mejor que el sen-

timiento de la obligacion moral y el esfuerzo penoso que nos cuesta violarla y que constituye su sancion en el fuero interno dependen de la acomodacion prolongada del indiuiduo al medio social en que ha vivido; esto es, la solidaridad social como principio de obligacion, determinante por tanto de su sancion.

Dada la organizacion del hombre y sus necesidades, nosotros sabemos que á cada grupo de éstas corresponde una clase de sentimientos. Las necesidades del órden social no son ménos imperiosas, y ya hemos visto cuán vasta es la clase de los sentimientos que les corresponden. Los actos variadísimos á que nos llevan son, como todos los demás, para nosotros materia de anticipaciones y construcciones mentales; y ya por experiencia, ya por enseñanza, ya por imitacion, adquirimos reglas que aplicamos á esas previsiones. Estas reglas toman aquí el carácter de preceptos, de la manera que hemos estudiado en la conferencia de esta noche; y forman en cada individuo, de un modo más ó ménos reflexivo, con mayor ó menor precision y claridad, un código regulador de sus acciones. Pero hay que tener muy en cuenta la manera de hacerse eficáz este código. Asícomo losque cultivan los sentimientos especiales que produc la contemplacion de lo bello, llegan á adquirir una sensibilidad especial para los objetos dotados de ciertas cualidades, la cual se llama buen gusto, y segun las impresiones que esta sensibilidad les comunica, así aplican las reglas para la crítica ó la ejecucion en ese dominio especial de su actividad; de la misma suerte el comun de los hombres, por su contacto y la vida en sociedad, adquiere esa sensibilidad especial para los actos que la favorecen y contrarían, que ha merecido el nombre de conciencia moral; y segun las impresiones reci-

bidas asi aplica los preceptos que posee para determinarse ó para juzgar los actos propios ó ajenos. Estos preceptos nacen del ejercicio de esa sensibilidad, y á su vez influyen en ella; así como las reglas para la ejecucion artística nacen de la emocion estética y á su vez la afinan y regulan. Los preceptos morales adquieren fuerza represiva é impulsiva. Esto es lo que constituye su carácter específico; y por eso la conciencia moral no es sólo la suma de los preceptos morales, ni el sentimiento de los impulsos que conducen á los actos morales, sino el conjunto de los preceptos que mueven nuestros sentimientos morales. En la conciencia moral plena vemos realizada toda la obra de la solidaridad; porque allí es donde se ostenta con sus caractéres de criterio para censurar, de obligacion para impulsar, y de sancion para reprimir.

La doctrina expuesta no sólo nos explica el sentimiento de obligacion con que se nos hacen perceptibles los preceptos morales, sino que nos da la clave para comprender las desigualdades que se notan entre los hombres á este respecto. El estado de conciencia plena supone una perfecta acomodacion, á que muy pocos llegan; y la generalidad, dentro de cada país y cada época, se aproxima más ó ménos á ella. Cuando estudiemos la evolucion de la moralidad, será tiempo de ampliar estas consideraciones.

Contra todas las teorías que han querido encontrar el principio de la moralidad fuera de un concepto ideal dotado de fuerza coercitiva se han levantado objeciones, á que me parece que escapa la nuestra. Se ha dicho que desde el momento en que se analiza el sentimiento de obligacion y se encuentran sus elementos en la conciencia, es decir, desde que se le priva de una base objetiva (en el sentido

de Kant), podemos destruirlo por la reflexion, se debilita ante nuestra propia conciencia. No creo necesario considerar aquí si hay escuelas de moral inductiva que merezcan este singular reproche; en cuanto á la moral basada en la solidaridad no necesita tomarlo en cuenta. Por más que analice sus componentes, el principio conserva toda su fuerza, como que, áun cuando mentalmente descomponga esta asociacion de ideas, el hecho que representa continúa siendo igualmente real é imponiéndoseme del mismo modo. La solidaridad no es un ente de razon, es el resultado natural de nuestra naturaleza sociable; como cualquier otro fenómeno es susceptible de análisis, sin ser alterado por el análisis. Antes bien, aquí como en todos los casos de adaptacion, cuanto mejor conozcamos las condiciones, con mayor facilidad la realizaremos; à medida que nos penetramos más de la solidaridad que á todos nos une, nos confiamos más á ella y mejor la obedecemos.

Otra objecion más sutil, deducida de los principios kantistas, sería la tésis que, fundándose en que nuestra conciencia moral no nos da sino el resultado de las acciones y reacciones entre el individuo y su medio, negara la posibilidad de pasar de lo que es á lo que *debe* ser. Y como el sentimiento de obligacion es un hecho de conciencia, de aquí surgiría la necesidad de aceptarlo como un elemento á priori, anterior á la experiencia. Pero nos basta la observacion de lo que ocurre en la esfera de los apetitos y tendencias, para ver por donde flaquea este reparo. Nuestros apetitos y tendencias se encuentran muchas veces cohibidos, y por otra parte las circunstancias extrínsecas nos fuerzan muchas veces á actos que no apetecemos ni deseamos. Ahora bien, porque lo presente contraríe el apetito; ¿deja este de

representarnos su fin asequible como preferible à lo actual? Cuando procedemos contra nuestro deseo, ¿dejamos de considerar el acto no realizado como más acepto? Luego podemos escapar al acto presente y llamar mejor uno ideado; luego podemos ir de lo que es à lo que nos gustaría que fuera, á lo que nos convendría que fuera, á lo que debiera ser. Desde el momento en que hay un defecto de acomodacion con lo actual, cabe una construccion ideal que rectifique la realidad; y dadas las actividades de nuestro espíritu, ésta no ha de ser precisamente una reproduccion, de lo pasado, puede ser una nueva combinacion, que nos parecerá mejor, más perfecta que la actual, por lo mismo que la actual nos desagrada. No es necesario suponer lo inconcebible, un tipo de perfección dado á priori; bastan las leyes bien conocidas de la asociacion constructiva, para explicar el ideal en moral. Y si esto necesitara de mayor confirmacion, nótense dos cosas. La combinacion ideada puede realizarse, y no corresponder á las promesas que nos habíamos hecho; el estado de mayor perfeccion que habiamos imaginado puede no ser sensiblemente superior, cuando lo experimentamos, al de que hemos salido; quizas, modificadas nuestra sensibilidad y las demás causas determinantes de una impresión y de un juicio, nos parezca inferior. El ideal puede engañarnos. Por otra parte adviértase que el mayor número de personas que se proponen un tipo humano que realizar, como el más perfecto á sus ojos, lo buscan y escogen en lo pasado; es decir que el tipo no es construido, sino rememorado. Para mi demostracion basta con esto, sin entrar á esclarecer cuanto de imaginativo puede entrar en esa rememoracion. Es un problema que pertenece más bien á la psicologia.

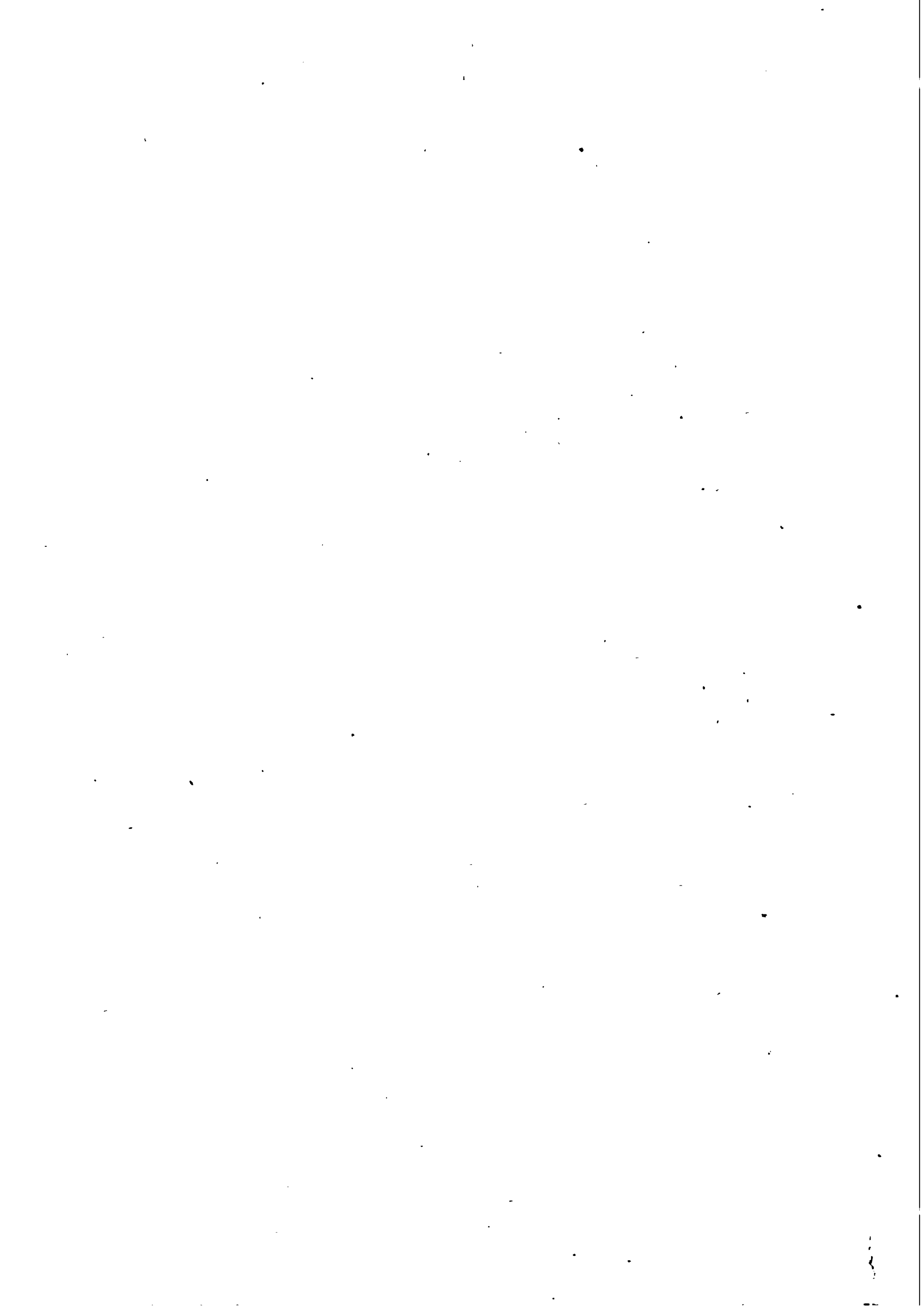
Tambien pudieran ponérsenos reparos desde otro punto de vista próximo. Las ideas de mérito y demérito, el sentimiento de responsabilidad y el reconocimiento de la justicia del castigo ¿dependen de la solidaridad? ¿No nos están revelando una pauta ideal de conducta, y la capacidad de reconocernos decaidos de nuestra propia alteza, cuando no nos ajustamos á ella? Comencemos por observar que estas ideas y sentimientos son productos de una buena adaptacion moral. Hay personas que no las poseen en absoluto, hay quienes les dan un valor inversoal comun de las personas.. Criminales se han visto repetidamente que léjos de sentirse responsables, han considerado la pena que se les imponía como la iniquidad más monstruosa; y otros que se consideraban mucho más dignos que los hombres honrados. «Yo no robo, decía á Lombroso un ladron milanes, no hago más que quitar á los ricos lo que tienen de sobra; y además ¿no roban tambien los abogados y los comerciantes? ¿Por qué, pues, se me acusa á mí y á ellos no?» Tortora, á quien el tribunal acusaba de ladron, contesta; «¡Yo ladron! Ladrones son los caballeros de la ciudad, y yo, cuando los mato, no hago más que darles su merecido.»

Por otra parte, ¿no vemos á cada paso hombres que se creen deshonrados ó decaidos de su dignidad, por una injuria inmerecida; y esto en su fuero interno; y vivir sedientos de venganza hasta lavar quizás su deshonra con la sangre del ofensor? ¿Son ménos reales los sentimientos de éste cuya conciencia debía estar tranquila, que los del que se acusa con razon á sí mismo? Pues en uno y otro caso el sentimiento de la indignidad es el mismo, y proviene de lo mismo; sólo que en el citado la causa externa se ofrece de un modo más visible.

Todas estas ideas de merecer, de responder, de ser penado, en su sentido inmediato, dependen de la sociabilidad; despues las trasladamos à ideas que se refieren más especialmente à los sentimientos morales, al tipo de conducta que nos hemos formado, al código moral que más ó ménos claramente hemos aceptado, à la conciencia de la obligacion en que estamos de ser buenos en todas ocasiones. Cuando se posee una conciencia bien cultivada, apreciamos los esfuerzos que hacemos para ajustarnos à sus mandatos y decisiones, y nos sentimos satisfechos nos creemos dignos, merecedores del aprecio propio y ajeno, y de las buenas consecuencias de nuestra conducta. Asímismo estimamos en su justo valor la falta cometida, apreciamos el desórden introducido en nuestros actos y en los de los demás, en las relaciones sociales, nos anticipamos à las consecuencias funestas, y por todo eso nuestra pena puede llegar hasta el punto de presentarnos como débiles nuestros esfuerzos para no obrar, y de hacernos desear que se restablezca el órden moral, aún á costa de un dolor nuestro. El órden moral es un bien mayor al cual posponemos un mal personal, menor que los que resultan de su perturbacion. Hé aquí cómo la responsabilidad y la aceptacion de la pena pueden encontrarse en algunas conciencias en determinados casos. Aquí vemos funcionar en nuestro espíritu, con apariencias de independencia, elementos adquiridos en nuestro contacto con lo objetivo. Esto sin contar con que para muchos el sentimiento de la responsabilidad no es otra cosa que la leccion de que es inevitable la pena. Ya en otra conferencia hemos hecho notar la influencia de las ideas teológicas en estos estados emocionales.

Hemos sometido la nocion de solidaridad á la do-

ble prueba que nos proponiamos, y la hemos encontrado apta para servirnos de criterio en los juicios sobre los actos morales, y suficiente à explicarnos el sentimiento tenido por misterioso del deber y la sancion subjetiva qne lo acompaña y robustece. Debemos creernos, por tanto, autorizados para afirmar, que hemos encontrado y establecido el fundamento de la moralidad. Y como nos lo indicaban nuestros primeros é imcompletos análisis, este fundamento se encuentra dependiente de una propiedad más general: de la sociabilidad. Ahora podemos repetirlo con toda confiauza: el hombre es moral por que es sociable.



LECCION XIII.

SUMARIO.—División de la ciencia de la moral, fundada en la solidaridad.—Tres grupos de acciones y de preceptos corrêspondientes.—No dañar.—Respeto á las personas.—Cumplimiento de los pactos.—Acuerdos y divergencias entre el código penal y la opinion pública.—Ley del Talion.—Limites respectivos de derecho y la moralidad.—Cooperar.—Formas diversas de la cooperacion.—El contrato.—Sentimiento moral que engendra la idea de cooperacion.—Tercera esfera de la moralidad y precepto que la contiene: hacer bien—Sentimiento de beneficencia.—Gradacion de las tres esferas de la moralidad.—El individuo completamente moral.—No hay deberes para con uno mismo.

SEÑORES:

Hemos visto que el principio á que nos han conducido nuestras pesquisas responde á todas las exigencias, como fundamento de la moral, y puede hacer frente á todas las críitcas. Su fecundidad ha de demostrarse todavia màs, poniendo de manifiesto como sirve de guia natural para una division completa de la ciencia que de él nace. El sentimiento de solidaridad aplicado á las distintas circunstancias en que puéde encontrarse el hombre en sus relaciones con sus semejantes, le dicta su línea de conducta, y generalizando sus decisiones le hace formar diversos preceptos que llevan aparejada su sancion propia.

Si tràtamos de clasificar estos preceptos, que constituyen como otras tantas normas de accion, vemos que pueden reunirse en tres grupos correlativos,

pero distintos, contenidos cada uno en un precepto superior, ley de toda una esfera de la actividad humana. Tres grandes divisiones comporta por tanto la ciencia de la moral; cada una de las cuales marca un progreso sobre las anteriores, añade nuevos requisitos á la conducta que puede calificarse de buena, y es indispensable con las otras para formarla en su totalidad.

Es decir, que nuestra division presentará esferas realmente distintas de la moralidad, pero independientes; y en las que la inferior indica un grado menor de moralidad, así como las tres juntas el estado pleno de moralidad.

Vamos á verlo.

Puesto que el fin de la moralidad no es otro que permitir al hombre realizar del mejor modo posible la vida social, claro está que lo primario y fundamental en ella es evitar que los hombres se pongan obstáculos en su vida individual, pues sin la existencia de las partes no existe el todo, y el daño de las partes refluye necesariamente en el todo; de aquí que el primer precepto sobre que se alza todo el edificio de esta ciencia tenga una forma negativa, aunque su significacion sea eminentemente positiva: No dañar.

El respeto á la persona y su esfera de accion, de modo que sus actividades puedan ejercerse ampliamente y sin obstáculos, es de tal modo la *conditio sine qua non* de la existencia social, que en los grupos más rudimentarios se buscan y se exigen las garantías indispensables para lograrlo. Donde los hombres no encuentran seguridad para sus personas y certeza en la ejecucion de las convenciones que con otros formen, no puede existir la voluntad de continuar la vida social, y el agregado estará fatal-

mente expuesto á disolverse y perecer. El jefe más despótico tiene que garantir á sus súbditos la vida y los medios adquiridos de subsistencia; la tribu más depredatriz para con sus vecinas necesita mantener la union de sus miembros por el disfrute de esas ventajas primordiales. El homicidio, el robo, el quebrantamiento de la fe jurada atacan de un modo demasiado directo las bases mismas de la union social, para que no se haya tratado de evitarlos donde quiera que ha habido hombres reunidos en una vida más ó ménos ampliamente comun. Por una parte, hasta en un estado social muy rudimentarío, un hombre fuerte y feroz que se permitiera inferir daños graves á sus coasociados, no podia sentirse siempre exento de peligro, la coalicion de los ofendidos podia hacer caer sobre él una tremenda venganza, y el sentimiento de la responsabilidad habria de nacer de sus horas de temor y zozobra. De modo que la experiencia del daño subsecuente, como reaccion de las partes lastimadas, no ha podido dejar de seguir á cada violacion de la ley primordial; y desde que los intereses sociales hayan tenido un órgano cualquiera, jefe accidental, patriarca ó déspota, habria de ser una necesidad y un progreso que la fuerza colectiva concentrada en sus manos pudiera reprimir ó castigar los daños causados por unos individuos de la misma comunidad á otros. Aquí á la sancion interna, causada por la prevision del daño posible como reaccion de parte de los ofendidos, ha tenido que unirse desde muy temprano la sancion en la forma de una prohibicion afianzada en un castigo impuesto por la ley civil ó religiosa. Esta intervencion del poder público, en cualquier forma que fuese, para asegurar á cada asociado una esfera de accíon propia en que desonvolver su vida, era á la

vez una condicion de estabilidad para el cuerpo social y un elemento de progreso. Mientras más seguro se encontrase cada individuo en el ejercicio de sus actividades y disfrute de sus productos, mayor habria de ser el impulso que lo llevase á ejercitarlas y mayores los medios de bienestar que habrian de acarrearle. De aqui tambien mayores obligaciones en los asociados que tendrian más que respetar en los otros; por eso este precepto fundamental, como todos, puede comprender en las sociedades primitivas únicamente algunas prohibiciones rudimentarias, y elevarse á una vasta escala de ellas en las sociedades civilizadas. Mientras más refinada esté la sensibilidad y más habituado el organismo al goce de variados placeres, físicos, intelectuales y morales, son más los medios por donde se puede inferir y recibir un daño, y el respeto á los coasociados abraza un código mucho más minucioso y difícil. En los pueblos salvajes, fuera de los atentados contra la propiedad, incluyendo las mujeres, la desobediencia al jefe, al fetiche, al tótem, ó al espíritu, y en algunos casos el homicidio, los daños que pueden hacerse mútuamente los asociados quedan sujetos á la jurisdiccion personal, no caen bajo la sancion colectiva. Pero en los pueblos cultos, hasta ofensas de carácter completamente abstracto y que suponen un refinamiento mental extraordinario pueden caer y caen de diversos modos dentro de la penalidad que impone por medio de sus diversos órganos la comunidad.

Y esto nos pone en aptitud de explicarnos un hecho muy interesante, y que se relaciona con un árduo problema de la ciencia moral. Como hemos visto minuciosamente en conferencias anteriores, los canales por donde la desaprobacion pública pue-

de obrar sobre un asociado, é imponerle diversas clases de pena son muy varios. El poder público no llama á su jurisdiccion sino los daños que se consideran más graves, segun las épocas y los lugares; de aquí que el código penal, ya dictado por el poder civil ya por el religioso, amengüe ó crezca en un mismo país, á medida que se alteran las costumbres, que cambian las instituciones ó que predominan determinadas teorías. Dada la forma irregular é intermitente con que se verifican los cambios sociales, es decir con que se modifica el medio en que se desenvuelve una sociedad, el desarrollo de la penalidad no ha podido ser uniforme. Aquí como en todas las formas de acomodacion solo se descubre un procedimiento de tanteo. En ocasiones el poder judicial ha conocido de los daños más insignificantes y hasta de daños imaginarios; y entónces se ha visto restringida la esfera de la accion meramente social; en ocasiones ha sucedido lo inverso. La opinion ha continuado imponiendo su reprobacion á actos que ya la ley no considera punibles; unas veces con razón, otras sin ella, y aquí tenemos el influjo del hábito, una supervivencia. Así es como las reformas judiciales unas veces se adelantan al estado social, y otras le vienen muy á la zaga. En realidad toda trasgresion á las condiciones de la solidaridad encuentra su pena, unas veces en la forma de un castigo impuesto por alguna forma del poder coercitivo que la comunidad confia á sus delegados, otras en las variadas formas que puede revestir el disgusto que la conducta de uno ó varios de sus miembros puede producir en el mayor número. Por eso la forma rudimentaria del precepto que nos lleva á abstenernos de inferir una lesion á otro es siempre: no hagas á otro lo que no quieras que te hagan. Este

temor á la ley del Talion, está en el fondo de toda esta esfera amplísima de la moralidad, nos descubre su carácter y las experiencias de que se deriva. A medida que se ha complicado la vida social, sus formas se han complicado, pero siempre se reduce á la experiencia de que todo daño inferido por un asociado á otro, redunda en perjuicio de éste y por tanto del todo, y provoca la reaccion individual y la reaccion colectiva.

Claro está que cuanto mayor conciencia tenga un grupo social de la solidaridod que lo une y vigoriza, tanto más intervendrá en las lesiones que los individuos se infieran unos á otros, y lo mismo en el caso inverso. Por eso daños graves han podido ser considerados como materia ajena á la penalidad social, y en pueblos donde la menor desobediencia al jefe ha sido castigada con crueles suplicios, el homicidio ha sido considerado como ofensa privada que debía vengarse ó resarcirse á gusto ó interés de la familia del muerto. Por esto el grave é interesante problema de los límites respectivos del derecho y la moralidad es de muy difícil solucion, cuando, no se le considere como indeterminado. Sus dominios se confunden en gran parte, pero en ocasiones aparece más amplia la esfera de la legalidad, y en otras la de la moralidad. El ministerio de la ley, merced á las circunstancias históricas, puede exigir actos ó poner estorbos que ya no correspondan á las verdaderas necesidades de la nacion; ó puede extenderse á esferas de la actividad en que la independencia personal es más provechosa para el individuo y la sociedad; ó de alguna otra manera puede crear deberes artificiales. Por su parte la moralidad, como comprende toda suerte de relaciones entre los asociados y como responde á estados subjetivos tan varios

como varias pueden ser las situaciones personales, no solo puede estar, por las circunstancias antedichas, en pugna con los textos expresos de la ley escrita, sino que por lo general abarca un conjunto mucho más vasto de obligaciones.

Partiendo de teorías apriorísticas se pueden establecer limites más ó ménos artificiales entre estos dos conceptos y sus determinaciones en nuestra conciencia. Nuestros análisis nos muestran que sus esferas tienen que coincidir y separarse de un modo diverso y nos dicen por qué es así, y por qué es punto ménos que imposible fijarles límites infranqueables. Ambos son manifestaciones diversas de un principio social comun; por eso tienen puntos de contacto y puntos de divergencia, ambos están sometidos á las leyes de adaptacion de cada grupo social; por eso se aproximan más ó ménos segun las épocas y lugares, y de aquí lo inseguros y movedizos de sus linderos. Por lo demás bien sabemos que el derecho establecido es uno de los factores de la moralidad y como lo es, y no puede sorprendernos que ésta que es un producto, sea mucho más rica en su contenido.

Por tanto, si desde el punto de vista necesariamente limitado en que tenemos que colocarnos, buscáramos un carácter diferencial para estos dos conceptos, habríamos de encontrarlo en la distinta manera que tienen de llegar á su fin comun. El derecho es un elemento objetivo de la vida social; la moralidad un elemento subjetivo; por eso proceden forzosamente de diverso modo. El primero trata de impedir el daño que pudiera sufrir un individuo, ó de repararlo, ó por lo ménos de castigarlo. La moralidad es un motivo en la conciencia del agente, nazca de la existencia de la ley penal ó de cualquiera de los

otros elementos que ya hemos analizado, para no cometer el daño, ó para repararlo, ó para sentir el escozor ó el tormento del remordimiento. Esta es con ligeras diferencias la doctrina de Schopenhauer, cuya exposicion acabará de ponerla en claro: «La doctrina del derecho, dice, es una parte de la moral: determina los actos que debemos no hacer, si queremos no causar daño á los otros, no inferirles una injusticia. La moral en este caso considera, pues, el *agente* de la accion. En cuanto al legislador, se ocupa tambien de este capitulo de la moral, pero es considerando al paciente; considera, pues, las cosas á la inversa, y en las mismas acciones ve hechos que nadie debe tener que sufrir, puesto que nadie debe experimentar la injusticia. Después, el Estado levanta contra estas agresiones las leyes, como una muralla, y funda el derecho positivo. Su objeto es hacer que nadie *sufra* la injusticia; el de la doctrina moral del derecho es hacer que nadie *cometa* la injusticia.»

Pero cuando el temor, la coaccion social y áun la simpatía han encadenado el egoismo invasor y agresivo, han hecho mentir el *homo homini lupus*, y por tanto posible la vida en comunidad—única forma de una vida en vías de progreso hácia la plenitud de intensidad—todavia la obra de los sentimientos morales es rudimentaria, la solidaridad no ha empezado á dar sus frutos más sazonados. La abstencion por parte de un individuo de todo acto que pueda perjudicar á otro ó de algun modo limitar su esfera de accion, no hace más que permitir á éste un libre desarrollo; pero este mismo desarrollo no puede ser el resultado de una actividad aislada. Hemos visto que la sociedad forma un medio de especiales condiciones, que determina especiales acciones y reacciones en los organismos sometidos á su influjo, por

tanto es condicion de vida para ellos el contacto de unos individuos con otros y toda la varia escala de relaciones que entre ellos se establece. Ahora bien, estas relaciones han de redundar en daño y provecho de las partes, pues solo puede concebirse un número muy limitado en que el efecto fuera del todo indiferente, y no debiendo ser en daño, la solidaridad establece que estas relaciones en la forma de servicios, ayuda, obra colectiva, sean por fuerza provechosas. De aquí la segunda necesidad de la vida social, el segundo precepto; ya claramente afirmativo: cooperar.

Aquí estamos en el corazon, en la base de toda sociedad. Desde el momento en que suponemos un grupo humano ocupando conjuntamente un lugar determinado del globo, implicamos que las unidades que lo componen cooperan por lo ménos para mantenerse, para subsistir como tal grupo. Mientras más crezca y se desenvuelva el agregado y se proponga fines más amplios para completar su vida, más se diferenciarán y aumentarán las formas de cooperacion. Un grupo supone uniones sexuales, para dar nacimiento á una variedad étnica, á una raza. Ya se forme por medio de matrimonios exogámicos, ya endogámicos, ya practique la poligamia, ya la monogamia, la cooperacion es la base de la familia, y todas las formalidades que preceden á su formacion son otras tantas maneras de cooperar los diversos individuos á un fin provechoso al individuo y á la comunidad. El otro elemento orgánico necesario para la constitucion de un grupo humano es un lenguaje. No hay obra más colectiva, por consiguiente que revele más la cooperacion necesaria; y al mismo tiempo no hay instrumento que la asegure y extienda más. Los que han formado ó han adqui-

rido un lenguaje comun cooperan de la manera más poderosa, porque aprenden à traducir en signos comunes los estados subjetivos, y tienden por tanto à unificarlos, à poner à todos los que los comprenden en la misma disposicion de ánimo. Ya sabemos todo lo que esto significa. Si consideramos ahora como ejercita el grupo sus actividades, veremos que no hay una sola que no implique la cooperacion. La industria no puede dar un paso sin dividir de algun modo el trabajo; aquí division es cooperacion; para llegar de la industria al arte es forzoso que la primera haya adquirido cierta amplitud, por tanto que sea mayor la cooperacion. Donde se separan las industrias, comienzan á surgir diferencias en los usos, en las costumbres, empieza à despuntar un ceremonial, y todo esto trae relaciones muy variadas en que cooperan los hombres para la utilidad y para el placer comun. Cuando las costumbres adquieren la solemnidad de leyes, la cooperacion ha adquirido la forma estable que le dan los preceptos que obligan. Y si de la misma suerte vamos considerando los productos de la actividad mental, como hemos considerado los de la actividad física, las creencias, las supersticiones. las reglas elevadas por la generalizacion y clasificadas para formar las ciencias, etc., todo nos revelará la obra colectiva, la obra de generaciones de cooperadores.

Estos actos ejecutados por individuos diversos para un fin comun suponen impulsos y determinaciones, que, como todos los estados mentales, participan más ó ménos del carácter consciente. La cooperacion inconsciente produce no pocas de las acciones por las cuales concurrimos á nuestra parte de la labor comun; pero hay tambien formas en que la cooperacion misma es un fin que se propone la vo-

luntad solicitada por diversos móviles. La forma más general de la cooperacion consciente es el contrato. Donde quiera que un individuo ofrece á otro un servicio ó una utilidad en trueque de otro servicio ó de otra utilidad, se ha verificado el acto más importante que puede revelar á la ciencia la solidaridad humana, extendiéndose en el espacio y el tiempo. El hombre aumenta por él en el presente su capacidad para disfrutar de la vida, acreciendo su bienestar ó sus placeres, mediante el concurso de la actividad de otro hombre, y se impone para lo futuro la necesidad de hacer otro tanto por el que es actualmente su bienhechor. *Do ut des, facio ut facias*, esta fórmula precisa del contrato, lo es tambien, como veremos dentro de poco, de una fase superior y amplísima de la moralidad, porque nos está anunciando á cada paso en la vida social la estrecha dependencia en que nos encontramos respecto à nuestros coasociados, y esto mediante acciones queridas, consentidas y previstas por nosotros mismos. Como el individuo no está aquí sometido al influjo de causas desconocidas, ó solo vagamente entrevistas, segun resulta en los casos de cooperacion inconsciente, sino que todo el proceso de sus actos está perfectamente determinado y limitado, desde el motivo inicial, hasta el lugar y punto en que ha de tener fin la accion; todas las representaciones que al caso se refieren son perfectamente claras, y tienen por tanto la gran fuerza de que están dotados los estados mentales en el punto máximo de la conciencia. El hombre sabe que está obligado, que se ha obligado, y por qué y para qué y á qué se ha obligado. La funcion social por excelencia, puede decirse que surge para él de las regiones de lo inconsciente, y que aparece bañada de luz á sus ojos,

más aún, él la acepta, la afirma, se reconoce y se quiere individuo social.

El tránsito de este punto de vista al de la moralidad se realiza por sí mismo. La cooperacion es una de las formas más constantes, aunque múltiple y diversa en sus manifestaciones, de la adaptacion del individuo al medio social; siempre que la realiza experimenta un bien (dicho esto en términos de gran generalidad); siempre que falta á ella le sobreviene un mal. Las ventajas personales y de todo órden de la cooperacion son materia incesante de experiencia para el individuo; de modo que tiende invenciblemente por las leyes mismas de su sensibilidad á buscarlas, aumentarlas y mantenerlas. Por otra parte, cuando se falta á la cooperacion, ya de un modo indirecto rehusando los servicios de carácter general, ya de un modo directo por el quebrantamiento del contrato, se infiere un daño positivo ya al todo que necesita del servicio y lo tiene resarcido por muy diversos medios, ya al individuo que contrató y que ha dado otro servicio ó ventaja en cambio. En uno y otro caso la sociedad reacciona en forma de un daño contra el violador del convenio, ya por medio del desprecio público, ya en forma de coaccion positiva, ya por ministerio de la ley, que impide la lesion de uno de sus miembros. Ahora bien todos estos hechos, su representacion y prevision ocupan la conciencia, los sentimientos morales, en sus tres clases, se interesan directamente, y la cooperacion adquiere desde temprano los caracteres de un precepto moral, con sus sanciones internas y externas.

Las formas de la cooperacion hemos visto ya que componen una escala vastísima; y aquí, como en el caso anterior, el desarrollo de la civilizacion va trayendo nuevas ocasiones y modos de cooperar. Si nos

fijamos en todo lo que puede ser materia de contrato en una sociedad arribada á la cúspide de la civilizacion, en que el refinamiente de las necesidades de órden mental y moral llega á su máximum, y por tanto la suma de servicios demandada á los coasociados es inmensa; si nos detenemos en todas las maneras explícitas é implícitas de contratar y de asociarse, se verá toda la parte que los sentimientos correspondientes á este órden de acciones ha de ocupar en la conciencia. Apénas hay actos de la vida pública y privada de un individuo en que no obre, como motivo impulsivo ó represivo, el sentimiento ó la idea de que está obligado á concurrir con sus esfuerzos á una obra ó para un fin colectivos, es decir por la idea de cooperacion y el sentimiento moral que engendra.

Como se ve fácilmente ésta es una esfera más amplia de moralidad; y el hombre que coopera con todas sus fuerzas á los fines sociales, que cumple religiosamente todos sus convenios no es sólo un individuo útil, sino grandemente moral. Suele oirse algunas veces decir de alguno en tono de mofa: ese tiene la moralidad del mercader; paga religiosamente; queriendo significar que, en el comercio, toda la moralidad se reduce á pagar al vencimiento. Aquí la mofa no es razonable, porque si bien el punto de vista del mercader que se limita á satisfacer sus créditos es limitado, y no se encierra en esto toda la moralidad; ya supone un alto grado de ella el cumplimieto escrupuloso del contrato, y la sociedad tendría mucho que ganar con que las otras clases y profesiones tuvieran tambien, y sin perjuicio de otras cualidades, esa moralidad del mercader. Al mismo tiempo debe advertirse que si esta esfera de la moralidad demuestra un grado superior, un progreso con respec-

to á la que se reduce á abstenerse de inferir un daño á nuestro semejante, precisamente marca un grado mayor del reconocimiento de la solidaridad. Esta es la razon de su superioridad. En cambio, como no podemos decir que están satisfechas todas las condiciones de la vida en comun con la cooope- racion de las actividades, como el hombre tambien es solidario por la simpatía en la más amplia acpcion del término, no puede terminar aquí el campo de la moralidad.

Aun absteniéndonos de inferir ninguna lesion á nuestros coasociados, aun cumpliendo estrictamente nuestra parte de la tarea comun, podemos sentir no satisfechos impulsos muy poderosos de nuestra emocionalidad, y dejar irrealizadas acciones que tiene derecho á exigirnos la solidaridad social, la cual tambien está compuesta de compasion, de ternura, de entusiasmo y de abnegacion. «La cooperacion social puede ser tal, ha dicho excelentemente Spencer, que á nadie se le impida obtener la recompensa normal de sus esfuerzos, que á cada uno, por el contrario, se le ayude por medio de un cambio equitativo de servicios, y sin embargo puede quedar mucho por hacer todavía..... Se puede concebir una sociedad formada por hombres cuya vida sea perfectamente inofensiva, que observen escrupulosamente sus contratos y eduquen con cuidado sus hijos, y que sin embargo, como no se procuran ninguna ventaja más allá de aquellas en que han convenido, no alcanzan ese grado más elevado de la vida, que no es posible sino en tanto que se prestan servicios gratuitos. Experiencias diarias prueban que cada uno de nosotros se expondría á males numerosos y perderia muchos bienes, si nadie nos diera una asistencia desinteresada. La vida de cada cual se

vería más ó ménos comprometida si tuvieramos que afrontar todos los riesgos y acasos, sin socorros y entregados á nosotros mismos. Además, si nadie hiciera por sus conciudadanos nada más qqe lo exigido por la estricta observancia de un contrato, los intereses privados sufririan con esta falta de toda atencion á los intereses públicos. No hemos alcanzado, pues, el límite de la evolucion de la conducta, hasta que no contentos con evitar toda injusticia directa ó indirecta respecto á los otros, seamos capaces de esfuerzos espontáneos para contribuir al bienestar de los otros.»

Como la adaptacion plena requiere que el individuo encuentre en la existencia social todos los elementos necesarios para disfrutar de la vida en su mayor intensidad, la satisfaccion de los sentimientos simpáticos, que es un elemento de estabilidad y progreso para el todo, es para el individuo una necesidad emocional de primer órden, con todas las consecuencias que un estado mental semejante entraña. Hé aquí por qué surgen una tercera esfera de la moralidad y un tercer precepto, más elevado por cuanto completa los anteriores: hacer bien.

Sabemos que el dolor ajeno nos impresiona dolorosamente, por tanto el impulso que nos lleva á aliviarlo arranca de lo más íntimo de nuestra constitucion orgánica; á medida que la vida en comun nos dota de una emocionalidad más rica á este respecto, se aumentan las ocasiones de ejercitar el sentimiento producido, y por tanto se aguza y arraiga con el ejercicio; cuanto más varia es la vida social, mayor número de dolores pueden herir á las unidades simples que componen el grupr, y más compasivos llegamos á ser. Si el aliviar el daño que otro experimenta nos trae alivio de retorno, por una

transicion natural, el proporcionar bienes y placeres à los otros nos trae por distintos canales mayor suma de satisfaccion, y con la diversidad de relaciones que supone una vida social amplia vienen una capacidad y una aptitud mayores para la beneficencia. Esto nos dice como la reiterada experiencia de los bienes objetivos y subjetivos que produce nuestra conducta encaminada á socorrer la desgracia y labrar la dicha de los otros va dando forma en nosotros al sentimiento de la beneficencia, y le proporciona su sancion. Aquí tiene grande imperio tambien esa fuerza considerable quo hemos estudiado con el nombre de opinion, la cual expresa los resultados favorables que ha derivado la colectividad del ejercicio de la caridad pública, y lo impone como una de tantas condiciones para la vida social. Así la beneficencia, el precepto de hacer bien, tiene su sancion interna, nacida de la sensibilidad individual, robustecida por esta presion constante del aplauso ó la censura de los coasociados.

Considerados en conjunto los tres grupos de esta division, vemos que abarcan la moralidad completa, presentando, segun indicamos, como tres etapas que marcan un progreso en la vida moral y mayor aptitud para disfrutar ampliamente de una rica vida social. El individuo que se abstiene de hacer daño à sus semejantes, no será un estorbo para el ejercicio de las actividades de las otras unidades del grupo, pero ni se aprovechará de su concurso, ni contribuirá al progreso comun; así se encontrará, por la fuerza misma de las condiciones en que está colocado, privado de poderosos elementos de vida y crecimiento, y tendrá limitado el ejercicio de sus facultades: disfrutará de una vida incompleta.

El individuo quo presta su auxilio para la obra de

la colectividad y lo recibe, atento de la utilidad que le reporta el trueque, será un elemento provechoso para una gran suma de actos ventajosos para el conjunto y para los individuos, pero limitará forzosamente su accion, por lo mismo que está perfectamente determinada, y dejará sin ejercicio no pequeña parte de sus actividades, con menoscabo propio y del todo de que forma parte: todavía su vida no será completa.

El individuo capaz de cercenar algo de sus utilidades y de imponerse alguna privacion, por favorecer á otro miembro de la comunidad que lo necesita, atento solo al sentimiento de la beneficencia, contribuye de un modo aún más eficáz al sostenimiento y progreso de la colectividad, porque suple á mil defectos de adaptacion inevitables y colma lagunas que deja siempre la série más perfecta de convenciones; y al mismo tiempo satisface sentimientos propios que lo mueven con extraordinaria fuerza, y que de otra suerte serian contrariados ó quedarian inactivos, de modo que hay ganancia para el todo y para la parte: solo éste disfruta de una vida completa, segun lo requieren su naturaleza y las condiciones de existencia que esta le impone. Este es el sér cuya conducta responde siempre á todas las solicitaciones de la solidaridad; este es el sér perfectamente moral.

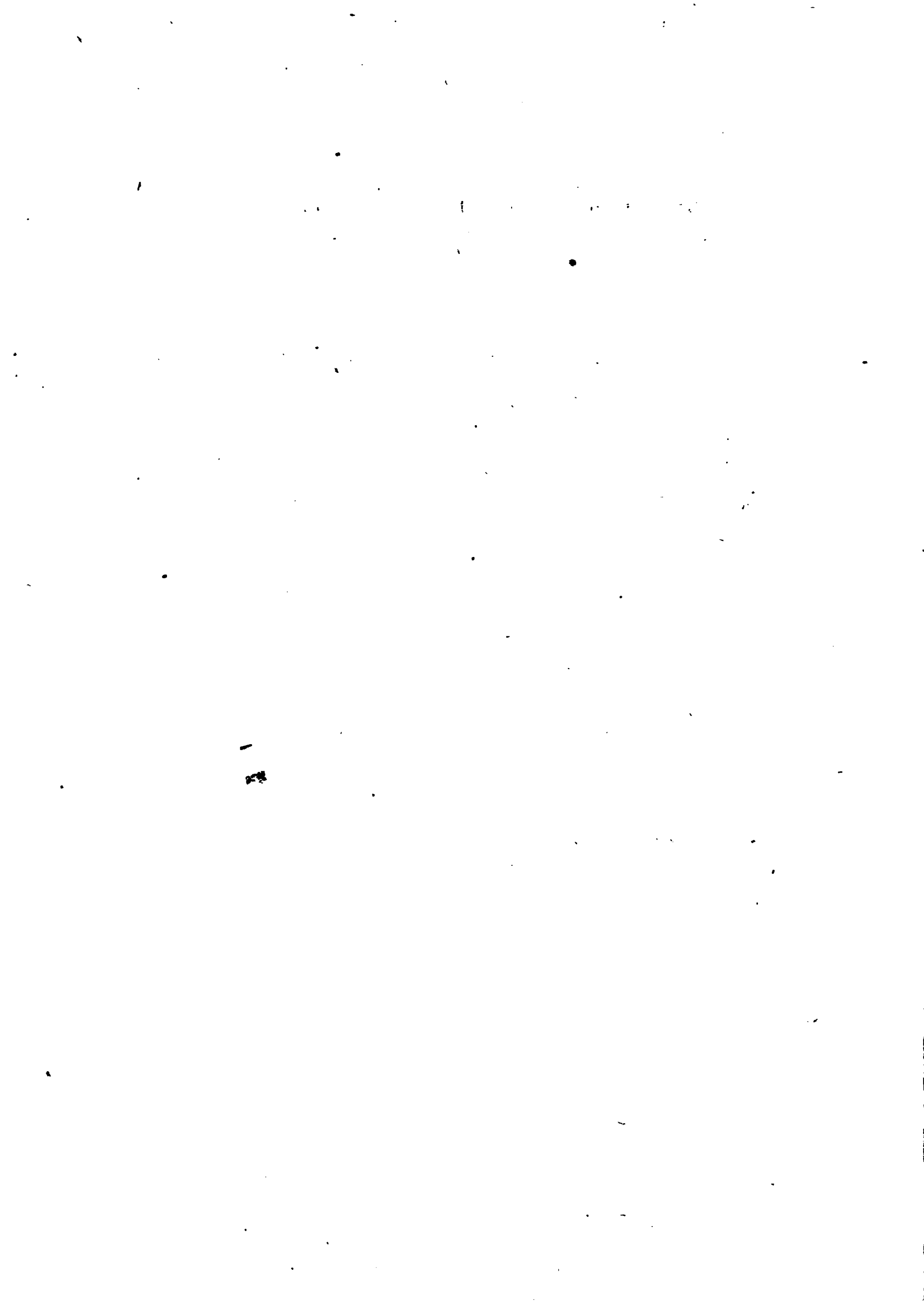
No entra en mi plan, ni en mis propósitos, determinar ahora todo lo que comprende cada una de estas grandes divisiones; básteme haber comprobado que encierran toda la moralidad. No dañar; cooperar; hacer bien; estos son los preceptos máximos que en una ú otra forma nos dicta la solidaridad. Como hemos de aplicarlos, de qué compromisos son susceptibles, en que conflictos pueden poner al sujeto

moral, todo lo que pudiera llamarse la casuística de la moral inductiva, y que nace de la variedad de condiciones en que se desenvuelven las sociedades, como opuesta á las generalizaciones á que nos han llevado nuestras inducciones; todo esto, aunque en alto grado interesante, está fuera de nuestro estudio, como lo veremos más tarde.

Por ahora solo me toca responder á un reparo que no dejará de hacerse á esta division. ¿En qué grupo tienen cabida los deberes del hombre para consigo mismo? Mi respuesta será terminante: en ninguno; porque no concibo al hobre obligado consigo propio. Todas las doctrinas que establecen esa subdivision, tienen que enlazarla por medio de procedimientos más ó ménos indirectos á los deberes reales ó ficticios que enumeran en otras partes. La conservacion del individuo es una necesidad, no un deber; porque este supone una dependencia, y es absurdo que el individuo dependa de sí mismo. El hombre tiene obligaciones las cuales requieren que conserve sus órganos y su espíritu en el mejor estado posible; esta es la condicion del cumplimiento de uno ó más deberes, pero no la materia, el objeto de esos deberes. No debemos confundir la higiene individual, con la higiene social, ni los llamamientos orgánicos, con los preceptos morales.

Hemos establecido la division más general que comporta la ciencia de la moral. Para acabar la tarea que nos habiamos impuesto, de estudiar sus fundamentos y trazar sus límites, solo nos resta considerar las transformaciones que puede sufrir el individuo moral, segun el medio que ocupa, es decir, la evolucion de la moralidad; y para justificar de un todo mi doctrina y el plan que he seguido, estudiar ciertas ideas accesorias controvertidas en los siste-

mas de moral, y poner de manifiesto la diferencia que hay entre la moral arte y la moral ciencia. Esta es la materia que llenará nuestras últimas conferencias.



LECCION XIV.

SUMARIO.—Nuevo concepto introducido por nuestro método en el estudio de la moralidad.—Evolucion de los sentimientos morales.—Punto de partida en los caractéres generales de la evolucion social.—Los grupos, primitivas unidades sociales.—Proceso de individuacion.—Sus consecuencias para la moralidad.—Responsabilidad colectiva.—Las virtudes preliminares.—Virtudes domésticas é individuales.—El proceso evolutivo desde el punto de vista del sujeto.—Tránsito de la conciencia difusa á la conciencia reconcentrada.—Sus efectos en la esfera de la moralidad.—Evolucion de la conciencia moral.—De la organización social depende en grado eminente la moralidad.—Papel del legislador y del educador.—Educacion de la voluntad.—Su fórmula: querer lo que se debe.—Contenido de la idea de deber.—Objecion á la teoría de Spencer sobre este contenido.—Condiciones que determinan la evolucion de la moralidad.—La seleccion por el contacto del medio externo é interno.—Consecuencias de la seleccion segun Jacoby.—Rectificacion de su tésis.

SEÑORES:

No ha sido mi propósito presentaros en estas conferencias un tratado de moral; sino ver hasta qué punto podia conducirnos el método inductivo en la investigacion de los fundamentos y la division de la ciencia de la moralidad. Pudiera, pues, dar aquí por terminada mi tarea, si el principio fecundo sobre el cual he logrado basar la existencia de los sentimientos morales no introdujera en su estudio un concepto de extraordinario alcance, y que hasta aquí más bien ha sido negado que aplicado en esta esfera del conocimiento; por lo cual se hace necesario seguirlo, aunque sumariamente, en su aplicacion y desenvolvimientos.

Habiendo comprobado que la moral es una ciencia qué pertenece íntimamente al grupo de las sociales, esto es, que debe ser considerada como una rama da la sociología, y demostrado cómo el principio que la informa, el de la solidaridad, arranca de las entrañas mismas del hecho de la asociacion; se deduce necesariamente de estos antecedentes que así como los sentimientos morales contribuyen poderosamente á mantener la existencia social, es decir, la asociacion estática ú organizacion, á su vez estos sentimientos siguen el impulso comunicado á la masa social por las acciones y reacciones que se producen en su seno y en su contacto con el medio, y están, por tanto, sometidos á las condiciones de la asociacion dinámica, esto es, de la evolucion.

Analíticamente hemos confirmado ya esta deduccion, cuando estudiamos los factores de los sentimientos morales, pues hemos visto su estrecha dependencia respecto al estado ya rudimentario, ya desarrollado el grupo social; pero aquí me propongo señalar los caractéres que distinguen en conjunto su evolucion; con lo cual habrèmos logrado considerar la moralidad bajo todos sus aspectos, y quedamos en aptitud de dèscender á todas sus aplicaciones.

Si se hubieran determinado ya las formas de la evolucion de las sociedades; si poseyéramos la fórmula de la evolucion sociológica, nuestra tarea seria mucho más fácil, porque nos limitaríamos á aplicarla al caso particular que estudiamos. Pero en este dominio de la ciencia no poseemos sino algunas grandes generalizaciones prévias, inducciones que están tódavía léjos de poder pasar por leyes, y tenemos que renunciar á la facilidad del procedimiento deductivo. Sin embargo, de algunas conclusiones sociológicas tenemos que partir, puesto que, en

último término, estamos tratando de fenómenos sociales. Por más que sea un error, sin duda, buscar un tipo único de formacion en las sociedades primitivas, se pueden, no obstante, aceptar ciertos caractéres generales, teniendo en cuenta la presencia de ciertos hechos constantes.

Las unidades sociales, en los tiempos más remotos y en los estados más rudimentarios de asociacion, no son los individuos, sino los grupos. Estos grupos pueden ser meramente familias ó elevarse á tribus, á clanes, etc. Ese hecho es de la más alta importancia para la evolucion y determina la forma de todas lasgrandes instituciones sociales, como la propiedad, la familia, la organizacion militar y civil, la religion. En los comienzos todo es informe, confuso; la primera diferenciacion se hace en beneficio de los acaparadores del poder social, que han tenido que ser al principio los que mayores bienes reportaron al cuerpo social; de éstos es la tierra, de éstos sus productos, el botin, el trabajo de los hijos y siervos, pero como representantes del grupo y obligados á la reparticion equitativa. Despues comienza un lento trabajo de individuacion, que nos trae por etapas sucesivas hasta los tiempos modernos, enque el individuo es considerado como unidad, con derechos y deberes definidos al igual de todos sus coasociados.

Las consecuencias de este proceso son de extraordinario alcance para la moralidad. En los grupos primeros el sentimiento de estrecha dependencia es tan poderoso, que sólo se estiman como virtudes las sociales; todo lo que pueda redundar en bien del agregado; y esto de tal suerte que todos se sienten merecedores del bien que uno ó unos pocos obtienen, y á la par todos se sienten responsables del mal que

uno ó algunos cometen. Este sentimiento de la responsabilidad colectiva, para nosotros tan extraordinario, que sólo existe en algunos casos como supervivencia, derrama la luz más viva sobre esta fase inicial de la moralidad. Bagehot ha expuesto sus caractéres de un modo tan preciso, que sería inútil darles otra forma. Hé aquí sus palabras:

«Cada miembro de la tribu cree que sus propias acciones ó las de otro miembro cualquiera, cuando son capaces de acarrear una desgracia, pueden causar perjuicio, no sólo al que comete la accion, sino á la tribu entera..... Esta idea posee un carácter singularmente contagioso, y no se refiere de ningun modo, como la idéa de mérito y demérito, á la persona agente. Hoy hay todavía personas que no permitirian que se sentaran trece á su mesa; y no porque teman experimentar un mal personal, si lo permiten ó si forman parte de esa sociedad de trece personas; pero no pueden desembarazarse de la idea de que una ó muchas de las personas que componen la reunion sufrirán en ese caso alguna desgracia. Esto es lo que M. Tylor llama restos de barbárie qué se perpetúan en una época civilizada. Esta débil creencia en la responsabilidad comun de las trece personas es un ligero resto, una huella próxima á borrarse, de ese gran principio de responsabilidad comun respecto á la buena ó mala fortuna, que ha tenido en el mundo un lugar enorme. Sus huellas son innumerables. No podriamos abrir un libro de viajes por países bárbaros, sin leer algo como esto: «Queria hacer tal ó cual cosa, pero me fué «imposible porque los indígenas temian que eso atra«jese la desgracia sobre nuestra tropa y quizás sobre toda la tribu»...... En las naciones históricas de grande antigüedad, no necesito decir que esta soli-

daridad de todos los que componen el Estado es el rasgo más curioso para los que las estudian en nuestros tiempos. Seguramente ya las creencias se elevan por encima de las nociones de buena ó mala fortuna, porque se cree ya de una manera determinada en dioses ó en un dios, á quienes el acto ofende; pero el carácter ciego del castigo subsiste aún; no es sólo el mutilador de los Hermes, sino son todos los atenienses; no es sólo el que viola los ritos de lá Buena Diosa, sino son todos los romanos los que caen bajo la maldicion y sobre los que recae el sacrilegio: lo mismo ocurre en toda la historia antigua.»

El estado de guerra permanente en que vivian y viven esos pueblos contribuye, tanto como las calamidades naturales, á mantener este sentimiento ciego y poderoso, pues las represalias se ejercen sobre las vidas, sementeras y habitaciones de toda la tribu; y el caso más notable de supervivencia que presenta este fenómeno social pertenece á las costumbres militares, la práctica de diezmar á los prisioneros, aplicada en otros casos de delito, real ó supuesto, en comun.

La historia de la penalidad primitiva muestra por donde quiera las huellas de este estado mental. En la legislacion hebrea, los delitos que atacaban la fe nacional ó el órden político, eran castigados con la lapidacion. »Los testigos le arrojarán los primeros la piedra, dice el Deuteronomio, y despues todo el resto del pueblo lo lapidará.» Todo el pueblo era el ejecutor, porque necesitaba descargar en el culpable el tanto de culpa que á todos correspondia.

Favorecidas por todas las condiciones del medio social y por el estado subjetivo de los mismos individuos, esas virtudes que Bargehot ha llamado preliminares, el valor para arrostrar el peligro, la su-

bordinacion, la fidelidad á los jefes y á la tribu ó ciudad, han tenido ancho campo en que extenderse. Hasta caractéres, que desde el punto de vista individual, han de considerarse más adelante como viciosos y vitandos, son loables entonces si redundan en beneficio de la comunidad. Grecia entera veneraba á Ulises, como el tipo, no de la prudencia, sino del fraude y la astucia. Atena, en la Odisea, le dirige los más lisongeros elogios, porque ha tratado de engañarla sin conocerla, y llega á parangonarlo con ella misma. «Bien hábil y sagáz habria de ser, le dice, el que te sobrepujara en astucias de todas clases, aunque fuese un Dios el que se midiese contigo.... Tú y yo somos hábiles en los ardides; si tú superas á todos los hombres por el consejo y la palabra, yo tengo fama entre todos los inmortales por mi sabiduría y mis invenciones.» En el estado de guerra permanente de aquellos tiempos llamados heróicos, en el avance y retroceso de tribus y razas, que no contendian por nada ménos que por la vida y la libertad, todas las armas eran lícitas, y la astucia podria prestar tantos servicios como la fuerza.

Con el establecimiento y afianzamiento de sociedades mejor defendidas, de grupos más numerosos, más diferenciados y mejor organizados, con la aparicion de la ciudad, centro ya de comercio, de cultura y hasta de colonizacion, las virtudes domésticas y las individuales comianzan á recibir la sancion social y á alcanzar auge y predicamento. La piedad filial se extiende á los ancianos, la fidelidad entre amigos se loa como una de las más hermosas prendas. Ya en el *Filoctetes* de Sófocles, Neoptolemo rechaza con indignacion los consejos de Ulises, que lo persuade á engañar artificiosamente, y para un objeto de utilidad pública, al héroe abandonado.

«No sé hacer nada. valiéndome de cobardes artificios.... Prefiero sucumbir con honra á vencer por una deslealtad.» Y esta misma raza nos da algunos siglos despues, en la cúspide de su maravillosa civilizacion, aquel admirable análisis y aquella comprensiva enumeracion de todas las virtudes, prudencia, afabilidad, fortaleza, templanza, continencia, justicia, liberalidad, magnanimidad, que comunican tan eximio valor á la *Moral á Nicómaco*. Y nótese que la síntesis de las teorías aristotélicas envuelve ya una inteligencia muy cabal del papel del individuo, como unidad social. La *moderacion* es la cualidad primera para llegar al acuerdo con séres dotados de los mismos apetitos, pasiones y sentimientos, supone el influjo constante de la solidaridad.

Pero éste es sólo un aspecto del preceso evolutivo. Hay que considerarlo tambien desde el punto de vista del sujeto. La conciencia individual, en las primeras etapas de la vida en comun, se siente como perdida, como eclipsada y difusa, La obsesion constante de la fuerzas objetivas naturales y sociales no la dejan tomar completa posesion de sí misma. A medida que se ensancha la esfera de las actividades sociales y que va siendo menor la presion del todo sobre las unidades; á medida que el individuo va siendo más independiente en el ejercicio de sus actividades y en el disfrute de sus productos, su conciencia se afirma más y más, se distingue, se integra y entra en verdadera posesion de sí misma. Este es un hecho del órden psicológico, hoy bastante conocido, y del cual, sin embargo, es dificil presentar pruebas directas. No obstante, los que han vivido en contacto con razas salvajes ó han presenciado los resultados de una disciplina estricta en

grandes masas de hombres, saben hasta qué punto puede perderse la conciencia individual y confundirse en una especie de conciencia impersonal y colectiva. El resultado de esta individuacion de la conciencia es trascendental para la moralidad; pues á medida que el sujeto se distingue con más claridad de los otros, sus sentimientos, sus actos y sus resultados adquieren el debido relieve, son verdaderos motivos, dan lugar á una verdadera deliberacion y á determinaciones reales, se constituye una verdadera personalidad. Todo el proceso estudiado en la parte analítica de esta obra se desarrolla con mayor ó menor claridad en una conciencia, y el individuo léjos de actuar como una fuerza ciega que concurre por tanteo al mantenimiento de un organismo casi informe—segun sucede en las primeras etapas de la vida social—dirige conscientemente sus fuerzas á sostener una organizacion sábia y complicada, cuya existencia es para él fuente de derechos y, por tanto, de deberes aceptados sin repugnancia y en muchos casos con satisfaccion. El preceso es largo, dificultoso, sujeto á retrocesos, á desviaciones, á altos, á cambios bruscos, pero abarcamos el punto de partida y el punto de arribada. Pocas sociedades van adelantadas en esta vía, pocos individnos, en estas sociedades más avanzadas, han llegado cerca del término; pero esos pocos nos demuestran cómo se ha realizado y cómo se realiza esta grandiosa evolucion.

Los mismos términos en que la hemos axpuesto evitarán una confusion posible. Al enunciar que las virtudes sociales han sido practicadas primero con sancion social expresa, podría entenderse que los sentimientos altruistas han surgido distintamente primero que los egoistas y que el proceso de la

evolucion habrá sido de la simpatía al egoismo. Pero bien claro he indicado que en los comienzos no es la simpatía la que obra sino una conciencia confusa de la mútua dependencia, que en los casos graves, como un ataque desesperado sobre el enemigo, un sacrificio de víctimas humanas para aplacar á los espíritus irritados, arrastra ciegamente, produciendo la casi abolicion del sentimiento de la personalidad. El egoismo, en lo que tiene de más sórdido y repugnante, puede coexistir y coexiste con ese estado anímico; y cuando ya ha habido lugar para una diferenciacion cualquiera de la personalidad, los sentimientos que se ven más frecuentemente con vida propia son los ego-altruistas, los de carácter intermedio. Cuando ya el individuo goza de perfecta personalidad es cuando se diferencian completamente sus sentimientos, toman uno de los tres carácteres principales y dirigen de un modo predominante la conducta individual.

Podemos, pues, caracterizar el proceso evolutivo de una conciencia moral diciendo que va de la confusion á la distincion; de la inconsciencia á la conciencia. De aquí se derivan caractéres secundarios que el moralista, cuando quiere pasar de la teoría á la práctica y actuar con el precepto, no debe olvidar. El tránsito de lo inconsciente y de lo poco ó débilmente consciente á lo consciente, se transforma luego en una evolucion superior que va de lo sensible á lo racional. En el grado inferior, el individuo obedece el impulso de sus impresiones, una conmocion lo determina. El salvaje, ciertos temparamentos más ó ménos mal equilibrados, nos ofrecen ejemplos incesantes. En el grado superior, las impresiones tienen que luchar con representaciones numerosas, una inteligencia rica y bien disciplina-

da está allí en ejercicio, y la fuerza viva de la impresion encuentra una resistencia que da lugar á conflictos muy provechosos: el individud no se determina siempre por sus impresiones, se determina las más de la veces por sus ideas. De esta suerte sus actos pierden el carácter de espontaneidad y de imprevision que caracteriza los de los primeros. Las ideas nos llevan á estados anteriores y anticipan estados futuros, nos libertan de la esclavitud, de lo actual; es decir, que por ellas podemos determinarnos en vista de previsiones; nuestros actos son reflexivos y voluntarios.

Ahora bien, si el objeto de la moral es regular la conducta del hombre en sociedad, conocido el término de la evolucion en sus relaciones con el desenvolvimiento social, queda patente la direccion en que deben confluir los esfuerzos del legislador y del educador Aquel debe tener á la vista que los arreglos sociales, la organizacion del Estado, hasta en sus pormenores más insignificantes al parecer, deben tender á dejar una esfera ámplia, aunque subordinada, á la actividad individual, para que ésta pueda moverse y desenvolverse acordadamente, de un modo rítmico, si es posible decirlo así, con todas las otras unidades que comporta el agregado. Es decir, que de la organizacion social depende muy principalmente la moralidad de los individuos, como del medio ambiente la salud de los organismos individuales; porque, como ha dicho excelentemente Spencer; «la produccion del tipo más elevado del hombre sigue sólamente *pari passu* la produccion del tipo más elevado de la sociedad.«

El educador, á su vez, debe actuar sobre la conciencia para conformarla al papel del individuo—ya ámpliamente desarrollado—en el todo social, lo cual

sólo es posible, como lo hemos visto, mediante la educacion de la voluntad. Atender á los conceptos, ántes que á las sensaciones, anteponer lo futuro á lo inmediato, sofocar la espontaneidad en provecho de la mayor conveniencia; todo esto no es más que saber dar la primacía al proceso reflexivo; en esto consiste la educacion de la voluntad. El cultivo de la atencion, capacitándonos para fijar ciertas representaciones, entre otras, en la conciencia, no solo dilata el campo de la deliberacion y hace posibles actos diversos y diversos resultados, sino que nos dota de lo que se ha llamado posesion de si mismo, punto culminante de una personalidad completa, marca distintiva, por tanto, del sujeto moral. Cuanto mejor desarrollado esté el individuo, tanto más perfecta será su adaptacion al medio social y tanto más eficaces sus actos en provecho propio y del agrado. Los caractéros de de una voluntad superior han sido perfectamente determinados por Sully: «Lo que parece distinguir, dice, á un hombre cuya voluntad está altamente desarrollada (prescindiendo de los elementos intelectuales), es la capacicad de posesion de sí mismo, ó empleando un término fisiológico, de inhibicion. La voluntad naciente y sin disciplina no es sino la realizacion de cada impulso momentáneo á medida que se produce. La voluntad madura implica la direccion ó vigilancia de esos impulsos; la represion de la accion, cuando se manifiestan motivos opuestos, á fin de comparar y escoger; el mantenimiento de designio bien definido para el porvenir, y la concentracion persistente del espíritu sobre este designio. Ahora bien, esta capacidad es algo más que una facultad intelectual. Ver un fin como mejor que otro es un acto de discriminacion intelectual; reprimir el impulso que tiende hácia el

objeto ménos digno, à causa de esa percepcion de un fin más elevado, es algo más, es precisamente lo que distingue la voluntad superior de la voluntad inferior y de la simple inteligencia.»

Ahora vemos fácilmente que el sujeto no puede llegar à poseerse de esta manera necesaria á la moralidad más alta, sino cuando el progreso del grupo social à que pertenece le haya constituido una ámplia esfera de accion, y la experiencia y la herencia hayan cultivado suficientemente su inteligencia y sus sentimientos. Y vemos tambien de qué modo esta voluntad disciplinada ha de ejercitarse en beneficio de la moralidad, es decir, de la solidaridad social. Entre los motivos en conflicto sabrá decidirse por lo mejor, que aparecerá á sus ojos marcado con los caractéres del deber, y que será para él más amable que todo otro motivo inferior. De aquí que el fin á que ha de tender el cultivo de una voluntad, su educacion, pudiera encerrarse en esta fórmula: Querer (hacer) lo que se debe (hacer).

Y si entónces se nos plantea el terrible problema, ¿cuál es el contenido del deber? Todo nuestro estudio nos dice que estará determinado en cada caso, en cada sociedad, dentro de una época dada, por la ley de solidaridad social; por las exigencias del grupo social de que se trate, atendiendo á todos sus factores, sin desatender los ideales de progreso y perfeccion.

Spencer entiende que para señalar los dictados del deber es necesario construir idealmente un estado de sociedad perfecta, en que las acciones y reacciones de todos los individuos, y del grupo con el medio se hayan equilibrado de tal suerte que todas las funciones sociales se realicen en toda su amplitud sin roces ni choques; en que los sentimientos egoistas,

ego-altruistas y simpáticos tengan un empleo tan natural y de tal modo adecuado que de su ejercicio no resulte más que aumento de fuerzas y por tanto placer para el individuo; y cotejando lo que seria la conducta en ese estado paradisiaco con la que hemos de seguir en el período actual de imperfecciones, acercarnos en la actual por medio de compromisos á esa conducta futura. De esta suerte el deber en cada caso sería proceder como si viviéramos en ese estado social perfecto, y lo obligatorio—ya que no el realizarlo, lo que es imposible por la misma hipótesis—acercarnos todo lo posible al deber.

Sin entrar ahora en una crítica de esta concepcion, que se aleja mucho ménos de lo que parece de las que preconizan las escuelas racionalistas, bástenos notar que el ideal de una sociedad que puedan formar los individuos de una agrupacion ha de estar construido con elementos de su estado actual; el australiano se formará el suyo; el suyo el chino; y el inglés otro muy distinto. De donde resulta, primero, que no hay posibilidad de determinar un contenido único al concepto del deber, no se puede llegar á esa moralidad absoluta que quiere el gran filósofo; y despues que esa concepcion, producto del estado social en cada caso, no sería más que una generalizacion de todos los elementos que presentaran á un espíritu reflexivo el sentimiento y el ejercicio de la solidaridad, aplicados á su pais en su época.

Hemos visto, con la generalidad que exige un estudio sumario, los caractéres que reviste la evolucion moral, tanto en lo objetivo como en lo subjetivo; pero hasta ahora sólo hemos aludido vagamente á lás condiciones que determinan su existencia. Pudiera objetársenos que hablamos de tránsito de un estado á otro que suponemos mejor, de desarro-

llo de gérmenes que suponemos contenidos en los primeros fenómenos, de progreso en fin de los grupos sociales y de los individuos que los componen; pero sin justificar las causas de los combios sucesivos, como si reconociéramos, á guisa de las viejas escuelas, una fuerza abstracta, un proceso teleológico de alguna entidad misteriosa, que impulsa y guía las sociedades. Atendiendo á cuanto llevamos dicho se verá que no es así; pero es útil poner más á la luz el principio que recocemos como causa de este hecho capital.

Un grupo social ocupa un lugar del globo y está en contacto más ó ménos inmediato con otros grupos sociales. Necesita, por tanto, desarrollar su capacidad de ocupacion y su capacidad de defensa; ha de procurar que sus relaciones con el medio cósmico sean provechosas, es decir, sacar el mejor partido posible de las condiciones telúricas, climatéricas y geográficas de su asiento; ha de procurar que sus relaciones con los otros grupos, cuando no le aporten provecho, como en estados más avanzados de la evolucion social, no le traigan menoscabo, es decir, tener fuerzas suficientes y la cohesion necesaria para repeler los ataques que no dejarian de producirse si su país fuera abundante de mantenimientos y excitára la codicia de los ménos bien establecidos. Todas las fuerzas, pues, que solicitan un agregado de esta clase pueden serle fatales, si no lo encuentran en buena apititud para reaccionar de diversas maneras. Si así no ocurre, más ó ménos lentamente lò destruirán y harán imposible su reproducción. Pero si tiene esa aptitud, el ejercicio constante de sus actividades, ha de aumentarla; todo órgano que se ejercita se robustece, toda funcion que se ejercita se perfecciona; aumentada su aptitud, su ocupacion

del suelo será más estable y fructuosa, su resistencia á los ataques exteriores invencible, y su facultad de reproduccion y de trasmision de los caractéres adquiridos aumentará proporcionalmente. Las generaciones sucesivas recibirán en herencia facultades preciosas que aumentarán con el ejercicio, so pena de parálisis primero y luego de decadencia. Hé aquí cómo las sociedades, por las relaciones de medio que inevitablemente sostienen, están sometidas á un verdadero proceso de seleccion, cuyo resultado es la evolucion que hemos bosquejado.

Pero esta aptitud para trabajar y combatir ó resistir supone arreglos internos que constituyen para los individuos condiciones de vida; el medio social de que tantas veces hemos hablado. Dentro de cada grupo y en provecho inmediato de las unidades y mediato del grupo se produce á su vez un proceso de seleccion, que sólo hace posibles una buena organizacion y una rica vida social. El individuo necesita tener y adquirir capacidad para emplear bien sus actividades, para dirigir bien sus sentimientos, enriquecer su inteligencia y dominar su voluntad, pues de otro modo sucumbirá ó se debilitará, que ya es un principio de destruccion, en el incesante roce, cuando no en los conflictos, con otros individuos más vigorosos. Tambien está sometido á la seleccion; y vemos que ésta lo lleva á esa forma de evolucion de todas sus actividades que se corona con la evolucion moral.

Este hecho capital, aunque diversamente interpretado, apénas encuentra hoy contradictores sérios. Críticos muy exigentes y prevenidos contra las teorías evolutivas, como Carreau, han llegado á estas concesiones: «Admito sin embargo, dice el autor citado, que segun los tiempos y la influencia de las diversas con-

diciones exteriores, políticas, sociales, intelectuales ó religiosas, ciertas virtudes son más honradas y por tanto más generalmente practicadas que ciertas otras. Se podria determinar así, de una manera aproximada, un órden histórico de sucesion entre las virtudes.... No es dudoso que, desde este punto de vista, existe una evolucion de la moral, y que se pueden trazar por lo ménos las grandes líneas de un progreso, desde el estado salvaje hasta la civilizacion más alta.»

Para nuestra tésis esto es más que suficiente; sin embargo se puede formular una objecion, no teórica sino fundada en hechos, que va al corazon mismo de nuestra teoría, y que no debemos pasar por alto; pues tiende nada ménos que á establecer que la seleccion se convierte al fin en un instrumento de ruina para individuos y pueblos. Jacoby demuestra que la seleccion en las familias tiene un término en ciertas individualidades tan prominentes en el órden de la actividad, de la sensibilidad, de la inteligencia ó de la moralidad, que parecen haber agotado en sí toda la capacidad de la raza para esas virtudes, y desde las cuales comienza un proceso de regresion que acaba en la degeneracion y muchas veces en la extincion total de la familia. Por otra parte hace ver que tanto por la demasiada perfeccion de las facultades en esos individuos selectos, como por la tendencia á separar y alejar de la masa de la poblacion, por el agrupamiento en las capitales, á todos los que poseen capacidades superiores ó aptas para serlo, la seleccion establece distancias inmensas entre las capas sociales; coexistiendo en una misma sociedad pequeños grupos dotados de grande instruccion, de facultades estéticas exquisitas y de una moralidad extrema, y grandes masas en estado semi-salvaje. De

aqui una consecuencia fatal que se impone. Esta separacion, esta falta de comunion de ideas y sentimientos es una causa de debilidad para el cuerpo social en sus conflictos con agregados más coherentes.

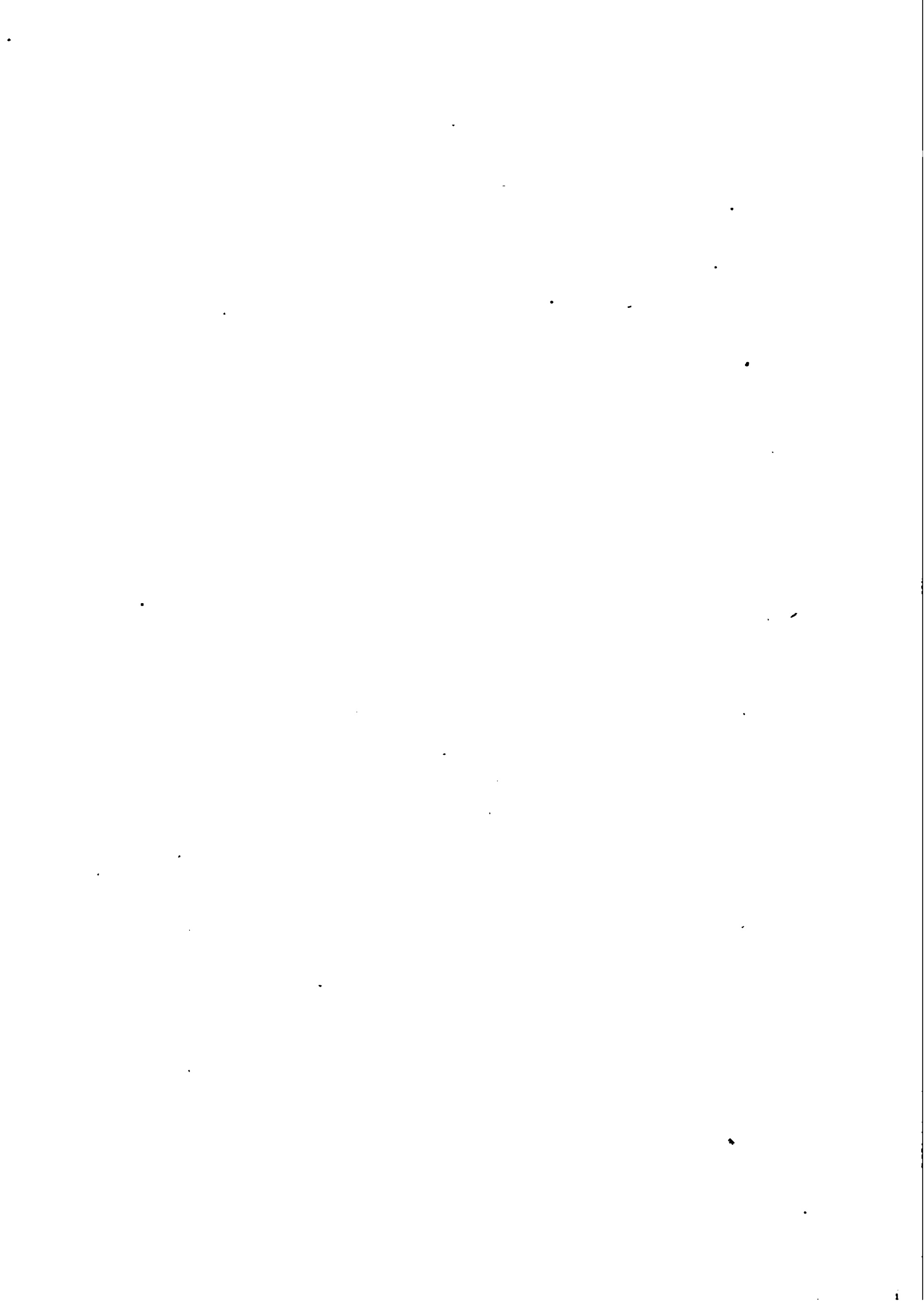
A esto podemos contestar que estas consecuencias extremas de la ley de seleccion, no invalidan el hecho, también comprobado, de la evolucion; solo indican posibilidades de regresion, implícitas siempre en todo proceso evolutivo; y que por efecto mismo de la fuerza primera, pueden disminuir, si no desaparecer. Veamos cómo.

No negarémos que, aunque exagerando algo, tiene alguna razon Wallace para decir: «Por desgracia es demasiado cierto que la masa de nuestras poblaciones no ha realizado ningun progreso sobre el código moral de los salvajes.» Pero sería tambien cerrar los ojos á la luz negar que el aumento de conocimientos, de inteligencia y de moralidad en las porciones más conspíscuas de un grupo social influye constantemente, por el ejemplo y la enseñanza, en el resto de los coasociados y contribuye á elevar, tan lentamente como se quiera, el nivel de la instruccion y de la moralidad generales. Un Edison, un Spencer, un Washington podrán ser estériles, y no dejar herederos directos de sus talentos y virtudes; pero sus obras—industriales, filosóficas y sociales—quedan contribuyendo de muy diversas maneras á mejorar la condicion f sica y moral de sus compatriotas, más aún, de sus semejantes. Apénas hace dos siglos que los hombres más notables en los paises más civilizados difícilmente podian poner su firma al pié de un documento; en las habitaciones de los más ricos no se tenían nociones de una mediana comodidad; sus costumbres públicas y domésticas distinguíanse ántes por lo bárbaras que por lo cultas,

las rivalidades más sórdidas y la servilidad más degradante ocupaban á la par el ánimo de los grandes señores. Hoy hay naciones enteras donde todos sus habitantés saben leer y escribir, por lo ménos, y los periódicos andan de mano en mano; muebles y objetos que ántes caracterizaban un verdadero lujo, hacen cómoda y alegre la habitacion del más modesto obrero; con la desaparicion de los tormentos, que estuvieron sancionados en los códigos y la rareza de las ejecuciones, con el disfrute de los derechos polí-ticos, la inhumanidad y las discordias civiles sangrientas son ya lo accidental, lo pasajero; por último, la gran virtud preparatoria ha descendido hasta lo más bajo del campo social, para fortalecer y morigerar; la cooperacion, que supone la prevision y la conciencia de la solidaridad, se practica por los más humildes, por los más necesitados; las sociedades cooperativas, por sí solas, demuestran hasta qué punto va irradiándose la moralidad, merced á la predicacion y el ejemplo de los selectos, en el seno de las clases inferiores. Un autor que nadie tachará de ligero é irreflexivo, Macauley, cotejando el estado social de su pátria á fines del siglo diez siete y á mediados del actual, decía estas palabras: «Todas las clases de la sociedad y sobre todo las bajas, han obtenido ventajas mucho más importantes de la influencia bienhechora de la civilizacion sobre el carácter nacional... Consuela pensar que el espíritu público inglés se ha suavizado, al madurarse, y que el curso de los siglos nos ha hecho, no sólo más ilustrados, sino tambien más benévolos.. más humanos».

Sí; hasta ahora la evolucion va ampliando cada vez más la esfera en que disfrutan de una vida abundante y rica en variadas relaciones los pueblos civilizados; y la evolucion de la moral, adaptando cada

vez más nuestros sentimientos al papel preponderante que hemos de desempeñar en nuestras asociaciones, para darles estabilidad y creces y hacerlas un refugio seguro y un campo de fácil actividad para nosotros mismos y nuestra posteridad, nos permite aún entrever horizontes más puros y luminosos, á pesar de las ligeras nubes que á trechos puedan empeñarlos.



LECCION XV.

SUMARIO.—Nociones introducidas por diversas escuelas en el estudio de la moralidad.—El sentido moral.—La razon práctica.—El imperativo categórico.—La sancion íntima.—Libertad del agente.—La felicidad.—Crítica de estos conceptos y cótejo con nuestra teoría.—La moralidad y la vida feliz.—La tranquilidad de espiritu.—La doctrina expuesta en éstas conferencias no lleva al pesimismo, ni al optimismo. sino al meliorismo.—Nuestro dominio ha sido el de la moral, como ciencia.—Resúmen.—Conclusion.

SEÑORES:

De propósito habia descartado hasta ahora la discusion directa y metódica de ciertas nociones que, con valor más ó ménos convencional, son empleadas incesantemente por la generalidad de los moralistas. Me parecía que dado el método que me proponía seguir todo lo que fuera anticipar definiciones que me habian de obligar á entrar en ciertos debates y esclarecimentos, era ántes confundir que alumbrar el campo tan lleno de sombras y contradicciones por donde teniamos que adelantarnos. Llegados al término de nuestras pesquisas inductivas y poseedores de un principio, el cual nos ha parecido que respondia á todas las exigencias de nuestro asunto, bien podemos considerar á su luz esas teorías, para que no nos quede el temor de haber dejado fuera de nuestro cuadro nada pertinente al importante fenómeno de la moralidad y á la ciencia que lo estudia.

Escuelas hay que, ante los caractéres específicos de los sentimientos, juicios y actos morales, no han encontrado otra forma de explicacion sino reconocer en el hombre una facultad especial: la conciencia ó el sentido moral. El entendimiento humano posee un instinto que lo lleva á gustar de lo bueno moral y á evitar lo malo; y una especie de intuicion que le hace discernir en las acciones lo justo y recto de lo injusto. Esta teoría, considerada en su mayor generalidad, adolece del vicio inherente á la teoría antigua de las facultades, nos da la descripcion de un fenómeno por su explicacion. Con igual derecho ha podido Hutcheson, gran sustentador de esta doctrina, reconocer en el hombre un *sentido del honor* ó *de la vergüenza*, otro de la *decencia* y *dignidad*, etc.

Una transformacion muy sutil de esta teoría se descubre en la célebre *razon práctica* de Kant y sus discípulos. La voluntad encuentra en la razon una pauta segura é invariable que le traza el camino de la rectitud y el bien. Esa facultad tan falible cuando se trata de su propio dominio, la especulacion, adquiere una suerte de infalibilidad cuando nos impulsa á la accion. Los caractéres que distinguen á la razon práctica son, en primer término, que implica el reconocimento de una ley, es decir, el sentimiento de la obligacion respecto á un principio general, el de la universalizacion de las máximas, principio que se funda en el de la finalidad de todos los seres racionales. Como el hombre es un sér racional, que vive en union con otros séres racionales, por tanto iguales suyos en dignidad moral, debe proceder en todo racionalmente. Esta es la *forma* de la obligacion ó del deber, que es, segun el maestro, todo lo que puede determinarse. Pero adviér-

tase que ó esta fórmula, proceder racionalmente, es una fórmula vacía, ó tenemos que aceptar una de estas dos interpretaciones: que la razon práctica nos revela en cada caso lo que debemos hacer ó evitar, lo que es bueno y lo que es malo, y aquí aparece bajo el disfraz el sentido moral, pues nos lo revela, porque tiene la facultad, la propiedad de revelarlo. O bien para saber lo que pide la razon, en cualquier conflicto, tenemos que acudir á principios heteronomos, como diría Kant, y considerar las circunstancias del hecho en el momento y en el sujeto dados; con lo cual se arruina la autonomía de la razon.

Uno de los más ilustres maestros del criticismo en nuestros dias, Renouvier, parece sentirse arrastrado á este segundo extremo. Véase cómo juzga la primitiva doctrina de Kant. «La obligacion de cumplir con su deber, unicamente por deber, en vista del deber solo, es una paradoja, de Kant. Esta reduccion de la ley moral á la *forma*, con independencia de toda *materia*, es verdadera sin duda, en el sentido de que á la ley, como general, se subordinen todos los casos particulares, todos los fines particulares; no es, ni puede ser verdadera, si con eso se quiere dar á entender que el acto conforme á la ley debería ejecutarse, prescindiendo de la tendencia al fin universal ó á la felicidad, ó siquiera á un fin particular de cualquier clase, bien que justificable por la ley. Realmente la determinacion á obrar no resulta nunca, sino mediante un fin determinado, y este hecho universal tiene tambien fuerza de ley.» Y luego, completando su pensamiento, añade esta frase suficientemente clara: «La ley exige solamente que el fin que se procura sufra la aplicacion de la ley, ó no sea contrario al deber.»

Por donde me parece que hay derecho para sustituir á esa abstraccion el *deber*, esta otra fórmula concreta, y que cambia toda la cuestion: Debo determinarme en virtud del deber, dirá el ser razonable; es decir, de lo que yo entienda que es *mi* deber en cada caso. La intervencion del juicio y el raciocinio no sale aquí de sus verdaderos límites, la razon «interviene, como dice el mismo Renouvier, en los actos humanos para ordenarlos y no para inspirarlos.» ¿Qué los inpira, pues? Nosotros hemos dado la respuesta; pero la razon práctica tiene que callar, desde el momento que se la priva de su papel de oráculo.

Pero en realidad los criticistas ortodoxos no entienden así las cosas, y se refieren á una ley realmente intuitiva, anterior á la experiencia. Nos dicen que perdería su carácter de ley, si procediese de los datos empíricos; y nos lo dicen, porque, á sabiendas ó no, toman aquí por ley la imposicion de una voluntad extra-natural; y no advierten que lo que ellos llaman datos empíricos, es decir, todo el resultado de la adaptacion del hombre al medio social, en sentimientos, nociones, preceptos y determinaciones es más que suficiente para dar a las emociones morales los caractéres de generalidad y obligacion, que es todo lo que va implícito en este caso en el concepto de ley. En todos los casos semejantes sentimos del mismo modo y nos sentimos de igual suerte obligados. Es verdad que para ellos esta conciencia de una obligacion es algo tan misterioso, que lo presentan como un dato primero y como un carácter específico que justifica la existencia *a priori* de lo que llama Kant el imperativo categórico, y Renouvier la obligacion categórica pura. Mas nosotros podemos lisonjearnos de haber encontrado en

la constitucion psíquica del hombre sociable y en sus relaciónes con el medio social, todos los elementos de ese sentimiento eminentemente moral; y lo que es más, de haberlo visto crecer, amenguarse y transformarse, segun los cambios del agregado; lo cual constituye una especie de prueba objetiva de nuestro aserto. Los eclipses y desviaciones del imperativo categórico, cuando no su total anulacion, serian inexplicables si lo consideráramos como la voz de una facultad universalmente concedida á todos los hombres, entendida y obedecida con igual fijeza por todos.

Creen triunfar los aprioristas, cuando alegan como otro de los caractéres de la razon práctica la sancion intima de que están revestidos sus mandatos. Ha habido quien ha llegado á sostener que, si en las acciones no hemos de considerar sino los resultados, la moral carece de sancion interior. Ni áun en esta suposicion extrema es válida una objecion, que olvida por completo la constitucion psíquica del hombre. La solidaridad obra sobre el individuo como emocion y sentimiento; es decir, que está encarnada en lo más íntimo de su sér y ejerce una influencia constante sobre sus ideas, construcciones y previsiones. ¿Cómo le ha de faltar nunca la sancion interior? Nosotros hemos visto ántes de ahora que estos moralistas son los que amenazan arruinar la moral en su propio dominio, cuando prescindiendo de las consecuencias del acto—error psicológico gravísimo—sostienen que el carácter de moralidad reside sólo en la intencion. No hemos de volver sobre una crítica que ya hemos hecho; nos bastará ahora notar que nuestra teoria puede conservar legitimamente todo lo que hay de provechoso y real en el concepto de la buena intencion; si bien cambiando radical-

mente su contenido. Es indudable que una depurada sensibilidad—orgánica ó adquirida—para las emociones morales, nos habituará á las acciones rectas y á los juicios equitativos; y como todo estado mental que se repite crece en energ a, el resultado será una disposicion constante á reaccionar á la soliciiacion del medio en el sentido de lo mejor desde el punto de vista moral; existirá una tonalidad de nuestro espíritu que nos llevará siempre á hacer bien, á cumplir con el deber, y que puede muy bien llamarse buena intencion. No sin motivo aquel sutil analizador que se llamó Aristóteles puso en el hábito el fundamento de las virtudes. Pero ¿cómo puede llegar á depurarse la intencion? Cuidándonos cada vez más de las consecuencias. Hé aquí por dónde difiere nuestro punto de vista del de los criticistas. Esa disposicion constante al bien, no es otra cósa que el reconocimiento cada vez más claro de la solidaridad y de sus resultados; por tanto, mientras más rica sea nuestra experiencia de las modificaciones ya útiles, ya dañosas, que produce un acto en el agregado de que formamos parte, más poderosos serán los motivos que nos lleven á deliberar, ménos sujetos estaremos á la atraccion irresistible del acto único, y resultará más preponderante la tendencia á la eleccion de lo mejor que los dirija ó los venza. Para que la disposicion al bien sea fructuosa, más aún, para que pueda existir de otro modo que como una aspiracion abstracta, como una sentimentalidad confusa é indecisa, es necesario que el sujeto sepa distinguir y escoger lo mejor, por tanto que haya recibido reiteradas lecciones de lo objetivo, que haya seguido con cuidado el hilo de las consecuencias de los actos propios y ajenos.

En resúmen; ya se considere el sentido moral

como un estado especial de la sensibilidad del sujeto, que lo hace apto para ser poderosamente impresionado por las ideas y actos morales é inmorales, ya como un conjunto de preceptos dictados por la razon y capaces de mover nuestros sentimientos morales, el postular su existencia no puede ser una explicacion; de modo que todo lo que nos da esa teoría es una nocion ó una fórmula, que será tanto más rica cuanto más lo sea la descripcion que la acompañe. Como nuestros análisis nos prueban que podemos encontrar la raiz de los sentimientos morales, precisamente los más complejos en el individuo, no podemos legitimar que se considere su existencia como uno de esos datos primeros, irreductibles por la observacion y el raciocinio.

Si no nos parece que la escuela kantista haya confirmado su punto de partida en la ciencia de la moralidad, no podemos negar, por otra parte, que ha profundizado singularmente un problema muy conexo con el de la obligacion moral; el de la libertad del agente. No conozco frase que pueda escribir ó pronunciar con más recelo quien trate con sinceridad y sin exclusivismos de escuela ó secta estas árduas materias. Pasma el número de altas inteligencias que se han consagrado á su estudio, y nos sentimos desconcertados ante lo vago é incierto de sus soluciones. Sin embargo, no es lícito negar su importancia, so pena de tildar de corta de vista á la porcion más selecta de la humanidad. Y si hubiere quien entienda que es este poco argumento, deténgase á considerar que, segun como interpretemos este problema, así hemos de guiar todo el dominio de la práctica que más importa al hombre, la educacion. Expongamos con toda la sencillez y claridad posibles la manera de ver que nos parece satisfacer

mejor la necesidad de resolver este oscuro enigma.

El hombre, solicitado por el medio exterior ó interior, siente un impulso, apetito ó deseo, se determina y produce un acto. Si á esto se redujera todo el proceso de la actividad en un sujeto, el problema del libre arbitrio no se hubiera planteado nunca; el hombre se sentiría determinado, es decir, constreñido irresistiblemente al acto que por una ú otra causa se le representa. Pero, por más que un análisis psicológico minucioso pueda reducir todos los casos de actuacion al sencillo esquema que acabo de presentar, es lo cierto que las más de las veces nuestra conciencia nos revela estados mucho más complejos. Cada vez que el deseo promueve la representacion de un acto que puede funcionar en la conciencia como un motivo, surgen por distintas vías otro estado ú otros que representan á su vez actos concomitantes ó algo diversos ó muy diversos ó completamente opuestos. Estas representaciones son tambien tendencias á la accion; y como todas no pueden verificarse á la vez y ninguna ha sido bastante poderosa para determinar inmediatamente y con prioridad al acto, resultan un alto más ó ménos prolongado y la conciencia de la indecision, que parece tan opuesta al determinismo. De todos los motivos que solicitan en ese instannte la volicion y la actuacion ¿cuál vencerá? El más fuerte, responderá sin vacilar el determinista. Pero no se puede negar que la imposibilidad en que estamos las más de las veces de predecir cuál será el más fuerte hace cambiar singularmente el aspecto de la cuestion.

No es sólo que el hombre se *cree* libre lo que alegan aquí los neokantistas, ese argumento es muy discutible, sino alegan que el hombre cree firmemente en la posibilidad de futuros contingentes, de

obrar de diversa manera, de modificar la realidad por sus actos, de modificar sus mismos actos. Esto es tambien innegable y constituye un estado de conciencia de que no puede prescindir el moralista. Para el autómata no existe la moral. Mas para el espíritu que puede detenerse ántes de obrar, y que se cree dotado de un poder selectivo entre las acciones á que se ve solicitado, está abierta toda la esfera de la moralidad. Para él existe, como ya hemos visto, la sancion interior, la solidaridad se ha encarnado en lo íntimo de su sér, y da tono á sus sentimientos. Ese momento de alto que descubre el psicólogo, ese conflicto do los motivos es todo lo que necesita el moralista, si no para romper el determinismo que acepta como un dato psicológico, para hacer recular tanto sus límites, que las acciones humanas aparezcan revestidas de un nuevo carácter. Enriqueciendo la conciencia con experiencias y preceptos, depurando los sentimientos, escapa el hombre en la medida de lo posible al yugo de hierro de la determinacion, acto reflejo, y su actividad despojada de un automatismo ciego, se espacia en tan diversas direcciones, por campos, al parecer, tan ilimitados, que se siente, que se cree libre.

No nos toca considerar aquí las consecuencias que en la esfera psíquica pueda tener esta creencia, sino adveotir que el estado mental que acabo de estudiar, justifica todas mis conclusiones anteriores, y explica la posibilidad de la educacion moral. No hay acto sin motivo, éste es un postulado que no podemos dejar de admititir con los deterministas; no hay ninguna actividad separada del conjunto de las funciones anímicas que se llame la voluntad, y que sea capaz de romper su acordada trabazon, ninguna fuerza incidente que venga á trastornar las distribu-

ciones y redistribuciones de las fuerzas en el seno del organismo; ésta es tambien una tésis que parece perfectamente de acuerdo con los hábitos científicos; pero á medida que el sujeto enriquece el caudal de sus percepciones y representaciones, y que aguza y aumenta su escala emocional, es decir, á medida que amplía su esfera de relaciones con lo objetivo, su deseo léjos de evocar por prevision la representacion de un acto adecuado, evoca la representacion de más de un acto posible y conexo, con lo que aparecen á la conciencia diversos motivos solicitando á la accion, y comienza una lucha de inciertos resultados, pero que nos liberta del mecanismo del acto único en respuesta al deseo único. Cabe, en realidad para nuestra conciencia, en apariencia quizás para una realidad objetiva ajena á mi conciencia propia, la eleccion de lo mejor; y con ello la posibilidad de una mejor adaptacion al medio social, de una evolucion de los sentimientos morales, de una educacion moral. Esto era lo que me proponía demostrar.

Quizás se alegará que no he resuelto el litigio: ¿es libre ó no es libre el agente moral? Propuesta en estos términos la pregunta creo que no se resolverá nunca. La respuesta exacta ha de depender de una concepcion cabal del mecanismo ú organismo cósmico y de las relaciones que con él guarda esa parte suya—capaz sin embargo de pretender encerrarlo en sí mismo—que se llama una conciencia; y nosotros no poseemos del mundo, del hombre y de sus relaciones, sino concepciones simbólicas. Con lo poco que entrevemos de los fenómenos objetivos y subjetivos, y mediante las leyes en que los hemos sintetizado con sus relaciones, pretendemos reconstrüir una realidad que nos sobrepuja y excede ilimitadamente; y lo peor es que toma-

mos luego esa construccion nuestra como base y fundamento para nuestras pretensas explicaciones; encerramos la conclusion en las premisas y despues alegamos éstas como prueba de aquella; así lo hacen los deterministas y así los libre arbitristas. ¿Quiere decir esto que renunciemos á la ciencia? No, sino que no la embaracemos con problemas ilusorios y por tanto irresolubles. Atengámonos á los datos y á los medios que tenemos para interpretarlos. El hombre no está reducido al acto reflejo. Quizás en el fondo de toda su vida psíquica no haya otra cosa. Puede ser; pero, realidad ó apariencia, en el sujeto se producen interferencias de fuerzas, conflictos de deseos y motivos que hacen singularmente varia y compleja su conducta, dan forma diversa á su manera de adaptacion social, y nacimiento á la clase de sentimientos que tan largamente hemos estudiado. Vemos que éstos toman una parte, que puede ser cada vez mayor por la educacion y la experiencia, en los motivos; y que cuando un sujeto se siente irresoluto, estos motivos cada vez con más frecuencia pueden determinar, dirigir su conducta. El campo de la actividad y el campo de la conciencia han extendido de tal modo sus límites, son tan inextricables las fuerzas en accion y sus resultados, que el mecanismo, si existe, no aparece, y la amplitud de los movimientos del sujeto realiza todo lo que pudiéramos desear con la libertad metafísica, sin los riesgos de la indeterminacion y lo caprichoso que ésta mas ó ménos claramente supone. Todo lo que sea ir más allá de esta conclusion, es dar en un sistema preconcebido, es salirse de la esfera fenomenal.

Dada la multiplicidad de fines y de medios que se convierten fácilmente en tales, que pueden solicitar el poder selectivo que aparece en la conciencia

humana, los moralistas se han dado á indagar el fin último á que tienden los esfuerzos humanos, la esfera de finalidad superior que comprende el ejercicio de todas las actividades del sujeto, en su subordinacion á la moralidad. Esta pesquisa ha introducido en el campo de la ciencia un concepto que no debemos olvidar, el de felicidad. Transformacion muy especiosa de las ideas meramente edonistas, ha seducido á una larga série de pensadores de bien diversas procedencias, y se le encuentra lo mismo entre los bentamistas con el nombre de utilidad individual y general, que entre los teólogos con el nombre de bien sumo.

El hombre apetece y solicita la felicidad; el fin de las acciones humanas es la felicidad; la conducta moral es la que proporciona al cabo á su agente una existencia feliz. Estas proposiciones sinónimas parecen bastante claras, y la generalidad de los hombres de nuestra época y de las razas superiores asentirá seguramente á ellas. Sin embargo, son eminentemente oscuras, puesto que nos dan como fin para la accion y áun para subordinar las acciones de una vida entera un nombre abstracto, capaz de las más diversas significaciones. Es cierto que en el fondo por felicidad se entiende un estado tal para el sujeto, que la suma de impresiones y emociones placenteras exceda singularmente á las dolorosas. Pero desde el momento en que consideramos esto, surgen las incalculables diferencias que separan la estimacion del placer y la pena de un individuo de la de otro, y la de un mismo individuo en diversos períodos de su vida. Para el mayor número la felicidad depende de relaciones fijas y permanentes entre el sujeto y su medio, de tal naturalaza que procuren satisfacciones y goces que vayan renovándose continuamente, como

una buena esposa, una buena familia, la vida abundante y sin preocupaciones para el porvenir. Para otros, más dados á la accion, la felicidad estriba en la posesion de los medios de desarrollar ilimitadamente la actividad: las riquezas, el poder, los conocimientos prácticos. Otros, desconfiados á causa de la instabilidad de las impresiones objetivas, quieren buscar en el mundo íntimo el disfrute de esa aspiracion hermosa y falaz; el cultivo dela inteligencia, la depuracion del gusto estético, la fecundacion de la fantasía, el ejercicio del raciocinio y la abstraccion, son otros tantos medios que parecerán asegurarles ese estado de activo reposo que es el ideal de los contemplativos. Hay algunos privilegiados que creen encontrar la felicidad en el cultivo cuidadoso de los sentimientos morales, en la aplicacion de su voluntad á los fines mejores; hay quienes la buscan en la realizacion de un plan de vida concebido según los dictados de las más clara razon y del altruismo más puro; y no faltarán quiénes por realizar alguna sublime concepcion de mejoramiento universal, encuentren una exquisita felicidad en el sacrificio de si mismos. ¿Cómo encontrar en este terreno movedizo base sólida para una construccion, que necesita descansar en un dato general y constante de la naturaleza humana? Hay que aceptar, al fin y al cabo, que cada uno busca, bajo el nombre de felicidad, lo que segun su temperamento, gustos, inclinaciones ó costumbres le proporcione suma mayor y más continuada de goces; es decir, volver al edonismo puro y simple. Y ya hemos visto que no cabe aceptar el placer como un principio universal y constante de determinacion, ni siquiera como el más general; y siendo esto así en la esfera del individuo ¿qué sería en la esfera de la sociedad?

Por nuestra parte creemos haber presentado el verdadero fin á que tienden los esfuerzos humanos en lo que se refieren á la vida social: la adaptacion al medio, la solidaridad. Esta fuerza, esta necesidad mueveá todos los componentes delagregado, ya tengan conciencia clara de su existencia, ya la ignoren por completo; el trabajo constante del individuo por obedecerla da tono á sus sentimientos, atributos á sus juicios y direccion á su conducta. Es la ley moral. Pero ¿es que la solidaridad descarta de entre los móviles humanos la pesquisa de la felicidad? No, porque vive de la realidad, y éste es un móvil real; se lo subordina. Nuestra doctrina nos dice lo que á cada paso observamos, que hay estados placenteros que coexisten con una excelente conducta moral y los hay que no; y que se puede buscar la felicidad sin violar la ley moral y violándola.

Pero ¿no podríamos afirmar que una línea de conducta ajustada á la más estricta moralidad ha de dar como resultado infalible una vida feliz? Esta es una hipótesis que en términos de tanta generalidad no puede justificarse. La apreciacion de la felicidad es eminentemente subjetiva, y los datosde la felicidad dependen de muy variables elementos objetivos, de modo que nos exponemos con esa promesa á errar con mucha mayor frecuencia que á acertar. La proposicion inversa de que una conducta desarreglada no puede llevar á la felicidad, es infinitamente más cierta; y tiene el mismo valor moral. Lo que sí nos es lícito aseverar es que un hombre de inteligencia disciplinada y rica en el conocimiento del mundo y de sus leyes, que sepa estudiar los acontecimientos de que participa, ejerza un dominio firme sobre su atencion, y refrene prudentemente su conducta, escapará con más facilidad á una mul-

titud de causas de dolor y padecimientos, podrá aislarse hasta cierto punto en su mundo subjetivo, y llegará á poseer una predisposicion emocional de tal naturaleza, que se amortigüen en él golpes que para otros serían mortales; esto es lo que se ha llamado tranquilidad de esp ritu. Es claro que un individuo en estas condiciones, la más de las veces practicará una vida moral; y entónces esa tranquilidad de espíritu puede nacer de una fuente algo diversa: de la consideracion de haber puesto de su parte todo lo que es lícito á la fragilidad humana para no quebrarse ante las múltiples y poderosas fuerzas objetivas; como tiene conocimiento de una y otras, su resistencia no irá más allá de lo posible, no revestirá los caractéres de la ira ciega y desatentada que se vuelve, aunque impotente, contra lo que hiere, y en los casos de conflicto, su tranquilidad de espíritu no será sino resignacion.

Es verdad, por otra parte, que la evolucion de las sociedades nos abre perspectivas más brillantes; pero aqui he querido considerar la doctrina que expongo en sus relaciones con la felicidad individual y en la época actual; porque es un cebo con que muchas escuelas morales quieren atraer, juzgando así disciplinar mejor. Creo que la evolucion trae una mejor adaptacion y disminuye las causas de choque, los motivos de dolor y destruccion, por lo cual es eminentemente favorable á la moralidad, que es una funcion social. Pero no tenemos datos para asegurar que la evolucion ha de suprimir todas las exigencias del subjetivismo; y en la conciencia en que éstas se despierten el problema de la felicidad se planteará poco más ó ménos como lo hemos planteado. He querido separar en lo posible dos dominios que intencionalmente confunden muchos moralistas.

Ahora se alegará que mi conclusion se inclina al pesimismo. Entendámonos; si es la conclusion de la moral que he expuesto, lo niego. Léjos de eso se inclina á un prudente y racional *meliórismo* (Sully). Las sociedades civilizadas avanzan, dominan más completamente la naturaleza, amplian las relaciones entre los coasociados, suavizan y pulen sus costumbres, disciplinan sus sentimientos, establecen en las conciencias y en las leyes la justicia, ofrecen por tanto, un campo más vasto de desarrollo á sus individuos, les aseguran una suma mayor de bienestar. Pero ¿se trata de la pesquisa de la felicidad personal? Mi conclusion no es optimista, sin ser pesimista. Digo sólo que la estimacion del mundo y de la vida varía con cada conciencia y en una misma conciencia, que tanto depende de los elementos morales como de otros que no participan de ese carácter, y por tanto que no toca á la ciencia de la moralidad alucinar á los corazones anhelosos las más veces de un ideal intangible, con promesas que no está en su mano cumplir.

Lo que hay es que, las más de las veces, los moralistas, siguiendo el consejo de Aristóteles, han confundido la moral ciencia, con la moral arte; y cuando han enumerado los deberes y las virtudes, les ha parecido necesario buscarles una fuerza atractiva que llamára á su ejercicio. No habiendo establecido. sino muy imperfectamente, el fundamento de la moralidad, tenían que buscar alianzas peligrosas para fortalecerlo, de allí el edonismo, el eudemonismo, el utilitarismo, el misticismo, el humanitarismo, etc. Por mi parte he querido distinguir cuidadosamente la investigacion de los principios que permiten en el espíritu humano el lento y hermoso desenvolvimiento de esos estados tan complexos

que se llaman los sentimientos morales, y la fijacion del código de deberes que de esos principios se derivan. Me he circunscrito á la moral como ciencia; he reservado el dominio de la moral como arte.

Ahora me falta recordaros lo que hemos hecho. Léjos de aislar al hombre y dotarlo de una suerte de categoría misteriosa llamada la razon práctica, que nos permitiera deducir todas las leyes morales; es decir, léjos de suponer ya nacidos los sentimientos morales en su integridad y seguir su aplicacion, que ha sido el método de algunos moralistas contemporá neos paraestablecer la ciencia, nos hemos dirigido á los hechos, y hemos visto al hombre, unidad social, sometido á las acciones y reacciones del agregado de queformaba parte, y repitiendo luego en su mente como una repercusion todos esos choques. Hemos analizado uno por uno los elementos del medio en que estaba colocado y uno por uno los elementos de que estaba él formado, y hemos determinado luego las influencias de esos elementos y sus resultados en su conciencia; y hemos visto que todo este trabajodeelaboracion nosdaba porresultado la constitucion y perfeccionamiento de una clase de estados emocionales que daban orígen á actos y juicios diversos, todos marcados con un sello característico, que dependía de las condiciones de su misma existencia. Ese sello era la moralidad, esas condiciones la solidaridad. La conducta humana resultaba así determinada por una gran ley social; y ya podíamos dar por resuelto el problema planteado. Pasamos entonces al procedimiento sintético, y vimos como la conciencia de ese principio de subordinacion nos da en el individuo y en la sociedad todos los caractéres que la observacion sola habia descubierto en los sentimientos, actos y juicios morales. Teníamos

la clave de la moralidad en la mano, la vimos servirnos de pauta para establecer las divisiones de la ciencia y formular sus preceptos fundamentales, y advertimos que, tomando su raiz en el hecho social, estaba sujeta á las mismas transformaciones del fenómeno primordial, la sociedad. La génesis de los sentimientos morales, y las condiciones de su desarrollo y perfeccionamiento, la ley moral, sus caractéres y sus condiciones; éste ha sido el resultado de nuestras pesquisas, y ésto cuanto nos habíamos propuesto indagar. Ir más allá toca al moralista práctico, que no debe hacer otra cosa que aplicar los principios puestos en claro por la teoría. No era ese nuestro propósito.

Aquí termina la gran tarea que me habiais confiado. Vuestra benevolencia y sostenida atencion me han ayudado y fortalecido; por mi parte he consagrado á esta investigacion una sinceridad tan completa, que, si mañana viera invalidadas todas mis conclusiones, por una teoría más comprensiva, por una verdad superior, mi satisfaccion se aumentaría, léjos de apenarme por la ruina de esta modestísima obra. Porque sé que el edificio de la verdad humana se ha de cimentar sobre los escombros de muchos sistemas; y á los precursores basta haber indicado un nuevo camino ántes no seguido, ó haber llevado la crítica á dominios ántes no explorados. La pesquisa de la ciencia tambien requiere abnegacion; ménos meritoria que otras, porque la contemplacion de la verdad, donde quiera que surja, basta para borrar y hacer olvidar las propias decepciones, y es altísima recompensa de todos los anhelos que haya costado conseguirla y poseerla.

Habana, 19 de diciembre de 1882.

BIBLIOGRAFÍA.

(En esta nota no encontrará el lector sino las obras que tuve á la vista al escribir mis lecciones; y que sirven para verificar las citas.)

HERBERT SPENCER.—*Les Bases de la Morale Évotionniste.* (Traduccion francesa de la Biblioteca Científico-Internacional.)

—*Essais sur le Progrés.* (Traduits par M. A. Burdeau.)

—*Introduction à la Science Sociale.* (Trad. fr. de la Biblioteca Científico-Internacional.)

—*Principes de Sociologie.* (Trad. por M. E. Cazelles. El tomo tercero de esta traduccion no apareció hasta 1883; pero la *Fortnightly Review* y la *Revue Philosophique,* habían publicado algunos capítulos de la cuarta parte, que tuve presentes y utilicé en el texto.)

—*Education: Intellectual, Moral and Physical.* (Está traducida al español y al francés.)

ALEXANDER BAIN.—*Moral Sciencc: a compendium of Ethics.*

—*La Science de l'Education.* (Trad. fr. de la Biblioteca Cient. Intern.)

ARTHUR SCHOPENHAUER.—*Le Fondement de la Morale.* (Trad. par A. Burdeau.)

—*Parerga und Paralipomena.* (El opúsculo

con que termina el primer tomo *Aphorismen zur Lebensweisheit*, ha sido traducido al francés por J. A. Cantacuzène: *Aphorismes sur la sagesse dans la vie.*)

EMMANUEL KANT.—*Critique de la Raison Pure.* (Trad. par Jules Barni. Sin el estudio de esta obra fundamental es difícil apreciar por entero el sistema moral de Kant.)

—*Crítica de la Razon Práctica.* (Trad. de A. García Moreno.)

—*Principes Métaphisiques de la Morale.* (Trad. par Joseph Tissot.)

CH. RENOUVIER.—*Science de la Morale.*

HENRI MARION.—*De la Solidarité Morale.*

M. GUYAU.—*La Morale Anglaise Contemporaine.* (Este autor ha publicado posteriormente una obra muy notable con el título de *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction.*)

DR. CLAVEL.—*La Morale Positive.*

—*Les races humaines et leur part dans la civilisation.*

BENTHAM,—*Deontología ó Ciencia de la Moral.* (Traducida por D. P. P. Ed. de Salvá.)

LA ROCHEFOUCAULD.—*Sentences et Maximes.* (En la *Choix de Moralistes Français*, par J. A. C. Buchon.)

ARISTÓTELES.—*Morale.* (Trad. par J. Barthélemy Saint-Hilaire. Esta version comprende la *Moral á Nicómaco*, la *Gran Moral* y la *Moral á Eudemo.*)

G. J. ROMANES.—*L' evolution mentale des animaux.* (Trad. por Varigny. Aunque esta obra no se publicó basta 1884, la *Revue Scientifique* de París había dado á luz antes algunos fragmentos de que pude aprovecharme).

ALFRED ESPINAS.—*Des Sciétés Animales.*

DARWIN.—*La Descendance de l' Homme et la sélection sexuelle* (Trad par J. J. Moulinié).

—*Origen de las especies* (Traduccion de Enrique Godinez).

W. BAGEHOT.—*Lois Scientifiques du Développement desnations* (Trad. de la Bibliot. Cient. Intern).

DR. GUSTAVE LE BON.—*L' Hommeet les Sociétés.*

ROBERT HARTMANN.—*Les Peuples de l' Afrique.* (Trad. de la Bibliot. Cient. Intern).

A. DE QUATREFAGES—*Unité de l' Espéce Humaine.*

TH. RIBOT.—*L' Hérédité Psychologique.*

PAUL JACOBY.—*Etudes sur la Sélection dans ses rapports avec l' Hérédité chez l' homme.*

PROSPER DESPINE. — *Psychologie Naturelle. Ètude sur les facultés intellectuelles et morales dans leur état normal et dans leurs manisfestations anomales.*

CESARE LOMBROSO.—*L' uomo delinquente.*

LETOURNEAU.—*Fisologia de las pasiones.* (Trad. esp.)

—*La Sociologie d' aprés l' Ethnographie.*

DESCURET.—*Medicina de las pasianes* (Trad. esp. de Monlau).

A. LEGOYT.—*Le Suicide.*

EUGÉNE CAUCHY.—*Du Duel.*

L. CARRAU.—*Ètudes sur la théorie de l' Evolution.*

J. SULLY.—*Le Pessimisme* (Trad. par MM. Bertrand y Gerard).

REVUE PHILOSOPHIQUE DE LA FRANCE ET DE L' ÉTRANGER. *Passim.*

INDICE.

PÁGS.

LECCION PRIMERA—Objeto de nuestro estudio.—Método que hemos de aplicar.—Division de los actos individuales en indiferentes, morales é inmorales.—Característica de los actos morales.—La moralidad nace de la sociabilidad.—Elementos biológicos y psíquicos de la asociacion.—La subordinacion de la moral á la sociología es el punto de partida de nuestras pesquisas.—Dos órdenes de pruebas de esta subordinacion.—Pruebas de que la moralidad aparece despues de la sociabilidad.—Asociacion doméstica en la série zoológica.—Organizacion en sociedades.—Relaciones de domesticidad—Pruebas de que la evolucion de la moralidad sigue á la evolucion de la sociabilidad. Etapas de la civilizacion y caractéres morales que las distinguen. 7

LECCION II.—Diferenciacion de los fenómenos morales.—Caractéres fundamentales de los hechos sociales.—Del concurso y conflicto de los individuos en la asociacion nace el carácter peculiar de los fenómenos éticos.—Definicion provisional de los actos morales ó inmorales.—Efectos psíquicos del contacto de individuos semejantes.—La simpatía.—Tésis de Schopenhauer.—Cómo modifica el deseo de conservacion los impulsos de la simpatía.—Estados mixtos que resultan del conflicto de esas dos tendencias. Su importancia decisiva en el desarrollo social.—Los sentimientos egoistas son plenamente antisociales.—Los sentimientos altruistas pueden llegar á serlo.—Los sentimientos ego-altruistas son la materia normal de la moralidad.—Qué es la moralidad desde el punto de vista psíquico.—Elementos que se integran para formar un sentimiento moral.—Cómo implican un precepto y una sancion.—Ejemplos.—Cómo actúan los sentimientos morales.—La descomposicion de los sentimientos morales en sus diversos factores ha de preceder al establecimiento de sus leyes.—Plan de estas conferencias.......................... 25

PÁGS.

LECCION III.—Tres clases de factores de los sentimientos morales: biológicos, psíquicos y sociales.—Factores biológicos.—La herencia.—Enunciado de esta ley biológica.—Su empleo como instrumento de deduccion.—Su significacion como factor biolólógico de los sentimientos morales.—Condiciones en que se verifica la ley de herencia dentro de los grupos naturales ó familias.—Pruebas de que se heredan los sentimientos, tendencias y predisposiciones morales.—Consecuencias de este hecho.—Importancia social de la ley de herencia.—La trasmision hereditaria es una de las concausas del carácter nacional.—Resultado de esta ley en la evolucion de la moralidad.... 41

LECCION IV.—Continuacion del análisis de los facctores biológicos: la adaptacion.—Cambios en el medio ambiente.—Aclimatacion. Modificaciones por uso ó desuso de los órganos. Teoría de Montesquieu.—Influencia de las estaciones.—Modificaciones por la correlacion de las partes.—Ley de compensacion.—Instabilidad del substratum orgánico.—Variaciones en los órganos excesivamente desarrollados.—Atavismo.—Efectos del cambio de alimentacion en las razas humanas.—Cómo influye la variabilidad biológica en la formacion de los sentimientos morales.—La seleccion orgánica se convierte en seleccion emocional.... 57

LECCION V.—Factores psíquicos de los sentimientos morales. —Constitucion emocional y constitucion moral de cada individuo.-Ley fundamental de conservácion.—Cómo actúa en la formacion de los hábitos.—Influencia de los hábitos en el temperamento moral.—Reaccion del sujeto á los diversos sentimientos primarios y secundarios, segun que le produzcan estados placenteros, dolorosos ó indiferentes.—Division de los sentimientos desde el punto de vista de la moralidad: sentimientos egoistas, simpáticos, ego-altruistas y de malignidad.—Doble aspecto con que han de ser estudiados.—Sentimientos egoistas. -El egoísmo sigue la evolucion de la personalidad. Contagio de las multitudes.—Límites que impone la organizacion psíquica al egoismo.—Sentimientos derivados: amor á la movilidad, á la libertad. Amor á la posesion.—Sentimiento de estimacion personal.—Nociones implicadas en estos sentimientos.—Objecion al utilitarismo.-Cómo pueden ser fuerzas las ideas 73

LECCION VI.—Continuacion del análisis de los factores psíquicos.— Sentimientos simpáticos.—La generosidad Sentimiento de equidad. Sentimiento de admiracion.—Objecion al humanitarismo.—Sentimientos ego-altruistas. Respeto á la opinion. Necesidad de aprobacion.—Vergüenza. Sentimiento de justicia.—Papel de los sentimientos ego-altruistas en la evolucion de la moralidad.—Nueva fase del utilitarismo.—La malignidad.—Distincion entre el egoismo y la malignidad.—La misantropia.—Influencia del desarrollo intelectual en el temperamento moral.—Cómo ha de entenderse la educacion moral.... 87

PÁGS.

LECCION VII.—Factores sociológicos de los sentimientos morales.—Cómo influye el medio social en la formacion del carácter.—La educacion.—Sus dos formas.—Forma colectiva, inconsciente é involuntaria.—Primeros años del niño. —Adolescencia.—Virilidad.—Ejemplos en lo diversos grados de civilizacion.—Diferenciacion de las clases, su influencia en la educacion colectiva.—Segunda forma de la educacion, individual, consciente y voluntaria.—Diferencia entre ambas formas y valor respectivo de cada una en la formacion del carácter moral.—Necesidad de armonizarlas.—Frmula del ideal de la educacion en nuestros tiempós.—El contenido de la educacion depende de los otros factores que hemos de estudiar. 103

LECCION VIII.—Continuacion del estudio de los factores sociológicos.—La opinion pública.—Como se forma la conciencia colectiva.—Comunicacion de los estados subjetivos.—Ideas colectivas, suorigen, extension y energía.—Causas que contribuyen á su permanencia en todos los estados de civilizacion.—Accion de las concepciones colectivas sobre el individuo.—Los coasociados piensan al unisono.—Manera de influir la opinion en la esfera de los sentimientós.—Su importancia como factor de la moralidad.—Ejemplo tomado en la historia del duelo.—Supervivenciade las opiniones.—Ejemplo en las prácticas religiosas.—Las costumbres como factor de los sentimientos morales.—Elementos psiquicos de la costumbre.—Sus relaciones con el estado social.—Su adherencia y tenacidad Comose modifican á tenor de los cambios en el medio social.—Relacion entre la opinion y las costumbres.—Imperio de la costumbre en los juicios sobre la moralidad. Valor moral de las costumbres.—Las ceremonias.—Su significacion moral.—Pápel de la opinion y la costumbre en la evolucion de la moralidad. 121

LECCION IX.—Otros factores sociales.—Consecuencia de la diferenciaciacion de funciones en el agregado social.—La subordinacion al poder público, nuevo vínculo social.—Caractéres que lo diferencian y distinguen de los anteriores.—Origen del poder politico y civil.—Su influencia en la formacion de los sentimientos morales.—La obediencia es la primordial entre las virtudes sociales.—Consecuencias de esta disposicion de ánimo, desde el punto de vista psiquico.—Sus relaciones con el sentimiento del deber.—Cómo se multiplica en el grupo ese efecto individual.—Transformacion que sufre; aparicion del concepto de ley. —Cómo al adquirir mayor generalidad adquiere mayor energia la nocion de deber.—Influencias permanentes que determinan este efecto moral.—Constitucion primitiva de la familia, de latribu y del clan.—La conciencia moral.—La legislacion en las sociedades nuevas.—Su alcance y su influencia externa é interna.—La religion como factor de los sentimientos morales.—Primeras formas del sentimiento religioso.—Propiedad característica de este sentimiento. —Cómo adquiere su poder en la conciencia subjetiva.—Formacion del poder sacerdotal.—Cómo toma los caracté-

PÁGS.

res del poder civil.—Creencia en la responsabilidad colectiva.—Gran suma de preceptos trasmitidos á la humanidad por medio de las concepciones de este órden.—En qué sentido han sino desde luego mora es estos preceptos. —Elementos morales característicos que introduce el sentimiento religio o.—Gran resultado moral á que ha contribuido la evolucion del ideal religioso,—Los dos factores estudiados, la legislacion y la religion nos descubren el orígen del sentimiento y la nocion de deber. 139

LECCION X.—Causas de diferenciacion en el agregado social. La distincion de clases constituye un elemento de variedad para los sentimientos morales.—Las clases y las castas forman medios parciales dentro del medio comun á todo el grugo social,—Ejemplo que presentan los hindus y los tuariks.—Diversas capas morales en una misma sociedad. En una sociedad adelantada se han de encontrar coexistiendo todas las fases de la evolucion moral.—Compenetracion de las clases.—Ascenso y descenso de individuos y familias en los diversos grados de moralidad —El tiempo como causa de varicion.—Ejemplo en el griego de Aténas y de Constantinopla, en el patricio y el cortesano de Roma, en el baron normando y el lord inglés.—Contacto de los pueblos unos con otros.—La guerra.—Matrimonios exogámicos y cruzamientos étnicos.—El comercio.—Imitacion industrial, artística y literaria.—El libro y el periódico.—Por qué la influencia de tantos agentes de variabilidad no es más decisiva.—Resultados,—Defecto de adaptacion.—Las revoluciones.—Aplicacion de la ley de evolucion á los organismos sociales.—Aplicacion de la misma ley á los sentimientos morales. 159

LECCION XI.—Resúmen de nuestro análisis.—La moralidad es el sentimiento individual de la solidaridad social.—La solidaridad en la conciencia individual.—La solidaridad en la conciencia colectiva.—La solidaridad en el tiempo: ley de la continuidad historica.—La solidaridad nos da el criterio de la moral.—Es un prinipio heteronomo y autónomo.—La buena conducta, fin de la oral.-Objeciones contra el criterio propuesto.—Respuesta á las objeciones.—Casos dudosos.—Juicios morales por atavismo.—Crítica de otros criterios.—Principio de universalidad de Kant.—Fórmula del imperativo práctico.—Teoria de la buena intencion.—El placer, cuantitativo y cualitativo.—El acuerdo de los intereses.—La felicidad del género humano . . . 177

LECCION XII.—Cómo nos sentimos obligados.—El sentimiento de obligacion, producto del estado social.—Demostracion de su existencia áun en los casos anormales.—Sociedades de criminales.—Sancion que implica el sentimiento de solidaridad, desde el punto de vista del sujeto.—El remordimiento.—La conciencia moral.—Gradualidad en la conciencia moral.—Respuestas á las objeciones.—Objecion de la escuela autonomista.—Objecion de la escuela kantista. El ideal en moral.—Las ideas de mérito, indignidad y responsabilidad se explican por la de solidaridad. 197

PÁGS.

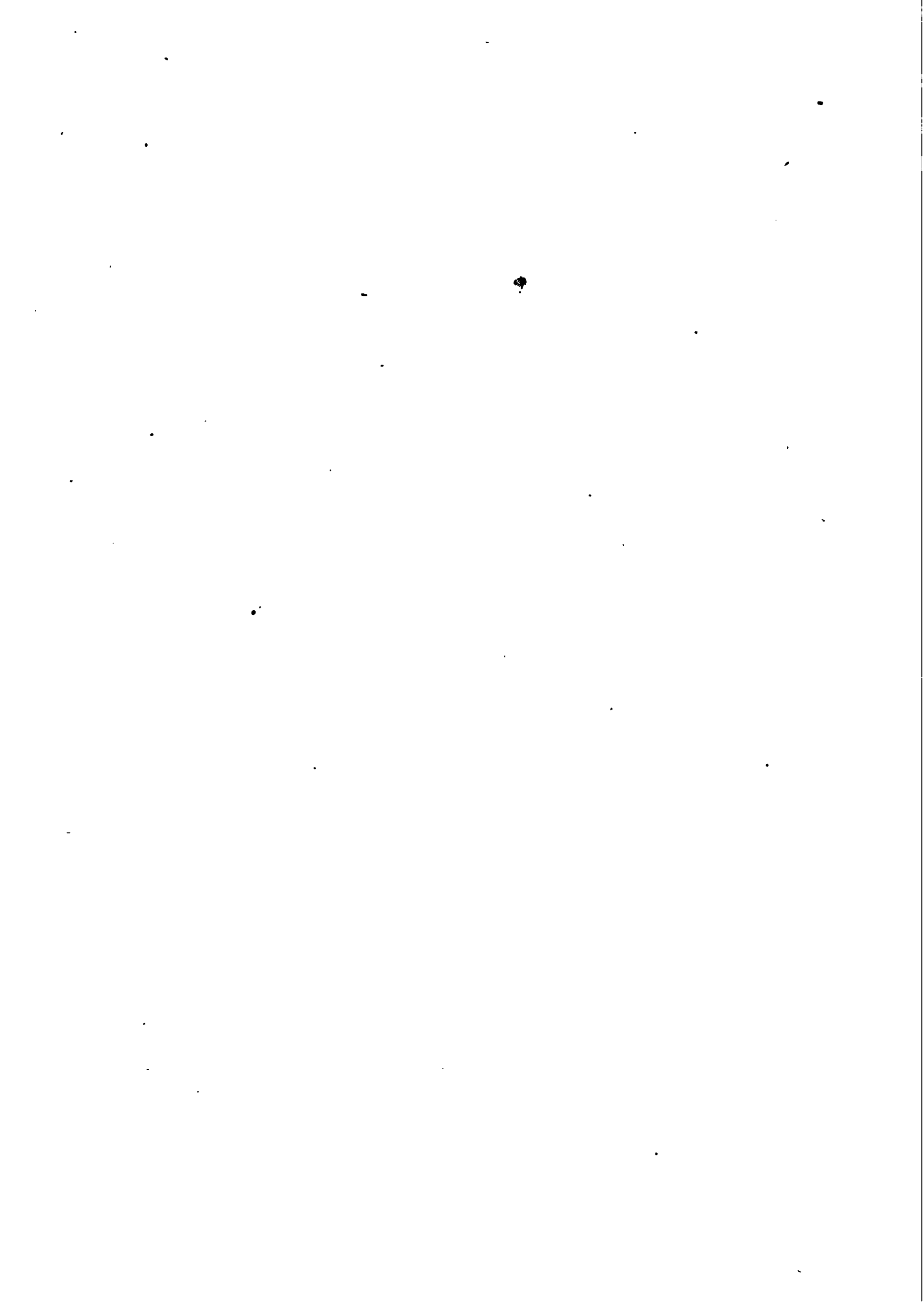
LECCION XIII.—Division de la ciencia de la moral, fundada en la solidaridad.—Tres grupos de acciones y de preceptos corrèspondientes.—No dañar.—Respeto à las personas. Cumplimiento de los pactos.—Acuerdos y divergencias entre el código penal y la opinion pública.—Ley del Talion. Limites respectivos de: derecho y la moralidad.—Cooperar. Formas diversas de la cooperacion.—El contrato.—Sentimiento moral que engendra la idea de cooperacion.—Tercera esfera de la moralidad y precepto que la contiene: hacer bien—Sentimiento de beneficencia.—Gradacion de las tres esferas de la moralidad.—El individuo completamente moral.—No hay deberes para con uno mismo. . . . 215

LECCION XIV.—Nuevo concepto introducido por nuestro método en el estudio de la moralidad.—Evolucion de los sentimientos morales.—Punto de partida en los caractéres generales de la evolucion social.—Los grupos, primitivas unidades sociales.—Proceso de individuacion.—Sus consecuencias para la moralidad.—Responsabilidad colectiva. —Las virtudes preliminares.—Virtudes domésticas é individuales.—El proceso evolutivo desde el punto de vista del sujeto.—Trànsito de la conciencia difusa à la conciencia reconcentrada.—Sus efectos en la esfera de la moralidad. —Evolucion de la conciencia moral.—De la organizacion social depende en grado eminente la moralidad.—Papel del legislador y del educador.—Educacion de la voluntad. —Su fórmula: querer lo que se debe.—Contenido de la idea de deber.—Objecion à la teoria de Spencer sobre este contenido.—Condiciones que determinan la evolucion de la moralidad.—La seleccion por el contacto del medio externo é interno.—Consecuencias de la seleccion segun Jacoby.—Rectificacion de su tésis. 235

LECCION XV.—Nociones introducidas por diversas escuelas en el estudio de la moralidad.—El sentido moral.—La razon práctica.—El imperativo categórico.—La sancion íntima.—Libertad del agente.—La felicidad.—Crítica de estos conceptos y cótejo con nuestra teoria.—La moralidad y la vida feliz.—La tranquilidad de espiritu.—La doctrina expuesta en éstas conferencias no lleva al pesimismo, ni al optimismo. sino al meliorismo.—Nuestro dominio ha sido el de la moral, como ciència.—Resùmen.—Conclusion. 255

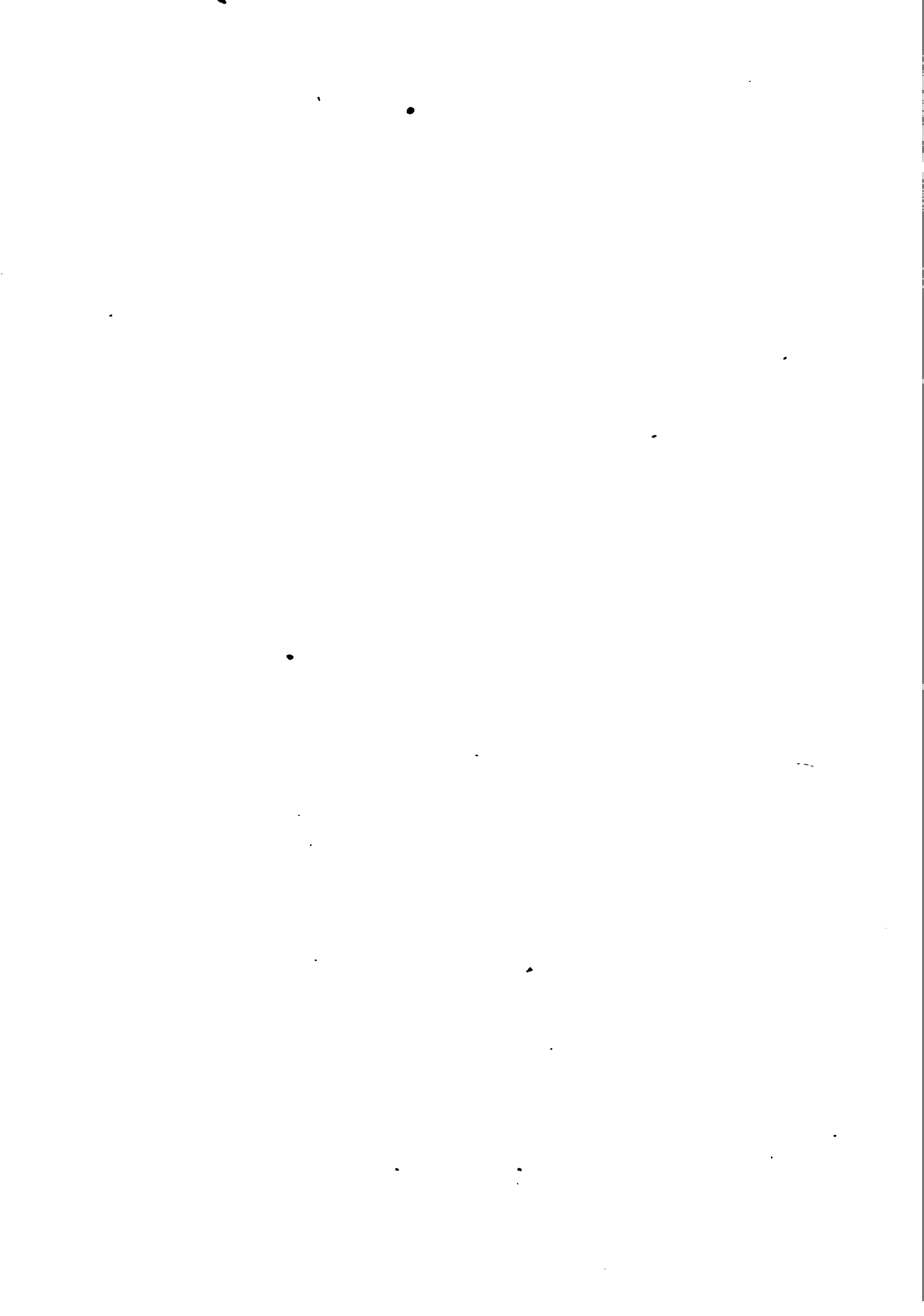
BIBLIOGRAFÍA. 273

ERRATAS. 277



ERRATAS.

Pág. 92, línea 23, dice: fundándolos
debe decir: fundiéndolos
Pág, 216, línea 10, dice: esferas realmente distintas de la moralidad, pero independientes;
debe decir: esferas realmente distintas de la moralidad, pero no independientes;



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

CONFERENCIAS FILOSÓFICAS.—*Primera Série*.—LÓGICA.—Un vól. 8º.

CONFERENCIAS FILOSÓFICAS.—*Segunda Série*.—PSICOLOGÍA.—Un vól. 4º.

ESTUDIOS LITERARIOS Y FILOSÓFICOS.—Un vól 4º.

SEIS CONFERENCIAS.—(Educacion de las mujeres; Importancia social del Arte; Cervantes; Victor Hugo como poeta satírico; Dos teorías sobre el amor; Emerson).—Un vól. 8º.

EL POETA ANÓNIMO DE POLONIA.—Folleto.







